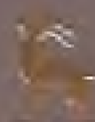
PUBLIO PAPINIO ESTACIO

SILVAS



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

PUBLIO PAPINIO ESTACIO

SILVAS

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
GABRIEL LAGUNA MARISCAL

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO TORRENT RODRÍGUEZ



BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

Diseño: Brugalla

ISBN 84-249-2647-1.
Depósito Legal: B. 13812-2002.

Impresión y encuadernación:
CAYFOSA-QUEBECOR, Industria Gráfica
Santa Perpètua de la Mogoda (Barcelona).

Impreso en España – Printed in Spain.

INTRODUCCIÓN GENERAL

CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL

Hacia el año 62 de nuestra era llegaba a Roma un jovencísimo poeta llamado Estacio. Venía ligero de equipaje y cargado de ilusiones. Procedía de Nápoles, su ciudad natal. Lo acompañaba su padre, maestro de escuela y poeta profesional, que había instruido a su hijo en el oficio de las letras. El padre planeaba continuar en la capital su labor de enseñante y de poeta a sueldo. El hijo soñaba con labrarse en la Ciudad un porvenir como poeta, protegido por nobles patronos o por el mismísimo emperador —reinaba por entonces Nerón en Roma—. Como después diría, «perseguía los goces livianos de la fama» (*Silvas* IV 4, 50-51). Llegaría a realizar sus aspiraciones, al menos en parte.

Al objeto de contextualizar la vida y obra de Estacio en su marco histórico, conviene precisar que su trayectoria vital se extiende por la segunda mitad del siglo I d. C. Su formación y llegada a Roma coincidieron con el reinado de Nerón (54-68). Sus años de madurez transcurrieron en paralelo con el reinado de la dinastía Flavia (69-96). Y escribió la mayor parte de su producción literaria en tiempos de Domiciano (81-96), el tercer y último emperador de dicha dinastía Flavia.

El emperador Nerón puso fin con su suicidio (68 d. C.) a la dinastía Julio-Claudia. Nerón, poeta él mismo, favoreció la literatura e instituyó el certamen literario de los *Neronia*. Durante su reinado hubo una gran ebullición cultural y literaria: las letras conocieron un florecimiento desconocido desde tiempos de Augusto. La tendencia estética predominante durante su época es de carácter barroco y anticlasicista. La figura cimera de la época fue Séneca. Por su parte, reaccionaron contra la corrupción neroniana Persio, con su sátira estoica, y Lucano, con el «republicanismo» detectable en su *Farsalia*. En cambio, Petronio se nutrió de esa misma corrupción como materia argumental para su novela *Satiricón*.

Después de Nerón, Roma cayó en un período de inestabilidad y guerra civil. Durante un año (68-69) se sucedieron los efímeros reinados de hasta tres caudillos: Galba, Otón y Vitelio. Tras ellos se hizo sólidamente con el poder Vespasiano, fundador de la dinastía Flavia, constituida, tras el propio Vespasiano (69-79), por sus hijos Tito (79-81) y Domiciano (81-96).

Políticamente, lo que más llama la atención en la dinastía Flavia es la consolidación del régimen del Principado y el incremento del poder imperial. Desde el poder se dirige la cultura y la literatura interesadamente. En literatura prima una tendencia clasicista, en marcado contraste con el modernismo de época de Nerón.

Vespasiano, un emperador de linaje modesto, destacado militar, de carácter pragmático y socarrón, llegó al poder ya maduro, y desarrolló una administración parca y diligente. Para consolidar y legitimar su poder hizo promulgar al Senado una *Lex de imperio*. Desde una sólida base de poder autocrático, su propósito fue restaurar el esplendor de la Roma de Augusto. Como exponente de este objetivo, en las monedas acuñadas por él se lee el lema *ROMA RESURGENS* («Roma está renaciendo»). Con tal fin, saneó las finanzas del fisco, en bancarrota; fortaleció y amplió el Imperio Romano, en Galia, Germania, Bretaña, Judea; y ejecutó un importante programa de obras públicas en Roma, con restauración de los edificios dañados por los disturbios del 69 (así, ordenó construir el Coliseo o anfiteatro flavio, que luego inauguró su hijo Tito). Como consecuencia de todo ello, a su muerte el 23 de junio del 79 Vespasiano había resuelto todos los problemas que había encontrado a su subida al poder. En literatura, el decenio de su reinado constituye un período de espera y transición, pues no es posible señalar ningún escritor importante que escribiera entonces y cuya obra haya llegado a nosotros. No obstante, en relación con su pragmatismo y con su objetivo de consolidación del poder, Vespasiano practicó conscientemente una política cultural, dirigida por el estado y al servicio del régimen autocrático: fundó una Biblioteca (como antes habían hecho Julio César y Augusto), anexa al Templo de la Paz (nótese la asociación entre cultura y orden sociopolítico); expulsó de Roma a filósofos estoicos disidentes (entre el 71 y el 74); y estableció la primera escuela pública en la historia de Roma, cuya cátedra encomendó al rétor hispano Quintiliano.

Tito sucedió a su padre. Su gobierno fue muy breve: sólo duró dos años. Resultó un emperador muy popular y querido: el pueblo lo consideró «amor y delicias del género humano». Adoptó una política continuista de la paterna y, durante su breve reinado, tuvo ocasión de demostrar su generosidad y diligencia en el alivio de tres graves desgracias que acontecieron: la erupción del Vesubio (79), un nuevo incendio en Roma y una virulenta epidemia.

Le sucedió su hermano Domiciano, cuyo reinado tiene una importancia especial para la literatura latina por dos razones: dirigió los destinos de Roma durante un período de

tiempo (quince años) más extenso que los otros dos emperadores flavios juntos; y auspició la literatura, al servicio del poder imperial y de la ideología dominante. Como consecuencia, durante su reinado floreció la literatura, con un marcado carácter clasicista y áulico.

En general, Domiciano fue un dirigente eficiente y cabal, especialmente en la primera mitad de su reinado. Fue un excelente administrador y un afortunado general. Desde un principio, continuando la tendencia de su padre, su régimen se destacó por el absolutismo, con desprecio del Senado. Quizá podríamos caracterizar su actitud de despotismo ilustrado. Llevó a cabo un ingente programa de reconstrucción de Roma, sin paralelo desde Augusto. Fue muy escrupuloso en la administración de justicia y reprimió la corrupción. Fue asimismo implacable en el mantenimiento del orden público y de la moralidad. Pero su reinado estuvo marcado por las conspiraciones, la más peligrosa de las cuales fue la de Saturnino, gobernador de la Germania Superior, del año 89. Después su régimen autocrático degeneró, especialmente desde el año 92, hacia un sistema despótico en el que auspició las delaciones y los juicios de lesa majestad. Se hacía llamar «señor y dios nuestro». Acabó asesinado en una conjura palaciega, con implicación de su propia esposa. El Senado decretó la condena de su memoria y la destrucción de sus imágenes.

En el ámbito cultural Domiciano desarrolló todo un programa dirigido desde el poder. Fundó no menos de dos certámenes: el Certamen Capitolino, que se celebraba desde el 86 cada cuatro años, con secciones ecuestre, atlética y literaria (esta última, dividida en griega y latina); y los Juegos Albanos, que se celebraban cada año en la villa que poseía el emperador en Alba, con ocasión de la festividad de Minerva. Por otro lado, el emperador persiguió a los filósofos

disidentes, como había hecho Vespasiano. En general, favoreció una literatura que, en la forma, siguiera una tendencia clasicista y, en el fondo, propagara la ideología imperial, difundiera los logros del orden imperante (la *Pax Flavia)* y encomiara la propia figura del emperador y de destacados nobles, pertenecientes a la corte imperial o afectos al régimen. Estacio y Marcial cultivaron la poesía de ocasión, al servicio del emperador o de patronos poderosos. Silio Itálico, Valerio Flaco y el mismo Estacio cultivaron el género épico, en la estela clasicista de un Virgilio. Y Quintiliano sistematizó, con miras a la enseñanza y a la formación del gusto, los principios de una retórica clásica, con aprecio de Cicerón.

Vida de Estacio

A la hora de recabar datos sobre la biografía de Estacio no contamos con referencias en contemporáneos, ni disponemos de una *Vita* o biografía antigua. Con todo, conocemos relativamente bien su vida, en gran medida por los datos que él mismo nos proporciona en su poesía, especialmente en dos pasajes autobiográficos de las *Silvas:* III 5, 22-42 y V 3, 209-45. Juvenal, por su parte, menciona brevemente a Estacio en unos versos (VII 82-87) en los que recuerda al poeta con apuros económicos y organizando recitaciones de su *Tebaida.*

Había nacido Publio Papinio Estacio en Nápoles, hacia el 45 d. C., hijo de un maestro y poeta profesional. Tanto la condición socioprofesional de su padre como su entorno de origen son factores determinantes del tipo de poesía que escribió. El padre (15-80 d. C.), oriundo de Velia (en Luca-

nia), era de modesta fortuna. Se ganaba la vida como mercenario de las letras, con la enseñanza y la participación en certámenes poéticos. Ganó premios importantes en certámenes itálicos como los Augustales, celebrados en Nápoles, así como en los certámenes del circuito griego (Píticos, Nemeos e Ístmicos). Enseñó como «gramático» (profesor de enseñanza secundaria) primero en Nápoles, luego en Roma. Enseñaba y comentaba autores griegos. Ya en Roma compuso un poema sobre la guerra entre Vitelio y Vespasiano del año 69, alineándose con la causa de este último. Es decir, en la trayectoria de Estacio padre cabe destacar dos notas: su condición de poeta profesional, con amplias raíces helénicas; y su conexión con la dinastía Flavia. Por su parte, la patria chica de Estacio, Nápoles, era un municipio culto y refinado, de ambiente helénico, ubicado en una región de recreo para romanos pudientes y sede de los Juegos Augustales, como se ha apuntado.

Transcurrió la juventud de Estacio en este ambiente helénico de Nápoles, donde aprendió de su mismo padre el arte de componer poesía. La familia se trasladó a Roma en época de Nerón (quizá hacia el 62) y allí Estacio recitó su poesía frente a nobles oyentes y en presencia de su padre. En Roma desarrolló su labor poética e intentó ganarse la vida como poeta profesional. Posiblemente Estacio es el autor (aunque no sea doctrina comúnmente aceptada por la crítica especializada) de un poema generalmente considerado anónimo, la *Laus Pisonis* («Encomio de Pisón»), mediante el cual el joven poeta intentó granjearse el favor y patronazgo del noble Calpurnio Pisón, quien a su vez habría de protagonizar la Conjura de los Pisones (65) contra Nerón. Se casó con una mujer llamada Claudia, viuda de un poeta, que aportó una hija de su anterior matrimonio (no tuvieron hijos propios). Todavía en vida del padre (antes, pues, del 80) se alzó con el triunfo en los Juegos Augustales. También ganó en los Juegos Albanos (90), si bien conoció la derrota en el Certamen Capitolino (probablemente en el mismo 90). Por razones de salud o por desengaño por esa derrota se retiró a Nápoles en la última etapa de su vida, hacia el 95. No se sabe si regresó a Roma. Murió en el 96, en el mismo año pero posiblemente antes que Domiciano.

Se ha apuntado ya que Estacio, de nivel socio-económico modesto, se ganó la vida en Roma como poeta profesional. Pero ¿de qué vivía un escritor en la Roma de la época? Pues, aunque existía una industria editorial, lo cierto es que los autores no percibían derechos por la venta de libros. Algunos, económicamente pudientes, podían vivir de las rentas: los dos Séneca, Lucano y Petronio. Quintiliano, por su parte, cobraba como director de escuela un sueldo a cargo del fisco. Otros poetas, como Estacio y Marcial, debían recurrir por su endeble condición al patronazgo literario. Entre los patronos de Estacio se cuentan los nobles Arruncio Estela, Atedio Melior, Claudio Etrusco, Pola Argentaria (la viuda de Lucano), además del mismo emperador Domiciano. En honor de estos y otros patronos compone Estacio su poesía de ocasión, las *Silvas*. También empujado por la necesidad compuso el libreto de un mimo, *Agave*, para el pantomimo Paris. En la misma línea de poesía áulica compuso un poema épico de tema histórico, *Sobre la guerra germánica*, para conmemorar la victoria de Domiciano sobre el pueblo germánico de los catos del 82-83. A su vez, para obtener patronazgo era imprescindible granjearse previamente una reputación, lo que Estacio buscó conseguir por dos medios: organizando recitaciones públicas de su *Tebaida* (una de las cuales es mencionada por Juvenal) y participando en certámenes poéticos, como ya se ha comentado. Como fruto de estos trabajos y desvelos, parece que Estacio alcanzó en

Roma una posición desahogada: poseía una finca en Alba (quizá heredada del padre, que a su vez pudo haberla recibido como regalo del emperador Vespasiano); recibía invitaciones a comer o a alojarse en las villas de sus nobles mecenas; el propio emperador le concedió una conducción de agua para la villa de Alba; no es de descartar, en fin, aunque no tengamos constancia, que también recibiera ocasionalmente gratificaciones pecuniarias.

Producción poética de Estacio

Las obras escritas por Estacio se dividen en dos grupos: poesía de ocasión y epopeya. Dentro del apartado de poesía ocasional se incluiría el poemita *Laus Pisonis* (si se acepta la autoría estaciana), compuesto hacia el 62-65; y las *Silvas*, colección de 32 poemas distribuidos en cinco libros, escritas entre el 89 y el 96. Al género épico pertenecen la *Tebaida*, en doce libros, compuesta entre el 80 y el 92; y la *Aquileida*, obra inacabada, escrita entre el 94 y el 96, y de la que Estacio tuvo tiempo de completar libro y medio. De la epopeya *Sobre la guerra germánica* sólo se ha preservado un fragmento. Nada se ha preservado del libreto para el mimo *Agave*.

La «Tebaida»

Esta epopeya, la obra principal de Estacio, consta de doce libros y está dedicada a Domiciano. Narra la conocida historia de los «Siete contra Tebas»: la lucha entre los hermanos Eteocles y Polinices, hijos de Edipo, por el poder en

el reino de Tebas. En contra del acuerdo de ambos, consistente en alternarse en el reino por turnos de un año, Polinices se ve defraudado de su turno y ataca Tebas con la ayuda de Adrasto, rey de Argos (cuya hija Argía había desposado), y otros cinco caudillos argivos (Tideo, Anfiarao, Capaneo, Partenopeo e Hipomedonte). La guerra concluye con la victoria del ejército argivo y la muerte mutua de ambos hermanos en duelo singular. El nuevo soberano de Tebas, Creonte, se niega a conceder sepultura a los caídos argivos. Ello provoca la intervención del rey ateniense Teseo, que acabará matándolo. Se trata de uno de los episodios míticos más tratados por la literatura clásica (basta pensar en los *Siete contra Tebas* de Esquilo, las *Fenicias* de Eurípides, la *Tebaida* de Antímaco de Colofón, del s. IV a. C., hoy perdida, y las *Fenicias* de Séneca). Estacio se vale de material mítico tradicional, pero la forma literaria, en los aspectos de estructura, técnica y episodios, acusa una importante influencia de la *Eneida* de Virgilio.

Desde el punto de vista ideológico se ha querido ver en la *Tebaida* una reflexión sobre el poder absoluto y sobre la guerra civil, entendida como medio ilegítimo para obtener dicho poder. La visión de Estacio, esencialmente pesimista, puede interpretarse como un reflejo de su época y del régimen autocrático del Principado. De aceptar esto, el tono negativo y sombrío de la *Tebaida* contrastaría nítidamente con la visión amable de las *Silvas*.

La «Aquileida»

La *Aquileida*, segunda epopeya de Estacio, fue comenzada tras la *Tebaida*. Quizá el plan era narrar toda la tra-

yectoria de Aquiles desde su infancia hasta su muerte, incluyendo un tratamiento completo de su participación en la Guerra de Troya. Pero la muerte del propio autor hizo que sólo completara el primer libro, más 167 versos del segundo. Se narra la infancia y juventud de Aquiles, especialmente el episodio de su ocultamiento, disfrazado de doncella, en la isla de Esciros, en un intento de escabullirse de la Guerra de Troya. En la isla, Aquiles se enamora de Deidamía y la deja embarazada. Pero Ulises revela el engaño y Aquiles, descubierto, debe partir hacia la guerra. En contenido y tono la *Aquileida* contrasta con la *Tebaida:* la historia es más amable y el estilo más conciso y sencillo.

Las «Silvas», poesía de ocasión

Las *Silvas* constituyen una colección de 32 poemas distribuidos en cinco libros. Parece que Estacio compuso los libros I, II y III entre los años 89-93, y debió de publicar conjuntamente los tres en el 93 ó 94. El libro IV fue publicado en el 95. Finalmente quedaron sin publicar a la muerte del poeta un conjunto de poemas, demasiado recientes o personales, que un editor anónimo reunió y publicó póstumamente como libro V. Ha de tenerse en cuenta, no obstante, que, previamente a la publicación conjunta de los libros, muchos poemas individuales habían circulado independientemente.

El metro de la mayoría de los poemas (26) es el hexámetro dactílico, pero seis composiciones están escritas en versos líricos (IV 5 y 7) o endecasílabos (I 6, II 7, IV 3 y 9). Cada libro va precedido de un prefacio en prosa, escrito en forma epistolar y dirigido a un patrono, abordando usualmente tres motivos: una *captatio benevolentiae* (atracción de un ánimo propicio en el lector), en la que Estacio se disculpa por la imperfección de los poemas, con la excusa de la prisa con que fueron escritos; el encomio del patrono destinatario del prefacio; y una tabla de contenidos, con presentación temática de los poemas que forman el libro correspondiente. Como excepción, el prefacio del libro V no presenta todo el libro, sino sólo la primera composición del mismo (V 1).

Al objeto de caracterizar la naturaleza de la colección es oportuno comenzar por el significado del título. *Silva* puede significar en latín «bosque» y «monte bajo, matorral». Como metáfora literaria, el término puede connotar dos nociones distintas. Por un lado, al igual que su equivalente griego *hýle*, sugiere «materia prima, bosquejo». En este sentido, el título aludiría al supuesto carácter de borrador de los poemas. En realidad, las *Silvas* de Estacio son poemas acabados, pero con el título quizá el poeta pretendía sugerir con falsa modestia la imperfección del resultado o, más probablemente, alardear de la celeridad con que habían sido escritos. Por otra parte, *silva*, como derivación de su significado literal de «monte bajo», puede sugerir metafóricamente una miscelánea o colección de elementos variados, evocando la profusión y variedad de los matorrales. En este segundo sentido el término implicaría la variedad de temas abordados. Es posible que Estacio pretenda sugerir ambas nociones cuando decidió titular así la colección (aparentemente siguiendo la estela de Lucano, que había compuesto igualmente unas *Silvas*, que no se han preservado), si bien parece que prima la primera noción.

El rasgo literario primordial de las *Silvas* es su naturaleza de poemas de ocasión. Y son poemas de ocasión en un doble sentido: porque fueron compuestos improvisadamente

o, al menos, con bastante rapidez; y porque están escritos para una ocasión social concreta que les confiere tema principal y contexto de ejecución.

Lo primero está claro. Estacio declara, en el prefacio al libro I, que escribió todos los poemas de dicho libro en uno o dos días, surgidos como «frutos de un ardor repentino y de un cierto placer por la improvisación». Y precisa que usó un estilo menos elaborado que en su obra épica, aduciendo los precedentes de Homero y Virgilio, por lo que las *Silvas* tienen, como único atractivo, la frescura e inmediatez con que fueron escritas.

Respecto al segundo punto (las *Silvas* como poemas escritos para una ocasión), en efecto la mayoría de las *Silvas* tiene como objeto conmemorar, celebrar, describir, elogiar o comentar una ocasión social o institucional determinada, protagonizada por patronos de Estacio o por el mismo emperador. En este rasgo los poemas contrastan plenamente con el concepto moderno de poesía lírica, entendida como efusión subjetiva de sentimientos y vivencias íntimas del poeta. Por el contrario, la intención poética de Estacio en las *Silvas* no es subjetiva (expresar el propio sentimiento), sino objetiva: describir un acontecimiento u ocasión relativo a una tercera persona (el patrono), con un tenor encomiástico y áulico. Funcionan entonces los poemas como poesía de interrelación social, lo que llamaríamos hoy de «clientelismo literario». Ejemplos de tales actos sociales son un funeral, una boda, un nacimiento, un viaje, un cumpleaños, la inauguración de un templo o de una estatua ecuestre. Estacio escribió algunas *Silvas* por encargo previo, para ser recitadas en la ocasión; o bien por iniciativa propia, en la esperanza de poder recitarlas; o bien con posterioridad a la ocasión, en conmemoración de la misma.

LAS «SILVAS», COLECCIÓN DE POESÍAS DE GÉNERO

Cada una de las ocasiones sociales exigía un subgénero literario distinto. Así, para lamentar una muerte, en el contexto del funeral, se usaba el género del epicedio o lamento fúnebre. A la ocasión de la boda corresponde el epitalamio. A la celebración de un nacimiento o cumpleaños está dedicado el natalicio o *genethliakón*. El subgénero que sirve para despedir a un viajero, con ocasión de su partida, es el llamado *propemptikón*. A la inauguración de una obra se aplica el género del *anathematikón* o poema de dedicatoria. Para describir las villas de los patronos es pertinente el género de la *ékfrasis* o poema descriptivo.

Todos esos subgéneros literarios, o más propiamente tipos de composiciones genéricas, pertenecen a la rama epidíctica o encomiástica de la retórica. Recuérdese que la retórica clásica constaba de tres grandes géneros: deliberativo, judicial y demostrativo (o epidíctico). Nos interesa ahora el tercero. El objetivo básico de la rama epidíctica era el elogio. Ahora bien, según la ocasión social concreta sobre la que versara ese elogio cabían una serie de subgéneros concretos, como acabamos de señalar. Éstos fueron desarrollándose en la literatura grecolatina, tanto en prosa como en verso, durante muchos siglos. Así, acabaron por incluir un repertorio de tópicos o motivos propios. Algunos rétores de la Antigüedad tardía sintieron incluso la necesidad de escribir tratados prescriptivos sobre dichos subgéneros, proporcionando recetarios y listas de tópicos para cada uno: Menandro el Rétor, en *De los géneros epidícticos,* y pseudo-Dionisio de Halicarnaso, en *Arte poética,* ambos de los ss.

III-IV d. C. Cuando un autor se aprestaba a escribir en una de estas modalidades epidícticas debía incluir los motivos aplicables al subgénero, imitando a escritores previos o ateniéndose a las normas de los rétores. Pues bien, muchas de las *Silvas* pertenecen a alguno de estos subgéneros y, de hecho, las *Silvas* constituyen en la literatura grecolatina el primer ejemplo de colección dedicada casi exclusivamente a la poesía epidíctica.

El tipo de subgénero que domina nítidamente en la colección es el epicedio o lamento poético (hoy hablaríamos de elegía), con ocho ejemplos (II 1, 4, 5, 6, III 3; V 1, 3 y 5), lo que constituye justamente un cuarto del total. Frecuentemente Estacio dirige este tipo de composiciones a un noble patrono que ha perdido a un allegado o familiar. Hablamos en este caso de epicedio «social». En II 1, «Glaucias, el favorito de Atedio Melior», se lamenta la muerte de un joven esclavo, favorito del patrono. La misma situación es la que encontramos en II 4, «Consuelo a Flavio Urso por la pérdida de su joven esclavo favorito». En la III 3, «Consuelo para Claudio Etrusco», Estacio se dirige a su patrono Etrusco para lamentar la muerte del padre de éste. En la *Silva* V 1, «Poema fúnebre, homenaje a Priscila», consuela al noble Abascanto por la pérdida de su esposa. Las secciones temáticas más importantes del epicedio son tres: lamento por el fallecimiento, elogio (del difunto y del deudo) y consuelo (dirigido a aliviar el dolor del deudo). A veces se incluyen también secciones de descripción de la enfermedad y muerte del finado, así como del funeral. Para Estacio es crucial encomiar al fallecido y al deudo, ensalzando por ejemplo la trayectoria vital de ambos, la actitud inconsolable del superviviente (indicio de devoción familiar) y su magnificencia en organizar el funeral.

Dos epicedios de la colección tienen un carácter personal, esto es, son ajenos al clientelismo literario, pues lamentan la muerte de allegados del propio poeta: su padre (V 3, «Poema fúnebre a su padre») y un niño esclavo (V 5, «Epicedio dedicado a su niño»). El primero da pie al poeta para trazar una semblanza biográfica de su progenitor, en la que inserta igualmente datos sobre su propia vida. La V 5 es una desgarrada efusión sentimental, en la que domina el lamento, por la pérdida de un niño esclavo.

Finalmente, un par de epicedios son paródicos o jocosos, pues versan sobre muertes de animales: la II 4, «El papagayo de Atedio Melior», y la II 5, «El león amaestrado». Estacio está continuando una tradición poética, de epicedios sobre animales, que tuvo auge en la poesía griega de época helenística (popularizada por la poetisa Anite de Tegea) y en la poesía romana (recuérdese el poema III de Catulo, a la muerte del pajarito de Lesbia, y un poema de Ovidio, *Amores* II 6, también sobre un papagayo). Los epicedios zoológicos de Estacio, en contraste con los demás, se caracterizan por su brevedad.

El segundo género más representado es el de la *ékfrasis* o descripción, si bien hay que precisar que caben bastantes variedades heterogéneas dentro de esa categoría general. Dentro de la variedad de la descripción de lugares *(descriptio loci, ékfrasis tópou)* están los poemas consagrados a describir villas campestres de recreo pertenecientes a nobles patronos: I 3 («La villa de Manilio Vopisco en Tívoli»), II 2 («La villa de Polio Félix en Sorrento»). En estos poemas se destaca la amenidad de la villa y se ensalza la obra constructora del patrono sobre la naturaleza, la transformación del paisaje por la mano humana. En la composición I 5, «Los baños de Claudio Etrusco», se describen los baños privados que el rico Etrusco poseía en Roma. Otros poemas descriptivos combinan ele-

mentos de dedicación (subgénero *anathematikón)* de una obra o monumento. En la *Silva* I 1 se describe la estatua ecuestre de Domiciano con ocasión de su inauguración. En la III 1 se conmemora la restauración por parte de Polio Félix de un templete consagrado a Hércules y ubicado en la villa que el patrono poseía en Sorrento, ya descrita en la II 2. Al hilo de la reinauguración de la ermita se organizan unos Juegos Atléticos. Y la IV 3 celebra la construcción e inauguración de una calzada, la Vía Domiciana, que conectaba Roma con Nápoles. También cabe la descripción de un objeto artístico, como la de una estatuilla de sobremesa de Hércules, propiedad de Novio Víndice (IV 6), y hasta la descripción de un árbol, como en la I 3, «El árbol de Atedio Melior».

El tercer género más representado es el encomio —sin perjuicio de lo apuntado antes: que todas las *Silvas* tienen en mayor o menor grado un componente encomiástico—, en diferentes variedades. Tenemos la modalidad del encomio imperial *(basilikós lógos)* en el poema IV 1, «El decimoséptimo consulado del emperador Augusto Germánico», compuesto a mayor gloria de Domiciano, con ocasión de su obtención del consulado por decimoséptima vez en enero del 95. También se documentan elogios de patronos privados, la IV 4, «Epístola a Vitorio Marcelo», la IV 5, «Oda lírica a Septimio Severo», y la V 2, «Elogio de Crispino, hijo de Vecio Bolano».

La colección incluye igualmente otros subgéneros menos representados. Está el poema de agradecimiento o *eucharistikón*, como I 6, «Las calendas de Diciembre», en que Estacio describe un espectáculo organizado por el emperador, durante la fiestas Saturnales, y agradece la generosidad del príncipe. El agradecimiento conforma también, y más claramente, la IV 2, «Acción de gracias al emperador Augusto Germánico Domiciano», y responde a un banquete organizado por Domiciano y al que Estacio asistió como invitado. Tienen cierto carácter de agradecimiento algunas *Silvas* antes comentadas (I 3, II 2), en que Estacio describe villas de sus patronos, pues el poeta escribió tales descripciones como agradecimiento y recuerdo de estancias pasadas allí, por invitación de los dueños.

Por su parte, en el natalicio se da la enhorabuena a un patrono por haber tenido un hijo (IV 8, «Felicitación a Julio Menécrates»), o se conmemora el aniversario de un fallecido, como en la II 7, «A Pola, en el aniversario del nacimiento de Lucano», dirigida a la viuda del poeta Lucano.

Estacio escribió sólo un epitalamio, la I 2 («Epitalamio en honor de Estela y Violentila»), para celebrar y describir el matrimonio de su patrono Arruncio Estela con una viuda. Motivos obligados del epitalamio, y que Estacio aborda aquí, son el elogio de los novios, el encomio del amor y del matrimonio (pronunciado, en este caso, por la propia diosa Venus), la descripción de la boda y el deseo de prole. Tiene el poeta igualmente un *propemptikón*, la III 2, «Poema de despedida a Mecio Céler», con ocasión de la marcha de éste a Siria al mando de una legión. Secciones habituales de la composición de despedida son el elogio del viajero, la descripción del viaje (con votos por una feliz travesía) y el deseo de feliz y pronto regreso; Estacio añade una sección de maldición de la navegación. En la poesía III 4, «La cabellera de Flavio Earino», se conmemora el primer corte de pelo de Earino, un eunuco adolescente, favorito de Domiciano, así como el envío del cabello como ofrenda al templo de Asclepio en Pérgamo. La composición, por tanto, pertenece en principio al género del poema de dedicación *(anathematikón)*, si bien incorpora algunos rasgos propios del poema de despedida *(propemptikon)*. Por último, Estacio compuso un único poema perteneciente al género *sotérion*, en que se expresa la satisfacción por

la salvación de alguien: la I 4, «Acción de gracias por la curación de Rutilio Gálico», cuyo título lo dice todo y cuyo receptor es el prefecto del pretorio.

Por otro lado, como excepción, un pequeño grupo de poemas no es encasillable claramente en ningún subgénero epidíctico, especialmente algunos de temática privada. Este es el caso de la alocución de Estacio a su esposa (III 5), que el poeta define como «conversación» *(sermo)*, y en que la insta a que lo acompañe a su retiro a Nápoles; o del poema «El Sueño» (V 4), en que el sujeto lírico se dirige al dios Sueño en forma de himno y lo conmina a que lo ayude a superar un estado de prolongada y angustiosa vigilia. Este poema, el más breve y más famoso de la colección, es quizá la composición más inspirada de la lírica latina de época imperial y ha dado pie a numerosas recreaciones en la tradición clásica. La causa del insomnio no se revela explícitamente, pero algunos indicios literarios —el poeta en su desesperación se identifica con Orfeo; el dios Sueño se asimila en cierta medida a Mercurio— sugieren que el poeta está desvelado porque lamenta la muerte de su esposa. Si se acepta dicha interpretación, el sujeto estaría pidiendo del dios Sueño-Mercurio que le infunda, no sueño, sino la muerte. El tema de ambas composiciones (III 5 y V 4) es precisamente íntimo. Es decir, se mueven en la órbita personal (con un carácter, pues, más cercano a lo que modernamente entendemos por poesía lírica), sin ser vehículo de clientelismo literario.

Las «Silvas», testimonio amable de una época

En la medida en que los poemas de la colección conmemoran variadas ocasiones sociales, se han tomado como

un documento importante de la vida social de la época. Como bien comenta Michael von Albrecht, el objeto de las *Silvas* es «poetizar lo real» y su fuente básica «la realidad de la vida de entonces». Estacio nos habla de ambientes elegantes y del refinado gusto artístico de sus patronos —apenas hay cabida en las *Silvas* para personajes de humilde extracción ni para los ambientes sórdidos de Roma—, nos presenta importantes personajes de la época en contextos alegres o luctuosos (el mismo emperador Domiciano, el prefecto del pretorio, prohombres del rango ecuestre y senatorial). Las *Silvas* constituyen preciosos documentos sobre los rituales funerarios en Roma (en los epicedios, citados antes), la técnica de construcción de las calzadas romanas (IV 3), la celebración de las fiestas Saturnales (I 6), las villas de recreo de nobles ricos (I 3, II 2), el coleccionismo de arte (IV 6) o los juegos en el anfiteatro (II 5).

Estacio poetiza la realidad, sin que ello implique que proporcione una visión «realista», esto es, objetiva. Al contrario, en apoyo de la ideología auspiciada por el régimen imperial, el poeta transmite una visión amable, conseguida mediante el énfasis retórico y el componente mitológico. En la celebración de fiestas, parajes, objetos y sentimientos, Estacio acostumbra a compararlos con situaciones célebres del mito, con ejemplos de perfección de la naturaleza, llegando a la conclusión de que el objeto celebrado sobrepuja al correlato aducido. Así, los juegos atléticos organizados por Félix son más brillantes que los del circuito griego (III 1, 139-143), el afecto de un padre adoptivo es mayor que el de progenitores auténticos (V 5, 10-23), la labor constructora del hombre supera los atractivos de la naturaleza (II 2, 50-62, III 1, 167-170), el dolor por el óbito de un padre anciano vence al dolor por un hijo joven (III 3, 10-12, V 3, 64-79) y

Lucano es superior a Virgilio y a otros poetas clásicos (II 7, 75-80)

En ese contexto de idealización de la realidad se inscribe la exaltación de la figura del emperador. En las *Silvas* es posible documentar una actitud sistemática de culto imperial. Domiciano siempre se pinta como caudillo ideal: en su poderío militar es equiparado con Marte (I 1, 15-21), pero a la vez es piadoso con los enemigos vencidos (I 1, 26-28, III 3, 167-171), gestiona diligentemente todos los asuntos del Imperio (V 1, 76-82); en su modestia, rechaza halagos y triunfos (III 1, 170-171; IV 3, 33-35, 6, 83-84); vela rígidamente por la moralidad de sus súbditos (I 1, 36; III 3, 73-77; V 2, 91-94), por todo ello Estacio formula frecuentemente —*ad nauseam*, se diría— votos por su larga vida (I 1, 106-7; III 4, 99-106; IV 1, 46-47, 2, 57-59; 3, 145-152; V 1, 260-262) y le confiere entidad de un dios en la tierra (III 3, 183-184, V *pref.* 10).

Por otro lado, y en la misma línea de ensalzar la banal realidad, el mundo de las *Silvas* está lleno de alusiones mitológicas. Estacio tiene, como diría Jaime Gil de Biedma, «una imposible propensión al mito». Esta querencia por lo mítico se manifiesta mediante dos técnicas diferentes. Una posibilidad, más puntual, es el recurso a las comparaciones con personajes y hechos mitológicos. Los ejemplos son muy numerosos: en la *Silva* III 4, el eunuco de Domiciano es comparado con jovencitos legendarios, reputados por su belleza (III 4, 39-44), en III 3 (vv. 48-58), el padre de Claudio Etrusco, en su labor de servicio al emperador, es equiparado con Hércules y Apolo.

La segunda posibilidad, de mayor calado, consiste en la intervención divina en la anécdota del poema. Es común que Estacio introduzca hacia la mitad de una *Silva* un epilio (relato épico en miniatura) fantástico de carácter etiológico

(relativo a las causas y antecedentes del hecho narrado), con intervención estelar de un ser divino. En el epitalamio (I 2) Venus interviene para convencer a Violentila, la futura novia, sobre la conveniencia de su matrimonio. En el poema que conmemora la recuperación del prefecto Gálico (I 4) Asclepio y Apolo aseguran que el protagonista se cure. En la *Silva* III 1 el dios Hércules se aparece a Claudio Etrusco, instándolo a reconstruir su templete en ruinas, y el dios mismo colabora en los trabajos de restauración. En II 3 se explica el origen del árbol de Melior como consecuencia de la metamorfosis de una ninfa. En la composición III 4 es Asclepio el dios cirujano que realiza la operación de castración de Earino, con la ayuda de Venus como enfermera.

En algunas ocasiones se documenta la intervención divina en forma de *prosopopeya*: Estacio imagina a un dios tomando la palabra para pronunciar un elogio de un patrono o del emperador. Así, el héroe divinizado Curcio encomia a Domiciano (I 1, 74-83) y la musa Calíope a Lucano (II 7, 41-104); Jano, en un discurso que ocupa el grueso del poema, celebra el consulado del emperador y le vaticina todo tipo de venturas (IV 1, 17-42), y el dios-río Volturno agradece a Domiciano haber construido un puente sobre él, como parte de la Vía Domiciana (IV 3, 72-94). Esta técnica de la prosopopeya divina permite a Estacio dar rienda suelta al elogio hiperbólico y a la adulación.

Pervivencia de las «Silvas»

El caso del poeta Estacio demuestra con ejemplar claridad hasta qué punto dista el gusto moderno de la tradición antigua, medieval y renacentista. Su nombre es hoy bastante

desconocido. Sin embargo, fue muy apreciado hasta el s. xviii, especialmente por su producción épica, si bien aquí restringiremos el examen a la pervivencia de las *Silvas*.

Encuentra reconocimiento ya entre sus contemporáneos. Luego sufrió un declive en los ss. ii y iii, motivado por el gusto arcaizante de la época y quizá porque se le asociaba con Domiciano, un emperador de ingrata memoria. Durante los ss. iv a vii se tuvo en gran aprecio a las *Silvas*, que contribuyeron sustancialmente a configurar la poética y retórica de la poesía tardoantigua latina. Acusan la influencia de las *Silvas* poetas como Ausonio, Claudiano, Ennodio, Sidonio Apolinar, el anónimo autor de la *Alcestis Barcinonensis*, Draconcio y Paulino de Nola. Estos escritores ven en el poemario un modelo de subgéneros epidícticos como panegíricos, epitalamios, epicedios, descripciones y prefacios en p

Frente a la épica estaciana, que conoció una fértil transmisión manuscrita, las *Silvas* son poco conocidas durante la Edad Media, aunque algunos poemas como la II 7 y la V 4 circularon separadamente en florilegios. Parece que la colección fue conocida en la corte de Carlomagno. Dante (H1321), que probablemente no leyó las *Silvas* (aunque sí la *Tebaida)*, manifestó su clara devoción por el poeta incorporándolo como personaje en la sección *Purgatorio* (cantos 21-22) de la *Divina Comedia*, imaginando una supuesta conversión de Estacio al cristianismo. Por su parte, Boccaccio († 1375) imita la *Silva* V 4 («Al Sueño») en el capítulo V de su *Elegia di Madonna Fiammetta*.

Las *Silvas* fueron desempolvadas de su letargo medieval por el humanista italiano Poggio Bracciolini, que en 1417 descubrió en Suiza un manuscrito que las incluía. Encargó una copia, que hoy es el manuscrito *M*, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid. La edición príncipe, de autor anónimo, es de 1472. El humanista italiano Policiano (1454-1494) impartió clases sobre las *Silvas*, redactó un comentario que se nos ha conservado y dio el título de *Sylvae* a cuatro poemas propios. En la Italia de los ss. xv y xvi la colección proporcionó un socorrido modelo de poesía ceremonial de ocasión, muy demandada en las cortes principescas de la época.

En España, Juan de Arjona (1570-1603) recabó datos de las *Silvas* para componer una «Vida de Estaçio Papinio», con la que prologó su traducción de la *Tebaida*. Igualmente en España las *Silvas* sirvieron durante los ss. xvi y xvii como modelo de poesía ocasional y como acervo de motivos. Su presencia es detectable en Garcilaso, Juan Boscán, Francisco de Aldana, Fray Luis de León, Luis de Góngora, Francisco de Trillo y Figueroa, y Quevedo. De entre los subgéneros epidícticos, cultivaron el epitalamio Góngora *(Soledad* I 767-844) y Trillo y Figueroa. Escriben natalicios Fray Luis de León *(Oda* IV) y el mismo Trillo. Garcilaso toca el epicedio *(Égloga* I 239-405 y *Elegía primera)*. Algunos tópicos concretos procedentes de Estacio son: el tema de las ruinas, tan frecuente (como en la «Canción a las ruinas de Itálica» de Rodrigo Caro), procedente de *Silvas* IV 4, 79-86; el denuesto de la navegación (Fray Luis, *Oda* I 61-70, y Estacio, *Silvas* III 2, 61-77), los tópicos prologales que se documentan en la dedicatoria a Portocarrero de Fray Luis, inspirados en los prefacios de las *Silvas*, y el tema del insomnio, presente en la *Silva* V 4 e imitado por Quevedo en su silva «Al Sueño».

Sería necesaria una monografía entera para analizar las imitaciones de esa *Silva* V 4 de Estacio en diferentes épocas y literaturas nacionales: baste recordar las imitaciones de Boccaccio (ya aducida), Petrarca *(Rime* 164), Sir Philip Sidney *(Astrophil and Stella* 39), Henry Howard («A complaint

by night of the lover not beloved»), la silva ya citada de Quevedo, J. Dryden, J. Balde (*Lyrica* II 36, en latín) y Hölderlin («Abendphantasie»).

Además, el título de las *Silvas* tiene la importancia cultural de haber dado nombre técnico en España a dos nociones literarias. Por un lado, una Silva es una antología o compilación. Por otro, la silva métrica (o silva a secas) es la estrofa consistente en la combinación libre de versos heptasílabos y endecasílabos.

En el s. xviii las *Silvas* todavía encontraron aprecio en Goethe. Hay una cierta semejanza entre el ambiente neoclásico y aquel en que desarrolló Estacio su labor: en ambos entornos, dominados por el dirigismo cultural, se cultiva una poesía de corte y salón. En ese contexto, en la poesía neoclásica cobraron auge subgéneros epidícticos cultivados por Estacio, como el encomio del príncipe («Canción heroica» de J. A. Porcel), el epicedio social («A Silvio en la muerte de su hija» de A. Lista), el epicedio íntimo («A la muerte de Filis» de J. Cadalso), el *propemptikón* («A la expedición española para propagar la vacuna en América» de J. Quintana; «Un amante al partir su amada» de Jovellanos) o la descripción de parajes campestres («Epístola de Jovino a Anfriso, escrita desde el Paular» de Jovellanos). Cabe incluso recordar epitafios zoológicos, en la línea de las *Silvas* II 4 y II 5, como el «Epitafio a una perrita llamada Armelinda», de A. Porcel, y el «Epitafio» al perrito Jazmín, de J. P. Forner.

El aprecio de Estacio y de sus *Silvas* decae desde finales del s. xviii hasta hoy. Modernamente, y desde el Romanticismo, el lector de poesía tiene un concepto más subjetivo del género lírico. Por ello, las *Silvas* tienden a repeler a la sensibilidad actual: no se aprecia la poesía de encargo y ocasión, desagrada la adulación dirigida a un emperador despótico. Pero las *Silvas* son valoradas por la crítica moderna como documento de época y también como refinado exponente de la poética y retórica de las letras latinas en época imperial. El gran estudioso alemán de la filología clásica Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff elogió así a Estacio en 1893: *Et inveniendi sollertia et dicendi audacia quidquid post Ovidium Camenae tulerunt facile superat poeta semigraecus*, «Tanto por su dominio de la materia como por su audacia en el estilo este poeta medio griego destaca con creces sobre toda la literatura que las Musas romanas han producido tras Ovidio».

Gabriel Laguna Mariscal

SILVAS

LIBRO I

DEDICATORIA

Estacio saluda a su amigo Estela

He vacilado larga y seriamente, Estela, joven excelente y eminentísimo en esa parcela que has escogido[1] dentro de nuestro quehacer poético, antes de coleccionar y editar estas obritas que, frutos de un ardor repentino y de un cierto placer por la improvisación, <brotaron> una a una de mi seno. En efecto, ¿qué <necesidad había de> cargarme así mismo con la responsabilidad de la publicación, si aún temo por la *Tebaida*, que sigue siendo mía a pesar de haberme

[1] Se trata de la parcela de la elegía. Lucio Arruncio Estela era un poeta elegíaco, como puede verse en su epitalamio, compuesto por Estacio (*Silvas* I 2) y en los epigramas de Marcial, I 7 y VII 14. Gozó de notoriedad entre sus coetáneos, pero su obra nos es desconocida. Hombre público, realizó su carrera política bajo Domiciano y fue elegido cónsul en 101 ó 102, como atestigua la inscripción recogida en CIL VI, 1492 (cf. MARCIAL, XII 2, 9 y ss.).

dejado? Sin embargo, también leemos el *Cúlex*[2], e incluso admitimos la *Batracomaquia*[3], y no hay ningún poeta ilustre que no haya hecho preceder sus obras por algún escrito de estilo más relajado. Por otra parte, era tarde para retener mis poemas, puesto que, de hecho, ya los teníais en vuestro poder aquellos en cuyo honor han sido escritos. Para los demás lectores, sin embargo, es inevitable que pierdan mucho de su justificación, ya que no conservan el único encanto que tenían, el de la frescura, porque en ninguno de ellos he trabajado más de dos días, y algunos nacieron en uno solo. ¡Cuánto temo que mis versos muestren por sí mismos la verdad de mi aserto!

El primer poema tiene un testigo sagrado, ya que era de rigor comenzar por Júpiter[4]. Esos cien versos, compuestos a propósito de su colosal estatua ecuestre, se me encargó que los entregara al más indulgente de los emperadores al día siguiente de la dedicación del monumento. «Quizá lo viste antes», podrá decirme alguien. Tú le contestarás, queridísimo Estela, porque sabes que tu epitalamio, por encargo tuyo, lo escribí en dos días, es un atrevimiento, desde luego, si bien consta de trescientos hexámetros[5]. Ahora bien, alguien puede suponer que tú vas a decir una mentira para dejar en buen

[2] Obra menor atribuida a Virgilio. Su título significa «el mosquito».

[3] Poema épico-cómico atribuido a Homero. Suele denominarse «Batracomiomaquia», esto es, «combate de ratones y ranas»), pero Estacio le da el nombre de «Batracomaquia» (combate de las ranas), que aparece en diversas biografías de Homero, quizá como resultado de una haplología.

[4] Nombre otorgado al emperador Domiciano, identificándole con el padre de los dioses.

[5] Hay aquí un pequeño juego de conceptos: en apariencia, el autor resta importancia a la rapidez de su improvisación, ya que el poema está compuesto en hexámetros y no en otro metro más complicado y difícil. Sin embargo, está claro el orgullo que sentía por su fecunda facilidad creativa.

lugar a un colega tuyo; pero lo que no admite dudas es que Manilio Vopisco[6], hombre lleno de erudición y que, por encima de todo, defiende del olvido las letras, ya en peligro de abandono, suele también gloriarse en mi nombre por la descripción que en un solo día hice de su villa de Tívoli. Viene a continuación una composición dedicada a la convalecencia de Rutilio Gálico[7]; de ella no digo nada, para que no parezca que aprovecho para mentir la circunstancia de que mi testigo haya muerto. Sí poseo el testimonio de Claudio Etrusco[8], que está vivo, y recibió de mí el poemita que dediqué a sus baños mientras esperábamos la cena[9]. Figuran, por último, las calendas de diciembre, que hallarán crédito sin lugar a dudas, porque canté aquella noche venturosa, sin precedentes en las celebraciones populares, <a medida que se iban desarrollando los festejos> ***[10]

[6] Publio Manilio Vopisco, poeta y erudito, cuyo hijo fue cónsul en el año 114.

[7] Gayo Rutilio Gálico, personaje procedente de Turín (Galia Cisalpina), que realizó su carrera política bajo los emperadores que se sucedieron desde Claudio a Domiciano. Fue prefecto de Roma en el año 89. Murió, no más tarde, en el 92, fecha en que fue elegido quien debía sucederle en el colegio de los *Sodales Augustales Claudiales* (v. CIL VI, 1984).

[8] Hijo de un liberto de Tiberio, personaje inmensamente rico, que construyó unos baños espléndidos, probablemente en el Campo de Marte. MARCIAL (VI 42) ensalza también aquellas fastuosas termas.

[9] Esto es, que el poema fue compuesto en un breve lapso de tiempo: después de disfrutar del baño y antes de comenzar la cena.

[10] Falta el resto.

1

LA COLOSAL ESTATUA ECUESTRE DEL EMPERADOR DOMICIANO

¿Qué mole es ésta, agigantada por el coloso que se alza sobre ella y que domina todo el Foro Latino? ¿Ha llovido del cielo esta obra acabada? ¿O, forjada en las fraguas sicilianas, ha salido esta efigie de las manos cansadas de Estéropes y Brontes[12]? ¿O fueron, Germánico[13], las manos de Palas[14] las que para nosotros te plasmaron asiendo las

[11] Probablemente se trata de la misma estatua triunfal de que nos habla Suetonio (*Vida de Domiciano* 15). El monumento no se ha conservado, pero sí se ha hallado, mediante excavación, parte de su desmesurado basamento, de casi 12 por 6 metros. Los soportes metálicos que servían de apoyatura a las patas del caballo permiten calcular que éste tenía un tamaño seis veces superior al natural. La estatua se nos describe también en Marcial, VI 13, y IX 43 y 44, así como en el propio Estacio, *Silvas* IV 6.

[12] Nombres de dos cíclopes. Sus manos cansadas, porque la obra superior a una empresa ciclópea, podría haber fatigado a los propios cíclopes, de haber sido ellos sus artífices

[13] Sobrenombre que asumió Domiciano después de su triunfo del año 83 sobre los catos, pueblo de Germania

[14] Palas (Minerva) no sólo presidía la fabricación de las armas, sino también la industria y las artes del bronce.

tiendas, tal como te han contemplado hace poco el Rin y la mansión fragosa del asombrado dacio[15]?

Sea que una tradición más venerable se pasme ante el renombre, famoso por los siglos, del caballo de Troya, para el que se amenguaron, con la tala de sus bosques, las sacrosantas cumbres del Díndimo y del Ida[16]. Pero a éste no habría podido darle acogida Ilión en sus rotas murallas, ni serían capaces de impulsarlo mancebos y doncellas[17] en confusa bandada, ni el propio Eneas, ni el poderoso Héctor[18]. Aquél, por otra parte, era dañino y ocultaba en su seno a los fieros aqueos, a éste lo recomienda la benignidad de su jinete: da gozo contemplar su rostro, que presenta las huellas de la guerra unidas a una plácida expresión de paz.

Y nadie crea que exagero: su belleza y su prestancia corren parejas con su dignidad. No es mayor la altivez con que, tras el combate, lleva a Marte su corcel tracio[19], que se enorgullece de su pesada carga y, lanzado al galope, humea a lo largo del río Estrimón[20], que acelera su curso, a impulso de su aliento poderoso.

El emplazamiento es digno de la obra. De un lado, frente a ella, abre sus puertas el templo de aquel que, cansado de contiendas, por la ofrenda de su hijo adoptivo, fue el primero

[15] Alude a las campañas de Domiciano en el año 89 contra los catos y los dacios, que le valieron un doble triunfo.

[16] Dos montes situados en Frigia (donde se asentaba Troya), en los cuales se rendía culto a Cibele, madre de los dioses.

[17] Alusión a VIRGILIO, *Eneida* II 238.

[18] Héctor había sucumbido con anterioridad al episodio del caballo de Troya.

[19] El culto de Ares (dios de los griegos asimilado por los romanos a Marte) comenzó entre los tracios, pueblo eminentemente belicoso, y Homero consideraba a Tracia la patria del dios.

[20] Río de Tracia.

en mostrar a nuestros dioses el camino de las alturas[21], y ahora comprende por tu semblante cuánto más clemente en las batallas eres tú, que, no proclive a ensañarte frente a la furia bárbara, concedes un tratado a los catos y a los dacios. Si tú hubieras acaudillado sus huestes[22], su yerno[23] se habría sometido a tus leyes y Catón[24] habría abandonado la contienda.

Contemplan tu andadura, a los costados, de un flanco la obra de Julio[25] y del otro la elevada basílica del belicoso Paulo[26], miran tu espalda tu padre[27] y la Concordia con rostro cariñoso.

Y tú, sumida tu cabeza excelsa en los puros cielos, resplandeces por encima de los templos y pareces vigilar si el nuevo Palacio se alza más hermoso desdeñando las llamas[28]

[21] El templo dedicado a Julio César, que fue divinizado por iniciativa de Augusto, su hijo adoptivo; «nuestros dioses» son los emperadores deificados que le siguieron.

[22] Se trata de las huestes de César en la guerra civil contra Pompeyo.

[23] Pompeyo, yerno de César.

[24] Catón Uticense, ferviente partidario de Pompeyo.

[25] La basílica Julia, cuya construcción fue comenzada por César y concluida por Augusto.

[26] La basílica Emilia, restaurada en 78 a. C. por Marco Emilio Lépido y en 55 a. C. por Lucio Emilio Paulo Lépido. Su nombre primitivo fue el de basílica Fulvia, porque había sido construida en 179 por Marco Fulvio Nobilior. El belicoso Paulo a quien aquí se refiere el poeta es Lucio Emilio Paulo el Macedónico, vencedor de Perseo, rey de Macedonia, en 168. El anacronismo es, sin duda, deliberado, dado que aquel personaje fue el más ilustre de la familia Emilia y padre de Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Numantino, adoptado por el hijo del primer Africano y vencedor de Cartago (en la tercera guerra Púnica) y de Numancia.

[27] Vespasiano, cuyo templo, como el de la Concordia, se hallaba detrás de la estatua.

[28] El palacio suntuoso que elevó Augusto en el monte Palatino había sido afectado por el incendio provocado por Nerón en 64 d. C. Vespasiano

y si el fuego troyano vela calladamente con su antorcha y si Vesta ya aprueba, tras su juicio, a sus sacerdotisas [29].

Tu diestra se opone a las contiendas; no doblega tu siniestra el peso de la virgen Tritonia [30], que ostenta la cabeza cortada de Medusa [31], la diosa parece espolear a tu caballo; en parte alguna podría escoger sede más grata, ni siquiera si fueras tú, oh padre de los dioses, quien la sustentara.

---

emprendió su restauración, que continuó Tito y concluiría Domiciano. Por ello cambió su nombre anterior de *Domus Augustiana* por el de *Domus Flavia* o *Palatina* o bien, simplemente, *Palatium* (ver III 4, 47, y IV 2, 18; MARCIAL, VII 56, 1, VII 99, 3, VIII 36, 3; VIII 39; IX 11, 8, XII 15, 1, SUETONIO, *Domiciano* 15).

[29] El fuego troyano, esto es, el fuego inextinguible de Vesta, diosa protectora del hogar familiar y también de la ciudad, hogar común de los ciudadanos, había sido traído de Troya por Eneas, fundador de la nueva Troya, es decir, de Roma (con las etapas intermedias de Lavinio y Alba Longa). Domiciano, como sumo pontífice, era el responsable de que las vestales mantuvieran el fuego sagrado y guardaran su voto de castidad. Por no cumplir su voto, Domiciano condenó a muerte a tres de ellas (v. SUETONIO, *Domiciano* 8; DIÓN CASIO, LXVII 3; PLINIO, *Epístolas* IV 11).

[30] Minerva (entre los griegos, Atena o Palas) nació de la cabeza de Júpiter con la mediación de Vulcano, que, a requerimiento de su padre, le asestó en ella un vigoroso martillazo. El episodio tuvo lugar a orillas del mar, y de ahí esta advocación marítima de la diosa doncella, puesto que Tritón era una deidad marina. La diestra de la efigie de Domiciano se elevaba en actitud pacificadora. En el antebrazo siniestro embrazaba un escudo que ostentaba en relieve la imagen de Minerva, quien, según el poeta, a pesar de su condición de diosa de la guerra, no infundía belicismo al emperador. Nótese, en todo el poema, la habilidad servil con que Estacio disfraza de pacifismo los fracasos bélicos de Domiciano.

[31] En la égida de Minerva solía representarse la cabeza de la Górgona Medusa, porque Perseo, después de decapitar a aquel horrible ser, ofrendó a la diosa su trofeo, capaz de petrificar a quien afrontara su mirada.

Tu pecho, que podría acabar con todos los cuidados del mundo, ha agotado por entero las minas de Témese [32]. De tus hombros pende la clámide. Tu costado se encuentra guarnecido con tu espada envainada, envainada, aunque su punta es tan temible como la del gigantesco Orión [33], que amenaza a las noches de invierno y espanta a las estrellas.

Y tu corcel, que copia el porte y el nervio de un caballo viviente, alza con altivez su testa y muestra el deseo de galopar; en su cuello gallardo se yerguen las crines; se trasluce en sus miembros el ímpetu vivaz y sus amplios ijares se muestran dignos de tus espuelas. En vez del césped de una tierra inane, su pezuña de bronce huella las ondas del Rin sometido. Su presencia habría espantado a Arión, el caballo de Adrasto [34] y al contemplarlo desde su templo cercano se atemoriza Cílaro, el palafrén del hijo de Leda [35]. Fiel a tu freno, nunca obedecerá a las riendas de otro amo: siempre estará sujeto a un mismo astro.

El suelo apenas puede sostenerte y jadea a tus plantas la tierra al ser hollada por tal mole. No es el hierro ni el bronce: es tu genio el que fatiga el suelo, y lo fatigaría aun

---

[32] Ciudad del sur de Italia, en cuyas cercanías se explotaban unos importantes yacimientos de cobre.

[33] Gigante cazador, metamorfoseado por Diana en constelación (v. OVIDIO, *Fastos* V 493).

[34] Uno de los siete caudillos de Argos que dirigieron su ataque contra Tebas. En cuanto al nombre de su caballo, Arión, es el mismo que ostentaba el que Neptuno hizo surgir de la tierra, golpeándola con su tridente, como ofrenda al Ática, y que fue preterido al olivo, el don de Minerva.

[35] Los hijos de Leda fueron los Dioscuros (Cástor y Pólux); su templo se erguía en el Foro, muy cerca de la estatua ecuestre de Domiciano, y estaba coronado por una representación del caballo Cílaro, que servía de montura alternativamente a los dos gemelos *(Gemini)*, cuyos astros respectivos se turnan en el cielo.

cuando fuera un pedestal eterno el que te sustentara, soportando las cumbres de una montaña alzada sobre él, o resistiendo la fuerza abrumadora de las rodillas de Atlante, portador del cielo.

Y no ha sido largo el empeño. El propio dios[36] presente en su hermosura, ha dado impulso a la obra y los jóvenes, consagrados al trabajo, se sorprendían al ver cómo se multiplicaban sus manos. A su impulso, resonaba la grúa gigantesca, el estrépito se extendía sin cesar por las siete colinas de Marte[37] dominando los rumores confusos de la populosa Roma.

El propio guardián de aquel paraje, cuyo nombre inmortal[38] perpetúan el sagrado abismo y el lago famoso, al oír el infinito resonar del bronce y el mugido del Foro al golpe vigoroso, vuelve su rostro, áspero por la pátina sacra, y ceñidas sus sienes venerables de follaje de encina bien ganado. Al pronto, se espantó ante la planta gigantesca y el refulgente brillo de tu caballo, más corpulento que el suyo, y, estremecido, sumergió en el lago por tres veces su cuello altivo;

[36] Esto es, Domiciano

[37] Marte padre de Rómulo y Remo, es considerado como el fundador de la urbe.

[38] El nombre de Curcio. Se cruzan aquí dos leyendas: la de Mecio Curcio, héroe sabino del siglo VIII a. C., que dio nombre a una ciénaga que ocupaba el emplazamiento del futuro Foro Romano, y la de Marco Curcio, que, en el siglo VI a. C., se inmoló voluntariamente por sus conciudadanos, arrojándose a una profunda sima abierta en el Foro, que sólo podía cerrarse mediante el sacrificio de lo más valioso que tuviera el pueblo romano. Marco Curcio, cuya estatua ecuestre se elevaba en el Foro, era objeto de culto (v. OVIDIO, *Fastos* VI 403), como salvador de los ciudadanos romanos. El autor se inspira en la *Eneida* VIII 31 y ss., y pasa por alto la circunstancia de que la charca había sido desecada mucho tiempo atrás; por este procedimiento, al margen del tiempo, vincula su adulación a Domiciano con las más antiguas y heroicas tradiciones.

luego, dichoso ante la visión del jinete, proclamó: «salud, hijo y padre de poderosos dioses[39]. Desde hace tiempo tenía noticia de tu divinidad; ahora es bienaventurado mi lago, ahora es venerable, pues me ha sido dado conocerte de cerca y contemplar, desde mi sede próxima, tu inmortal resplandor. Yo procuré y hallé por una sola vez la salvación de los hijos de Rómulo. Tú dominas las gestas de Júpiter, tú las guerras renanas, tú los impíos conflictos civiles, tú, en prolongada lucha, dominas la montaña reacia a los tratados[40]. Si tú hubieras vivido en nuestros tiempos, mientras yo vacilaba, habrías intentado sumergirte en la profunda charca, pero la propia Roma habría retenido tu montura».

Atrás el corcel que yergue su estampa en su emplazamiento del Foro Juliano, frente al templo de Dione latina[41], el caballo que, dicen, Lisipo, te atreviste a esculpir para honra del héroe de Pela, y que luego sostuvo con testa orgullosa la efigie de César. Sin esforzar los ojos resalta la altura de

[39] Domiciano era hijo del divino Vespasiano y padre de un divino César que murió.

[40] «Las gestas de Júpiter» (cf. *infra*, I V, n. 174), la guerra contra Vitelio (año 69), en que se incendió el templo de Júpiter en el Capitolio (SUETONIO, *Domiciano* 1, TÁCITO, *Historias* III 74; ESTACIO, *Tebaida* I 22). «Las guerras renanas»: la campaña contra los catos en el año 83 y posteriormente en 88-89. «Los impíos conflictos civiles»: sublevación de Antonio Saturnino (88-89). «La montaña...»: sumisión del territorio agreste e indómito de la Dacia (85-89).

[41] Dione era una ninfa, amada de Júpiter, que fue madre de Venus. Por metonimia, varios poetas griegos y latinos (Teócrito, Virgilio, Ovidio, Estacio y otros) aplican su nombre a la diosa Venus. Aquí se trata del templo de Venus Genetrix, situado frente a la estatua ecuestre de César. Dicha efigie parece que fue obra de Lisipo, artífice helenístico que representó a Alejandro Magno (nacido en la ciudad macedónica de Pela) sobre su célebre caballo Bucéfalo. La cabeza del caudillo macedón se había sustituido, al parecer, por la de Julio César.

donde un caballo al otro contempla. ¿Quién sería tan torpe que no confesara al mirarlos que, cuanto difieren los brutos, difieren quienes los gobiernan?

Tal obra no teme al invierno pluvioso, ni al triple haz de rayos de Júpiter, ni a las legiones de vientos que Éolo retiene, ni a la injuria durable del tiempo: seguirá enhiesta mientras duren la tierra y el cielo y la gloria de Roma. Y aquí, al amparo de la noche silente, cuando los dioses de lo alto se complacen en las cosas de la tierra, la turba de los tuyos[42], abandonando el cielo, descenderá a abrazarse en torno a ti; y acudirán con ellos a ese abrazo tu hijo y tu hermano y tu padre y tu hermana: tu cuello acogerá a todos los astros[43].

Goza por siempre de esta ofrenda que te brindan el pueblo y el egregio senado. Los colores de Apeles habrían deseado retratarte; el anciano ateniense[44] habría aspirado a levantar tu efigie, a ésta semejante, en un nuevo templo de Júpiter Eleo, la plácida Tarento habría preferido tu semblante[45] y la indomable Rodas, menospreciando a Febo[46], habría preferido tu mirada que imita el fulgor de los astros.

Así ames, fiel, la tierra, y habites en los templos que te hemos consagrado, no te dejes ganar por la estancia celeste y contempla, dichoso, cómo ofrendan tus nietos el incienso ante este monumento.

---

[42] Esto es, de los dioses.

[43] Es decir, a todos los dioses, entre los que se encuentran los parientes de Domiciano divinizados y metamorfoseados en astros.

[44] Denominación de Fidias.

[45] Se entiende «al semblante de Zeus», cuya inmensa efigie, esculpida por Lisipo, se alzaba en el ágora de Tarento.

[46] El célebre Coloso de Rodas, una de las siete maravillas, estaba dedicado a Febo.

2

EPITALAMIO EN HONOR DE ESTELA Y VIOLENTILA[47]

¿Por qué han resonado los montes del Lacio con un canto sacro? ¿Para quién, Peán[48], pulsas un plectro nuevo y el marfil armonioso suspendes de tu hombro, en que tu cabellera se derrama? He aquí que las Musas abandonan el Helicón canoro[49] y agitan en sus nueve antorchas la llama ritual del himeneo, trayendo de sus fuentes de Pieria[50] la linfa rumorosa. Entre ellas, la Elegía[51] se aproxima, impulsiva, con mayor altivez que de costumbre, dando prisa a las Musas, marchando de una a otra para afianzar sus pasos, e intenta aparecer como la décima, y confundida entre las nueve hermanas, las engaña. La madre de Eneas[52], en persona, ha traído de la mano a la desposada, que abate sus pupilas y enrojece con dulce candidez. Y es ella quien prepara el tálamo y las sagradas ceremonias y, ocultando su divinidad

---

[47] Para la personalidad de Estela, ver n. 1. En cuanto a su esposa Violentila, sólo nos es conocida por este epitalamio y por media docena de epigramas de Marcial.

[48] Uno de los nombres de Apolo, tañedor del plectro de marfil como homenaje en las bodas de Estela y Violentila.

[49] El monte Helicón, en Beocia, estaba consagrado a Apolo y a las nueve Musas.

[50] Región de Macedonia donde residían las Musas.

[51] Personificación de la poesía elegíaca, ya que Estela cultivaba dicho género.

[52] Venus.

en medio del cortejo de mortales del Lacio, atenúa el esplendor de su cabello, de su faz, de sus mejillas, en su deseo de mostrarse menos bella que la recién casada.

Ya sé qué día es éste y cuál es el motivo de tal celebración: es a ti —abre las puertas—, es a ti, Estela, a quien canta ese coro, es a ti a quien aportan sus guirnaldas Febo y Euhan[53] y la deidad alada de la Arcadia que llega de las sombras del monte Ménalo[54].

El tierno Amor y la Gracia no cesan de derramar sobre ti flores sin número y una nube de aromas cuando abrazas los níveos miembros de tu esposa ansiada. Tú en tu frente recibes las rosas o los lirios que se entretejen con las violetas y proteges la faz como la nieve de tu dueña.

Llegaba, pues, el día, señalado por el blanco vellón de las Parcas, en que debía proclamarse el canto de himeneo en favor de Estela y Violentila. Queden atrás cuidados y temores; que callen las malicias insidiosas de un poema mendaz, y tú, murmuración, guarda silencio[55]. Se ha sometido a la ley, admitió el freno la licencia amorosa. Se ha terminado ya el rumor del vulgo, los besos tanto tiempo criticados han salido a la luz. Sin embargo, ofuscado, aunque se te ha brindado la ventura de una noche tan bella, aún vacilas entre el deseo y el temor ante una recompensa que se te ha

[53] *Euhan* era uno de los gritos que proferían las bacantes en sus celebraciones. De ahí, por una metonimia debida a la interpretación del alarido como un vocativo, se aplica ese nombre al dios Baco, que poseía a las bacantes y a quien éstas invocaban con su grito.

[54] Monte de Arcadia donde existía un templo consagrado a Hermes; ésta es la divinidad alada a que se alude.

[55] Había circulado un poema que trataba acerca de unas aventuras amorosas de Estela, poema que había dado pábulo a los rumores públicos (v. MARCIAL, VI 21, 3 y ss.).

concedido por el favor divino. Depón, dulce poeta, tus suspiros. Olvídalos: es tuya. Puedes ir y venir por su puerta, expuesto a las miradas, con paso no furtivo: ya no habrá portero, ni ley, ni pudor que te lo impida. Sáciate al fin del ansiado abrazo —¡es tuya!— al tiempo que recuerdas tus noches de tormento.

Sería, sin duda, digna recompensa, aunque Juno te impusiera los trabajos de Hércules, aunque el destino te obligara a competir con los monstruos estigios, aunque te vieras arrastrado en medio de las mareas entre las islas Cíaneas[56]. Por ella valdría la pena correr, tembloroso, bajo las condiciones dictadas en Pisa, escuchando a la espalda los aullidos de Enómao[57]. Ni siquiera obtendrías dádiva semejante aun cuando, pastor temerario, asentaras tu sede en el Ida dardanio[58], ni si la bienhechora Titonia[59] hubiera deseado arrebatarte, para llevarte por los aires en su biga.

Pero ¿cuál es la causa que ha traído esta unión, inesperado gozo del poeta? Dímelo aquí conmigo, dulce Érato[60], mientras las puertas y el atrio hierven de gentío y mientras tantos

[56] Otro nombre de las legendarias Simplégades, dos supuestos islotes movedizos que, en el acceso al Ponto Euxino, se separaban y se aproximaban de nuevo para atrapar y destrozar las naves.

[57] Enómao, rey de Pisa (ciudad de la Élide próxima a Olimpia), era el padre de Hipodamía, a cuyos pretendientes sometía a la prueba de una carrera de carros. Si en ella resultaban vencidos, lo pagaban con su cabeza.

[58] Paris, hijo de Príamo, rey de Troya, pastoreaba los ganados de su padre en el monte Ida. Fue elegido como juez en la disputa por la manzana de la Discordia, premio a la belleza, entre Juno, Minerva y Venus. Concedió el galardón a esta última, quien, en recompensa, le otorgó el amor de Helena, la más bella de las mortales. Tal fue el origen legendario de la guerra de Troya.

[59] La Aurora, esposa de Titono.

[60] Musa de la poesía erótica.

fasces[61] golpean el umbral. Estoy dispuesto a suscitar tan oportuna charla, y esta docta morada sabe escuchar.

Una vez, donde se extienden las regiones lácteas del sereno cielo, la bienhechora Venus, cuando la noche acababa de huir, reposaba en su lecho, liberada del abrazo rudo de su amante gético[62]. Una multitud de Amores se agolpaba en torno a las columnas y a los colchones del lecho de la diosa, pidiéndole instrucciones: ¿qué antorchas debían llevar? ¿qué pechos tenían que traspasar? ¿quería que se ensañaran en la tierra o en las aguas? ¿que implicaran a los dioses? ¿que se atrevieran a atormentar al divino Tonante?

La diosa todavía no había resuelto nada, no abrigaba en su corazón un deseo concreto. Yacía, fatigada, sobre el lecho en que antaño, culpable, se dejó sorprender en el lazo del amante de Lemnos[63].

Entonces, uno de los niños de su corte de seres alados, aquel en cuyo rostro resplandecía la luz más viva y cuya presta mano nunca había fallado el blanco de su flecha, la interpeló dulcemente desde la fila con su tierna voz, en tanto sus hermanos, la aljaba al hombro, guardaban silencio: «Sabes, madre —le dijo— cómo mi diestra no cede ante ninguna empresa: todo mortal, toda deidad que me encomendaste, se abrasa. Pero por una vez, permite, oh madre, que nos conmovamos ante las lágrimas, las manos suplicantes, los votos y los ruegos de los hombres, porque no hemos sido forjados de duro acero, sino que somos tu prole.

[61] Los *fasces* de los lictores que precedían, abriéndoles paso, a los numerosos magistrados que en esta ocasión acudían a dar el parabién a Estela.

[62] Marte (gético, es decir, tracio).

[63] Vulcano, que creció en aquella isla del Egeo.

Hay un joven, nacido de una ilustre familia latina, hijo de antepasados patricios, a quien la Nobleza alzó, jubilosa, y, como un presagio de su donosura, se apresuró a brindarle un sobrenombre tomado de nuestro cielo[64]. Yo, malicioso, porque a ti te era grato, lo traspasé un día con una lluvia de saetas, dejando vacía mi aljaba. Y aunque muchas matronas de Ausonia[65] lo ansiaban con fervor como yerno, lo sujeté, después de vencido, y lo obligué a esperar por luengos años hasta que sucumbiera al yugo de una dueña irresistible. En cuanto a ella, apenas la he tocado —indulgente, porque así lo querías— con el extremo de mi antorcha y con un tiro de arco poco tenso. Soy testigo asombrado, desde entonces, de la llama indomable que reprime el angustiado joven y de la intensidad de mis embates, que soporta noches y días. A nadie, madre, he atormentado nunca con más crudeza; a nadie he traspasado con heridas más incesantes. He visto a Hipómenes[66] correr, ansioso, en liza despiadada, y no era tal su palidez al llegar a la meta, he visto también los brazos del joven de Abidos[67] cuando rivalizaban con los remos, he aplaudido a sus manos y a menudo le he mostrado mi luz mientras nadaba: era menor su ardor, aunque entibiaba el mar embravecido: tú, joven, has sobrepasado los amores célebres. Yo mismo me he admirado de que hayas resistido en medio de un fuego tan intenso y he afianzado tu constancia y con mis suaves plumas he enjugado el llanto de tus ojos.

[64] Juego de palabras con el sobrenombre de Estela.

[65] Nombre poético de Italia.

[66] Enamorado de Atalanta, compitió con ella en la carrera. Si no la aventajaba, moriría. Al salir victorioso, obtuvo su amor.

[67] Leandro, amante de Hero, que, para reunirse con ella, atravesaba a nado todas las noches el estrecho de los Dardanelos desde Abidos, en Asia, hasta Sestos, en Tracia, donde Hero era sacerdotisa de Venus.

¡Cuántas veces se me ha quejado Apolo de que su poeta penara hasta ese extremo! Concédele ya, madre, el tálamo que ansía. Él es nuestro aliado y nuestro fiel portaestandarte; habría podido cantar las hazañas guerreras y las claras acciones de los héroes y los campos surcados por ríos de sangre; pero es a ti a quien consagró su plectro: prefirió señalarse como vate pacífico y entretejer su lauro con nuestro mirto. Así ha cantado las debilidades de los jóvenes y las heridas propias y ajenas. ¡Ah! ¡qué profunda es, madre, su devoción por la diosa de Pafos[68]! Él ha llorado el funesto destino de nuestra paloma[69]. Así dijo y, mimoso, se colgó del suave cuello de su madre y acercando sus alas dio calor a su pecho. Ella, prestando oídos a sus fervientes súplicas, respondió: «Es sublime, en verdad, y poco usual entre los hombres —incluso entre los que gozan de mi favor— el afán de este joven amado de las Piérides[70]. En cuanto a ella, yo, prendada del esplendor sin par de su belleza, pareja con la gloria de sus antepasados y la prez de su estirpe, cuando descendió al mundo la acogí, la protegí en mi seno, y mi mano, hijo mío, no cesó de embellecer su cuello y sus mejillas ni de ungir sus cabellos con aceite de amomo. Ha salido a mi imagen su dulzura. Contempla, aun de lejos, la prestancia de su frente y el tocado de su cabello. Juzga en cuánto aventaja a todas las madres del Lacio, cómo eclipsa a las Ninfas la virginal progenie de Latona[71] y cómo yo supero a las Nereidas. Habría sido digna de nacer a mi lado

[68] Pafos, ciudad chipriota, célebre por su culto a Venus.

[69] Estela lloraba en uno de sus poemas la muerte de la paloma de Violentila, a la manera de CATULO, 3, llorando la del pajarito de Lesbia.

[70] Las Musas. Una de las varias tradiciones acerca de su origen las hace hijas de Piero.

[71] Diana, hija de Latona.

de las azules aguas y de ocupar mi concha[72], y si hubiera podido ascender hasta las moradas pobladas de estrellas y penetrar en nuestras estancias, vosotros mismos, Amores, la confundiríais conmigo. Aunque le he concedido con largueza bienes copiosos, en su pecho domina las riquezas. Lamento que los chinos, en su avaricia, exploten solamente unos bosques estrechos[73]; lamento que escaseen los retoños de Clímene[74], que las verdes hermanas no prodiguen sus lágrimas[75] y que sean ya pocos los vellones que se tiñen de rojo con el tinte sidonio[76], y escasos los cristales que se hielan entre nieves perpetuas[77]. Para ella he dispuesto que discurran el Hermo y el Tajo[78] sobre dorada arena, que aún para su ornato no es bastante; para ella di orden a Glauco y a Proteo y a todas las Nereidas de buscar los collares de la India[79]. Si tú la hubieras visto, Febo, por los campos tesalios,

[72] Venus, nacida de la espuma del mar, tuvo como primera cuna una gran concha marina.

[73] Se creía que los chinos hilaban la seda extrayéndola de los árboles (v. VIRGILIO, *Geórgicas* II 121, ESTRABÓN, XV 693, PLINIO, *Historia Natural* VI 54).

[74] Clímene, madre de Faetón, lloró largamente la muerte de su hijo, que había robado el carro del Sol y cayó envuelto en llamas. Sus lágrimas dieron nacimiento al ámbar.

[75] Según una variante de la anterior leyenda, fueron las lágrimas de las hijas de Clímene y del Sol (Helios, Febo), metamorfoseadas en álamos (las verdes hermanas), las que se tornaron gotas de ámbar (v. OVIDIO, *Metamorfosis* II 333 y ss.).

[76] Es decir, con la púrpura.

[77] Tal se creía que era el origen del cristal de roca. Todo ello (seda, ámbar, púrpura y cristal) es demasiado poco para ofrendarlo a Violentila.

[78] El Hermo (río de Lidia) y el Tajo tenían arenas auríferas.

[79] Glauco, Proteo y las Nereidas (hijas de Nereo) eran divinidades marinas a quienes Venus había encomendado la búsqueda de perlas para Violentila.

Dafne[60] habría vagado sin peligro. Si se hubiera mostrado en la costa de Naxos junto al lecho de Teseo, incluso Euhan[61] habría huido, dejando abandonada a la beldad de Cnosos[62]. Y si Juno no me hubiera reprimido con sus constantes quejas, Júpiter, señor infiel de las alturas, por ella habría asumido plumas y cuernos y sobre ella se habría derramado en lluvia de oro puro[63]. Pero será entregada al joven por quien tú abogas, hijo, mi potestad suprema: por mucho que ella niegue, en su tristeza, su voluntad de entrega a un nuevo yugo[64], ya he notado que cede y corresponde a la pasión del joven».

Tras estas palabras, la diosa alzó sus celestiales miembros, traspuso la magnífica puerta de su alcoba y reclamó sus cisnes del Eurotas[65] para embridarlos. Amor los sometió a las riendas y se sentó al timón, ornado de piedras preciosas, conduciendo, a través de las nubes, a su madre dichosa. Ya se muestra el alcázar troyano del Tiber[66]: su recinto excelso

[60] Ninfa cuya extraordinaria hermosura cautivó a Febo, y que fue convertida en laurel por su padre, el dios del río Peneo, en Tesalia. Tal metamorfosis la libró de la pasión del dios (v. Ovidio, *Metamorfosis* I 452 y ss.).

[61] Cf. *supra*, n. 53.

[62] Ariadna, hija de Minos, rey de Cnosos, después de facilitar a Teseo la salida del Laberinto, huyó con él a Grecia. En la isla de Naxos, mientras dormía, Teseo la abandonó. Venus la compensó dándole por esposo a Baco (*Euhan*).

[63] Esto es: Venus habría infundido el amor por Violentila en el pecho de Júpiter, que, para conquistarla, habría repetido sus tres metamorfosis: en cisne, para cautivar a Leda, en toro, para raptar a Europa, en lluvia de oro, para fecundar a Dánae.

[64] Violentila había estado casada anteriormente.

[65] El valle del Eurotas, en Laconia, era famoso por su cría de cisnes. Estas aves servían de tiro al carro de Venus.

[66] Roma, la nueva Troya.

deja ver sus fulgentes moradas y los cisnes, gozosos, tributan el aplauso de sus alas a la mansión ilustre. Es una sede digna de una diosa y que no desmerece de los astros radiantes: allí el mármol de Libia y el de Frigia, allí verdean las duras piedras de Lacedemonia, allí refulgen el ónice variante y la piedra color del mar profundo y la que envidiar suelen la púrpura de Esparta y el tintorero experto con los calderos tirios. Se yerguen las techumbres, sustentadas por columnas sin número, y las vigas de roble resplandecen con sus tachones del metal dalmático[67]. Las sombras que proyectan los árboles añosos detienen los ardores del sol, fontanas transparentes viven entre los mármoles. Y la naturaleza no observa sus contrastes: siente aquí frío Sirio[68], el invierno se entibia y las moradas templan los cambios de estaciones. La bienhechora Venus se regocijó a la vista de la residencia de su poderosa protegida[69], tal como si arribase desde alta mar a Pafos o a su mansión de Idalia o a su templo de Érice[70]. Al punto dirigió estas palabras a la joven, que descansaba en su alcoba solitaria. «¿Hasta cuándo ese sueño y ese recato de tu lecho vacío, oh joven predilecta entre las de Laurento[71]? ¿Qué límite pondrás a tu castidad y a tu recuerdo fiel? ¿Nunca vas a plegarte al yugo de un varón? Pronto vendrán los años

[67] Desde la época de Augusto se hallaban en explotación las minas de oro de Dalmacia, propiedad del fisco, es decir, del tesoro del emperador (v. CIL, III, 1997; Floro, II 25; Plinio, *Historia Natural* XXXIII 67).

[68] El nombre de Sirio (una de las estrellas de la canícula) se utiliza como sinónimo del verano.

[69] Esto es, la residencia de Violentila.

[70] En Pafos e Idalia (ciudades de Chipre), como en el Érice (monte de Sicilia) existían templos de Venus muy devotos.

[71] Ciudad del Lacio. Aquí, por metonimia, significa Roma. En cuanto al contenido del pasaje, está claramente inspirado en el canto IV de la *Eneida*.

más sombríos. Aprovecha tu lozanía y goza de tus efímeros encantos. No te he concedido tal hermosura y ese rostro sin par y mi propio don para que vivas años solitarios como si yo te odiara. Fue mucho —demasiado— desdeñar a tus otros pretendientes, pero éste está entregado a ti con toda su sangre, sólo a ti admira y ama entre todas y no carece ni de prestancia ni de nobleza. Porque en la ciudad entera, ¿qué hombre, qué mujer en edad juvenil no sabe de memoria sus doctos versos? Y le verás alzar los doce fasces —¡así dure la gracia de quien gobierna Ausonia[92]!— antes de tiempo[93]; lo cierto es que ya ha abierto las puertas del templo de Cibele y lee las profecías de la Sibila de Eubea[94]. Pronto el padre del Lacio[95], cuyos designios puedo yo adivinar, concederá a este joven la vestidura púrpura y el marfil curul[96] y aun le otorgará una gloria mayor: la de exaltar los trofeos logrados en la Dacia y los recientes lauros. Vamos pues: únete a su lecho y renuncia a ese retiro en plena juventud. ¿A qué naciones, a qué pechos no he alcanzado con la antorcha nupcial? El pueblo de las aves, el del ganado, el de las fieras,

---

[92] Cf. *supra*, n. 65.

[93] La edad reglamentaria para alcanzar el consulado —esto es, para ostentar doce lictores— era la de cuarenta y tres años. Sin embargo, son muy numerosos los precedentes de acceso al consulado en edad más temprana. Estela lo consiguió en el 102 d. C.

[94] Se refiere a la Sibila de Cumas, acogiendo una tradición según la cual Cumas fue una colonia de Eubea. En cuanto al significado del párrafo, indica que Estela había sido elegido como quindecénviro *sacris faciundis*, es decir, como uno de los quince sacerdotes que tenían bajo su custodia los libros sibilinos y podían acceder al templo de Cibele.

[95] Domiciano.

[96] Esto es, las insignias propias de las magistraturas superiores: la toga pretexta (con banda de púrpura) y la silla curul, que presentaba ricas incrustaciones de marfil.

cruel, no han sido tan insensibles como para negarse; el propio cielo, cuando las nubes se deshacen en lluvia, lo derrito para que se marida con la tierra. Así se renuevan los ciclos y la vida del mundo. ¿De dónde habría surgido la gloria renaciente de Troya y el que salvó a los dioses de entre las llamas, si yo no me hubiera unido a un esposo frigio[97]? ¿De dónde habría multiplicado a mis Julios el lidio Tíber[98]? ¿Quién habría levantado las murallas en torno a las siete colinas de Roma, la capital latina del imperio, si una vestal troyana[99] no hubiera cautivado a Marte furtivamente, pero con mi venia?».

Con estas palabras hechizó a la joven, que guardaba silencio, y la persuadió de la honrosa condición del matrimonio. Vuelven a su pensamiento los presentes, los ruegos, las lágrimas del joven y sus quejas insomnes a su puerta, y la Astéride[100] que el vate ha cantado por la ciudad entera. Astéride antes de la cena, de noche Astéride, Astéride al alba, como nunca resonó el nombre de Hilas[101]. Y ya, de grado, comienza a doblegar su corazón altivo y a admitir su dureza.

¡Dicha a tu tálamo, el más tierno de los vates latinos, pues has andado un áspero camino y has arribado a puerto

---

[97] Anquises, padre de Eneas, fundador de la nueva Troya.

[98] El nombre de Lidia, región de Asia Menor, se aplicaba asimismo a Etruria y, por extensión, al Lacio. VIRGILIO (*Eneida* II 781) emplea también el giro del lidio Tibre (cf. IV 4, 6).

[99] Rea Silvia, madre de Rómulo y Remo, considerada como troyana (cf. *infra*, n. 118 a este libro y n. 26 al libro II).

[100] Es el nombre poético que aplicaba Estela a Violentilla, conjugándolo semánticamente con el suyo propio.

[101] Gran amigo de Hércules, raptado por las ninfas, y a quien éste buscó incansablemente, repitiendo su nombre sin cesar (v. PROPERCIO, I 20, 6 y ss., VIRGILIO, *Églogas* VI 43 y s.). Cf. *infra*, n. 224.

en la empresa propuesta! Tal el río fugitivo de la lustrosa Pisa [102], inflamado de lejos por lejanos amores, arrastra por su cauce submarino su impoluta corriente, hasta llegar al fin al manantial sicanio y beberlo con labios anhelantes; extasiada la Náyade ante tan dulces besos, no piensa que su esposo sea llegado del mar [103].

Qué día, Estela, para tu alegría, sumido en tal presente radiante de los dioses. ¡Qué voto tan ferviente hizo saltar tu pecho cuando el rostro propicio de tu dueña asintió al dulce yugo! Creíste subir al cielo y flotar por la bóveda estrellada. No fue tan vivo el gozo del pastor [104] en la playa de Amiclas [105] cuando Helena llegaba para embarcar en la nave troyana, ni la tésala Tempe [106] vio así a Peleo cuando Quirón, encabritando su figura equina, divisó la llegada de Tetis [107] a las tierras hemonias [108]. ¡Qué lento es el decurso de los astros! ¡qué perezosa Aurora para calmar las ansias del esposo!

Pero cuando a lo lejos vieron que se aprestaba el lecho para Estela, el hijo de Latona [109], protector de los vates, y el

---

[102] El Alfeo, río de la Élide, que pasa por Olimpia, cerca de Pisa. Aquí y en otros pasajes poéticos, se aplica a Olimpia el nombre de Pisa.

[103] Son los desposorios del río Alfeo con la fuente Aretusa. Estacio compara la constancia de Estela para lograr a Violentila con la de Alfeo en su recorrido desde Élide a Sicilia hasta alcanzar a su amada Aretusa (v. Ovidio, *Metamorfosis* V 5, 487 y ss.; Virgilio, *Églogas* X 1 y ss., y *Eneida* III 694 y ss.)

[104] Paris (cf. *supra*, n. 58).

[105] Ciudad próxima a Esparta.

[106] Valle de Tesalia.

[107] Peleo y la nereida Tetis fueron los padres de Aquiles. El centauro Quirón (con variantes en las diferentes leyendas) fue preceptor de Peleo y, más tarde, de Aquiles.

[108] Hemonia es el nombre antiguo de Tesalia.

[109] Apolo.

retoño de Sémele, Euhan [110], pusieron en marcha sus rápidos cortejos, el uno desde Ortigia [111], el otro desde Nisa [112]. A Apolo le responden con sus ecos los montes licios y las frescas umbrías de Timbra y el Parnaso, su gloria [113]; a Euhan, el Pangeo y el Ísmaro y las costas de Naxos, que fueron antaño su tálamo [114]. Ya llegan a las puertas de la morada que aman, y a su amigo cantor le traen éste una lira, aquél una dorada piel de ciervo con el lomo manchado, aquél un tirso, éste un plectro, éste ciñe sus inspiradas sienes con el lauro; aquél orna sus cabellos con minoica corona [115].

Apenas nacido el día, ya se han tomado los auspicios de vuestra unión dichosa, ya hierven las dos casas con los preparativos de la fiesta. Verdean de fronda las jambas, relucen las esquinas de nupciales antorchas y disfrutan los barrios más poblados de la inmensa Roma. Acuden a vuestros umbrales todos los que sirven las magistraturas y todos los fasces; todas las pretextas se ajan en medio de la barahúnda plebeya: aquí un caballero, allá una partida de jóvenes profieren sus quejas, y en tal apretura peligran las galas femíneas. Todos felicitan a la una y al otro, pero es a él a quien envidia la mayoría de la concurrencia. Ya hace tiempo, apoyado en

---

[110] Cf. *supra*, n. 53.

[111] Otro nombre de Delos, la isla donde Latona dio a luz a Apolo y a Diana.

[112] Montaña de la India, donde Baco fue criado por las ninfas.

[113] Lugares célebres por su culto a Apolo: Licia, al sur de Asia Menor; Timbra, en la Tróade; el monte Parnaso, en la Fócide.

[114] El monte Pangeo, entre Tracia y Macedonia, y el Ísmaro, en Tracia, estaban consagrados a Baco, cuyo culto procedía de aquellas regiones. En cuanto a la isla de Naxos, fue el lugar de su unión con Ariadna (cf. *supra*, n. 82).

[115] Hay aquí una asociación de ideas entre las guirnaldas de hiedra, atributo de Baco, y su amor por Ariadna, hija de Minos.

el quicio, Himen [116] trata de entonar un canto nuevo a esta unión para agasajar al poeta. Juno trae los sagrados lazos [117], que Concordia refuerza con su hachón luminoso.

Tal fue aquel día, la noche, que la cante el propio desposado en aquello que puede conocerse. Así, vencida por un sueño engañoso, reposó Ilia [118] sus miembros a la orilla del río cuando la tomó Marte, no era tal la belleza de Lavinia cuando el rubor tiñó su níveo rostro a la vista de Turno [119]; ni la de Claudia cuando, después de alzarse la nave, volvió su rostro virginal al pueblo [120].

Ahora, amigos de las diosas de Aonia [121] y siervos de los trípodes [122], hay que competir en los diversos metros; que avance la inspirada cohorte, coronada de cintas y de hiedra,

[116] El nombre de Himen o Himeneo se aplicaba tanto al dios del matrimonio como al canto nupcial.

[117] Juno, la diosa protectora del matrimonio, tenía el epíteto de *prónuba*, nombre que se aplicaba en la ceremonia nupcial a la matrona que asistía y acompañaba a la novia y que unía las manos de los contrayentes. Aquí parece ser Juno la que ejerce este cometido, mientras que en los versos 11 y siguientes era Venus quien lo asumía.

[118] Antiguo nombre de Rea Silvia (cf. *supra*, n. 99, e *infra*, n. 26 al Libro II), cuando, de acuerdo con la tradición más remota, se consideraba que era hija de Eneas y Lavinia.

[119] Lavinia, que había de ser la esposa de Eneas, se ruboriza ante su antiguo prometido Turno, en una escena del canto XII de la *Eneida* (versos 65 a 69).

[120] Según la leyenda, Claudia Quinta probó ante los ciudadanos su castidad cuando, por sus oraciones, se puso a flote la nave de la Gran Madre de los dioses, encallada en el Tíber (v. Tito Livio, XXIX 14, 10 y ss.).

[121] Nombre poético y mitológico de Beocia, donde se alza el monte Helicón, morada de las Musas y de Apolo. Las diosas de Aonia son, pues, las Musas, y sus amigos son los poetas.

[122] Los poetas, inspirados por Apolo, son intérpretes de sus oráculos, como las pitonisas que los transmitían sentadas sobre trípodes.

cada uno según sus alientos, con lira triunfal. Vosotros ante todo, los que priváis de su último pie al verso heroico [123], cantad poemas dignos de esta fiesta nupcial. El propio Filitas, con el aplauso de su isla de Cos, y el viejo Calímaco y Propercio desde su gruta de Umbría [124] habrían rivalizado para ensalzar este día, y Nasón, aunque en Tomos [125], habría depuesto su tristeza, y Tibulo, ante su hogar encendido, se habría sentido rico [126].

En cuanto a mí, no es sólo el cariño el que me lleva a cantarte; no es un solo motivo el que me impulsa: tú y yo, Estela, tenemos unas Musas parecidas, hermanas, nos posee el transporte divino ante aras semejantes y de un mismo docto manantial apuramos las aguas que nos unen. A ti, Violentila, fue mi cara Parténope [127] quien te acogió al nacer en su regazo, y antes de echar el paso ya fuiste dulce gloria para nuestro solar. Que aquella tierra euboica [128] se exalte hasta los cielos deslumbrantes y el Sebeto [129] se engría de haber dado sustento a tal beldad, que no se enorgullezcan

[123] Los que priváis de un pie al hexámetro, combinando hexámetros y pentámetros en dísticos elegíacos, esto es, los que cultiváis el mismo género que Estela.

[124] Alusión a un verso de Propercio (III 1, 5).

[125] Ciudad situada en la desembocadura del Danubio, lugar del destierro de Ovidio.

[126] Alusión a un pasaje de Tibulo (I 1, 5 - 6).

[127] Nombre primitivo de Nápoles, patria de Estela. Según la leyenda, Parténope fue una de las sirenas que, al no conseguir atraer a Ulises, se arrojaron al mar; su cuerpo, depositado en la costa, dio nombre a la futura ciudad.

[128] Nápoles, como Cumas (cf. *supra*, n. 94), es fundación de Calcis, ciudad principal de Eubea.

[129] El río Sebeto (actualmente, de la Magdalena) desemboca próximo a Nápoles.

las Náyades del Lucrino en sus antros sulfurosos ni tampoco el retiro del Sarno pompeyano[130].

¡Ánimo! Aprestaos a dar al Lacio ilustres descendientes que aprueben leyes, que instalen campamentos, que compongan poemas. Ruego a la buena Cintia[131] que apresure el mes décimo para el alumbramiento, y a Lucina[132] que se muestre propicia, y tú, retoño, cuida de tu madre: no maltrates su vientre delicado ni sus pechos enhiestos, y cuando la naturaleza, en el silencio de tu cobijo, dé forma a tu rostro, ten mucho de la prestancia de tu padre, pero más de tu madre. En cuanto a ti, la más hermosa de las italianas, lograda al fin por un esposo que te merece, cultiva esos lazos tanto tiempo buscados: que ningún menoscabo mancille tu belleza; que tu rostro perdure mucho tiempo en la flor de una verde juventud y que tu lozanía se marchite muy tarde.

3

LA VILLA DE MANILIO VOPISCO EN TÍVOLI[133]

Si alguien ha podido contemplar la fresca mansión del elocuente Vopisco en Tívoli —aquella morada que el Anio parte en dos— y conocer la unión estrecha entre las dos

[130] Es decir: los encantos del lago Lucrino y del río Sarno son inferiores a los de Nápoles.

[131] Diana, venerada en el monte Cinto, de Delos, presidía, como diosa lunar, el ciclo de la gestación (diez meses lunares).

[132] Juno, bajo la advocación de Lucina, protegía el acto de dar a luz.

[133] Cf. *supra*, n. 6).

orillas —las dos villas que rivalizan por retener a su amo—, ese tal no ha sufrido los ladridos de Sirio[134] bajo el ardiente sol ni la mirada de la cría feroz de los bosques de Nemea[135]: tal es la frescura de aquella mansión, tal frescor constante quebranta los rayos del sol, que la estancia no es cálida ni aun en el tiempo de las Olimpiadas[136].

La Delicia en persona[137], con su voluptuosa mano, <parece> haber diseñado contigo***.

Entonces Venus ungió tu techumbre con perfumes de Idalia[138], la acarició con sus cabellos, dejó en la morada su delicioso encanto y ordenó a sus hijos alados que no se aparten de ella.

¡Oh, día memorable para siempre! ¡qué placeres conservo en mi memoria! ¿qué cansancio en mis ojos por tantas maravillas! ¡qué natural dulzura la del suelo, qué belleza en aquellos parajes afortunados aun antes de que intervinieran la mano y el arte del hombre! En ningún paraje se ha prodigado más generosa la Naturaleza. Los altos bosques han tendido sus ramas sobre las aguas presurosas, una engañosa imagen reproduce las frondas, cuya sombra inmóvil se desliza a lo largo de la corriente. El propio Anio, rocoso aguas abajo y aguas arriba, amansa allí, en mirífica prueba de concordia, su encrespada violencia y su estruendo espumoso, como temiendo perturbar los días que, plácido, Vo-

[134] Sirio es una estrella que forma parte de la constelación del Can Mayor; de ahí los ladridos y de ahí también el nombre de la canícula. La salida y la puesta de Sirio coinciden con las del sol entre julio y agosto (cf. *supra*, n. 88).

[135] Alusión al león de Nemea, estrangulado por Hércules. El sol entra en la constelación del León a finales de julio.

[136] Las Olimpiadas se celebraban en pleno verano.

[137] En latín, *Voluptas*, diosa del placer.

[138] Cf. *supra*, n. 90.

pisco a las Piérides [139] consagra, y sus sueños preñados de poemas. Están ambas orillas en tu casa, pero el río, apacible, no te hiende. Tus reales presiden una y otra ribera y no se quejan de la barrera extraña que es el río [140]. Pregone la Fama la ensenada de Sestos y el mar que cruzó a nado y los delfines a los que dejó atrás un mancebo arriscado [141]. Aquí reina una paz inalterable, aquí no tienen paso las galernas ni el bullir de las aguas. Aquí pueden cruzarse las miradas, las voces y hasta las manos casi. Así es como las aguas de un estrecho separan Calcis, y así es como la costa de Calabria, zanjada por el mar, contempla el promontorio de Peloro en Sicilia.

¿Qué cantaré primero? ¿qué después? ¿dónde me detendré? ¿Me asombraré ante las doradas vigas, ante los quicios de maderas de África, ante el brillante mármol de policroma vena, ante las aguas que se derraman por todas las alcobas? A un lado me arrastran mis ojos; a otro, mi pensamiento. ¿Cantaré la venerable vetustez de la arboleda? ¿Celebraré cómo contempla el palacio a sus pies el paso del río, o cómo ve a su espalda los bosques silenciosos en que sólo halla paz, donde calla la noche, que ningún ruido altera, si no son los murmullos que imitan la oscuridad del sueño? ¿Ensalzaré los baños que humean sobre un basamento de césped, y el fuego que se enciende en aquellas riberas heladas, y el lugar en que el río, maridado a los hornos vaporíferos, se ríe de las aguas que jadean en el cauce inmediato?

[139] Cf. *supra*, n. 70.

[140] Hay aquí una alusión a HORACIO, *Sátiras* II 3, 53: «el fuego se queja de la barrera que representan las rocas y los ríos en el llano».

[141] Leandro (cf. *supra*, n. 67). Las dos mansiones se hallan menos separadas por el Anio de lo que lo estaban Abidos y Sestos por el estrecho de los Dardanelos.

Allí he visto obras de arte de antiguos artesanos y yacimientos vivos componiendo su múltiple armonía. El recuerdo sería fatigoso de las preseas de oro, los marfiles, las gemas dignas de adornar los dedos, y cuanto ha sido un juego del artista —primero con la plata o con el bronce, menos valioso—, como un ensayo para plasmar colosos gigantescos. Mientras deambulaba contemplativo, recorriéndolo todo con mis ojos, pisaba, inadvertido, otro tesoro: la luz que se derrama de la altura y el reflejo en las tejas [142] del aire luminoso me mostraron el suelo, donde se alegra el pavimento, que, decorado con artística fantasía, supera a todos los mosaicos por sus figuras nunca vistas: mis pasos se asombraron.

¿Debo admirarme ahora ante la construcción que sirve de puente? ¿ante las dos que se alzan separadas, cada una con sus tres ábsides? ¿ante ti, árbol que has sido respetado en medio del hogar y te asomas a las límpidas auras por una abertura de la techumbre? Bajo otro amo, habrías sido víctima del hacha cruel. Y ahora, sin que él lo sepa, quizá una lúbrica Náyade o una Hamadríade corte la vida que él no ha segado [143].

¿Debo entonar mi canto a los triclinios que alternan sus servicios en una y otra orilla? ¿a los lagos de plata y a las esbeltas fuentes que brotan de lo hondo de su seno? ¿a ti, Agua Marcia [144], que en lo profundo fluyes atravesando el

[142] Tejas vitrificadas en torno a la lucerna central, que reflejaban y multiplicaban la luz (v. I 5, 42).

[143] Según la leyenda, el árbol moría al morir la Náyade o la Hamadríade que habitaba en él (v. OVIDIO, *Metamorfosis* VIII 771 y ss.).

[144] Nombre de un acueducto que comenzó a construir el pretor Quinto Marcio Rex en 144 a. C. y que cruzaba el Anio por un conducto inferior (v. PLINIO, XXXI 41).

río y cruzas su corriente por un conducto audaz? ¿Acaso el río de Élide[145] es el único que, a través de un sendero de agua dulce, puede llegar, bajo las olas jónicas, a las costas del Etna? Allí, en su gruta, el Anio, al abandonar sus fuentes, en medio del misterio de la noche, se despoja de su glauca vestidura y, al pasar por tal o cual paraje, tiende su pecho sobre frágil musgo o cae, grandioso, a un lago, batiendo con sus brazos las cristalinas aguas. En aquella sombra se recuesta Tiburno[146]; allá quisiera Álbula[147] sumergir sus cabellos sulfurosos, esta morada podría separar de Egeria a Febe nemorosa[148] y privar de sus coros de Dríades al frío Taigeto y hacer venir a Pan de sus florestas del Liceo[149]. Y si el templo del héroe de Tirinto[150] cesara de dar sus oráculos, también las hermanas prenestinas[151] habrían podido acudir allí.

¿Para qué ensalzar sus vergeles, dignos de Alcínoo[152], que dan dos cosechas al año, con sus ramas que nunca se extienden en los aires sin carga de frutos? Atrás las campiñas de Telégono[153], atrás las de Turno[154] en Laurento y las

[145] El Alfeo (cf. *supra*, n. 102).

[146] El legendario fundador de Tibur (la actual Tívoli).

[147] Diosa de los manantiales sulfurosos que brotaban cerca de Tívoli.

[148] Febe (hermana de Febo) es otro nombre de Diana, cuyo culto, en un bosque próximo a Aricia, estaba unido al de la ninfa Egeria.

[149] Monte de Arcadia, consagrado al dios Pan.

[150] Hércules (criado en Tirinto) tenía en Tívoli un templo donde se emitían oráculos.

[151] Las Fortunas, como intérpretes de la verdad en la predicción del porvenir.

[152] Rey de los feacios (en Corcira, donde arribó Ulises), cuyos huertos eran extraordinariamente feraces y amenos.

[153] Hijo de Ulises y de Circe, fundador de Túsculo, ciudad próxima a Roma, en cuyos alrededores proliferaron las residencias de recreo (una de ellas, de Cicerón).

[154] Rey de los rútulos, prometido de Lavinia (cf. *supra*, n. 119); el padre de ésta, el rey Latino, se estableció en Laurento, cerca de Árdea.

residencias del lago Lucrino y la costa del feroz Antífates[155]; atrás las engañosas colinas de la hechicera Circe, donde aúllan los lobos, compañeros del héroe de Duliquio[156], y los alcázares de la altiva Ánxur[157], y la morada que la dulce anciana debe al héroe frigio criado a sus pechos[158]; atrás todas las costas que pronto, en los días breves del invierno, te llamarán al abrigo de los brumosos fríos[159].

Es aquí, sin duda, donde tu proverbial prudencia se entrega a serias reflexiones, aquí donde se cobija tu retiro fecundo, tu virtud firme y equilibrada, tu buen gusto y tu refinamiento sin excesos. El propio señor de Gargeto[160], dejando sus jardines atenienses, habría preferido esta delicia. Cuando ruge la tempestad en el Egeo, en la estación nivosa de las Pléyades, cuando está en lo alto la constelación de Olenia[161], merecería la pena acudir a esta morada, aun cuando la nave debiera arriesgarse en el cabo de Malea[162] y surcar las vorágines sicilianas: ¿por qué desmerece a nuestros ojos el placer que está a nuestro alcance? Aquí tu cítara deleita a

[155] Rey de los lestrígones, pueblo antropófago que habitaba en Sicilia, cerca del Etna.

[156] Isla del mar Jónico que formaba parte del reino de Ulises. Los compañeros de éste fueron convertidos en lobos por Circe (en cerdos, según la tradición homérica). Aquí el poeta hace referencia a la ciudad costera de Circeyos, que tomó su nombre del de la hechicera y que constituía también una zona residencial, célebre por sus ostras.

[157] Antiguo nombre de Terracina, ciudad costera del Lacio.

[158] Cayeta, nodriza de Eneas, en cuyo honor fundó el héroe piadoso la ciudad del mismo nombre, hoy Gaeta (v. Virgilio, *Eneida* VII 1 y ss.).

[159] Es probable que Vopisco poseyera, en todos los lugares que se mencionan, villas de recreo donde veranear o invernar.

[160] Aldea del Ática, patria de Epicuro.

[161] La cabra Amaltea, que amamantó a Júpiter en Oleno (Acaya).

[162] Promontorio del Peloponeso.

los Faunos de Tívoli y al propio Alcides[163] y a Catilo[164], cantado por más alta lira[165], ya desees competir con el plectro de Píndaro o eleves tu estilo para cantar las épicas hazañas, ya tiñas de mordaz negrura la lívida sátira o, sin otro cuidado, muestres el esplendor de tus epístolas.

Tú, que merecerías las riquezas de Midas y de Creso y los tesoros de los reyes persas; tú, cuyos regadíos debieran bañar el Hermo de doradas riberas y el Tajo de brillantes arenas[166], sé feliz con la riqueza de tu alma. Que goces mucho tiempo de tus doctos retiros. Que —tal es mi plegaria—, con el corazón libre de toda nube, superes los días del longevo Néstor.



ACCIÓN DE GRACIAS POR LA CURACIÓN DE RUTILIO GÁLICO[167]

¡Aleluya! ¡Existís, dioses del cielo y no es inexorable la labor que hila Cloto[168]! La bienhechora Astrea[169], que mira

[163] Hércules, descendiente de Alceo, que fue el padre de Anfitrión y, por consiguiente, presunto ascendiente de Hércules, ya que éste era hijo de Alcmena, la esposa de Anfitrión, a la que fecundó Júpiter bajo la apariencia de su marido.

[164] Fundador de Tibur (la actual Tívoli) según una versión de la leyenda; según otra, lo fue Tiburno (cf. *supra*, n. 146).

[165] Alude probablemente a la lira de Virgilio, que en la *Eneida* (VII 670) se refiere a él, igual que Estacio, con el nombre de Catilo (esto es, con la penúltima sílaba larga), y no a la de Horacio, que en su *Oda* I 16, 2, lo denomina Cátilo, con la penúltima sílaba breve.

[166] Cf. *supra*, n. 78.

[167] Cf. *supra*, n. 7.

[168] Una de las tres Parcas.

[169] Diosa de la Justicia, que imperaba en el mundo durante la legendaria

por los hombres piadosos, vuelve, reconciliada con Júpiter, y Gálico contempla los astros que desconfiaba de volver a ver. Eres grato a los cielos, eres grato a los dioses, Germánico[170]. ¿Quién podría negarlo? la diosa Fortuna ha sentido reparo en privar a tu imperio de tan valiosa ayuda. Se yergue su cabeza, tan próxima a la tuya en tus inmensas cargas[171]; se ha liberado de las gravosas redes de la decrepitud y reverdece, más pujante, para años venideros. Compitan, pues, en gozo, exultantes, las cohortes que velan por los urbanos lábaros, y las leyes que acuden tantas veces a tu regazo para apelar de entuertos judiciales, y por doquiera las togadas urbes, cuyas remotas quejas imploran tus sentencias. Que prorrumpan en vítores nuestras colinas, una tras otra, y se acalle el murmullo de pernicioso agüero: que vive y vivirá por mucho tiempo, con vida renovada, aquel en cuyas manos descansa la benévola custodia del sosiego de Roma. Ni el nuevo siglo[172] habría impuesto al Hado un cri-

Edad de Oro, bajo el reinado de Saturno. Cuando éste fue expulsado por Júpiter y advino la Edad de Bronce con su impiedad y su injusticia, Astrea abandonó la tierra y se refugió en el cielo. La curación de Rutilio Gálico demuestra la protección de Astrea sobre los justos, su reconciliación con Júpiter y, en definitiva, el regreso de la Edad de Oro bajo el reinado de Domiciano.

[170] Sobrenombre de Domiciano (cf. *supra*, n. 13).

[171] Rutilio Gálico era, a la sazón, *praefectus urbi* (prefecto de Roma). Se alude, a continuación, a las funciones más importantes de su cargo: el mando de las cohortes urbanas, la administración de justicia como instancia de apelación dentro de Roma y también para las ciudades «togadas» (esto es, con derecho de ciudadanía), ya que la jurisdicción criminal del prefecto urbano se extendía a Italia entera.

[172] Domiciano había celebrado en el año 88 los Juegos Seculares (v. I 4, 96 y ss., IV 1, 37).

men tan grave, ni el altar de Tarento [173] habría consentido en tal afrenta tras ser desenterrado.

No he de invocar a Febo, aunque sin él mi plectro queda mudo, ni a las nueve deidades de la Aonia [174] con la décima, Palas, ni el favor de la prole de Tegea [175] o de Dirce [176]: ven en persona tú, a quien se dirige mi canto, para infundirme nueva fuerza y aliento, porque sin un soplo de sabiduría divina no habrías mostrado tanta grandeza al prestar tal prestigio a la toga de Ausonia [177] y tal cordura de juicio a los centúviros [178]. El manantial inspirador de Pipla [179] puede negar sus aguas a mi sed de poeta, el de Pirene [180], cómplice, puede

[173] Altar dedicado a Dite y Prosérpina en el Campo de Marte. Según la leyenda, lo descubrió a veinte pies bajo tierra. Mario Valesio Tarentino, que ofreció sobre él sacrificios a ambas divinidades infernales. Según otra versión, fue su descubridor Publio Valerio Publícola, quien instituyó los Juegos Tarentinos, llamados Juegos Seculares porque se celebraron una vez cada siglo desde entonces hasta el principado de Augusto. Con motivo de dicha celebración, se desenterraba el altar, y finalizados los juegos, se enterraba de nuevo.

[174] Las Musas (cf. *supra*, n. 121).

[175] Ciudad de Arcadia y, por sinécdoque, la Arcadia entera. El hijo de Tegea (esto es, Mercurio, cuyo culto procede de Arcadia) tenía, entre sus numerosas advocaciones, la de protector de las artes en general y de los poetas en particular.

[176] Esposa de Lico, rey de Tebas, metamorfoseada en fuente. Por metonimia, Tebas, patria de Píndaro, padre de la lírica griega. Ver HORACIO, *Odas* IV 2, 25, donde se denomina a Píndaro «el cisne dirceo».

[177] Con tus brillantes discursos, se entiende. En cuanto al nombre de Ausonia, cf. *supra*, n. 65.

[178] Miembros de los tribunales que auxiliaban a los pretores urbanos en la administración de justicia, especialmente en cuestiones referentes a herencias. El pasaje alude, por consiguiente, a la labor de Rutilio Gálico durante su pretura.

[179] Lugar de la Pieria, en Macedonia, donde brotaba un manantial consagrado a las Musas.

[180] Fuente consagrada a las Musas en Corinto.

cerrárseme: yo prefiero tomar en largos sorbos el agua que se bebe de tu fuente, ya construyas tus límpidos discursos según el ritmo libre de la prosa, ya se fragmente tu facundia amena acomodada al arte de los poetas y cuidadosa de las leyes nuestras. Vamos, pues: si ofrendamos a Ceres sus propios dones y a Lico [181] su vino; si Diana, sobrada de sus presas, acepta, sin embargo, nuestra caza en todos sus santuarios; si el señor de la guerra acoge los trofeos conquistados, tú, Gálico, aunque sea más alta tu elocuencia, aunque abundas, sublime, en riqueza oratoria, no desdeñes tampoco el homenaje de una lira más baja. La luna errante se rodea de estrellas y los humildes arroyos van a dar al Océano.

¡Qué tributo a tus méritos te ha rendido la Urbe con su afecto solícito! ¡Qué miradas he visto en los senadores, en los caballeros y también en la plebe, que no sabe llorar a los poderosos! No fue tal la inquietud de la curia opulenta cuando Numa expiraba, ni tal el sentimiento de los orgullosos caballeros por Pompeyo, ni el de las mujeres por Bruto. Es porque no deseas oír el ruido cruel de las cadenas, porque ahorras los azotes y no sigues los pasos a que invita tu poder encumbrado, sino que restas mucho de tu potestad armada, atiendes a las humildes manos y a los ruegos de quienes te suplican, administras justicia en el foro sin perturbar la acción de los magistrados curules [182] y mitigas el hierro con la toga [183]. Así se llega al fondo de los corazones, así el respeto confía en el amor que le acompaña. A todos aterró el rigor inclemente del destino y el abismo arriscado

[181] Uno de los nombres de Baco.

[182] El prefecto de la ciudad, en el ejercicio de su jurisdicción criminal, interfería fácilmente en la actuación de los pretores.

[183] Es decir, prefieres actuar como juez justo y clemente que como jefe militar de las cohortes urbanas.

del súbito peligro, cuando el mal no cedía. Y aquello no era fruto de la edad, que apenas había comenzado a exceder de los doce lustros, sino del trabajo intenso, del imperio de su alma vigorosa sobre su cuerpo, de sus tensos desvelos por su César dulce tarea Por ello se infiltró hasta lo más hondo de sus miembros cansados una aleve parálisis, un indolente olvido de la vida. Entonces, el dios que junto a las cumbres de la cadena alpina, marca con su sagrado nombre los bosques apolíneos [184], olvidado, ay, por largo tiempo de tan egregio hijo [185], tornó hacia él sus ojos y, para ganar el tiempo perdido, dijo: «Ven al punto a mi lado, hijo mío de Epidauro, ven gozoso: se te brinda la ocasión, y debes aprovecharla, de devolver la salud a un hombre extraordinario. Adelante detengamos los husos [186]: ya podéis estirar vuestros hilos No tengas miedo del terrible rayo [187]: Júpiter aprobará de grado nuestra empresa, porque no es la vida de un plebeyo ni la de un hombre que se haya encumbrado sin el favor divino la que intento salvar. Más aún, te pondré al corriente en pocas palabras mientras vamos a su casa es él quien presta lustre a su progenie y quien prestigia a sus antepasados, y no es que su linaje sea oscuro, pero se ve ofuscado por el destello de su descendiente y se complace al verse superado por retoño tan alto También él [188] comenzó

[184] Nada sabemos del culto a Apolo en *Augusta Taurinorum*, la actual Turín, en los Alpes Cotianos, de donde era originaria la familia de Rutilio

[185] Esculapio, dios de la medicina, hijo de Apolo, había nacido en Epidauro, donde tenía un santuario famoso.

[186] Los husos de las Parcas, a quienes se dirige la frase siguiente.

[187] Júpiter había fulminado a Esculapio por haber resucitado a Hipólito, a Glauco, hijo de éste, o a Capaneo, o bien por haber devuelto la vista a los hijos de Fineo o la razón a las hijas de Preto, a quienes Juno había privado de ella las versiones del mito, como se ve, son variadas.

[188] Además de su padre, que ya había ejercido la abogacía, así como, posiblemente, alguno más de sus antepasados

por mostrar su valía con la toga: su elocuencia brillaba y desbordaba. Luego su diestra, fiel a su juramento, se ejercitó en campañas incontables y sirvió por las tierras de occidente y levante bajo todos los soles sin consentir que su alma se embotara, sin deponer el hierro en imbele reposo. Galacia vigorosa osó moverle guerra, como a mí me moviera [189], y le temió Panfilia durante nueve meses, y le temieron el feroz panonio y la Armenia, terrible cuando huyen sus arqueros [190], y el Araxes, al cabo sometido bajo un puente latino [191] ¿Para qué recordar sus fasces renovados en sus dos legaciones sobre la inmensa Asia? Asia habría querido retenerlo por tres o cuatro años, pero le reclamaba un destino más alto. una silla curul más encumbrada, dos veces ofrecida [192] ¿Para qué pregonar la maravilla del tributo de Libia y el tesoro triunfal que aportó a Roma en medio de la paz? Ni siquiera quien le había encomendado su misión [193] se hubiera atrevido

[189] Parece ser que los gálatas, capitaneados por Breno, invadieron en el año 279 a. C. el santuario de Apolo en Delfos. No confundirlo con el caudillo gálata del mismo nombre que se apoderó de Roma (v. T. Livio, V 38, 3).

[190] Los arqueros armenios eran expertos en simular la huida y girar sobre sus caballos para disparar sus flechas contra sus desprevenidos perseguidores.

[191] Caudaloso río de Armenia, que recibe la mayor parte de las aguas de su meseta y desemboca en el Caspio. Jerjes y Alejandro habían construido sobre él sendos puentes que fueron destruidos por las crecidas del deshielo Hay aquí una reminiscencia de Virgilio (*Eneida* VIII 728) «el Araxes que se rebela contra su puente»

[192] Se trata de su segunda designación como cónsul. La primera había tenido lugar en el año 71 ó 72, a su regreso de Asia. La segunda debe situarse a finales del 89, cuando cayó enfermo (fecha en que Estacio le dedica este poema).

[193] La misión había sido encomendada por Domiciano en 73 ó 74 a Rutilio Gálico y a Sencio Caciliano como *legati Augusti pro praetore ad*

a esperar riquezas tan cuantiosas ¿para qué enaltecerlas con mi canto? El Trasimeno, los Alpes y los muertos de Cannas se regocijan[194], y el propio Régulo[195], sombra satisfecha, era el primero en reclamar a gritos tal tributo señero. No es tiempo de extenderse hablando de los ejércitos del norte, del Rin rebelde, de los ruegos de Véleda cautiva[196] ni de la más alta gloria que ha poco has conquistado[197]: la ciudad te ha sido confiada mientras sucumbían los dacios; cuando elegido, Gálico, has recibido las riendas de manos de tan alto rector sin que se asombre Fortuna. Tal es el hombre, hijo mío, a quien, si los méritos que alego son suficientes, vamos a arrebatar al poder del Júpiter maligno[198]. Es lo que ruega y ha merecido el padre ínclito de la urbe latina[199]: no en vano, niños, habéis alzado hace poco en mi honor vuestros cantos,

---

census accipiendos, esto es, como propretores delegados de Augusto (de Domiciano en este caso) para percibir los tributos.

[194] Esta victoria pacífica —y extraordinariamente rentable— sobre África es, a juicio del poeta, una réplica a las victorias bélicas de Aníbal en Italia durante la segunda guerra púnica.

[195] También la gesta y el sacrificio heroico de Marco Atilio Régulo en la primera guerra púnica reclamaban una satisfacción como ésta.

[196] Un diploma hallado en Maguncia atestigua que en los años 77 y 78 estuvo Rutilio al mando de un ejército en la baja Germania y que en abril del 78 había sometido al «Rin rebelde», esto es, a los brúcteros. Véleda, profetisa del pueblo brúctero, que había alentado la rebelión del bátavo Civil contra el dominio romano, fue divinizada en vida por brúcteros y bátavos (v. TÁCITO, *Germania* VIII, e *Historias* IV 61 y 65 y V 22). La rebelión, dominada por Cerial en el año 71, se renovó en el 77. Rutilio la sofocó y llevó a Roma como prisionera a aquella mujer singular.

[197] Se trata de su nombramiento como prefecto de Roma, es decir, como representante en la Urbe del emperador, mientras éste realizaba su campaña contra los dacios en el año 89.

[198] Plutón o Dite, rector de las moradas infernales, hermano de Júpiter y de Neptuno.

[199] Domiciano.

revestidos con la púrpura patricia[200]. A todas las hierbas que guarda la caverna salutífera del biforme Quirón, a todo lo que reserva para ti bajo su bóveda la troyana Pérgamo[201] y lo que la bendita Epidauro cría en sus arenas saludables, al remedio que ofrece Creta con su díctamno[202], que florece a la sombra del Ida, y a la baba que destila la serpiente uniré yo mis manos bienhechoras y todos los jugos que conocí en los campos olorosos de los árabes y que extraje de las hierbas mientras pastoreaba a orillas del Anfriso[203]»

Así habló. Encuentran un cuerpo que yace ya inerte y un alma en agonía; ambos se recogen sus vestiduras a la manera de Peón[204] y, llenos de buena voluntad, se aconsejan y obedecen el uno al otro hasta romper con sus medicinas diversas el morbo letífero y la nube amenazadora del sueño funesto. Secunda él a los dioses y, más fuerte que todos sus males, se anticipa al remedio. No fue más pronta la curación de Télefo por obra del héroe de Hemonia[205] ni la de la herida

---

[200] En los juegos del año 88, un coro de 27 niños y 27 niñas había entonado el *Carmen Saeculare* (el canto secular), vistiendo los niños la toga pretexta ritual, esto es, la toga con franja purpúrea.

[201] Ciudadela de Troya y, por sinécdoque, la ciudad entera. La bóveda hace referencia al templo de Esculapio en Troya.

[202] Planta medicinal que fue uno de los ingredientes de que se valió Venus para curar la herida de Eneas (v. VIRGILIO, *Eneida* XII 412).

[203] Río de Tesalia, donde Apolo apacentó los rebaños de su amigo, el rey Admeto.

[204] Peón es el médico de los dioses en los poemas homéricos (v. *Ilíada* V 401 y 899; *Odisea* IV 232). En cuanto al modo como se aprestan a la curación, es una reminiscencia de VIRGILIO, *Eneida* XII 400 y ss.

[205] Télefo, hijo de Hércules, rey de Misia y aliado de su suegro Príamo, rey de Troya, combatió contra Aquiles, rey de los mirmidones (pueblo de Tesalia, cuyo antiguo nombre fue Hemonia). Herido por la lanza de Aquiles, fue curado por esa misma lanza, de acuerdo con un oráculo. Sin embargo, la lanza no se la aplicó el propio Aquiles (el héroe de Hemonia),

cruel del temeroso Atrida, que cerró gracias al ungüento de Macaón [206].

En medio de tantas asambleas del pueblo y del senado, ¿qué lugar puede haber para mi angustia y para mis deseos? Y, sin embargo, pongo por testigos a las inaccesibles luminarias y a ti, deidad de Timbra [207], padre de los poetas, ¿cuál era mi inquietud todos los días y cuál todas las noches, mientras, fijo a su puerta sin desmayo, con el oído atento, atento con los ojos, adivinaba todas las señales? Tal un modesto esquife a remolque de nave poderosa, por pequeño que sea, sufre su parte en la injuria del mar embravecido cuando el turbón arrecia y vira a los embates del mismo Austro.

Ahora, hermanas [208], hilad, hilad, alegres, vuestros blancos hilos. Que nadie cuente el lapso del tiempo transcurrido: este día va a ser el de su nacimiento. Tú eres digno de sobrepasar la edad de los troyanos [209] y los años del polvo de Eubea [210] y

sino que se la facilitó el astuto Ulises para atraérselo al bando griego y contar entre los suyos a un descendiente de Hércules, condición que, según otro oráculo, era imprescindible para la conquista de Troya.

[206] Agamenón y Menelao son denominados los Atridas, es decir, los descendientes de Atreo, rey de Micenas. Aquí se trata de Menelao, que sufrió una herida en el canto IV de la *Ilíada* y fue curado por Macaón, hijo de Esculapio, héroe y médico de las huestes griegas.

[207] Ciudad de la Tróade, donde se alzaba un templo de Apolo. Por tanto, es éste el dios a quien Estacio invoca.

[208] Invocación a las Parcas, que han estado a punto de cortar el hilo de la vida de Rutilio.

[209] Esto es, la de Titono y la de Príamo, casos de notoria longevidad.

[210] Según una de las versiones sobre el origen de Cumas, esta ciudad fue fundada por gentes de Eubea. La tradición común confiere a la Sibila de Cumas una edad extraordinariamente avanzada, que se prolongó hasta que sólo quedó de ella su voz, con el cuerpo reducido a polvo (cf. *supra*, n. 94, e *infra*, l. V, n. 163).

la longevidad que alcanzó Néstor. Ahora, pobre de mí, ¿con qué incienso podré hacer un sacrificio digno de ti? Y aunque Mevania [211] vaciara sus valles, aunque los pastizales del Clitumno [212] me brindaran sus toros de nieve, yo no podría ofrecerte la inmolación que mereces; pero ¡cuántas veces, más que estos sacrificios, ha sido grata a los dioses la ofrenda de una torta con un poco de sal sobre el altar de un terrón herboso!

5

LOS BAÑOS DE CLAUDIO ETRUSCO [213]

Hoy mi lira no implora con plectro solemne la inspiración divina del Helicón [214], y no invoco a las Musas, diosas a quienes tantas veces he cansado; también a ti, Febo, te libero, y a ti, Euhan [215], te dejo libre con tus coros; y tú, deidad alada de Tegea [216], ten callada la concha de la bestia

[211] Ciudad de Umbría, famosa por la cría de reses con los cuernos blancos, que eran los más buscados para los sacrificios rituales.

[212] Río de la Umbría, en cuya vega se criaban toros blancos, preferidos como víctimas.

[213] Cf. *supra*, n. 8. El emplazamiento de estos baños suntuosos nos es desconocido, pero si recibían el caudal del Anio, del *Aqua Virgo* y del *Aqua Marcia* (versos 25 y ss.), tenían que estar situados en el Campo de Marte, donde muchos personajes ricos levantaron lujosas construcciones.

[214] Cf. *supra*, n. 49.

[215] Cf. *supra*, n. 53.

[216] Cf. *supra*, n. 175.

sonora[217]; son otras compañías las que piden mis cantos. Basta con invocar a las Náyades, reinas de las aguas, y al rey del fuego centelleante, todavía cansado y enrojecido de golpear el yunque siciliano[218]. Por algún tiempo, Tebas, depón tus armas fratricidas[219], que quiero divertirme para honrar a un querido compañero. Escánciame, muchacho[220], copa tras copa y no te molestes en contarlas. Inflama así mi lira vacilante; aléjate, Trabajo, aléjate, Inquietud, mientras canto a estos baños resplandecientes de mármoles purísimos, mientras mi Clío, despojada de su fronda pudorosa, descarada con sus cintas y sus hojas de hiedra, se torna juguetona en homenaje a Etrusco[221].

Venid, oh diosas glaucas, mostradme vuestros rostros transparentes, ornad vuestros cabellos cristalinos con tiernos racimos de hiedra, venid sin veste alguna, cual emergéis de las profundas fuentes y con vuestra presencia atormentáis a los amantes Sátiros. No pretendo atraeros a vosotras, las que con vuestra culpa enturbiasteis el brillo de las aguas: lejos de aquí Salmácide[222] con su fuente engañosa; lejos las

[217] Esto es, el caparazón de la tortuga, que servía de caja de resonancia a la cítara y el salterio.

[218] Vulcano, dios del fuego, habitaba bajo el Etna, donde forjaba los rayos de Júpiter, su padre.

[219] El poeta interrumpe su composición de la Tebaida para cantar a los baños de su amigo Claudio Etrusco.

[220] El poeta se dirige al copero, un esclavo jovencito, como debían ser los escanciadores. No olvidemos (v. dedicatoria, n. 9) que este poema fue compuesto en la mansión de Claudio durante el rato de esparcimiento que medio entre el baño y la cena. Estacio pide vino abundante para encender su inspiración festiva.

[221] La severa Musa de la historia que, ceñida con el laurel de Apolo, le inspira su Tebaida, por obra del vino trueca sus atributos por los de Baco para inspirarle este canto festivo.

[222] Nombre de una fuente próxima a Halicarnaso, cuyas aguas debilita-

linfas, secas por el llanto, de la hija de Cebrene abandonada[223]; atrás la que raptó al alumno de Hércules[224]. Venid vosotras, las ninfas que pobláis el Lacio y las siete colinas, las que al Tíber nutrís con caudal nuevo, y a las que regocijan las cascadas del Anio y el Agua Virgen, que acogerá a los nadadores[225], y el Agua Marcia, que nos trae la frescura de las nieves marsas[226], cuyo caudal errante se acrecienta en un alto recinto y circula, sostenido sobre innúmeros arcos[227]: vuestra es la obra que me propongo cantar y vuestra la morada cuyas puertas abro con mis versos festivos. Nunca habitasteis en otras mansiones tan suntuosas. Citerea[228] en persona ha guiado las manos de su esposo y le ha enseñado

ban, y de la ninfa que moraba en ella. Ardientemente enamorada de Hermafrodito, unió su cuerpo al de él, que desde entonces participó de los atributos masculinos y femeninos (v. Ovidio, *Metamorfosis* IV 285 y ss.).

[223] Enone, hija del río Cebrene, en la Tróade, y ninfa del monte Ida, fue la esposa de Paris, cuando éste pastoreaba los rebaños de Príamo, su padre, en el monte Ida. Paris la abandonó para desposarse con Helena. Cuando el troyano fue herido por Filoctetes, acudió a Enone en demanda de los remedios que sólo ella conocía, pero la ninfa se negó a proporcionárselos, él murió y ella se dio muerte (v. Ovidio, *Heroidas* 5).

[224] Hilas, amigo y protegido de Hércules, fue arrastrado al fondo de las aguas por las ninfas, enamoradas de su belleza (v. Virgilio, *Bucólicas* VI 43 y ss.). Cf. *supra*, n. 101.

[225] El acueducto llamado Agua Virgen surtía especialmente a las instalaciones de baños (v. Ovidio, *Tristes* III 12, 21 y ss., Plinio, *Historia Natural* XXXI 42).

[226] Cf. *supra*, n. 144.

[227] El «alto recinto» es la construcción que servía de colector a los caudales de diversas procedencias a fin de encauzar sobre un solo acueducto las aguas reunidas.

[228] Venus, así llamada por el culto que se le rendía en Citera, isla del mar Egeo. Según el poeta, es ella misma, la diosa de la belleza, la que ha guiado a Vulcano, su esposo, en la realización de aquella obra de arte y en la construcción de los hornos.

su oficio, y para evitar que se quemaran los hornos con una llama ordinaria, ha encendido ella las antorchas de los alados Amores. Aquí no ha tenido cabida el mármol de Tasos ni el de Caristo, que imita el oleaje[229], el ónice languidece en la lejanía y la serpentina se lamenta de haber sido excluida: sólo brillan los mármoles cortados en las rubias canteras de los númidas, sólo los que en la gruta profunda de la frigia Sínada[230] salpicó el propio Atis con manchas relucientes de su sangre y las piedras níveas que engalana la púrpura de Tiro y de Sidón. Apenas hay lugar para el mármol del Eurotas[231], que en prolongado zócalo ornamenta el de Sínada con su verdoso trazo. No son los pórticos menos suntuosos, fulgen las bóvedas, brillan las techumbres con sus mosaicos vítreos que reproducen formas animadas. El fuego mismo[232], atónito al abarcar en torno pompa tan opulenta, atempera su imperio. Por doquier es pleno día cuando el sol atraviesa la techumbre con todos sus destellos y, a pesar de su fuego, otro fuego le abrasa. Aquí nada es plebeyo: en parte alguna se echan de ver los cobres que Témese[233] produce; es plata lo que encauza las aguas abundantes y sobre plata caen y se asoman a un borde refulgente y en el asombro de su propio goce se niegan a alejarse. Y fuera, sin embargo, la corriente

[229] Los mármoles de Tasos y de Caristo eran de uso muy corriente y de poco precio.

[230] Ciudad de Frigia, célebre por el esplendor de sus mármoles. En una gruta próxima es donde la leyenda sitúa la mutilación de Atis, un pastor amado de Cibeles que se convirtió en sacerdote de la diosa y que, en su entusiasmo religioso, se castró (v. CATULO, 63, y OVIDIO, *Fastos* V 227).

[231] En el valle del río Eurotas (Laconia) se extraían mármoles de veta verde.

[232] El fuego de los hornos subterráneos (hipocausto) que servían para calentar las aguas.

[233] Cf. *supra*, n. 32.

azulada que fulge viva entre márgenes blancas como la nieve, y es transparente toda de lo hondo a lo somero, ¿a quién no invitaría a sumirse en sus aguas, libre del embarazo del vestido? Es en estas honduras en donde Citerea habría preferido nacer[234], aquí, Narciso[235], te habrías contemplado con mayor transparencia, aquí habría querido sumergirse, aun a riesgo de verse sorprendida, la célere Hécate[236]. ¿Para qué mencionar las maderas que, destinadas a oír el rebotar de las pelotas, recubren los suelos en las estancias donde flota una suave tibieza, envuelta en el tenue vapor del hipocausto? Ni recién llegado de los baños de Bayas[237] —si se me permite el parangón entre lo modesto y lo grandioso— desdeñaría nadie tanta magnificencia, ni nadie rehusaría sudar aquí de nuevo[238] aun después de bañarse en las termas

[234] Cf. *supra*, n. 228; Venus nació de la espuma del mar.

[235] Hijo de Cefiso (río de Beocia) y de la ninfa Liríope. La ninfa Eco se prendó de su belleza, pero él no cedió a sus requerimientos. Némesis, diosa de la venganza, le impuso su castigo: un día en que se inclinó para beber en una fuente cristalina, al ver reflejada su imagen quedó enamorado de su propia belleza y se dejó morir de amor. Aun en los infiernos, siguió contemplando su reflejo en la laguna Estigia; sobre la tierra, sus cenizas fueron metamorfoseadas en narciso (v. OVIDIO, *Metamorfosis* III 339 y ss.).

[236] Divinidad confundida con Diana. El cazador Acteón la sorprendió bañándose entre las ninfas y la casta diosa lo metamorfoseó en un ciervo, que fue devorado por sus propios perros (v. OVIDIO, *Metamorfosis* III 138 y ss.).

[237] Puerto de Campania, próximo a Cumas, rico en aguas termales, residencia favorita de los romanos ricos y de los emperadores, que construyeron allí villas suntuosas con fastuosos baños. Son célebres los de Nerón, y sin duda también Domiciano tuvo allí una villa con baños, como lo indica el inciso siguiente, que es una reminiscencia virgiliana (v. *Geórgicas* IV 176), recogida asimismo por OVIDIO en *Tristes* I 3, 25.

[238] Se entiende, sudar en los baños de vapor (como en los llamados «baños turcos» y «saunas») que existían en la villa de Claudio Etrusco.

de Nerón. Adelante, joven de ingenio luminoso y brillantes iniciativas. Que tus obras envejezcan contigo y pueda pronto renacer más radiante tu fortuna[239].

6

LAS CALENDAS DE DICIEMBRE[240]

Marchad de vacaciones, padre Febo y recatada Palas y vosotras, las Musas, que ya os invocaremos de nuevo en las calendas de Jano[241]. Vengan a mí Saturno, libre de sus grilletes[242], y Diciembre, cargado de abundante bebida, y el hilarante Juego y las Bromas audaces para que cante el día

[239] Estos buenos deseos que cierran el poema hacen discreta referencia al regreso del destierro del padre de Claudio Etrusco (v. III 3, 154, y MARCIAL, VI 83).

[240] Los comentaristas e historiadores no coinciden al fijar el año en que se sitúa este primero de diciembre: pudo ser el 83, quizá y para otros fue el 93, con motivo de la celebración, por parte de Domiciano, de su expedición contra los suevos y los sármatas. Lo único cierto es que los espectáculos correspondientes a esta fiesta ofrecida por Domiciano tuvieron lugar en el Anfiteatro Flavio.

[241] Esto es, en enero, después de las Saturnales que se celebraban en diciembre: fiestas licenciosas en honor de Saturno, durante las cuales se olvidaba la severidad de todas las normas habituales.

[242] Libre de las ligaduras de lana que cubrían el pedestal de su estatua durante el resto del año y que simbolizaban la sumisión a que le redujo Júpiter (v. CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* II 64). En las fiestas Saturnales se conmemoraba el tiempo en que Saturno, destronado por Júpiter, se refugió en el Lacio, donde hizo reinar una feliz edad de oro (v. MACROBIO, *Saturnales* I 8).

afortunado y la embriagada noche que, magnánimo, César nos ofrece.

Apenas apuntaba la Aurora su nuevo despertar, cuando ya llovían de la cuerda[243] las golosinas. Se alzó el Euro[244] para repartir aquel rocío: todos los frutos selectos que caen de los fecundos nogales del Ponto y de las cimas de Idumea[245], los que hace brotar en sus ramas la piadosa Damasco[246] y los que madura la cálida Cauno[247], se derramaban como una ofrenda de copiosa cosecha. Y caían bollos tiernos y pastas y galletas de Ameria[248], con su masa poco cocida, y pasteles de vino y dátiles redondos de invisibles palmeras. Nunca las Híades borrascosas ni las Pléyades desbordadas[249] han cubierto la tierra con lluvias tan copiosas como aquella tormenta que con su bonancible granizada cayó sobre la plebe congregada en las gradas latinas[250]. Que Júpiter esparza sus nublados por todo el orbe y que amenace con sus temporales los campos dilatados, con tal que nuestro Júpiter[251] a nosotros nos traiga tales lluvias.

[243] Se trata de una cuerda en que estaban sujetos obsequios variados que se desprendían y caían para que el pueblo los recogiera (v. MARCIAL, VIII 78, 7).

[244] Viento de levante.

[245] Región de Palestina cuyos dátiles eran muy apreciados (v. VIRGILIO, *Geórgicas* III 12).

[246] Piadosa, como centro de diversas religiones. Sus frutos más famosos eran las ciruelas.

[247] Ciudad de Caria, en Asia Menor, cuyos higos eran tan famosos y apreciados, que el término *cáunea* se convirtió en sinónimo de *higo*.

[248] Ciudad de Umbría, actual Amelia.

[249] Híades y Pléyades, ninfas convertidas en constelaciones, después de su metamorfosis anuncian con su aparición la llegada de la estación tormentosa y lluviosa.

[250] Los graderíos del anfiteatro Flavio (cf. *supra*, n. 240).

[251] Esto es, Domiciano.

Mas, de pronto, otra muchedumbre, no menos nutrida que la de los cúneos, se infiltra entre todas las gradas: de bella apariencia y atuendos hermosos, traen éstos cestillos con panes y blancos manteles y ricos manjares; aquéllos escancian sin límite vinos generosos: podría creerse que son otros tantos coperos del Ida[253]. Por igual alimentas a los más distinguidos y graves del anfiteatro[253] y a las multitudes togadas[254], y aunque, generosa, brindas el sustento a tal muchedumbre de gentes, ignoras, Anona[255], en esta jornada, tu munificencia. Ven ahora, Antigüedad, compara los siglos del prístino Júpiter[256] y su edad de oro: en aquella época no fluía el vino libre de esta suerte ni se prolongaba la siega hasta el fin del año. En la misma mesa comen todas las clases: niños, mujeres, plebe, caballeros, senadores: la libertad ha relajado los miramientos. Es más: tú mismo[257] —¿cuál de los dioses podría dejarse invitar ni aceptar tal compromiso?— has acudido con nosotros a participar en el festín: ya quienquiera que sea, pobre u opulento, puede gloriarse de ser comensal de su príncipe.

Entre aquellos clamores y aquel lujo inaudito, se diluye, ligero, el goce de los juegos: ¡ahí está el sexo débil, que desconoce el hierro! ¡Con qué denuedo arrostra los viriles

[253] Es decir, otros tantos Ganímedes.

[253] Esto es, a los senadores y a los caballeros que ocupaban la parte anterior de la cávea.

[254] Domiciano había impuesto el uso de la toga a todos los asistentes a los espectáculos.

[255] El granero público (*annona*, aquí personificado) puede desentenderse de los gastos de este día, bien por la abundancia de sus recursos, bien porque aquel derroche se realizara a costa del fisco privado de Domiciano y no del erario público.

[256] Es decir, de Saturno (cf. *supra*, n. 242).

[257] Domiciano.

combates! Se diría que a orillas del Tanais[258] y el Fasis[259] encrespado se aprestaran las huestes ecuestres del Termodonte[260]. Entra luego un aguerrido batallón de enanos, a quienes su complexión breve, que pronto se acaba, enzarza al momento en un amasijo nudoso. Se hieren y traban sus diestras y, ¡con qué fiereza!, se amenazan de muerte. Ríe el padre Marte y el Valor cruento; y las grullas, que caerán pronto[261] para servir de presas fugitivas, se asombran ante estos púgiles más bravos que ellas.

Cuando ya se acercan las sombras nocturnas, ¡qué tumultos promueve otro riego copioso! A la sazón acceden muchachas que se venden fácilmente. Allí se reconoce todo lo que en los teatros complace por su belleza o se admira por su arte. Aquí un grupo de lidias ampulosas bate a compás las palmas, allá suenan los címbalos de la canora Cádiz y más allá los coros de los sirios; y una turba de cómicos humildes y de vendedores que cambian azufre corriente por cacharros viejos[262].

[258] El río denominado actualmente Don.

[259] Río de la Cólquide.

[260] Río de Capadocia, en cuyas cercanías moraban las Amazonas.

[261] Cf. *infra*, vv. 75 y ss.

[262] Este pasaje se presta a diversas interpretaciones: para unos comentaristas, el segundo «riego copioso» se refiere a una rociada de perfumes; para otros, es una segunda lluvia de manjares. Entre estos últimos, hay quienes piensan que, terminada la primera sesión, ha cambiado el público y ha entrado, para asistir a la representación nocturna, una masa de gentes de menor categoría, que recibe también su granizada de viandas. No faltan, por último, quienes interpretan que al atardecer entran en la arena y se mezclan también en las gradas estos nuevos actores de índole diversa y, con ellos, proveedores de cerillas para alumbrarse («azufre corriente») que recogen a cambio frascos y tarros usados para venderlos después (v. MARCIAL, I 41, 3 y ss., X 3, 3 y ss.).

Entre tanto, caen de lo alto, en medio de un repentino revoloteo, bandadas innúmeras de las aves que el sagrado Nilo y el Fasis furioso y las húmidas tierras acogen bajo el soplo del húmedo Austro[263]. No hay gente bastante para atrapar tantas: están ya saciadas las togas repletas[264], mientras se preparan nuevos aguinaldos. Todos alzan al cielo sus voces sin número para gloria de las Saturnales que el príncipe ofrece, y le aclaman por dueño y por amo con adhesión cálida, aunque esto es lo único que ha vetado el César[265].

Apenas la noche sombría invadía el anillo: radiante, desciende entre sombras espesas en medio del círculo otro anillo de llamas que ofusca el fulgor de la áurea corona de Cnosos[266]. Se alumbra de fuegos el cielo y no admite licencia ninguna de la noche oscura. Se aleja el inerte Reposo, y el Sueño inactivo, a la vista de tal luminaria, huye a otras ciudades. ¿Quién podría cantar espectáculos tales, diversiones como éstas sin freno, quién aquel banquete, quién sus gratuitos manjares y sus ríos de Lieo[267] abundante? Ya desfallezco, ya, y por tu largueza de Baco[268] me dejo arrastrar, ebrio, a un tardío sopor.

¡Por cuántos años perdurará la memoria de este día! Su carácter sagrado no quedará obsoleto por los siglos, mientras subsistan los montes del Lacio y el padre Tíber, mientras tu Roma permanezca enhiesta y altivo el Capitolio que al orbe restituyes[269].

---

[263] Es decir, aves migratorias (v. II 4, 27; *Tebaida* V 11 y XII 515; PLINIO, *Historia Natural* X 58).

[264] Juego de palabras: están ya saciados los ciudadanos (los togados) y repletos los senos, esto es, los repliegues que formaban las togas sobre el pecho y que servían de bolsa.

[265] No parece cierto que Domiciano rehusara el título de «dueño y señor» (*dominus*). SUETONIO (*Domiciano* XIII 2) nos dice que dictó una carta denominándose a sí mismo *dominus et deus*, tratamientos que se tornaron habituales en los documentos oficiales. Marcial le tributa los mismos títulos en numerosos pasajes, y el de *dominus* aparece en dos inscripciones (CIL. VI, 23454 y X, 444).

[266] Se trata de una lámpara de enormes dimensiones en forma de anillo, pendiente de un mástil central. En cuanto a la corona de Cnosos (v. V 1), es la diadema de oro que Baco ofrendó a Ariadna como obsequio nupcial (cf. *supra*, n. 82).

[267] Nombre de Baco, utilizado como personificación del vino.

[268] Nueva metonimia para designar el vino.

[269] Esta restitución hace referencia a la reconstrucción por Domiciano del cuarto templo del Capitolio, incendiado en el año 80 d. C. y consagrado a la tríada capitolina: Júpiter, Juno y Minerva.

LIBRO II

DEDICATORIA

Estacio saluda a su amigo Melior[1].

No es sólo nuestra íntima amistad —motivo de alegría para mí, Melior, hombre excelente y exquisito, no menos en el gusto literario que en las demás bellezas que la vida ofrece—, también la propia índole de las obritas que te ofrezco se ha concebido de tal suerte que este libro mío, aun sin dedicatoria, estaría dedicado a ti por entero. En efecto, trata en primer lugar de nuestro buen Glaucias[2], cuya infancia deliciosa, y cual la suerte suele deparársela a los desdichados[3] —yo disfrutaba en tu casa cuando os abrazabais—, te ha sido ya arrebatada. Tras la herida reciente de su pérdida, me apresuré a escribir, como ya sabes, un fúnebre poema, con

[1] Atedio Melior sólo nos es conocido por Estacio y por MARCIAL, II 69 7; IV 54, 8; VI 28; VI 29; VIII 38.

[2] Véase II 1.

[3] Esto es, llena de dones, pero efímera.

tal presteza, que hube de recurrir a tus sentimientos para pedirte disculpas por mi premura. Ahora no la alego ante ti, que ya la conoces, pero sí la aduzco ante los demás, en previsión de que alguno critique con demasiado rigor un poema compuesto en medio de la aflicción y dedicado a un hombre doliente, por muy vanos que suelan ser los consuelos tardíos.

La villa en Sorrento de mi querido Polio[4], que viene a continuación, siquiera en honor de la elocuencia de su dueño, debiera haber sido cantada con más esmero, pero mi buen amigo me ha perdonado. Bien sabes, Melior, que mis poemas ligeros a tu árbol[5] y a tu papagayo[6] los he escrito a modo de epigramas. La misma ligereza de pluma exigía el león amaestrado que se prosternó en el anfiteatro[7]: si no hubiera ofrecido con presteza ese poema a nuestro sacratísimo Emperador, habría resultado frío. La consolación que también he escrito para nuestro amigo Urso[8] —ese joven intachable y lleno de saber, no obstante su vida regalada—, por haber perdido a su pequeño esclavo, la he incluido con gusto en este libro, no sólo por la deuda que tengo con él, sino también porque el homenaje que le rindo se te transferirá a ti. Cierra el volumen un poema al natalicio de Lucano que Pola Argentaria, la más extraordinaria de las esposas[9], en un momento en que hacíamos proyectos respecto a esa fecha, quiso que figurase como un obsequio suyo. Yo no pude rendir más humilde homenaje a poeta tan alto, que guardarme de expresar en

4 Polio Félix, v. II 2.
5 Véase II 3.
6 Véase II 4.
7 Véase II 5.
8 Véase II 6.
9 Esposa de Lucano (viuda desde el año 65).

hexámetros las alabanzas que debía tributarle[10]. Sea cual sea su calidad, queridísimo Melior, si mis poemas no te desagradan, dáselos al público; si no es así, devuélvemelos[11].

10 A Lucano, autor de *La Farsalia* y maestro del metro épico (el hexámetro), habría resultado una temeridad felicitarlo mediante un poema en hexámetros. Estacio, humildemente, renuncia al empleo de ese metro y se decide por los endecasílabos falecios. Sin embargo (cf. *supra*, l. 1, n. 5), en la dedicatoria del libro primero resta importancia a la composición de hexámetros.
11 El personaje a quien se dedicaba una obra se obligaba a publicarla.

1

GLAUCIAS, EL FAVORITO DE ATEDIO MELIOR

Cuando te ha sido arrebatada tu criatura [12], Melior, ¿qué clase de consuelo puedo brindarte, en mi atrevimiento, delante de su pira, mientras están aún vivas sus cenizas? Rotas las venas, todavía está abierta tu dolorosa herida y se muestra la traza palpitante de tu llaga profunda, cuando yo, despiadado, te ofrezco el lenitivo verbal de mi poema, y tú prefieres darte a tus sollozos y a tus lamentos hondos, y aborreces mi lira, y le vuelves la espalda con los oídos sordos. Mis cantos son intempestivos: antes quisieran escucharme la tigresa privada de sus crías y los leones despojados de las suyas. Aunque hasta ti llegara el triple canto de las doncellas sículas [13] o el sonar de la lira que entendían los bosques y las

[12] Glaucias, según MARCIAL (VI 28 y 29), era un liberto de Melior, e hijo de dos esclavos suyos a quienes Melior había emancipado a poco de nacer el niño. Los pequeños esclavos nacidos en la casa (en latín *vernae*, de donde nuestro adjetivo «vernáculos») solían ser objeto de especial cariño por parte de los amos, que con alguna frecuencia, como en este caso, los criaban y educaban con todo esmero para hacer de ellos sus favoritos.

[13] Las sirenas, cuyo mito se sitúa ya en Sicilia, ya en la península de Sorrento (v. ESTRABÓN, I 22).

fieras[14], no apaciguaran tus gemidos locos. Está fija en tu pecho una pena furiosa y tus entrañas ladran si se intenta tocarlas.

Nadie lo impide: sáciate de tus males y doma tu dolor acerbo dándole rienda suelta. ¿Ya se ha colmado tu placer de llorar? Y, en tu cansancio, ¿ya no rechazas los ruegos de tu amigo? ¿Puedo cantarte? Ya ves: también mi rostro está anegado en llanto al cantarte y cae en mis palabras el borrón de las lágrimas. Porque también acompañé contigo la solemnidad de su cortejo fúnebre, el féretro del niño, esa abominación que vio nuestra ciudad. Y he contemplado los dolorosos cúmulos de incienso consagrado al difunto y su alma llorosa sobrevolando su propio funeral[15], y a ti, que superabas los gritos de los padres y el plañir de las madres cuando, asido a su pira, te proponías aspirar sus llamas: a duras penas pude retenerte y, reteniéndote, partícipe igualado con tu duelo, te lastimé. Y ahora, ¡ay!, depuestas de mi frente guirnaldas y coronas[16], vate infausto, con mi lira mudada, hiero mi pecho en hermandad contigo y te suplico que, por fin humano, me permitas que siga acompañando y compartiendo tu dolor, si es que lo he merecido y me he sentido unido a tu aflicción. A mí me han escuchado muchos padres en el mismo momento en que eran fulminados; yo he entonado poemas de consuelo a madres prosternadas ante una pira fúnebre, y a retoños piadosos, y también a mí mismo cuando, junto a las llamas, gemía por la pérdida de alguien muy allegado: ¡oh, Naturaleza! ¡Qué padre![17]. No pretendo, severo, impedirte que llores, pero une tus gemidos a los míos y sollocemos juntos.

[14] La lira de Orfeo (v. OVIDIO, *Metamorfosis* X 1 a 105).

[15] Existía una antiquísima creencia, según la cual, mientras no habían finalizado las ceremonias fúnebres, seguía presente el alma del difunto (v. V 5, 41).

[16] Depuesta la corona de laurel, propia de Apolo, para asumir la de ciprés como «vate infausto» (v. V 3, 8 y V 5, 29 y ss.).

Ya hace tiempo, niño querido por tus merecimientos, que al buscar un comienzo digno por donde iniciar tu elogio, me siento confundido. De una parte, me llaman tus años, truncados en el umbral de la vida; de otra, tu belleza; me llaman de otro lado tu prudencia precoz, tu recato y tu honestidad prematura para una edad tan tierna. ¡Ay! ¿Dónde está aquella blancura que dejaba transparentar el rubor de tu sangre, y tus pupilas como luceros, y tu mirar en que brillaba el cielo, y la reserva recoleta de tu frente breve, coronada por tus rizos naturales y el dulce marco de tu gentil melena? ¿Dónde tu boca, rica en tiernas quejas, y tus besos, que al abrazarte olían a flores de la primavera, y aquellas lágrimas entreveradas de risas, y aquella voz, que cuando hablabas, destilaba de lo hondo la miel del monte Hibla[18]? Al oírla, una serpiente habría silenciado sus silbidos y una cruel madrastra habría deseado ser tu esclava. No añado nada a sus reales dones. ¡Ay, aquel cuello blanco, sus brazos como leche, cuyo peso siempre pendía del cuello de su amo! ¿Dónde está la esperanza tan efímera de su mocedad próxima y el ornato que sus mejillas anhelaban, esa barba por la que tantas veces has jurado[19]? Todo lo ha reducido a cenizas la hora funesta de un día nefasto: sólo la nostalgia se nos ha dejado. ¿Quién podrá remitir tus pesares y los senti-

[17] Véase III 3, 39 y V 3.

[18] Monte de Sicilia, rico en tomillo y famoso por la exquisita miel de sus abejas (v. VIRGILIO, *Bucólicas* VII 37).

[19] El padre solía jurar por la barba o por la cabeza de su hijo (v. VIRGILIO, *Eneida* IX 300); Melior (vv. 78-81) se había comportado como un padre con el pequeño Glaucias desde su nacimiento.

mientos arcanos que alberga tu alma? ¿Quién podrá apaciguar tus entrañas, inflamadas de cólera fiera que se ensaña con tus servidores, y atraerte hacia él, doblegando tu furia encendida? ¿Quién hurtará a tu boca las viandas a medio comer y los vinos apenas probados, trastrocándolo todo con sus inocentes rapiñas? ¿Quién interrumpirá con sus murmullos tus sueños matinales subiéndose a tu lecho, y retrasará tu salida con su apretado abrazo y, ya junto a la puerta, te obligará a volver para besarte? Y, cuando estés de vuelta, ¿quién se abalanzará a tu rostro, a tus manos, y rodeará tus hombros con sus brazos pequeños? Lo reconozco: tu casa está en silencio y tu hogar, solitario, tu lecho, abandonado, y tu mesa, sumida en un mutismo triste.

No es de extrañar que aquel que te ha criado, henchido de piedad, ofrezca en honor tuyo tan solemnes exequias. Tú eras el reposo de tu amo, el puerto que aguardaba a su vejez; tú eras ya su delicia, ya la dulce inquietud para su pecho. A ti no te dio vueltas el giratorio estrado, como a los siervos bárbaros [20], ni, entre las mercancías procedentes de Faros, como niño venal, ofreciste tus gracias estudiadas, tus dichos aprendidos, a la búsqueda lúbrica de un amo, para encontrarlo demasiado tarde. Aquí estuvo tu hogar, aquí tu cuna, tus padres disfrutaron, ya de antiguo, del amor de la casa de tu dueño y por tu bien se vieron liberados, para que no pudieras lamentarte de tu progenie; al tomarte del vientre de tu madre, tu dueño, alborozado, te levantó en sus brazos, y cuando saludabas con tu primer vagido el brillo de los astros, te acogió como suyo en sus entrañas, te abrazó en su

[20] El estrado giratorio (*catasta*, en latín) servía para exponer en el mercado a los esclavos en venta, capturados por lo general en países bárbaros (v. TIBULO, II 3, 60), y no para ofrecer ante los compradores a los pequeños esclavos nacidos en casa (cf. *supra*, n. 12).

regazo y creyó ser tu padre [21]. Séame consentido afirmarlo con la venia de los padres venerandos, y tú, Naturaleza, a quien se ha concedido en todo el orbe dictar a los mortales las primeras leyes, permítemelo, te lo ruego: no todos los lazos dependen de la sangre allegada ni de la descendencia de la carne que se perpetúa en cadena, muchas veces se infiltran más adentro, vinculando a los seres, otras prendas nuevas, acogidas por voluntad propia. Engendrar hijos es ley natural; elegirlos es una dicha. De esta suerte, el solícito Quirón, sólo semihumano, aventajaba al hemonio Peleo en el tierno corazón de Aquiles [22]. Y tampoco fue Peleo, ya anciano, quien acompañó a su hijo a la guerra de Troya: fue Fénix el que no se apartaba de su ínclito pupilo. Anhelaba desde lejos Evandro la vuelta de Palante victorioso, pero era el fiel Acetes quien estaba presente en sus combates [23]. Cuando en la lejanía prolongaba su padre su estancia entre los astros refulgentes, a Perseo, jinete de los aires, le peinaba el fluctívago Dictis [24]. ¿Para qué referirme a las madres cuya ternura

[21] Cf. *supra*, n. 19.

[22] Cf. *supra*, L. I, n. 107.

[23] De la misma manera que en la *Ilíada* es Fénix, el viejo escudero de Peleo, quien acompaña a Aquiles en la guerra de Troya, en la *Eneida* (VIII y X) es Acetes, el escudero de Evandro, su padre, quien marcha con Palante cuando éste va a combatir junto a Eneas.

[24] Júpiter, metamorfoseado en lluvia de oro, había fecundado a Dánae, la hija de Acrisio, rey de Argos. De aquella unión nació Perseo. Un oráculo predecía que un hijo de Dánae daría muerte a Acrisio, por ello, el rey encerró a Dánae y Perseo en un arca que arrojó al mar. El arca arribó a la isla de Serifos, donde el pequeño Perseo fue acogido por Dictis, que era pescador: de ahí el epíteto de «fluctívago». En cuanto al de «jinete de los aires» (anacrónico), hace referencia al vuelo que realizaría Perseo a lomos de Pegaso, después de cortar la cabeza de la Górgona Medusa. Por último, el empleo del verbo «peinar» tiene el valor de una sinécdoque: significa «cuidar» en general, cometido que cumplía Dictis en lugar de Júpiter, asumiendo el papel de padre.

han superado con la suya las nodrizas? ¿Para qué a ti, Baco, que, tras la muerte alevosa de tu madre y su reducción a cenizas, te encaramabas, lleno de confianza, a los pechos de Ino[25]? Reinaba Ilia sobre las aguas de Etruria, sin que ya la inquietara el padre de sus hijos, cuando Rómulo fatigaba a Aca con su peso[26]. Yo he visto cómo retoños injertados en un tronco extraño crecían más altos que los de su propia estirpe. Y ya los sentimientos de su pecho te habían convertido en padre suyo antes que su carácter ni su belleza: tú, a pesar de todo, amabas ya las palabras de aquel niño, ocultas en un balbuceo, y su tierno vagido y sus lágrimas.

Él, cual en los tiernos prados se yergue a las alturas una flor temeraria, condenada a morir con las primeras ráfagas del Austro, tal, desde su niñez, había aventajado prontamente a sus iguales por la nobleza de su rostro y de su porte y, con

[25] Baco, hijo de Júpiter y de Sémele (una de las hijas de Cadmo y Harmonía), no llegó a nacer de su madre, porque, a causa de los celos y de la astucia de Juno, Júpiter, jurando por la Estigia —juramento inexcusable— se comprometió a fulminarla. Al ser reducida a cenizas Sémele antes del parto, Júpiter tomó a la criatura y la injertó en uno de sus muslos hasta que cumpliera los nueve meses de gestación. Cuando ésta llegó a su término, nació el pequeño Baco y fue amamantado por Ino, hija también de Cadmo y Harmonía (v. APOLONIO DE RODAS, I 636, OVIDIO, *Metamorfosis* III 278 y IV 416; CICERÓN, *Tusculanas* I 28).

[26] Ilia es otro nombre de Rea Silvia, la hija de Númitor, rey de Alba Longa, destronado por su hermano Amulio. Según una vieja tradición que se remonta a Ennio y que recogen HORACIO (*Odas* I 2, 13 y ss.) y OVIDIO (*Fastos* II 598. Ver también VIRGILIO, *Eneida* I 267 y ss.), después de dar a luz a Rómulo y Remo fue arrojada por Amulio al río Tíber, esto es, al río de Etruria, como se le denomina aquí y en IV 5, 39, o bien el río lidio, como en I 2, 190 (ver las notas correspondientes). El dios del Tíber la acogió y se desposó con ella, olvidada ya de Marte, el padre de los gemelos, mientras que éstos fueron criados por Aca Larentia, la esposa de Fáustulo, el pastor que los había salvado de las aguas.

mucho, había superado sus años. Cuando, flexionando sus miembros, se mantenía firme en las presas de la palestra, se diría nacido de una madre espartana, Apolo lo habría antepuesto sin duda al Ebálida[27] y Alcides lo habría escogido a cambio de Hilas[28]. Y si, con veste griega, decía los versos áticos del elocuente Menandro, Talía, gozosa, habría elogiado su acento y despeinado, amorosa, sus hermosos cabellos, coronándolos de rosas. Y cuando recitaba al viejo Meonio[29] —las desdichas de Troya o las aventuras de Ulises en su tardo regreso— su mismo padre, sus maestros mismos vivieron con asombro sus sentimientos. Sin duda tocó Láquesis su cuna con su mano funesta y Envidia abrazó al niño para mimarlo en su regazo: fue ella quien ornaba sus mejillas y su abundante cabellera, quien le mostraba las gracias y le inspiraba las palabras que ahora lloramos. Sus años, al crecer, comenzaban a ser tantos como los trabajos de Hércules, pero aún estaba próxima su infancia, sin embargo, su paso era firme; su desarrollo, superior al de sus vestidos, que parecían menguar sobre él, aunque ¿qué prendas, qué atavíos no se apresuraba a proporcionarte tu cariñoso dueño? Cubría tu pecho con vestes cortas de lana, con aquel abrigo ajustado ceñía tu túnica: sin escoger pliegues anchurosos, prefiriendo siempre vestiduras adecuadas a tu edad, ora te cubría con tejidos carmesí, ora con telas que imitaban la tonalidad de

[27] El nombre de Ebálida (literalmente, «natural de Ebalia», es decir, de Tarento, que era una colonia de Lacedemonia) designa a Jacinto, el adolescente lacedemonio amado de Apolo, que lo metamorfoseó en flor (v. OVIDIO, *Ibis* 588).

[28] Cf. *supra*, L. I, n. 101.

[29] Homero, que, según una de las diversas hipótesis, era natural de Meonia, esto es, de Lidia, en Asia Menor. Eran muchos, sin embargo, los lugares que se disputaban el honor de haber sido la patria de Homero. Ver al respecto, CICERÓN, *Defensa del poeta Arquías* VIII 19.

las hierbas, ya con el rojo suave de la púrpura, y gozaba encendiendo tus dedos con gemas fulgentes. Nunca te faltaba un nutrido cortejo ni la ofrenda de obsequios; sólo de la pretexta[30] se veía privada tu modesta hermosura.

Tal era la dicha de vuestra casa. De pronto alzó sus manos la Parca maligna. ¿Por qué, diosa cruel, descubres tus garras de fiera? ¿No te conmueve la belleza? ¿No la edad juvenil que mueve al llanto? La despiadada Procne no habría sido capaz de descuartizarlo para ofrecérselo a su esposo[31], ni la cruel princesa de la Cólquide habría persistido en su sevicia, aun cuando hubiera sido hijo de la eolia Creúsa[32]; Atamante, a pesar de su locura, habría apartado de él su arco maligno[33] y, aunque ardiendo en odio contra las cenizas de Héctor y contra Troya, habría llorado Ulises antes de arrojarlo de las torres frigias[34].

Ya es el séptimo día, ya se enfrían sus ojos y pierden su viveza, ya la Juno infernal había asido y retenía en la mano

[30] La toga pretexta era atributo de los hijos de ciudadanos de origen libre. A partir de la segunda guerra púnica, se permitió que la ostentaran también los hijos de madre libre, aunque el padre fuera liberto.

[31] Procne, esposa de Tereo, rey de Tracia, y hermana de Filomela, castigó la violación de que Tereo hizo víctima a su hermana, dando muerte a su hijo Itis y sirviendo sus miembros como manjar al padre, en monstruosa venganza semejante a la de Medea (v. OVIDIO, *Metamorfosis* VI 424 y ss.).

[32] Medea, hija de Eetes, rey de Cólquide, se vengó de Jasón, por los amores de éste con Creúsa, dando muerte a sus hijos (v. PROPERCIO, II 16, 30 y II 21, 12; OVIDIO, *Heroidas* XII 53 y *Ars Amatoria* I 335; SÉNECA, *Medea* 498.

[33] Atamante, perseguido, juntamente con su esposa Ino, por la cólera de Juno (cf. *supra*, n. 25), en un arrebato de locura dio muerte a su hijo Learco confundiéndolo con un ciervo.

[34] Según una versión tardía, Ulises dio muerte a Astianacte, hijo de Héctor y Andrómaca, precipitándolo desde las murallas troyanas cuando fue tomada la ciudad

su cabello[35]. El niño, sin embargo, mientras las Parcas apremian sus frágiles años, te mira con expresión mortecina y murmura con lengua casi inmóvil: hacia ti exhala todo cuanto resta de su pecho ya vacío; a ti sólo recuerda y a ti sólo escucha cuando le llamas; para ti mueve sus labios y a ti dirige sus últimas palabras intentando acallar tus gemidos y consolarte en tu duelo. Y a pesar de todo, es de agradecer a los Hados que no haya consumido en el lecho su belleza infantil una muerte lenta y que haya accedido al reino de los Manes tal cual era, sin que ninguna afrenta afeara su cuerpo.

¿Para qué hablar de tus exequias, de las ofrendas generosas rendidas a las llamas, de la funesta hoguera con su esplendor luctuoso? ¿De cómo se acreció tu pira fúnebre con un colmo de púrpura, de flores de Cilicia, de frutos de la India, y cómo, antes que ardieran, ungieron tus cabellos los perfumes de Arabia, de Faros y de Palestina? Melior, en su desprendimiento, desea aportarlo todo y quemar por entero su fortuna, aborreciendo sus inanes bienes, pero el fuego, enemigo, no los acoge, y las llamas, mezquinas, son incapaces de consumir tales ofrendas.

El horror se apodera de mi pecho: ¡qué temor me inspiraste, Melior, siempre tan plácido, en el momento supremo de los funerales, al lado de la pira! ¿Eras tú aquel ser risueño y amable? ¿De dónde aquella furia, aquellas manos crispadas, aquel bárbaro estremecimiento, cuando, tendido en el suelo, volvías la espalda a la luz odiosa, o, enfurecido, rasgabas a la par tus vestiduras y tu pecho y oprimías los ojos amados

[35] El nombre de Juno infernal (v. VIRGILIO, *Eneida* VI 138) designa a Prosérpina, la tercera personalidad de Hécate Triforme, esposa de Hades, que cortaba el cabello fatal de los moribundos. En el canto IV de la *Eneida* es Iris quien, por orden de Juno, corta el cabello de Dido moribunda.

y besabas los helados labios? Allí estaban, afligidos, el padre y la madre del niño yacente, pero era a ti a quien miraban atónitos sus padres. Y ¿qué tiene de extraño? El pueblo entero, la muchedumbre que te precedía por la vía Flaminia, atravesando el puente Milvio [36], lloró aquel sacrilegio, mientras el niño inocente era entregado a las funestas llamas. Y por su belleza y por su edad merece el llanto. tal, traído del mar al puerto del Istmo, yacía Palemón tras su naufragio bajo el abrazo de su madre [37], así también, cuando jugaba sobre la hierba de Lerna, rica en serpientes, un reptil sediento desgarró con sus escamas a Ofeltes [38] para beber su sangre

Depón tus temores, cesa de recelar las amenazas de la muerte ni Cérbero te ladrará con sus tres fauces, ni ninguna de las tres hermanas [39] le aterrará con su antorcha ni con sus hidras enhiestas, por el contrario, el propio barquero temible del ávido esquife [40] se adentrará más en las riberas estériles de la costa abrasada para que al niño no le sea difícil embarcar

Pero ¿qué noticia me trae por mi gozo el hijo del monte Cilene [41], caduceo en mano? ¿Puede haber una nueva gozosa en momentos tan duros? El niño conocía la efigie del ilustre Bleso con sus nobles rasgos, por haberte visto tantas veces

[36] MARCIAL (VI 28, 5) nos dice que la tumba estaba junto a la vía Flaminia (a la orilla derecha del Tíber, pasado el puente Milvio).

[37] Su madre, Ino, se arrojó al mar con el niño en sus brazos. Ambos fueron transformados en deidades marinas y formaron parte del cortejo de Neptuno

[38] Hijo de Licurgo, rey de Nemea. Realmente, las tres muertes (de Palemón, Ofeltes y Glaucias) sólo tienen en común la niñez y la belleza de las víctimas

[39] Las Furias Alecto, Megera y Tisífone

[40] Caronte.

[41] Mercurio, que nació en aquella montaña de Arcadia.

cuando en casa trenzabas guirnaldas nuevas mientras estrechabas en tu pecho su fiel imagen [42] Cuando lo reconoció al verle recorrer las orillas del río Leteo entre los próceres de Ausonia, descendientes de Quirino, en un primer momento siguió tímidamente sus pasos, acercándose sin decir nada y tirando del borde de sus vestiduras, luego se aproximó más, y Bleso cesó en su indiferencia hacia quien tiraba de él, tomándolo por un miembro desconocido de su descendencia. Después, cuando reconoció a tu favorito, la prenda amada de su amigo único, el niño que era tu consuelo por haberle perdido a él, lo alzó del suelo, lo abrazó a su cuello robusto, lo condujo, alborozado, de su mano durante mucho tiempo y le ofreció los dones que brinda el amable Elíseo ramas estériles, aves silenciosas y pálidas flores que no germinan Y no le impide que se acuerde de ti, sino que comparte con cariño tus sentimientos y corresponde a la ternura del pequeño.

Tal ha sido el destino de quien te ha sido arrebatado ¿Por qué no curas ya tus heridas y alzas esa cabeza, hundida en el dolor? Ves que todo está muerto o llamado a morir desfallecen las noches, los días y los astros, y a la tierra maciza en nada le aprovecha su estructura La humanidad es una raza perecedera. ¿quién llorará la muerte de una especie caduca? A éstos los reclama la guerra. a aquéllos, los mares; a unos consume su amor, a otros su locura o su ansia exacerbada, sin hablar de las dolencias, a éstos los devoran las gélidas fauces del Invierno; a aquéllos, el Sirio mortal con su fuego agobiante; a otros los aguarda el pálido Otoño de pluvioso bostezo. Todo lo que llega a nacer teme el final.

[42] Melior tenía en su casa el retrato en cera de su amigo Bleso (ver II 3, 77; MARCIAL VIII 38), cuya memoria honraba tejiendo para él guirnaldas siempre frescas.

tremos, tremos todos. Éaco[43] agita su urna para sombras sin número. Pero éste a quien lloramos, feliz, libre de las asechanzas del destino, escapa a los hombres y a los dioses y al azar de las desdichas y a los peligros de nuestra vida incierta. Ni pidió, ni temió, ni rechazó la muerte: somos nosotros quienes formamos la muchedumbre angustiada; nosotros somos los míseros, nosotros, para quienes permanece incierto de dónde nos vendrá el día supremo, cuál será el término de nuestras vidas, de qué signo nos amenaza el rayo, qué tormenta hará resonar nuestra hora fatal. Eso ¿no te conmueve? Y, sin embargo, vas a conmoverte de corazón. Ven aquí, Glaucias, franqueando el umbral oscuro; tú, el único que tiene la potestad de conseguirlo todo, puesto que a las almas inocentes no les cierran el paso ni el barquero[44], ni el compañero insigne de la fiera monstruosa[45]; sosiega tú su pecho, no permitas que riegue sus mejillas el llanto, colma de bien sus noches con tus dulces palabras y tus rasgos vivientes, muéstrale que no has muerto y tú, que puedes, insiste encomendando a su cuidado a tu hermana afligida y a tus míseros padres.

43 Rey de Egina, padre de Peleo (y, por consiguiente, abuelo de Aquiles), que después de su muerte era juez en los infiernos juntamente con Minos y Radamanto (v. OVIDIO, *Metamorfosis* XIII 25 y ss.).

44 Caronte.

45 La fiera es, sin duda, Cérbero; su acompañante es, para algunos, Éaco. Más verosímil parece que se trate de Plutón, dios de los infiernos, a quien Cérbero obedecía.

2

LA VILLA DE POLIO FÉLIX EN SORRENTO[46]

Hay, entre las murallas conocidas por el nombre de las Sirenas y los acantilados donde se asienta el templo de Minerva Tirrena[47], una villa encumbrada que contempla las aguas de Dicearquia[48] y donde se extienden unos campos dilectos de Bromio[49], por cuyas altas colinas maduran unas uvas que no envidian a las que se prensan en Falerno. Fue allá —después de los festejos quinquenales que señalan los lustros en mi patria[50], cuando ya en el estadio se asentaba una paz perezosa, cuando se había posado la blanca polvareda

46 Acerca de Polio Félix, aparte de este poema, tenemos la dedicatoria del libro tercero y el primer poema del mismo, así como el poema IV 8, dedicado a su yerno Julio Menécrates. Su nombre aparece en una inscripción de Pozzuoli y en un grafito del monte Posilipo que hace referencia a su villa de Limón (cf. II 2, 82 y III 1, 149). En cuanto a la villa, parece que estaba situada entre Sorrento y Masa, donde existen numerosas ruinas romanas y hay un lugar denominado Marina di Puolo (esto es, de Polio).

47 La tradición situaba a las Sirenas en los islotes próximos a la península de Sorrento, en la que se alzaba un templo consagrado a ellas; la etimología popular relacionaba el nombre de Sorrento con el de las Sirenas. En cuanto al nombre de Minerva Tirrena (ver III 2, 24 y V 3, 165), obedece a la existencia de un santuario de la diosa en lo alto de los farallones, dominando el mar Tirreno.

48 Antiguo nombre de *Puteoli*, la actual Pozzuoli, población marítima sobre el golfo de Nápoles.

49 Sobrenombre de Baco.

50 Se trata de los juegos en honor de Augusto (Augustalia), que vinieron a sustituir a los juegos anuales de Parténope (esto es, de Nápoles, y de los que nos habla ESTRABÓN (5, 246). Ver III 5, 92. En ellos había obtenido Estacio una victoria (ver V 3, 225).

con la marcha de los atletas en busca de las coronas de Ambracia[51]— fue allá donde, gozoso, me llevaron, por mis aguas natales[52], la elocuencia del apacible Polio y la juvenil gracia de la mente Pola, gozoso e impaciente por dirigir mis pasos a donde, siguiendo su famosa ruta, se pisa la vía Apia, la reina de las largas calzadas.

Pero aquella demora fue una dicha: las aguas, en forma de media luna, al retirarse, plácidas, muerden aquí y allá los curvados cantiles. La naturaleza ofrece el escenario: hay una sola playa que interrumpe el roquedo y da entrada a los campos al pie de las escarpas. Un primer atractivo del paraje: humean unos baños con dos bóvedas[53] y el agua dulce fluye desde la tierra al encuentro de la mar amarga. Es allí donde prefiere bañarse el ágil coro de Forco[54] y Cimodocea[55], la de los húmedos cabellos, y la glauca Galatea[56]. Ante la morada, monta la guardia el cerúleo señor[57] de las olas encrespadas, custodio de aquel hogar inocente; su santuario[58] se cubre de espuma con el benigno oleaje. Alcides protege los campos ubérrimos y el puerto sonríe a los pies de ambas deidades: la una vela por la campiña, la otra detiene la furia de las olas. La bonanza del piélago es una maravilla:

[51] Es decir, que todos los atletas que habían participado en los juegos Augustales se habían dirigido a Ambracia (en Epiro), donde se celebraban los juegos Actiacos en memoria de la batalla de Accio.

[52] Las del golfo de Nápoles.

[53] Se trata, probablemente, de las cubiertas de los *caldaria* (baños calientes), uno de agua dulce y otro de agua de mar.

[54] Hijo de Neptuno, padre de las Górgonas, metamorfoseado en dios marino.

[55] Ninfa marina.

[56] Una de las Nereidas.

[57] Neptuno.

[58] El mar.

allí las aguas, fatigadas, deponen su cólera y el Austro violento sopla con más dulzura, allí el rigor de la borrasca se torna más sumiso, y la apacible rada descansa sin procelas, imitando el talante de su dueño.

Desde allí trepa un pórtico por las pinas alturas, obra comparable a toda una ciudad, que con su extenso dorso domina las roqueñas asperezas. Por allí, donde antaño, en medio de una oscura polvareda y la fiereza adversa del camino todo era sol, es ahora un placer adentrarse; así, cuando se asciende a la elevada cima de Éfira, la ciudad de Baquis[59], conduce al viajero la ruta sombreada desde el templo de Lieo, el hijo nutricio de Ino[60].

Aun cuando el Helicón me ofreciera todos sus ríos[61] y el manantial de Pipla[62] apagara mi sed o la pezuña del caballo alado la saciara con largueza[63], aunque la arcana Femónoe[64] me brindara sus fuentes intactas o las que mi amigo Polio, bajo los auspicios de Febo, ha enturbiado al sumergir su ánfora a lo hondo, yo no alcanzaría a igualar, usando de los ritmos de las Piérides, las bellezas innúmeras y los encantos

[59] Éfira es el antiguo nombre de Corinto (ver OVIDIO, *Metamorfosis* II 240; VIRGILIO, *Geórgicas* II 464; ESTACIO, *Tebaida* VI 652), tomado del de la ninfa del mismo nombre (ver VIRGILIO, *Geórgicas* IV 343). En cuanto a Baquis, es uno de los antiguos reyes de Corinto.

[60] Lieo, esto es, Baco, fue amamantado por Ino (cf. *supra*, n. 25).

[61] Cf. *supra*, L. I, n. 49.

[62] Cf. *supra*, L. I, n. 179.

[63] Pegaso, el caballo alado, hizo brotar con sus cascos la fuente Hipocrene, consagrada a las Musas (ver HORACIO, *Odas* IV 11, 27; OVIDIO, *Metamorfosis* IV 785 y V 262).

[64] Hija de Apolo, a la que se atribuye la invención del hexámetro, y que, según la tradición, fue la primera pitonisa de Delfos (ver PLINIO, *Hist. Nat.* X 7; LUCANO, V 126; PAUSANIAS, X 5, 7; ESTRABÓN, IX 419). Ella podría abrir a Estacio la fuente intacta de Castalia, consagrada a las Musas (ver VIRGILIO, *Geórgicas* III 293) y la que Febo ha otorgado a Polio.

de parajes tales. Recorriéndolos uno por uno en su serie inmensa, apenas bastaron mis ojos, apenas mis pasos. ¡Qué infinidad de joyas! ¿Qué podría admirar en primer término?, ¿la índole del paraje o de su dueño? Esta estancia contempla el nacimiento, el tierno fulgor de Febo; aquélla lo retiene en su declive y se niega a despedir su luz postrera cuando ya desfallece el día, cuando ya cae la sombra de la montaña oscura sobre las aguas, y la mansión se mira en el cristal del mar. Estos aposentos resuenan con el clamor del piélago, aquéllos desconocen el sonoro oleaje y prefieren la tierra silenciosa. Aquí Naturaleza se ha mostrado pródiga, allá, vencida, se ha doblegado ante quien la habita y, dócil, se ha sometido a usos ignorados: donde hubo un monte, ves ahora un llano; fueron cubiles las estancias en que hoy te adentras, donde ves hoy escarpas de arboledas, ni siquiera hubo tierra. El dueño se ha hecho dueño: el suelo, domeñado, se goza con aquel que da forma y somete a los roquedos. Contempla ahora los riscos obedientes al yugo y cómo la montaña penetra en la morada y se retira, sometida al mandato. Cedan ya ante ti el talento del vate de Metimna[45] y la lira sin par de Tebas[46] y la gloria del plectro gético[47], tú también mueves las piedras, también a ti te siguen las selvas encumbradas.

¿Qué decir de las viejas obras de arte, las pinturas y bronces, todas las que se gozan de haber vivificado los

[45] Ciudad de Lesbos, patria de Arión, poeta cuya obra apenas conocemos (ver CICERÓN, *Tusculanas* II 67) y que, según la leyenda, dominaba a los delfines.

[46] Hace referencia a Anfión, rey de Tebas, que construyó las murallas de su ciudad al son de su lira (cf. *infra*, L. III, nn. 13 y 45).

[47] El plectro de Orfeo, que podía mover y conmover a las piedras, los árboles, las fieras y los seres infernales (cf. *infra*, L. III, n. 13).

colores de Apeles, todas las que, admirables, esculpieron las manos de Fidias, aun cuando estaba Pisa despoblada[68], y las que cobraron vida obedeciendo al arte de Mirón o al cincel de Policleto, y los bronces, de más valor que el oro, salidos de las fundiciones del Istmo[69], los bustos de caudillos, de poetas y sabios de antaño a quienes procuras imitar, a quienes amas de todo corazón, exento de inquietudes, lleno tu espíritu de serena virtud y dueño siempre de ti mismo? ¿A qué rememorar las mil cumbres con sus variados panoramas? Cada dormitorio tiene su encanto y su mar exclusivo, y más allá del dominio de Nereo que se tiende a sus pies, cada ventana es dueña de su vista privada sobre la tierra: ésta contempla Inárima[70]; desde aquélla se muestra la escarpada Próquita[71], desde allí se divisa al escudero de Héctor, el magnánimo[72]; desde allá, rodeada por el piélago, emana Nesis[73] su maligno aliento, del otro lado se levanta Euplea[74], feliz augurio para las naves que pasan, y Megalia[75], que

[68] A Olimpia se le da con frecuencia en poesía el nombre de Pisa (cf. *supra*, L. I, n. 102), en virtud de su cercanía. La genialidad de Fidias, antes de haber esculpido su obra maestra del Zeus Olímpico, ya había brillado en sus empresas menores, a modo de ensayos (ver I 3, 50).

[69] Los bronces de Corinto gozaban de alto aprecio (ver PLINIO, *Historia Natural* 34, 1.

[70] La actual Ischia (ver VIRGILIO, *Eneida* IX 716).

[71] La Prócida actual (ver VIRGILIO, *Eneida* IX 715).

[72] El cabo Miseno (cf. *infra*, L. III, n. 18), nombre procedente de un compañero de Ulises, pero a quien en la leyenda de Eneas vemos convertido en troyano (ver VIRGILIO, *Eneida* VI 162 y 232 y ss.)

[73] Islote formado por un cráter que emanaba gases mefíticos.

[74] Ver III 1, 149. Allí se encontraba un santuario dedicado a Venus bajo la advocación de «protectora de la navegación», que es lo que en griego significa el nombre de Euplea.

[75] Mégaris por otro nombre.

yergue sus rompientes frente a las curvas olas, y tu predio de Limón[76], que se duele de que su amo descanse frente a él, y contempla a lo lejos tu mansión de Sorrento. Pero hay, sin embargo, una estancia, una que sobrepasa con mucho a todas las demás y que, en línea recta sobre el mar, te trae la vista de Parténope[77]; en ella, los mármoles escogidos de lo hondo de las canteras griegas, la piedra que alumbran los filones de la oriental Siene[78], la que los picos frigios han arrancado de la afligida Sinada en los campos de Cibele doliente[79], mármol coloreado en que brillan los círculos purpúreos sobre su fondo cándido; aquí también el que ha sido cortado de la montaña del amicleo Licurgo[80], que verdea imitando las hierbas que se doblan sobre las rocas, y aquí brillan los amarillos mármoles de Numidia con los de Tasos, Quíos y Caristo, que al contemplar las olas se recrean; todos ellos, vueltos hacia las torres de Calcis[81], envían su saludo. Te felicito por tu amor a lo griego y por frecuentar las tierras griegas. No lo tomen a mal las murallas de Dicarco[82] que te dieron el ser: nosotros[83] adoptaremos de buen grado a tan docto discípulo.

[76] Situado, al parecer, en el monte Posílipo, al sudoeste de Nápoles, cerca del lugar donde se encuentra el presunto sepulcro de Virgilio.

[77] Cf. *supra*, l. I, n. 127.

[78] Ciudad del alto Egipto, actual Assuán, célebre por su granito rojo (cf. IV 2, 27, y PLINIO, *Historia Natural* XXXVI, 63).

[79] Cf. n. 230 al l. I.

[80] Amicleo, esto es, espartano (cf. *supra*, n. 105 al L. I, e *infra*, L. V, n. 147).

[81] Cf. n. 28 al l. I.

[82] Presunto fundador de Dicearquia, esto es, de Pozzuoli (cf. *supra*, n. 48), ciudad natal de Polio Félix.

[83] Nosotros, los napolitanos, puesto que Nápoles, la patria de Estacio, fundación de los griegos calcídicos, era una ciudad helénica.

¿Qué decir ahora de los ricos frutos de la tierra, de las campiñas que se adentran en el mar y de las rocas preñadas del néctar de Baco? Muchas veces, en otoño, cuando Lieo[84] está ya en sazón, trepa una Nereida por los acantilados y, oculta entre las sombras de la noche, enjuga con un pámpano maduro el rocío de sus ojos y roba de los montes dulces uvas. Muchas veces también ha sido salpicada la vendimia por las olas vecinas, han caído los Sátiros en los bajíos y a Dóride[85], desnuda entre las ondas, han ansiado apresarla los montaraces Panes[86].

Sé feraz, tierra, para con tus amos, hasta que ambos alcancen la edad de los ancianos de Migdonia y de Pilos[87]; no cambies tu noble esclavitud; que no te aventajen en lealtad ni el palacio tirintio[88] ni la ensenada de Dicarco[89] y que no proporcionen descanso a tus dueños con mayor frecuencia los dulces viñedos del terapneo Galeso[90]. Cuando Polio se entrega aquí a las artes de las Piérides —ya prefiera las lecciones que brinda el filósofo de Gargeto[91], ya taña

[84] Metonimia: las uvas (cf. *supra*, n. 181 al l. I).

[85] Hija de Océano y de Tetis, esposa de Nereo y madre de las Nereidas (ver OVIDIO, *Metamorfosis* II 11 y 269).

[86] El nombre del dios Pan se aplica también, por analogía, a otras deidades de los campos y montes (faunos y silvanos).

[87] Son, respectivamente, Titono (hijo de Laomedonte y esposo de la Aurora, natural de la Migdonia frigia, esto es, troyano, y no de la Migdonia macedónica) y Néstor, cuya patria era Pilos, en Mesenia.

[88] Propiedad de Polio Félix en Tíbur (la actual Tívoli), ciudad vinculada al culto de Hércules, el héroe de Tirinto (cf. *supra*, n. 150 al l. I).

[89] Esto es, de Pozzuoli (cf. *supra*, nn. 48 y 82).

[90] Río próximo a Tarento, ciudad fundada por Taras, hijo de Neptuno, pero conquistada posteriormente por lacedemonios que le dieron lustre e importancia; de ahí el adjetivo *terapneo*, aplicado al río, y que deriva de la ciudad de Terapna, en el Peloponeso, no lejos de Esparta.

[91] Cf. *supra*, l. I, n. 160.

nuestra lira[92], ya componga poemas discordantes[93], o ya, amenazador, desenvaine los ofensivos yambos[94], la alada Sirena[95] acude del cantil a unos cantos más bellos que los de ella, mientras Tritonia escucha, moviendo con asenso su cimera[96]. En esos instantes, cae la violencia de los vientos, los mares mismos refrenan su rugido, emergen de las aguas los delfines, se sienten atraídos hacia tu docta lira y nadan dulcemente al ras de los escollos.

Así vivas, más afortunado que los tesoros de Midas y que el oro de Lidia, dichoso por encima de los reyes de Troya y del Éufrates, pues no te afectarán ni los fasces ambiguos, ni el vulgo tornadizo, ni las leyes, ni Marte, a ti que con pecho magnánimo dominas esperanzas y temores, por encima de todas las pasiones, libre de incertidumbres y esquivando el rencor de la Fortuna, a quien no sorprenderá el día supremo hundido en la vorágine azarosa de los negocios, sino presto a partir y saciado de vida. Nosotros, muchedumbre sin relieve, dispuestos a ser siervos de los bienes caducos y a desearlos siempre, nos damos al acaso; tú, desde el excelso alcázar de tu espíritu, contemplas a tus pies nuestro extravío y ríes del afán de los mortales. Hubo un tiempo en que se te disputaban los aplausos de dos patrias gemelas[97], y, altivo, admitías que te condujeran en litera por las dos

[92] La de los versos épicos, esto es, los hexámetros.

[93] Poemas elegíacos, preferentemente en dísticos que combinan hexámetro y pentámetro

[94] Metro especialmente apto para la invectiva.

[95] Parténope (cf. *supra*, l. I, n. 127)

[96] Minerva (cf. *supra*, l. I, n. 30), diosa de la sabiduría, oye con complacencia los versos de Polio desde su templo (ver II 2, 2)

[97] Su ciudad natal, Pozzuoli, y aquella a la que estaba adscrito por su derecho de ciudadanía: Nápoles.

ciudades[98], respetado hasta el colmo, de una parte, por los colonos dicearqueos[99], y de otra, reclamado por mis conciudadanos[100], e igualmente generoso con los unos y los otros, ardiente como joven y orgulloso de tu plectro bifronte[101]. Ahora, por el contrario, disipada la niebla, contemplas la verdadera cara de las cosas: otros se dejan arrojar aquí y allá sobre el profundo piélago, mientras tu nave, indemne, ha arribado al plácido sosiego de un puerto seguro. Sigue así: nunca expongas a nuestras tempestades tu esquife, que ha alcanzado ya el descanso. Y tú, con mucho, entre los jóvenes***[102] los cuidados no han alterado tu corazón, ni los peligros tu frente: en tu rostro siempre ha brillado, cándida, la alegría, y la serenidad, que no sabe de angustias; tus bienes no se ahogan, sepultados en un arca infecunda, ni atormentan tu espíritu los costos de la usura avarienta: tu fortuna se ve a la luz del día, y también tu prudencia al saber disfrutarla. No existen corazones que haya unido ningún dios más benigno, ni otras almas que haya así alimentado la Concordia. Sed, libres de cuidados, sus seguidores vosotros, cuyos pechos han unido sus fuegos para siempre y cuyo santo amor guarda las leyes de una casta ternura. Marchad año por año, siglo a siglo, y aventajad las glorias de la prístina fama.

[98] Esto es, que te tributaran en ambas los honores de ordenanza

[99] Los de Pozzuoli (cf. *supra*, n. 82).

[100] Los napolitanos.

[101] Es decir, de tu lira que cantaba a ambos pueblos

[102] Existe una laguna en el texto de este párrafo, que está dirigido a Pola Argentaria.

3

EL ÁRBOL DE ATEDIO MELIOR [103]

Para dar sombra a las aguas transparentes del exquisito Melior, se yergue un árbol que cubre el lago entero; ¿por qué desde la base de su tronco se encorva hacia las aguas para alzarse después a las alturas con su cima derecha, tal como si naciera una vez más del centro de las ondas y residieran sus arcanas raíces en el cristal del lago? ¿Para qué consultar a Febo en asunto tan nimio? Vosotras, Náyades, reveladme las causas, y vosotros, los Faunos, puesto que es suficiente, inspiradme, propicios, mi poema.

Los delicados coros de las Ninfas huían ante Pan, él corría como si las persiguiera a todas, pero tan sólo a Fóloe perseguía. Mas ella, por bosques y por ríos esquivaba ya las patas peludas ya los audaces cuernos de su perseguidor. En su huida por la marcial floresta de Jano y las oscuras moradas de Caco y los campos de Quirino, llegó, suspensa, a la inhóspita tierra del Celio [104]; allí, vencida al fin por la fatiga, rendida de temor, donde ahora se levanta, acogedora, sin doblez, la mansión del pacífico Melior, ajustó, más ceñida, su veste azafranada, y se tendió a la orilla de una nívea margen. La sigue, raudo, el dios de los ganados; la tiene ya por suya, de su pecho inflamado exhala ya suspiros, ya se cierne, ligero, sobre su presa. Pero he aquí que Diana,

[103] Cf. *supra*, n. 1.

[104] El poeta, como se ve, presenta a la ninfa corriendo acá y allá por los montes donde se alzaría la futura Roma: el Janículo; el emplazamiento de la gruta de Caco (en el Aventino o el Palatino); el Quirinal y, por último, el Celio.

recorriendo las siete colinas mientras sigue las huellas de una cierva del Aventino [105], dirige allá sus pasos presurosos. Tal visión contrarió a la diosa, que, volviéndose a sus fieles compañeras, dijo así: «¿Es que no voy a impedir nunca sus libidinosas rapiñas a estas bestias engreídas e innobles? ¿Siempre decrecerá la muchedumbre de mi virginal séquito?» Tras estas palabras, extrajo de su aljaba una flecha corta y la arrojó sin tensar el arco, sin emitir el zumbido de costumbre: se limitó a lanzarla con su mano y a rozar —tal se dice— con el extremo de la saeta el sopor importuno de la Náyade, que, al incorporarse, vio al mismo tiempo la luz del día y a su audaz enemigo: para no descubrir su cuerpo de nieve, se precipitó a la fuente con todas sus vestiduras y, en lo profundo de las aguas, creyendo que Pan la seguía, recubrió sus miembros con las algas del fondo. ¿Qué podía hacer el raptor ante la frustración inesperada? No se atreve a confiar su cuerpo a las profundas aguas, consciente de que su piel está erizada de pelo, y sin saber nadar desde su infancia. Después de proferir mil quejas contra el despiadado Bromio, contra las hostiles aguas y la flecha hostil, al ver un tierno plátano de esbelto tallo e innumerables ramas, cuya cima se alzaba hasta los cielos, lo plantó junto a la fuente, le añadió en torno bienhechora tierra, lo regó con las aguas deseables y le confió estos ruegos: «Vive por largo tiempo, árbol, prenda durable de mi anhelo: guarda tú al menos el amor por este lecho opaco de una Ninfa enemiga, inclínate sobre ella y protege su linfa con tu fronda. Ella lo ha merecido, pero no permitas, te ruego, que la agobie el calor del mediodía ni la hiera el granizo despiadado, acuérdate tan sólo de

[105] El Aventino era el monte consagrado especialmente al culto de Diana.

rociar sus aguas con tus hojas para enturbiarlas. Así os recordaré por largo tiempo a ti y a la dueña de tan grata estancia y os guardaré a ella y a ti contra los agravios de la vejez, para que las frondas de Júpiter [106] y las de Febo [107], para que el chopo de sombra cambiante y también nuestros pinos se asombren ante tu follaje». Así habló. El árbol, encendido en el fuego que antes había inflamado al dios, se inclina con su tronco pendiente, cerniéndose sobre la fuente generosa y contempla las aguas con su sombra enamorada. Y ansía abrazarlas, pero lo impide el soplo de las linfas [108], y no consiente el beso. Por último, alzándose a los aires con denuedo, se yergue de lo hondo, y, obediente a las leyes naturales, eleva de nuevo su copa flexible, como si alcanzara el fondo del estanque con otra raíz. Y ya la Náyade grata a Febo no siente odio e invita a penetrar en sus aguas a las ramas antes rechazadas.

Este es el obsequio que te deparo en tu día natal, modesto, sí, pero quizá llamado a vivir siglos sin cuento. Tú, en cuyo pecho apacible pusieron su sede una dignidad benévola y una virtud gozosa, mas ponderada; tú, para quien el descanso no es indolencia ni el poder injusticia ni el deseo desdoro, que sigues el camino equidistante de lo honroso y lo dulce; tú, incorrupto en tu lealtad, ajeno a toda intriga, recatado en lo público [109], ya que gobiernas tu vida dentro de la moderación, tan dispuesto a desdeñar el oro como hábil para administrar tu hacienda y proyectar la luz sobre tus bienes: floreciente por siempre en esta mocedad de espíritu y talante, insiste en igualar a los ancianos de Ilión y en sobrepasar los

[106] Las encinas.

[107] Los laureles.

[108] Obsérvese la comunicación de aires y aguas.

[109] Nótese la asociación de términos contradictorios (oxímoron).

años que tu padre y tu madre han cumplido en el Elíseo: tal es lo que ellos han impetrado de las despiadadas hermanas [110]; ellos y la gloria excelsa del magnánimo Bleso, que reverdece, por tu testimonio, para eludir la herrumbre del silencio [111].

4

EL PAPAGAYO DE ATEDIO MELIOR [112]

Papagayo, rey de los pájaros, facundo placer de tu amo, papagayo hábil imitador de la lengua humana, ¿quién ha acallado tus voces con muerte tan súbita? Ayer mismo, triste de ti, tan próximo a la muerte, asististe a nuestra comida y te vimos cuando picoteabas los manjares de nuestra mesa entrañable y revoloteabas sobre nuestros lechos más allá de la media noche; y hasta nos hablaste y repetiste las palabras que habías aprendido. Ahora, en cambio, ayer canoro, eres huésped del eterno silencio del Leteo. Ceda ante ti la popular leyenda de Faetón: los cisnes no son los únicos en celebrar sus funerales [113].

[110] Esto es, de las Parcas.

[111] Cf. II 1, 191 y ss. con la nota 42. Por MARCIAL, VIII 38, sabemos que Melior había instituido una fundación para que se celebrara a perpetuidad el aniversario del nacimiento de su amigo Bleso.

[112] Los epicedios dedicados a animales son relativamente frecuentes entre los griegos y los latinos. Entre estos últimos son celebérrimos los de CATULO, 3, y OVIDIO, *Amores* II 6, que inspiran este poemita de Estacio.

[113] *Cycnus*, rey de Liguria, emparentado con Faetón, fue metamorfoseado en cisne. Aquí el poeta juega con ambas figuras mitológicas y con la leyenda según la cual los cisnes, cuando van a morir, profieren un bello

¡Qué espléndida era tu mansión, refulgente de concha rutilante, con una sucesión de varillas de plata combinada con marfil y una puerta que resonaba con elocuencia en respuesta a tu pico, y que ahora gime por sí sola! Aquella feliz jaula está vacía, no se oye en parte alguna el vocerío de aquella mansión regia

Que concurran aquí las doctas aves a las que dio Naturaleza el noble don de hablar que se lamente el pájaro de Febo[114] y el estornino, capaz de grabar a fondo en su memoria las palabras que ha oído, y las picazas, convertidas en tales tras su competición en Aonia[115], y la perdiz, que repite las palabras uniéndolas una y otra vez[116], y la hermana que gime abanadonada en su lecho de Bistonia[117] aunad vuestros lamentos, conducid a las llamas el cortejo fraterno y aprended todas este fúnebre canto·

«Ha muerto la gloria universal del pueblo alado, el papagayo, el verde soberano de los dominios de la Aurora, al que no podría superar en belleza el ave de Juno[118] con su cola poblada de gemas, ni el ave del gélido Fasis[119], ni las que

canto, de la misma manera que el papagayo ha emitido su parlamento. Ver OVIDIO, *Metamorfosis* II 367

[114] La corneja.

[115] Las Piérides compitieron con las Musas y, tras su derrota, se vieron metamorfoseadas en picazas (también llamadas pegas o urracas). Ver OVIDIO, *Metamorfosis* V 294.

[116] El sonido reiterado que emite la perdiz se asemeja al tartamudeo.

[117] Se refiere a Procne, hermana de Filomela e hija de Pandión, rey de Atenas. Tereo, rey de Bistonia (nombre antiguo de Tracia) y esposo de Procne. se enamoró de Filomela, a la que violó. Después de una sucesión de trágicos sucesos, Procne fue metamorfoseada en golondrina y Filomela en ruiseñor Ver OVIDIO, *Metamorfosis* VI 412 y ss.

[118] El pavo real.

[119] Río de la Cólquide, célebre por los faisanes de sus riberas.

hasta el húmedo Austro llevaron los numidas[120], el que sabía saludar a los reyes y pronunciar el nombre del César[121], el que unas veces representaba el papel de un amigo quejumbroso, y otras, comensal bienhumorado, era tan complaciente para repetir las palabras que se le enseñaban; cuando él estaba libre, amigo Melior, tú nunca estabas solo. Mas no sin honra marcha hacia las sombras. sus cenizas reciben el aroma del amomo de Asiria, sus tenues plumas exhalan el incienso de los árabes y el azafrán sicanio· ni el Fénix, abrumado por el peso del tiempo, ascenderá con más magnificencia a su pira fragante».

5

EL LEÓN AMAESTRADO[122]

¿De qué te ha servido amansarte dominando tu furia? ¿De qué borrar de tu ánimo la muerte, el atentado contra el hombre, para someterte a su imperio y obedecer a un amo menos fuerte? ¿De qué haberte acostumbrado a salir del cubil para volver de nuevo a tu encierro, y a abandonar de grado la presa ya cobrada, y a dejar salir de tus fauces abiertas las manos que en ellas entraran? Mueres, diestro

[120] Las pintadas. Ver I 6, 78 y ss. (n. 263), donde aparece la misma asociación de aves.

[121] Ver PLINIO, *Historia Natural* X 117 y MARCIAL, XIV 73.

[122] Ver MARCIAL, I 104. Nótese cómo este epicedio dedicado a un león de las reservas imperiales, muerto en el anfiteatro, es, al mismo tiempo, un elogio de Domiciano

depredador de grandes fieras, no rodeado por una hueste de masilos [123] con su cerco de redes, no al arrojarte, en tu temible salto, sobre las armas de los cazadores, ni atrapado en la abertura ciega de una trampa, sino vencido por una fiera en fuga. Tu jaula malhadada queda con las puertas abiertas, y en torno, tras sus puertas cerradas, los leones amigos se han encrespado porque haya sido posible tal sacrilegio. Las melenas de todos están lacias, han sentido vergüenza al ver llevar tu cuerpo, y han fruncido sus frentes sobre sus ojos.

Pero tú no te dejaste vencer, abrumado por la deshonra desconocida de aquel primer ataque: tu orgullo se mantuvo en pie, en tu caída, del fondo mismo de la muerte renació tu valor y no huyeron al punto todas tus amenazas. Como un soldado que, sabedor de su profunda herida, avanza moribundo frente al enemigo y levanta su diestra y amaga con el hierro desmayado, así el león, tardo en sus pasos y despojado de su gloria sólita, afirma su mirada, abre sus fauces y busca la vida de su enemigo.

Con todo, aunque vencido, tendrás un gran consuelo en tu caída súbita: el pueblo y el senado, entristecidos, han llorado tu muerte como si fueras un gladiador célebre que hubiera sucumbido sobre la cruel arena, y entre tantas fieras de Escitia y de Libia o traídas de las riberas del Rin o del pueblo de Faros [124], y cuya muerte no tiene importancia, la pérdida de un solo león ha conmovido el rostro del gran César.

[123] Pueblo africano, próximo a Numidia.

[124] Esto es, de Egipto.

6

CONSUELO A FLAVIO URSO POR LA PÉRDIDA DE SU JOVEN ESCLAVO FAVORITO [125]

Cruel en demasía, quienquiera que seas, tú que pones distingos a las lágrimas, y al llanto límite. Es duro para un padre dar fuego —¡sacrilegio!— a sus seres queridos en la primera edad; a sus retoños en la adolescencia, es también doloroso, cuando es arrebatada nuestra esposa, dar el último adiós a la que compartía nuestro lecho, ya solitario, y lo son los lamentos afligidos por las hermanas, como por los hermanos los gemidos. Más dentro, sin embargo, y mucho más adentro se adentra en nuestras almas, más penosa que las llagas más graves, una herida más leve. Es a un fámulo, Urso —ya que con mano ciega confunde así Fortuna los nombres de las cosas sin parar mientes en los sentimientos—, es a un fámulo a quien lloras, pero a un fámulo pío que por su amor y su fidelidad ha merecido tus lágrimas, y que de corazón fue más libre que si hubiera ostentado un ilustre abolengo. No contengas tu llanto, no te avergüences: que tu dolor supere las barreras y los días, si te consuelan muestras tan penosas: lloras a un hombre —añado leña al fuego, pobre de mí—, a un hombre que era tuyo, que aceptaba de grado su grata esclavitud sin ninguna aflicción y que se la imponía gustoso. ¿Quién podrá reprocharte las lágrimas que viertes ante pérdida tal? En medio de la guerra gime el parto a su caballo muerto; lloran los molosos a sus leales canes [126],

[125] Flavio Urso fue un ilustre abogado y rico terrateniente. Bajo Domiciano hubo un Urso —probablemente éste— que fue designado cónsul.

[126] Que sucumbieron en defensa de sus amos.

han tenido las aves su pira funeraria [127] y un ciervo encontró su Marón [128]. ¿Y si, después de todo, no hubiera sido esclavo [129]? Yo he visto y comprobado su talante: otro amo que tú no deseabas, pero se traslucía en su semblante un alma más selecta y una índole más alta en su sangre pueril. Las madres griegas y latinas habrían deseado vivamente haberle dado a luz. No le fue comparable el altivo Teseo, a quien la hábil cretense [130], en su inquietud, aseguró el regreso con un hilo; ni Paris, pastor rústico, que para contemplar su amor ebalio [131], botó sobre las aguas, a su pesar, sus naves. No miento ni alienta mis versos la licencia usual: lo he visto, y aún lo veo, no comparable a Aquiles cuando, temeroso de la guerra, lo ocultó Tetis en la costa de las doncellas [132], ni a Troilo, fugitivo en torno a las murallas del implacable Febo, y alcanzado por la lanza que arrojó la diestra hemonia [133]. ¡Qué hermoso eras! Mucho más bello que todos los adolescentes

---

[127] Ver PLINIO, *Historia Natural* X 122.

[128] VIRGILIO MARÓN (*Eneida* VII 475) inmortaliza el ciervo de Silvia. Ver también MARCIAL, XIII 96.

[129] El favorito de Melior (ver II 1) era un *verna*, es decir, un esclavo, hijo de esclavos de la casa y nacido dentro de la familia; no así el de Flavio Urso, que, como sucede en las comedias de Plauto *Poenulus* y *Curculio*, podría haber sido un ciudadano libre raptado por los piratas (ver también PETRONIO, LVII 4).

[130] La hija del rey Minos, Ariadna, que, por medio de un hilo, facilitó a Teseo la salida del Laberinto después que el héroe diera muerte al Minotauro.

[131] Ebalio, esto es, lacedamonio, se refiere a Helena.

[132] En Esciros, isla del mar Egeo.

[133] Troilo, uno de los numerosos hijos de Príamo, sucumbió a manos de Aquiles, rey de los mirmidones, pueblo de Tesalia cuyo antiguo nombre fue Hemonia. Según la leyenda, la resistencia de Troya dependía de la vida del joven Troilo: al morir éste, las murallas troyanas, construidas por Febo, debían caer ineluctablemente por obra del propio dios.

y que todos los hombres, y sólo inferior a tu amo: sólo su brillo aventajaba al tuyo, cual la Luna supera a los astros menores y como ofusca Héspero [134] a las demás estrellas. No se hallaba en tu rostro la gracia femenina ni en tu expresión la blanda donosura, como en aquellos a quienes incitan sus rasgos dudosos a renegar del sexo cometiendo un delito [135]. Eras enérgico; varonil tu encanto, mas no desafiante tu mirada: tus ojos se mostraban cariñosos, pero con un destello de firmeza; tal fue Partenopeo [136], atractivo a la vista, aun protegido bajo su cimera. Tus cabellos, naturales, con sus rizos primorosos; tus mejillas, sedosas, exentas todavía del primer bozo: tales mancebos cría el Eurotas en sus gargantas que frecuentó Leda [137]; así, en la flor de su tierna edad, se dirige a la Élide el mancebo y a Júpiter somete sus años juveniles [138]. Porque ¿de dónde su pudor ante una infamia, la serena templanza de su espíritu y de su proceder y su alma tan madura para tan tiernos años? ¿Con qué versos podría yo expresarlo? Muchas veces dirigía reproches a su amo, que los oía de buen grado, y lo ayudaba con sus consejos leales y prudentes; compartía contigo tristezas y alegrías, nunca

---

[134] Hijo de la Aurora y de Atlas, metamorfoseado en la estrella de Poniente (Héspero o Véspero, el lucero vespertino), cuyo nombre actual es Venus. Ver OVIDIO, *Metamorfosis* V 441.

[135] Existía un edicto que prohibía la castración (ver III 4, 73; IV 3, 13 y ss.).

[136] Hijo de Meleagro y de Atalanta, rey de Arcadia, que fue uno de los siete caudillos que asediaron Tebas y sucumbieron en su empeño. Ver V 2, 123; ESTACIO, *Tebaida* IV 248 y IX 683 y ss., VIRGILIO, *Eneida* VI 430.

[137] Leda, madre de Cástor y Pólux, de Helena y de Clitemnestra, fue la esposa de Tindaro, hijo del rey de Esparta; el Eurotas es, por consiguiente, el río frecuentado por Leda. El autor compara al muchacho muerto con los jóvenes espartanos en general y, en particular, con Cástor y Pólux.

[138] Júpiter era el juez supremo en los juegos olímpicos.

era suyo: de tu rostro asumía su expresión. Digno de aventajar en nombradía a Pílades de Hemonia[139] y a la lealtad cecropia[140], pero ponga fin a su elogio el elogio que permite su suerte: no fue más fiel Eumeo[141] cuando, con corazón dolorido, esperaba el regreso del tardío Ulises.

¿Qué dios o qué destino nos depara unas llagas tan crueles? Y ¿por qué es tan certera la mano de los Hados cuando hiere? ¡Cuánto más entero te habrías mostrado, Urso, privado de tus bienes y de tu copiosa fortuna! Si la próspera Locros[142] hubiera vomitado llamaradas, como el Vesubio, entre ruinas humeantes, o si las avenidas hubieran anegado tus campos de Pollenza, si el Ácire, en Lucania, o el Tíber desbordado hubieran derramado sus caudales profundos en su margen derecha, tú aceptarías con la frente serena el designio divino; y asimismo, si la ubérrima Creta y Cirene te hubieran negado su lealtad y sus mieses, como también las demás regiones por donde la Fortuna generosa te ofrenda su regazo fecundo. Pero la Envidia, despiadada, ha vislumbrado lo más vulnerable de tu corazón y el camino para herirlo.

[139] Pílades es célebre por la leal amistad que le unió a Orestes, de ahí el tópico de llamar Pílades a un amigo fiel. El Pílades de Hemonia (esto es, de Tesalia) es Patroclo, que fue el gran amigo de Aquiles desde los años de su aprendizaje en Tesalia bajo las enseñanzas del centauro Quirón.

[140] Nótese, en primer lugar, la disimetría en la construcción de los dos complementos del verbo *aventajar* En segundo lugar, el hecho de que Cécrope —fundador y primer rey de Atenas— da nombre a la ciudad y también al Ática Por último, que Teseo, décimo rey de Atenas, gozó de la entrañable amistad de Piritoo, rey de los lapitas; así pues, la lealtad cecropia es la que caracterizó a estos dos amigos.

[141] Esclavo de Ulises

[142] Urso poseía ricas propiedades en la región de Locros (Calabria), en la de Pollenza (Liguria), en Lucania y a orillas del Tíber Era también propietario de latifundios en Creta y Cirene y, al parecer, en otras regiones

Brote tan sólo de una vida adulta, a punto estaba aquél, el más hermoso de los adolescentes, de engarzar con tres lustros de la Élide un trienio más[143]. La tétrica Ramnusia[144] aguardó con expresión sombría. robusteció sus músculos primero, infundió resplandor a su mirada, alzó su rostro más de lo frecuente, concediendo al cuitado, ¡ay!, un don letal: se atormentó al mirarle por envidia y, dándole el abrazo de la muerte, cuando yacía le arrojó sus redes y asió, inmisericorde, con su mano engarfiada, aquella amable faz Era apenas el quinto amanecer en que Fósforo[145] ensillaba su caballo cubierto de rocío, cuando ya contemplabas, Fileto, las crueles orillas del despiadado anciano[146] y el siniestro Aqueronte: ¡con qué voz te llamaba tu dueño! Con no mayor fiereza habrían marcado en negro sus miembros, a fuerza de azotarlos, ni tu madre, si hubiera estado viva, ni tampoco tu padre; y tu hermano, que vio tus funerales, se sonrojó sin duda por verse aventajado La hoguera que consumió tus restos cuando nos fuiste arrebatado no fue la

[143] Los lustros de la Élide (de Grecia) corresponden a otras tantas olimpíadas. Este cómputo de cinco años en lugar de cuatro (frecuente en los poetas latinos a partir de Ovidio) parece ser el resultado de un cruce entre lo que es propiamente un lustro —lapso de cinco años— y la manera de contar las fechas incluyendo en el cómputo los dos extremos (cf entre nosotros, «ocho días» = una semana, «quince días» = dos semanas, «resucitó al tercer día» = al segundo: del viernes al domingo). En efecto, parece probable que Fileto, el efebo muerto, contara casi quince años y no dieciocho

[144] Némesis, deidad de la venganza, venerada en Ramnunte (Ática), se confunde aquí con la Envidia

[145] El lucero de la mañana.

[146] Del barquero Caronte (ver Séneca, *Edipo* 167 y s.). El epíteto *durus*, que utiliza aquí el poeta, parece, según el contexto. más de acuerdo con el concepto de fiereza anímica que ofrecemos, que con el de robustez que se le aplica en Virgilio, *Eneida* VI 304

propia de un esclavo: las llamas abrasaron perfumes de Saba, especias de Cilicia, canela hurtada al pájaro de Faros [147] y los jugos que manan de las plantas asirias y las lágrimas de tu dueño: sólo aquellas lágrimas bebieron tus cenizas y consumió tu pira hasta agotarlas, ni el vino de Setia que extinguió tus blancas cenizas [148], ni el ónice bruñido que encerró tus huesos en su seno fueron más gratos a tu pobre sombra que aquellas lágrimas. Pero si también él es un estímulo, ¿por qué, Urso, nos dejamos vencer por el dolor? ¿Por qué alimentas tu pesar y, con corazón perverso, amas tu llaga? ¿Dónde está tu elocuencia, bien conocida de los acusados ante los tribunales? ¿Por qué atormentas a una sombra querida con duelo tan cruel? Cierto que fue un alma extraordinaria y mereció tu llanto, pero ya le has rendido tu tributo: él ya se ha reunido con los aventurados, ya goza de la paz del Elíseo y se ha encontrado en ella con sus antepasados, tal vez ilustres, o, en medio del silencio placentero del Leteo, quizá lo rodean de acá y de allá, con sus juegos, las Náyades del Averno en tropel, mientras lo contempla Prosérpina con su mirada torva [149]. Depón ya, te lo ruego, tus lamentos, tal vez te deparen los Hados un segundo Fileto, o tal vez él mismo te lo ofrende, y le enseñe, gozoso, sus mismas actitudes y costumbres tan dignas, y un sentimiento parecido al suyo.

[147] Esto es, por sinécdoque, al ave egipcia: al ave Fénix que, procedente de Arabia, como la canela, sigue la ruta del sol hasta Heliópolis.

[148] Ver VIRGILIO, *Eneida* VI 226.

[149] Torva, porque siente envidia de las Náyades.

7

A POLA [150], EN EL ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE LUCANO

Acudan a celebrar la fecha que será siempre el día de Lucano todos aquellos que sobre los collados de Dione Ístmica [151], poseídos sus pechos de docta inspiración, beben el agua que brotó por obra de los cascos alados [152]; vosotros, quienes poseéis el privilegio del canto, y el inventor arcadio de la canora cítara [153] y tú, Euhan, que haces contorsionarse a las Bacantes, y tú, Peán [154]; y vosotros, las hermanas hiantes [155], renovad gozosas vuestras ínfulas purpúreas, ornad vuestros cabellos; que cubran vuestras albas vestiduras hiedras recién cortadas. Que las doctas corrientes ensanchen sus caudales; bosques de Aonia [156], reverdeced más, que, si vuestra umbría se abre en algún punto o da paso al día, se cierre con tiernas guirnaldas. Que se alcen en las florestas de Tespias [157] cien altares perfumados con cien ofrendas de las que baña

[150] Pola Argentaria, viuda de Lucano (cf. *supra*, n. 9). El aniversario de Lucano es cantado por MARCIAL en VII 21, 22 y 23.

[151] La acrópolis de Corinto, ciudad del Istmo, donde se alzaba un pequeño templo consagrado a Venus, hija de la ninfa Dione (cf. n. 41 al l. I).

[152] La referencia al templo de Venus que precede es irrelevante: sólo sirve para situar la fuente Pirene, consagrada a las Musas, que Pegaso, el caballo alado, hizo brotar con sus cascos en la acrópolis de Corinto cuando Belerofonte lo domaba.

[153] Hermes, cuyo culto procede de Arcadia (en el Peloponeso). De él recibió Apolo la cítara.

[154] Cf. *supra*, l. I, n. 48.

[155] Arcaísmo por beocias: las Musas. En Beocia, cerca del monte Helicón, fue donde se desarrolló su culto.

[156] Cf. *supra*, l. I, n. 121.

[157] Ciudad de Beocia, donde se veneraba a las Musas.

Dirce[158] o el Citerón[159] sustenta, cantamos a Lucano: guardad silencio; vuestra es la efeméride: silencio, Musas, mientras aquel que os ensalzó en ambas partes —las de la elocución sujeta a pies y de la exenta[160]— es venerado como sacerdote del coro romano.

Feliz tú en grado sumo y bienaventurada, oh tierra que contemplas, junto a las ondas someras del Océano, el curso declinante de Hiperión[161], y escuchas el estruendo de su carro al ocaso: Bética, que con tus prensas rezumantes de aceite desafías a Atenas, fértil en el presente de Minerva Tritónide[162]: tú puedes ostentar ante el mundo el nombre de Lucano, es más glorioso que haberle dado un Séneca o que haber engendrado al dulce Galión[163]. Que el Betis, más ilustre; que el heleno Melete[164], alce hasta las estrellas sus fuentes en reflujo; no te propongas, Mantua[165], desafiar al Betis. A poco de nacer, cuando aún gateaba por la tierra,

[158] *Cf. supra*, L. I, n. 176.

[159] Monte de Beocia, célebre por sus rebaños y por las orgías que allí celebraban las bacantes (ver VIRGILIO, *Geórgicas* III 43, OVIDIO, *Metamorfosis* III 702). Obsérvese cómo se entrelazan motivos apolíneos y dionisíacos.

[160] Los poemas se enumeran en las líneas 54 y ss., las obras en prosa, en 60 y ss.

[161] Hiperión es Titán, hijo de Urano y Gea, padre del Sol, cuyo nombre se aplica aquí al hijo, como también en otros pasajes (cf. OVIDIO, *Metamorfosis* VIII 565).

[162] El presente que Minerva donó al Ática fue el olivo. En cuanto al epíteto de la diosa, cf. *supra*, L. I, n. 30.

[163] Hijo mayor de Séneca el rétor, que al ser adoptado por Junio Galión, tomó el nombre de Lucio Junio Anneo Galión. Fue procónsul de Acaya en el año 52 y a él están dedicados los tratados *De ira* y *De vita beata*. Quizá ejerciera como poeta, y de ahí el adjetivo *dulce*.

[164] Río de Jonia, a cuyas orillas se suponía que había nacido Homero.

[165] Ciudad a orillas del Po, patria de Virgilio.

con el primer murmullo de su dulce vagido, lo recogió Calíope en su regazo amante. Entonces, ya aliviada, depuesta su congoja, olvidó el largo llanto que le causara Orfeo[166] y así dijo: «Oh, niño consagrado a las Musas, destinado a aventajar en breve a los viejos poetas: tú no moverás los ríos con tu plectro, ni las manadas de fieras, ni los géticos olmos: tú arrastrarás, con tu elocuente canto, a las siete colinas y al Tíber, consagrado a Marte, y a los équites doctos y al senado, revestido de púrpura. Canten otros la caída nocturna de los frigios[167], y los viajes del regreso tardío de Ulises, y la nave arriscada de Minerva[168], camino trillado de tantos poetas: tú, bienquisto del Lacio y amante de tu raza, compondrás, más heroico, un poema romano. En un primer momento, todavía en tus años juveniles, te adiestrarás con Héctor, con la biga tesalia y el oro suplicante del poderoso Príamo[169], y abrirás las moradas infernales[170], y presentarás ante el hechizo del teatro al ingrato Nerón[171] y a mi Orfeo.

[166] Calíope, musa de la elocuencia y de la poesía heroica (y, por extensión, de la poesía en general), es, según una de las numerosas variantes de la leyenda, la madre del legendario Orfeo.

[167] Esto es, la última noche de Troya.

[168] La nave de los argonautas, construida por Argos bajo la dirección de Minerva.

[169] Se refiere al rescate por Príamo del cadáver de Héctor, que había sido arrastrado por el carro de Aquiles. Cantó Lucano este episodio en un poema épico titulado *Iliacon*.

[170] En una obra llamada *Catachthonion*, en la que narraba un viaje al más allá; quizá se trate del mismo poema en que cantó a Orfeo, como viajero al mundo infernal. De estas obras perdidas sólo han llegado a nosotros, en citas dispersas, algunos versos aislados.

[171] Dedicó a Nerón un poema laudatorio leído en el teatro de Pompeyo en el año 60, por el que fue coronado, y otro difamatorio: quizá el que se cita a continuación, relativo al incendio de Roma.

Cantarás las llamas criminales que se extenderán por las techumbres de Remo [172] por obra de un tirano dañino. Después ofrecerás a la piadosa Pola un galardón honroso con una deleitosa alocución [173]. Más tarde, más magnánimo, en tu primera mocedad, harás que truene Filipos [174], blanca de huesos itálicos, y que truene la guerra de Farsalia, adonde entre las huestes llegó el rayo del caudillo divino [175], y que truene el severo Catón con su santa libertad, y el Magno [176], el bienquisto del pueblo. Tú llorarás, piadoso, el crimen de Canopo pelusíaco [177] y darás a Pompeyo un panteón más alto que la cruenta Faros [178]. Tales poemas cantarás en tu primera juventud, antes de la edad en que Virgilio compuso su *Cúlex*. Cederán ante ti la Musa primitiva del arrogante Ennio y el sublime entusiasmo del sapiente Lucrecio y quien por mar llevó a los Argonautas [179] y aquel que transfigura las figuras primeras [180]. Y diré algo más grave: la *Eneida* misma

[172] Remo (y no Rómulo ni Roma) por necesidad métrica. Cf. CATULO, 58, 5.

[173] Poema a modo de misiva dedicado a su esposa.

[174] La epopeya de Lucano (que se llamó «Guerra civil» y no «Farsalia») no alcanza hasta la batalla de Filipos, aunque es probable que ese fuera el proyecto.

[175] César. Aunque para Lucano el protagonista es Pompeyo, aquí se respeta el orden jerárquico.

[176] Pompeyo Magno.

[177] El asesinato de Pompeyo, perpetrado en la desembocadura del Nilo. Canopo (la actual Abukir) se encuentra cerca de la rama occidental del delta, y Pelusio (la actual Damieta), frente a la cual tuvo lugar el atentado, en la rama oriental. Esta doble denominación se encuentra en LUCANO, VIII 543.

[178] Aquí Faros significa la isla próxima al lugar del suceso y el faro que en ella se elevaba.

[179] Valerio Flaco, autor de las *Argonáuticas*.

[180] Ovidio con sus *Metamorfosis*.

te mostrará respeto cuando cantes al pueblo latino. Y no sólo te obsequiaré con el esplendor poético: también te ofreceré, con las teas nupciales, una esposa escogida, digna de tu talento, como te la ofrendarán la dulce Venus y Juno, con su belleza, su ingenuidad, su encanto, su fortuna, su nobleza, su gracia, su finura, y yo misma alzaré ante vuestras puertas el himno de himeneo con mis cantos festivos. ¡Oh Parcas, tan crueles y tan duras! ¡Oh longevo destino, nunca dado a los seres egregios! ¿Por qué estáis más expuestos a la ruina los seres encumbrados? ¿Por qué suerte sañuda no envejecen los seres escogidos? Por eso al hijo de la deidad tonante nasamonia [181], tras su orto y su óbito fulmíneos, lo encierra Babilonia en angosto sepulcro; por eso Tetis se estremeció cuando cayó el Pelida [182], traspasado por mano del tembloroso Paris; por eso yo seguía, por las riberas del Hebro sonoro [183], la cabeza de Orfeo no enmudecida; por eso también tú —¡oh crimen de un tirano enfurecido!—, condenado a afrontar la rápida corriente del Leteo, cuando cantes las pugnas y, con tu voz excelsa, brindes consuelo a los prohombres muertos —¡oh funesta maldad! ¡Oh maldad!— quedarás silencioso». Así habló, y con su plectro refulgente enjugó con dulzura el llanto que caía de sus ojos.

[181] Del dios correspondiente a Júpiter en el pueblo africano de los nasamones, identificados a veces con los númidas. Aquí parece que hace referencia a los egipcios y que el hijo de Zeus es Alejandro Magno —un ser extraordinario de efímera existencia— muerto en Babilonia, pero enterrado en Alejandría (cf. III 2, 117).

[182] Aquiles, hijo de Peleo y Tetis.

[183] Río de Tracia (el actual Maritza). Según una de las numerosas variantes acerca de Orfeo y de su muerte, fue descuartizado por las Bacantes, celosas de su lealtad al recuerdo de Eurídice; su cabeza, arrojada al Hebro, no cesaba de llamarla, mientras su madre, Calíope, la seguía río abajo. Ver *supra*, n. 166 (cf. VIRGILIO, *Geórgicas* IV 515 y ss.)

Tú [184], ya sea que, montado sobre el excelso carro de la Fama, por la rápida bóveda del cielo, donde se alzan las almas más egregias, mires la tierra desde las alturas y desdeñes la muerte; ya sea que, dichoso, en la región a ti franqueada del Elíseo habites, como es justo, el vergel de la paz, en el que se congregan las huestes de Farsalia, y mientras tú recitas tu poema preclaro te acompañan Pompeyos y Catones —pues que, sagrado, altivo, con tu sombra grandiosa desconoces el Tártaro y sólo desde lejos escuchas los azotes de los réprobos y ves cómo Nerón palidece al contemplar la antorcha de su madre—, hazte presente y, a la voz de Pola, consigue, por favor, un solo día de los dioses del mundo del silencio: esa frontera suele estar abierta a los esposos para que tornen ante sus esposas. Ella no te reviste, en el desenfreno que despiertan las engañosas danzas báquicas, de la apariencia de una falsa deidad [185]; por el contrario, es a ti a quien venera y a quien acompaña: a ti, que pervives en lo más profundo de su corazón, eso sí: le trae un vano consuelo un rostro que, reproducido en oro, te representa a ti, y que brilla delante de su lecho y que vela sobre la paz de su sueño. ¡Lejos de aquí, deidades de ultratumba! Éste es el nacimiento de una vida nupcial. ¡Atrás, dolor infausto! Corran ya dulces lágrimas por sus mejillas, que su pena sea plácida y que venere ahora lo que antaño lloró.

[184] Aquí, como en V 3 (epicedio a su padre), el poeta plantea una doble posibilidad: o las almas residen en el éter y desde allí contemplan el universo (doctrina platónica que asumen, por ejemplo, Cicerón en el Sueño de Escipión y Séneca en su Consolación a Marcia), o bien moran en el Elíseo, donde se agrupan por afinidades, como en el canto VI de la *Eneida*.

[185] Hace referencia a la leyenda de Protesilao, que, al día siguiente a sus nupcias con Laodamía, marchó a la guerra de Troya y, muerto al desembarcar, alcanzó de los dioses su regreso por un día (ver V 3, 273). Laodamía —a diferencia de Pola— hizo una imagen de Protesilao a la que tributaba un culto dionisíaco, como si se tratara del dios Baco (ver III 5, 49).

LIBRO III

DEDICATORIA

Estacio saluda a su amigo Polio [1].

Sin duda, queridísimo Polio, digno en grado sumo de este descanso al que te entregas con tal fidelidad [2], no tengo que justificar prolijamente ante ti la audacia de esos escritos, puesto que sabes que muchos de ellos han surgido de pronto en tu compañía, y con frecuencia te ha asustado la osadía de mi pluma cuando, seducido, en el santuario de tu elocuencia egregia, me adentro más a fondo en las letras y me dejo llevar por ti a todos los ámbitos de la erudición. Por ello te dedico sin temor este tercer libro de mis Silvas. Es cierto que el segundo te tuvo también por testigo, pero éste te tiene como fiador. En efecto, abre sus puertas el Hércules de Sorrento, consagrado en tu cantil, y al que, en el momento en que lo vi, rendí culto con mis versos. A continuación

[1] Cf. *supra*, l. II, n. 46.

[2] Cf. II 2, 140.

figura un poemita con que he acompañado, ya que no podía marchar con él, a un joven brillantísimo y muy querido, Mecio Céler [3], enviado a Siria por nuestro sacratísimo emperador al frente de una legión. También la piedad de mi amigo Claudio Etrusco [4] merecía de mi pluma algún consuelo cuando lloraba con lágrimas sinceras —cosa que es ya muy rara— a su anciano padre. Y asimismo Earino [5], liberto de nuestro amado Germánico [6]: ya sabes durante cuánto tiempo he demorado el cumplimiento de su deseo desde que me pidió que con unos versos dedicara al Asclepio [7] de Pérgamo sus cabellos, que le enviaba con un cofre adornado de piedras preciosas y con un espejo. En último término figura una égloga en que exhorto a Claudia, mi esposa [8], a retirarse a Nápoles conmigo. Ésta, a decir verdad, es una charla y, desde luego, sin artificio, como es normal mantenerla con la esposa, intentando persuadir y no deleitar. Darás tu aprobación a este poema, sabiendo, sobre todo, que mi intención de descansar te tiene a ti por primordial objeto y que me dirijo no tanto a mi patria como a reunirme contigo. Salud.

[3] Cf. *infra*, n. 65.

[4] Cf. *supra*, I. 1, n. 8.

[5] Tito Flavio Earino, eunuco favorito y copero de Domiciano. Ver Marcial, IX 11, 12, 13, 16, 17, 36.

[6] Domiciano (cf. *supra*, I. 1, n. 13).

[7] Asclepio (Esculapio), hijo de Febo y de Corónide, tenía un santuario en Pérgamo (cf. *supra*, I. 1, n. 201).

[8] Viuda de un músico, del que tenía una hija; se casó con Estacio, de quien no tuvo descendencia. Ver III 5; V 1, dedicatoria.

1

EL HÉRCULES DE POLIO FÉLIX EN SORRENTO [9]

Polio restablece tu culto interrumpido, oh deidad de Tirinto [10], y declara el motivo de un año de abandono [11]: ahora se te venera bajo una cúpula más hermosa; ya no te asientas, como un indigente, sobre una costa desnuda, en un abrigo apto para nautas errantes: ahora posees unas puertas resplandecientes y una techumbre que descansa sobre mármoles griegos, como si, purificado de nuevo por las llamas de una hoguera gloriosa, hubieras ascendido a los cielos desde el fuego del monte Eta [12]. Es difícil dar crédito a los ojos y al pensamiento: ¿Eres tú aquel guardián sin gloria de una mansión sin puertas y de un modesto altar? ¿De dónde

[9] Cf. n. 46 al l. II. En cuanto al templo de Hércules —mencionado en II 2, 23, bajo el nombre de Alcides—, vemos en este poema III 1 cómo Polio Félix restableció su culto, en el que figuraban unos juegos atléticos anuales.

[10] Cf. *supra*, I. 1, n. 150.

[11] La interrupción del culto tuvo lugar desde el verano del año 90 hasta el del año 91 (ver la referencia al viejo templo en II 2) y los motivos se explican más adelante (vv. 49 y ss.).

[12] Monte situado al sur de Tesalia, donde se quemó Hércules.

este nuevo palacio y este fulgor imprevisto para un Alcides rústico? Los dioses tienen su destino, los parajes tienen su destino ¡Cuán diligente piedad! Aquí, hasta hace poco, sólo podían verse yermas arenas, un flanco montaraz salpicado por el piélago, peñascos erizados de maleza y parajes no fáciles de hollar ¿Qué fortuna, de pronto, ha enriquecido los ásperos escollos? ¿Se han alzado estos muros al conjuro del plectro tirio o de la lira gética[13]? El año mismo se asombra de aquellos trabajos y los breves meses, en sus doce lindes, admiran tal obra longeva[14] Es el dios quien ha traído y alzado su alcázar, quien ha removido con su esfuerzo la resistencia de las rocas y, con su pecho poderoso, ha hecho retroceder el monte. se diría que era su cruel madrastra[15] quien se lo había ordenado.

Ea pues ya sea que mores en tu tierra de Argos, libre al fin de mandatos, y asientes tus pies sobre Euristeo, que yace en el sepulcro[16], ya frecuentes el solio de Júpiter, tu padre, y los reinos astrales que ha alcanzado tu mérito, mientras Hebe te brinda, con su veste ceñida, antepuesta al troyano derrocado, una copa de néctar, privilegio de los afortunados[17], ven y trae tu Genio a tu templo naciente. No te llama la

[13] El plectro de Anfión, que levantó las murallas de Tebas (cuyos habitantes, según la tradición, procedían de Fenicia), o la lira de Orfeo, que movía a los animales, a los árboles y también a las piedras.

[14] Alusión a los doce trabajos de Hércules.

[15] Juno, celosa de Alcmena, la madre de Hércules, y de Júpiter, su padre.

[16] Sin embargo, según PAUSANIAS, I 44, 4, Euristeo estaba enterrado en Megáride y, según ESTRABÓN, VIII 377, en el Ática.

[17] Hebe, diosa de la juventud y esposa de Hércules, era la copera de los dioses hasta que fue suplantada por el príncipe troyano Ganimedes, favorito de Júpiter Aquí Estacio invierte los términos y hace que Hebe suceda a Ganimedes.

Lerna perniciosa[18], ni los campos del rústico Molorco[19], ni las terribles tierras de Nemea, ni las grutas de Tracia[20], ni las aras impuras del monarca de Faros[21], sino un hogar feliz, sencillo, una morada que no sabe de malignos engaños y es digna de acoger a huéspedes de lo alto Deja tu arco sañudo y la turba enconada de tu aljaba y tu clava impregnada de sangre innumerable de monarcas[22] y depón de tus hombros agobiados al enemigo tuyo que los cubre[23]: aquí se teje para ti una mullida almohada con acanto bordado sobre púrpura y se alza un lecho cuajado de relieves de marfil. Ven apacible, afable, sin la turbulencia de la ira y sin el miedo propio de un esclavo; ven como te retuvo la menálide Auge[24], extenuado por las danzas báquicas y empapado por el don abundoso de tu hermano[25], y como te miró con asombro Tespio, convertido tantas veces en suegro tras tus excesos de una noche erótica[26] Aquí se te tributan juegos atléticos, y la

[18] Paraje pantanoso, donde Hércules dio muerte a la hidra.

[19] Pastor de Cleonas, ciudad de la Argólida próxima a Nemea, que ofreció hospitalidad a Hércules cuando llegó para dar muerte al león de Nemea.

[20] Diomedes, rey de Tracia, alimentaba sus yeguas con carne humana; Hércules lo derrotó y entregó su cuerpo a sus propias yeguas, que lo devoraron.

[21] Busiris, rey de Egipto (ver la misma sinécdoque en t. II, nn. 124 y 147), sacrificaba en el altar de Júpiter a los extranjeros que tocaban sus tierras, Hércules dio muerte al rey y a su hijo Anfidamante (ver OVIDIO, *Ars amatoria* I 647 y ss.).

[22] Se respeta aquí la enálage del original latino. *sangre innumerable de monarcas* por *sangre de innumerables monarcas*

[23] La piel del león de Nemea.

[24] Hija de Áleo, a la que Hércules, al pasar por el monte Ménalo, consagrado a Pan (en la Arcadia), dejó grávida del que sería Télefo, rey de Teutrania (en Misia).

[25] Esto es, de Baco.

[26] Tespio, rey de Tespias en Beocia (cf. *supra*, t. II, n. 157), padre de

fuerza inocente de jóvenes desprovistos de cestas[27] ejecuta certámenes anuales en rápido retorno. Aquí, inscrito en tu templo con gozo de su abuelo, tienes un sacerdote aún pequeño[28] y semejante a ti cuando ahogabas con tu mano los monstruos primeros que envió tu madrastra[29] y te afligías viéndolos exánimes.

Pero díctanos ya, Calíope veneranda, cuál fue el nacimiento de este templo súbito: Alcides hará resonar contigo su voz poderosa y con su arco tenso marcará los tiempos.

Era el momento en que la bóveda celeste se cierne sobre la tierra, más tórrida que nunca, cuando Sirio[30], implacable, herido por los rayos intensos de Hiperión[31], inflama las llanuras jadeantes. Ya era el día en que humea el boscaje de Aricia consagrado a Trivia, propicio a los reyes prófugos, y, cómplice de Hipólito, brilla el lago con el fuego de antorchas sin número, Diana en persona corona de flores sus mejores canes y pule sus flechas y consiente que marchen sin daño las fieras; y toda la tierra de Italia, en sus castos hogares, celebra las idus de Hécate[32]. Yo, aunque bastaban

cincuenta hijas (las Tespíades) a las que Hércules hizo madres de otros tantos hijos (los tespiades), no en una sola noche, sino en cincuenta sucesivas, ya que Tespio, deseoso de que todas ellas concibieran hijos de Hércules, las hizo sucederse en el lecho del héroe, que creía yacer siempre con la misma.

[27] En estos combates, los púgiles no utilizaban cestas, sino guantes de entrenamiento. Ver IV, dedicatoria, 34.

[28] Se trata del hijo mayor de Julio Menécrates (ver IV 8).

[29] Cf. *supra*, n. 15. Juno envió dos serpientes a la cuna de Hércules niño, que, dotado ya de fuerza prodigiosa, las ahogó entre sus brazos.

[30] Cf. *supra*, nn. 88 y 134 al l. I.

[31] Cf. *supra*, n. 161 al l. II.

[32] Hécate, diosa de la hechicería, cuyas imágenes, con triple cuerpo o cabeza, solían situarse en las encrucijadas en evitación de asechanzas (y de ahí procede el nombre de Trivia), fue confundida con Diana, virgen de tres

para aliviar mis cuidados y atenuar mis calores el campo de mi propiedad al pie de las colinas de la dardánida Alba[33] y el agua que fluye por mi propia casa gracias a la generosidad de nuestro magno caudillo[34], residía, no como un extraño, sobre las rocas conocidas con el nombre de las Sirenas[35] en la morada del elocuente Polio, dedicándome asiduamente a conocer el carácter apacible de aquel hombre y sus poemas inéditos, flores recientes del jardín de las Piérides[36]. Un día en que, agobiados por la estrechez de las puertas en la mansión de siempre, nos guardábamos del sol bajo el follaje de un árbol frondoso en la húmeda ribera, mientras celebrábamos la festividad de Trivia[37], se cubrió el cielo, huyó la luz radiante, ofuscada por las nubes repentinas, y el céfiro tenue se tornó en austro cargado de lluvia, fue como la tormenta que trajo sobre Libia la hija de Saturno[38] cuando la opulenta

nombres y tres advocaciones. Las idus de agosto (el 13 de dicho mes) era el día de la gran celebración, cuando en el bosque de Aricia humeaban las antorchas (ver vv. 56 y 57). Aricia (hoy Ariccia) es una ciudad situada a unos 20 Km. al sur de Roma, cuya fundación se atribuye a Hipólito, que le dio el nombre de su esposa. Hipólito, víctima de la mendaz calumnia de Fedra, su madrastra, murió por obra de Neptuno y fue resucitado por Esculapio gracias a la mediación de Diana, la casta deidad protectora del héroe casto. En cuanto a los «reyes prófugos», tal expresión hace referencia al hecho de que el rey de los ritos (el sacerdote oficiante) tenía que ser un fugitivo que hubiera dado muerte a su predecesor, por lo que siempre debía empuñar una espada a fin de prevenir su propia muerte.

[33] Dardánida por ser, supuestamente, fundación de Lavinio, y ésta, de Eneas, esto es, de la estirpe de Dárdano, el legendario fundador de Troya (cf. *supra*, l. I, n. 29).

[34] Domiciano había obsequiado a Estacio con una traída de agua a su posesión de Alba. Ver IV 5.

[35] Se refiere a la costa de Sorrento (cf. *supra*, l. II, n. 47).

[36] Las hijas de Píero (cf. *supra*, l. I, n. 70).

[37] Cf. *supra*, n. 32.

[38] Juno (ver *Eneida* IV, 160 y ss.).

Elisa se entregó a su esposo troyano y las Ninfas, testigos, clamaban por aquellos parajes apartados. Huimos, mientras los sirvientes retiraban los manjares de la fiesta y los vinos ornados con guirnaldas, pero no teníamos dónde guarecernos los invitados, aunque sobre los campos gozosos se asientan mansiones sin número y brilla la montaña opulenta poblada de techumbres abundantes; mas las nubes amenazadoras y también la esperanza de que volviera el buen tiempo, que se había tornado turbulento, nos movían en busca del refugio más próximo. Había allí una humilde cabaña, calificada con el nombre de templo consagrado, que, en su pequeñez, agobiaba bajo su ruin techumbre al poderoso Alcides[39] y apenas era capaz de albergar a los marineros que surcan las olas y escrutan sus abismos. Allá acudimos todos, allí se acumularon los manjares, los lechos suntuosos, la multitud de siervos y el atractivo séquito de la exquisita Pola[40]. Las puertas no nos permitieron entrar; no cabíamos en aquel templo angosto. el dios se ruborizó, pero avanzó, sonriente, hasta el pecho querido de Polio, y estrechó a su amigo con brazos fraternos, diciendo: «¿Eres tú quien, rebosante de dádivas, ha colmado, con pecho generoso, las moradas de Dicearquía[41] a la par que la joven Parténope[42]? ¿Tú quien ha donado a nuestro monte tantas mansiones, tantas florestas verdes, tantos mármoles y bronces que imitan facciones, tantos cuadros que vivifica la luz plasmada en ellos? Porque ¿qué era esa región, qué esa tierra antes de hallar en ti su gozo? Tú has cubierto las rocas desnudas con un largo

[39] *Cf. supra,* l. I, n. 163.

[40] Sus dos nietos (ver IV 8) y las damas de su séquito.

[41] *Cf. supra,* l. II, n. 48.

[42] *Cf. supra,* l. I, n. 127. El epíteto *joven* debe relacionarse con el nombre de *Neapolis* (Nápoles), es decir, ciudad nueva.

camino, y donde sólo había una senda, ahora, gracias a ti, se levanta un pórtico encumbrado sobre columnas variopintas, que evita la inmundicia del camino. Tú, al borde de la costa arqueada, has encerrado las cálidas aguas con doble cubierta[43]. Yo apenas podría referir tus obras, y Polio ¿podría mostrarse pobre y miserable sólo para mí? Por el contrario, penetro gozoso en tal sede y amo la ribera que haces accesible. Sin embargo, Juno, que está próxima, mira con desdén mi morada y se burla en silencio de mis dominios. Dame un templo y un altar dignos de tus empeños, que, aun con viento favorable, no deseen ignorar las naves, y a donde acudan el padre de lo alto y la multitud de los dioses, invitada a mi mesa, y mi hermana, acudiendo al convite desde su excelso templo[44]. Y no te arredre el hecho de que ante ti se cierre el firme escudo de una montaña hostil que nunca pudieron corroer las edades sin cuento. yo estaré a tu lado y secundaré tus ingentes intentos y quebrantaré las duras entrañas de la tierra rebelde. Inténtalo y ten valor, confiado en el aliento de Hércules. No se habrá alzado con más presteza la acrópolis de Anfión[45] ni la fortaleza de Pérgamo[46]». Así habló y abandonó su mente.

No cabe demora cuando el lienzo se adapta a un diseño marcado. Acudieron brazos innumerables: a éstos les toca cortar troncos y cepillar vigas, a aquéllos, asentar los cimientos en el suelo. Se cuecen las porciones húmedas de la

[43] Cf. L. II, n. 53, y, en general, el poema II 2.

[44] Se trata de Minerva —hija, asimismo, de Júpiter— que, al parecer, tenía un santuario próximo a Sorrento (ver *infra,* V 137).

[45] Anfión construyó Tebas moviendo las piedras a los acordes de su lira.

[46] Las murallas de Pérgamo —esto es, de Troya— fueron edificadas, según la leyenda, por Apolo y Neptuno.

tierra como protección contra el mal tiempo y defensa frente a las heladas, mientras la roca indómita se funde en el horno curvo. Pero —¿cómo no?— la tarea más importante es romper por fuerza las rocas que cierran el paso y las piedras que resisten al hierro. Entonces, en persona el propio patrono del lugar, el héroe de Tirinto[47], suda, depuestas sus armas, y con su doble hacha robusta cava el suelo deforme, mientras el cielo plomizo se cubre con las sombras de la noche: devuelve el eco la opulenta Capri con sus verdes Taurúbulas[48] y retorna a la tierra la ingente resonancia de los mares. No truena con tal fuerza el Etna con sus yunques batidos cuando Brontes y Estéropes[49] los hieren, ni es más rudo el fragor que escapa de los antros de Lemnos cuando Múlciber cincela entre llamas la égida y ofrenda sus castos presentes a Palas. Decrecen las rocas y, cuando regresan los obreros, a la luz rosada, se admiran ante su obra. Apenas jadea el verano del año siguiente, y ya la tirintia deidad, enriquecida, contempla las olas desde su grandiosa altura, desafía al templo cercano de su madrastra e invita a Palas a un santuario digno de ella. Ya dan sus señales las turbas pacíficas; ya humea la arena ardiente con los sagrados juegos atléticos. Tales honores no los desdeñaría ni el Júpiter de Pisa[50] ni la divinidad de la frondosa Cirra[51]. Nada es triste en estos parajes: atrás el plorante Istmo; atrás la feroz Nemea[52]: aquí es un niño más

[47] Cf. *supra*, l. I, n. 150.

[48] Dos elevaciones existentes en la isla de Capri, que aún en la actualidad se denominan Tuoro Grande y Tuoro Piccolo.

[49] Cf. *supra*, l. I, n. 12.

[50] Cf. *supra*, l. I, nn. 57 y 102.

[51] Ciudad de la Fócide, consagrada al culto de Apolo.

[52] En los juegos Ístmicos (ver II 1 y n. 37) se rememoraba la muerte de Ino y de su hijo Palemón; en los de Nemea, la de su pequeño Melicertes. Las leyendas al respecto son muy diversas, pero ambos certámenes coinciden

afortunado el que ofrece el sacrificio. Las mismas verdes Nereidas salen raudas, por propia voluntad, de sus grutas rocosas, se aferran a los húmedos escollos y no se avergüenzan de admirar, sin ser vistas, los combates de los atletas desnudos. Los contemplan también el monte Gauro, umbroso por los pámpanos de Icario[53], y el bosque que corona la isla de Nesis, anclada sobre el piélago, y el apacible Limón[54], y Euplea, buen presagio para las naves[55], y la Venus del lago Lucrino, y tú, Miseno[56], que desde lo alto de tu promontorio frigio, aprenderás los toques de las trompetas griegas, mientras Parténope[57], benévola, sonríe ante un culto que le es allegado, y ante las competiciones de los atletas desnudos y las modestas imitaciones de sus coronas[58]. Ven, pues, y honra, propicio, con tu mano invicta, las hazañas de un certamen que es tuyo, ya te satisfaga rasgar las nubes con el disco o aventajar con la jabalina al raudo céfiro o anudar tus brazos en la lucha líbica[59]: sé favorable a estos juegos sagrados

en proceder de juegos fúnebres en recuerdo de episodios luctuosos y crueles; por el contrario, en los juegos del Hércules Sorrentino todo era festivo y alegre. (Cf. *supra*, III 1, 44 y ss., y nn. 27, 28 y 29.)

[53] El monte Gauro (hoy Bárbaro) era célebre por sus viñas y sus vinos. En cuanto a Icario (padre de Erígone), aprendió del propio Baco el cultivo de las vides (ver *Tebaida* IV 655). Cf. infra, l. V, n. 119.

[54] Cf. *supra*, l. II, n. 76.

[55] Cf. *supra*, l. II, n. 74.

[56] Combatiente y trompeta de las huestes troyanas —esto es, frigias— que acompañaban a Eneas; muerto a manos de Tritón, dio su nombre al cabo y a la ciudad que, situados entre Cumas y Pozzuoli, se asoman a las aguas de la Magna Grecia (ver VIRGILIO, *Eneida* IV 162 y ss.; cf., también, *supra*, II, n. 72).

[57] Cf. *supra*, l. I, n. 127.

[58] Cf. *supra*, l. II, n. 50, relativa a los juegos Augustales que se celebraban en Nápoles.

[59] Alusión al combate victorioso que sostuvo Hércules con el gigante Anteo, rey de Libia, hijo de Neptuno y de la Tierra.

y, si conservas las manzanas de las Hespérides, ponlas en el regazo de la venerable Pola, porque es digna de ellas y no deshonrará tan alto honor[60]; y si recobrara el dulce encanto de sus verdes años (con tu venia, Alcides), también aquí, tal vez, te habrías sometido a hilar la lana[61].

Tal es la ofrenda que he traído, gozoso e inspirado, hasta este altar naciente. Ahora contemplo al dios que, en el umbral, rompe a hablar y dice así: «Feliz en tus deseos y en tus bienes, tú, que tomando ejemplo en mis trabajos, domas las duras rocas y los tristes desiertos de una tierra infecunda, tornando provechosos los cubiles, morada de las fieras, y prestando esplendor a las deidades que vergonzosamente yacían en la sombra. ¿Con qué recompensas voy a pagar ahora tus merecimientos? ¿Cómo ofrecerte mi gratitud? Retrasaré los hilos de las Parcas ensanchando sus husos, pues sé vencer a la inflexible Muerte[62]; alejaré de ti los infortunios, te libraré de toda triste pérdida, sin que nada te dañe, renovaré tu verde senectud y te daré que veas largos años a tus jóvenes nietos, hasta que, adultos —aquél, para una esposa; ella, para un marido— la nueva descendencia de ellos nacida, grey llena de osadía, ora trepe de nuevo sobre

[60] Las tres manzanas de oro que obtuvo Hércules tras dar muerte al dragón que las guardaba en el jardín de las Hespérides fueron rechazadas por Euristeo y por Minerva como dones prohibidos (ver APOLODORO, II 5, 11, 13). Pero Pola puede aceptarlas sin incurrir en impiedad, porque posee las tres virtudes que, en la ética estoica, simbolizan las tres manzanas: ausencia de cólera, de amor al dinero y de amor al placer.

[61] Como lo hiciera a los pies de Ónfale, la hermosa reina de Lidia, cuando hubo de venderse a ella como esclavo para expiar el asesinato de Ífito.

[62] Lo hizo en dos ocasiones: cuando encadenó a Cérbero para sacar a Teseo de los infiernos y cuando salvó a Alcestis, arrancándola de las garras de la muerte.

los hombros de su abuelo, ora, cual tierno enjambre, corra a porfía a disputar los besos de la apacible Pola. Pues nunca se impondrá un término a mi templo mientras en sí me lleve la máquina del cielo centelleante, y nunca habitaré con más agrado ni en Nemea, ni en la antigua Argos, ni en mi mansión de Tívoli, ni en Cádiz, donde el sol tiene su lecho[63]». Así habló y, tocando el fuego que se alzaba en su altar, moviendo su frente, que blanqueaba, ceñida por una guirnalda de chopo[64], juró por la Estigia y por el rayo de su padre celeste.

2

POEMA DE DESPEDIDA A MECIO CÉLER[65]

«Dioses que gustáis de proteger las audaces naves y de suavizar los riesgos crueles del ponto embravecido por los vientos: tended el piélago en calma, tornad vuestra asamblea propicia a mis votos y que las olas, amansadas, no acallen con su fragor mis ruegos. Grande y extraordinario es, Neptuno, el depósito que confiamos a tus profundidades: al azaroso abismo se arriesga el joven Mecio, y se dispone a llevar sobre tus planicies más de la mitad de mi alma.

[63] Lugares célebres, vinculados a Hércules por el culto o por la leyenda.

[64] PLINIO, en su *Historia Natural* XIII 3, nos informa de cómo el chopo estaba consagrado al culto de Hércules.

[65] Marco Mecio Céler (ver CIL IV 2074), personaje de rango senatorial, marchaba a Siria al mando de una legión. El 26 de abril del año 101 sería cónsul electo junto a su colega Quinto Serveo Inocente.

Mostrad vuestros astros benignos, hermanos Ebalios[66], y venid a sentaros sobre uno y otro extremo de la entena; que por vosotros brillen mar y cielo, ahuyentad, os ruego, el fulgor tormentoso de vuestra hermana de Ilión y alejadlo del firmamento todo[67]. También vosotras, Nereidas, turba celeste del mar, a quienes ha cabido la gloria y la fortuna del segundo reino[68] —séame permitido llamaros astros del inmenso piélago—, salid de las cavernas cristalinas de la espumosa Dóride[69] y, nadando, apacibles, rodead a porfía la ensenada de Bayas con sus costas preñadas de aguas cálidas[70], en busca de la nave altiva a que se goza en subir el noble Céler, retoño de la Ausonia armipotente. Y no habréis de buscarla largo tiempo, porque ha poco, cargada, a través de los mares, ha sido la primera en traer a las costas dicearqueas[71] la cosecha de Faros[72], y la primera en saludar a Capri y en verter por la banda de estribor su libación de vinos mareóticos[73] en honor de Minerva Tirrena[74]. Circundad sus dos bordas en vuestro dulce cerco[75] y, repartiendo vuestros

[66] Los Ebalios o Ebálides (descendientes de Ébalo, rey de Esparta) son los gemelos Cástor y Pólux y, por consiguiente, su constelación, Géminis, que libra del peligro a los navegantes.

[67] La hermana de Ilión (troyana) es Helena, personificación de los fuegos fatuos o de Santelmo, que atraían a los marineros hacia su perdición.

[68] Es decir, del reino de los mares.

[69] Cf. *supra*, I. II, n. 85.

[70] Cf. *supra*, I. I, n. 237 y III 5, 96 y V 3, 169.

[71] Cf. *supra*, I. II, nn. 50 y 82.

[72] La llegada a Pozzuoli de la primera de las naves que traían su cargamento de trigo egipcio se celebraba como aquí se ve, y sobre todo en SÉNECA, *Epístolas a Lucilio* 77, 1.

[73] Esto es, egipcios.

[74] Cf. *supra*, I. II, n. 47.

[75] La imagen de las Nereidas nadando, benévolas, en torno a la nave, es un tópico muy extendido. Ver, por ejemplo, CATULO, 64, 12 y ss.

cometidos, tensad vosotras los cordajes del mástil, amarrad vosotras las gavias en lo más alto de los masteleros y desplegad vosotras las lonas a los céfiros; que unas ordenen de nuevo los bancos de los remeros y que otras, a la panzuda popa, sumerjan en las aguas el timón, que haya quienes se ocupen de que la pesada grúa de proa abra paso entre las barcas fondeadas avante y quienes amarren a popa la chalupa auxiliar y se sumerjan para arrancar del fondo el áncora encorvada; que otra atempere las mareas y torne el mar propicio hacia levante: que ninguna de las glaucas hermanas quede sin cometido. Que de un lado Proteo, de cuerpo multivario, y del otro Tritón, de doble cuerpo, le precedan nadando, como también aquel que, por un prodigio inesperado, perdió sus ingles —Glauco— y que aún, cuantas veces se desliza cabe las costas patrias, golpea con su cola cariñosa la Antedón ribereña[76]. Pero tú más que nadie, Palemón[77], con tu divina madre, séle propicio, si es que ardo yo en deseos de ensalzar vuestra Tebas y si no canto a Anfión, discípulo de Febo, con plectro indigno[78]. Y el padre que quiebra los vientos en su prisión de Eolia, a quien obedecen los soplos diversos, las ráfagas todas por los anchos mares

[76] Ciudad del litoral de Beocia, sobre el estrecho de Euripo, patria del mítico pescador que se arrojó a las aguas y vio la parte inferior de su cuerpo metamorfoseada en pez. En Antedón se le dedicó un templo, donde gozaba de la devoción de marineros y pescadores. Ver OVIDIO, *Metamorfosis* XIII 904 y ss., ESTACIO, *Tebaida* VII 334.

[77] Cf. *supra*, I. II, n. 37. Ino, hija del tebano Cadmo y esposa de Atamante, rey de Tebas, al huir de la furia de éste con su hijo Melicertes, se arrojó al mar. Madre e hijo, metamorfoseados en divinidades, tomaron los nombres de Leucotea y Palemón.

[78] Cf. *supra*, n. 45. Discípulo de Febo, por su perfección tañendo la lira. El autor se refiere, una vez más, a la composición de la *Tebaida*, que, como vemos al final del presente poema, no estaba concluida.

del mundo y las tempestades y las nubes cargadas de lluvia, reprima en prisión más angosta bajo su montaña al Bóreas, el Euro y el Noto; para el solo Céfiro sea el dominio del cielo, que él solo impulse las naves y surque la faz de las aguas, asiduo del piélago, hasta que, sin ninguna borrasca, confíe tus velas felices a las paretonias[79] riberas.» Mi ruego es escuchado. El propio Céfiro llama a la nave e increpa a los marineros desidiosos. He aquí que mi pecho desfallece, preso de un frío medroso, y a pesar del horror que me infunde tal presagio, no puedo contener las lágrimas que penden al borde de mis ojos. Ya el marinero, soltando amarras, ha separado la nave de la tierra y ha dejado caer a las aguas la estrecha pasarela. Insensible, el patrón, desde la popa, con prolongado grito, desune los abrazos y separa los besos leales, no es posible asir por más tiempo el cuello querido. Sin embargo, entre toda la turba, seré el último en saltar a tierra y no abandonaré la nave en tanto que no haya zarpado.

¿Quién la llanura inhóspita, extraña a los vivientes desdichados, convirtió en un camino y, con talante audaz, a los hijos piadosos de la sólida tierra arrojó entre las olas y lanzó al voraz piélago[80]? No fue más temeraria la osadía que unió el gélido Pelio con la cima del Osa y aplastó por dos veces al jadeante Olimpo bajo sus cumbres[81]. ¿No era bastante cruzar

[79] También en la *Tebaida* V 12, así como LUCANO en X 9, designa Egipto con este adjetivo, derivado de la ciudad de Paretonio, próxima a Alejandría.

[80] La queja contra la audacia de quien inventó la navegación constituye un tópico ampliamente explotado. Ver, por ejemplo, HORACIO, *Odas* I 3, 9 y ss., OVIDIO, *Amores* II 11, 1 y ss., TIBULO, I 3, 35; PROPERCIO, I 17, 13 y III 7, 29; SÉNECA, *Medea* 301 y 607; ESTACIO, *Aquileida* I 61.

[81] Se refiere al intento de escalar el cielo por parte de los gigantes, a fin de aplastar a los dioses. Para ello, alzaron el monte Pelio sobre el Osa, y éste sobre el Olimpo (las tres montañas están próximas entre sí, en la

los lagos plácidos y los estanques ni someter los ríos, reducidos bajo los puentes? Marchamos al abismo, y por doquiera huimos de las tierras, nuestra cuna, encerrados en un madero exiguo bajo el cielo desnudo. De ahí la furia del viento, las terribles borrascas, los rugidos del cielo y los rayos sin tregua del Tonante[82]. Antes de que las naves existieran, los mares reposaban en un sueño indolente; no osaba Tetis levantar espumas, ni las nubes osaban encrespar las olas. Fue al ver las naves cuando las aguas se encolerizaron y se alzó la borrasca contra el hombre. Entonces se nublaron las Pléyades y el rebaño de Olenia[83] y Orión se enfureció más que solía.

Es justo que me queje: he aquí que huye la nave, llevada entre las olas vacilantes, poco a poco más breve, y se hurta a las miradas que de lejos la siguen, encerrando en su grácil madero tantos temores y, sobre todos ellos, presta a llevarte a ti, Céler, prenda de mi cariño. ¿Con qué sentimientos podré soportar ahora el curso de mi sueño y de mis días? En mi temor a todo ¿quién me hará conocer si las costas furiosas del mar de Lucania te han dado paso con ondas bonancibles, si está encrespada la turbulenta Caribdis o la doncella que arrasa los abismos del mar de Sicilia[84], qué semblante te ofrece en tu carrera el proceloso Adriático, si se

Tesalia). Son diversas las variantes, tanto relativas a su empresa como a su fracaso. En VIRGILIO, *Geórgicas* I 281 y ss., son tres los intentos de los gigantes. Ver también *Eneida* VI 580 y ss.

[82] Otro lugar común: la insaciable ambición del hombre, que le impulsa a cruzar los mares en pos de las riquezas, es lo que ha suscitado todos estos castigos de su impiedad, castigos que no existían en la edad de oro, cuando los seres humanos eran puros y piadosos.

[83] Cf. *supra*, I 1, n. 161

[84] Escila, hija de Forco, metamorfoseada en monstruo marino, y escollo del estrecho de Sicilia, frente a Caribdis, que lleva su nombre

muestra calmado el mar de Cárpato[85] y con qué brisa te transporta Dóride[86], que fue indulgente con la astucia del toro de Agenor? Mas tengo merecidas mis zozobras: ¿por qué cuando te dirigías al campamento no marché como compañero diligente, ya fuera a la India ignota, ya al caos de Cimeria[87]? Ahora estaría firme junto a las bélicas enseñas de mi capitán, ya asieras en tu mano las armas o las riendas, ya actuaras como juez entre tus huestes; y aunque no tomara parte en tus acciones, las presenciaría, al menos, admirado. Si en otro tiempo Fénix[88], reverenciado por el gran Aquiles, acudió a la costa de Ilión, a la timbrea Pérgamo[89], no para hacer la guerra y sin haber prestado juramento al orgulloso Atrida, ¿por qué mi devoción queda inactiva? Sin embargo, en mi firme corazón nunca desertaré y, aunque distantes, mis votos marcharán junto a tus velas.

Tú, Isis, que tuviste tu establo en las cavernas de Foroneo y hoy eres reina de Faros y deidad del oriente jadeante[90],

[85] Cárpato, isla del mar Egeo, da nombre a la extensión marina comprendida entre Creta y el Asia Menor

[86] Juego de palabras. Dóride, por su unión con Nereo, es la madre de las cincuenta Nereidas. Dóride es también uno de los muchos nombres poéticos que recibe el mar (ver VIRGILIO, *Bucólicas* X 5). Y es, asimismo, la región de Asia menor (además de la más conocida de Grecia) que da nombre también al mar de Cárpato Dóride, como deidad marina y como mar favoreció el rapto de Europa, hija de Agenor, por Júpiter metamorfoseado en toro (cf. *supra*, l. II, n. 85).

[87] Región fabulosa, envuelta en una oscuridad impenetrable (ver CICERÓN, *Cuestiones Académicas* II 61).

[88] Ayo de Aquiles (ver *Il.* I, 91; CICERÓN, *Del Orador* III 57; OVIDIO, *Metamorfosis* VIII 307).

[89] Timbrea, porque sus murallas fueron construidas por el dios venerado en Timbra, esto es, por Apolo (cf. *supra*, l. I, n. 207).

[90] Las semejanzas ente Io e Isis dieron lugar a la identificación de una y otra. Io, metamorfoseada en vaca por Júpiter a fin de sustraerla a la cólera de Juno (ver OVIDIO, *Metamorfosis* I 583 y ss.), permaneció en los

recibe con el múltiple son de tu sistro a la nave que marcha rumbo a Egipto; y al joven egregio, a quien el caudillo del Lacio ha confiado las enseñas de Oriente con el mando de las cohortes palestinas[91], condúcelo tú con mano benigna por tus santuarios en fiesta y por los puertos y ciudades que te están consagrados. Que sepa, bajo tu protección, de dónde viene los fecundos excesos del Nilo pantanoso, por qué decrece su caudal y retiene sus aguas la ribera, inundada de limo cecropio[92]; por qué profiere reproches Menfis[93] y retoza la ribera de la terapnea Canopo[94]; por qué guarda los altares de Faros el portero del Leteo[95]; por qué se igualan a los

establos de su hermano Foroneo, rey de Argos. Confundida con Isis, es reina de la isla de Faros y divinidad egipcia.

[91] El mando de una legión en Siria (cf. *supra*, n. 65.).

[92] Este adjetivo suele emplearse como sinónimo de ateniense, ya que Cécrope fue el primer rey de Atenas. Se ha supuesto que en este pasaje hace referencia a las golondrinas, basándose en el hecho de que la hija del ateniense Pandión fue convertida en una de esas aves y, por otra parte, en el testimonio de PLINIO, *Historia Natural* X 94, según el cual eran tan numerosos los nidos de golondrinas en varios parajes de las orillas del Nilo, que servían de dique a las aguas. Tal interpretación parece excesivamente rebuscada. Teniendo en cuenta que Cécrope, según la leyenda, era oriundo de Egipto, es más verosímil que aquí *cecropio* signifique simplemente *egipcio*.

[93] Juego de palabras entre el nombre de esta ciudad egipcia y el verbo griego *mémphō*, que significa *reprochar*

[94] Cf. *supra*, l. II, nn. 90 y 177. La ciudad de Canopo, según una antigua tradición griega, debía su nombre a Canopo, piloto de Menelao, que fue enterrado allí: a eso se debe el epíteto *terapnea* (= *lacedemonia*). En cuanto al verbo *retozar*, responde al carácter placentero y lascivo de aquella ciudad, a la que solían acudir, para solazarse, los habitantes de Alejandría.

[95] Juego de conceptos mitológicos: el portero del Leteo, Cérbero, es un perro, como lo es también el egipcio Anubis, un dios con cabeza de chacal (y posteriormente con cabeza de perro), guardián de los altares. Ver VIRGILIO, *Eneida* VIII 698.

excelsos dioses las bestias despreciables, qué altares se reserva el Fénix renaciente, qué campos acepta Apis, adorado por los medrosos pastores, y en qué honduras del Nilo se sumerge. Condúcele también al lugar en que yacen los Manes del héroe de Ematia[96], donde el fundador de la urbe, sembrador de guerras, permanece ungido en el néctar del Hibla[97], y a la mansión plagada de serpientes, donde, anegada en piadoso veneno, rehuyó Cleopatra, tras la derrota de Accio, las cadenas ausonias[98]. Y sigue, diosa, al joven, hasta el campamento que en tierras asirias se está encomendado, para confiárselo al Marte latino. Y no será allá un visitante extraño: siendo aún adolescente sudó ya en aquellas tierras, cuando sólo se destacaba todavía por el brillo de una franja de púrpura más ancha[99], aunque ya se mostraba aguerrido cuando se anticipaba a los escuadrones con sus ágiles quiebros, y humillaba con su lanza a las saetas de Oriente. Llegará, pues, el día en que el César te ordenará el regreso, después de que culmines tu campaña, para concederte más altos honores[100], y yo, firme de nuevo en esta orilla, escrutaré las olas infinitas y pediré a los dioses vientos opuestos. ¡Cómo me esponjaré!

[96] El nombre de Ematia (región de Macedonia) se aplica, por extensión, a Macedonia entera.

[97] Del monte Hibla (cf. *supra*, l. II, n. 18). El cuerpo de Alejandro había sido embalsamado según las prácticas orientales, ungiéndolo con miel (ver QUINTO CURCIO, X 10, 3 y HERÓDOTO, I 198).

[98] Esto es, itálicas (cf. *supra*, l. I, n. 65).

[99] Marchó allá, siendo casi un adolescente, como tribuno militar, esto es, para dar los primeros pasos en el aprendizaje de la carrera de las armas (casi como un simple soldado, como nos dice CICERÓN en el *Sueño de Escipión* III). El hecho de que la franja de púrpura fuera ancha se debe a su rango senatorial, no ecuestre (ver M. MARÍN PEÑA, *Instituciones Militares Romanas*, pág. 120).

[100] Probablemente, el consulado.

¡Con qué inspirada lira haré sonar mis cánticos votivos cuando, abrazado a tu robusto cuello, me levantes, pendiente de tus hombros y, recién salido de tu nave, reposes, lo primero, sobre mi pecho! Y me confiarás las palabras que me tenías reservadas y nos contaremos los años pasados: tú me hablarás del Éufrates violento, de Bactros, morada de reyes, de los tesoros sagrados de la antigua Babilonia y de Zeugma, ruta de la paz latina, y me dirás por dónde se extiende el dulce bosque de Idumea[101], dónde enrojece la preciosa púrpura de Tiro y dónde con su jugo tiñe y tiñe de nuevo en las tintorerías de Sidón, y cuándo comienzan a destilar de sus brotes el cándido bálsamo las ramas feraces[102]. Y yo te diré qué exequias habré ofrecido a los pelasgos derrotados o qué página pone fin a mi laboriosa *Tebaida*[103].

3

CONSUELO PARA CLAUDIO ETRUSCO[104]

Tú, Piedad, la más alta de las divinidades[105], cuyo numen, bienquisto de los cielos, contempla pocas veces esta tierra

[101] Dulce por su producción de dátiles (cf. *supra*, l. I, n. 243). Bactros (*Bactra*) era la capital de la Bactriana, al N. del actual Afganistán. Zeugma estaba en Siria, sobre el Éufrates, entonces confín oriental del Imperio.

[102] Se refiere probablemente, entre los diversos productos balsámicos de Oriente, al opobálsamo o bálsamo de Judea, que fluye de un árbol originario de Siria.

[103] En la *Tebaida* llama el autor pelasgos a los argivos; en la *Aquileida*, a los griegos en general. Esta referencia indica que la *Tebaida* estaba próxima a su fin.

[104] Cf. *supra*, l. I, n. 8.

[105] La diosa Piedad se identificó con Astrea, deidad de la Justicia (cf. *supra*, l. I, n. 169).

sacrílega, ven con tu cabellera ceñida por las ínfulas y deslumbrante con tu veste nívea, tal como, aún presente, antes de que te ahuyentara maldad alguna de los hombres culpables, habitabas en medio de unos pueblos ingenuos, en tu reino dorado: acude a estas exequias entrañables, mira el llanto piadoso del lacrimoso Etrusco y enjuga las pupilas de tal persona egregia. Al contemplar cómo quiebra su pecho en medio de gemidos entrecortados, cómo abraza la pira y se tiende sobre las cenizas ¿quién no pensaría que llora la muerte de una tierna esposa o que esas llamas consumen el rostro de un hijo apenas adolescente? Pero es a su padre a quien llora. Acudid, dioses y mortales, a este ritual. Lejos de aquí, marchad lejos de aquí los impíos que habéis albergado en vuestro pecho el crimen oculto del hastío ante la dilatada senectud de vuestro padre, o que, culpables de haber golpeado alguna vez a vuestra madre, teméis al inflexible Éaco con su urna infernal [106]; sólo a los inocentes y a los puros convoco. Ved cómo riega con sus lágrimas, estrechándolo con ternura, el rostro senil y la santa canicie de su padre, y tributa su amor al frío postrero de su ánima. Este hijo —fidelidad admirable— ve demasiado raudos los años de su padre y la premura de las negras hermanas [107]. Que a orillas del Leteo exulten, complacidos, los Manes; alegraos, moradas del Elíseo; adornad con guirnaldas los altares, que las aras festivas pongan el regocijo en vuestros bosques pálidos: dichosa, oh, dichosa en demasía, llorada por su hijo, es la sombra que os llega. Lejos los aullidos de las Furias, lejos el triple Cérbero: que se abra a fondo el paso dilatado para acoger a tan egregia sombra. Vaya adelante: que avance hasta el temible

[106] Cf. *supra*, l. II, n. 43.

[107] Las Parcas, que, por el contrario, son blancas en IV 3, 146 (cf. *infra*, l. IV, n. 58).

solio del señor del silencio y le presente el supremo homenaje de su agradecimiento, y, solícito, pida para su hijo la misma suma de años. Honor a ti por tu piadoso ruego: yo brindaré, Etrusco, a tus justos sollozos el debido consuelo, y ofrendaré de grado a tu longevo padre poéticas exequias. Tú expande, generoso, en la pira las semillas de Oriente y las ricas cosechas de cilicios y árabes: lleve el fuego consigo las riquezas del hijo: que crezcan las cenizas en elevado cúmulo y den al cielo nítido sus piadosas nubes. Yo aportaré presentes que no consuma el fuego: tu dolor, con mi canto, pervivirá en el tiempo. Y yo tampoco ignoro lo que es llorar a un padre: como tú, he sollozado prosternado ante el fuego [108]. Aquel día me invita a consolar tu duelo con mi canto: yo también he sufrido los lamentos que este día te ofrezco.

Cierto, apacible anciano, que no tuviste una ascendencia ilustre, ni tus antepasados gozaron de raíces muy profundas, pero suplió a tu cuna una fortuna inmensa que ocultó la modestia de tus mayores. Porque no obedeciste a señores vulgares, sino a aquellos a quienes por igual se someten Occidente y Oriente. Y es algo que no debe avergonzarte, pues ¿qué cosa subsiste en la tierra ni el cielo sin prestar sumisión a la obediencia? Todo está gobernado y gobierna a su vez. La tierra entera se halla bajo sus propios reyes, mas Roma, afortunada, aplasta las coronas de los reyes y el gobierno de Roma ha sido confiado a sus caudillos, y a su vez, sobre ellos se yergue el poderío de los dioses. Pero también los dioses tienen sus leyes: se somete el coro apresurado de los astros y la inconstante luna se somete y no sin someterse vuelve una y otra vez la luminosa órbita y —si se

[108] Véase II 1, 33 ss. y V 3.

me permite parangonar lo humilde con lo excelso[109] también sobrellevó las duras condiciones de un monarca inhumano el héroe de Tirinto[110] y no sufrió deshonra la fístula de Febo, que se prestó a servir[111]. Por otra parte, no arribaste al Lacio desde tierras barbáricas: fue Esmirna tu suelo natal; bebiste del venero venerable del Melete[112] y del vado del Hermo[113], donde se baña el lidio Baco y renueva sus cuernos con el légamo aurífero. Luego fue venturosa tu carrera, tus cometidos varios, paso a paso, acrecieron tu honra: siempre te ha sido dado marchar cerca de las divinidades, siempre encontrarte al lado de los Césares y unido al culto arcano de los dioses. Se abrió primero a ti la corte de Tiberio, cuando apenas cambiaba tu semblante la pubertad temprana (entonces se te dio la libertad, ya que tus condiciones naturales superaban la cuenta de tus años) y no te rechazó, aunque era despiadado y estaba poseído por la Furias, su primer heredero[114]. Por ello, juvenil acompañante, a aquel tirano que imponía miedo por sus palabras y por su presencia y que fue despiadado con los suyos hubiste de seguir hasta los hielos Árticos[115] como quienes dominan la temible fiereza de las

[109] Reminiscencia de VIRGILIO (*Geórgicas* IV 176), recogida también por OVIDIO, *Tristes* I 3, 25.

[110] Hércules, obligado por Euristeo a sobrellevar trabajos duros y humillantes.

[111] Febo sirvió voluntariamente como pastor, apacentando y acrecentando los rebaños de Admeto, rey de Feras (Tesalia).

[112] Cf. *supra*, l. II, n. 164.

[113] Cf. *supra*, l. I, n. 78.

[114] El emperador Calígula.

[115] Se trata de la expedición militar de Calígula al territorio de los mórinos, en la Galia Belga (no en el Ártico, como, hiperbólicamente dice Estacio), que tuvo lugar en el año 40 (ver DION CASIO, 59, 21 y SUETONIO, *Calígula* 43 y ss.).

bestias y las obligan, después de haber gustado ya la sangre, a librar de sus fauces las manos ya cautivas y a vivir absteniéndose de presas. Por tus merecimientos, Claudio, siendo ya añoso, antes de su viaje a la estrellada bóveda, te alzó a cumplir funciones elevadas y te legó a sus muchos sucesores[116]. ¿Qué mortal temeroso de los dioses ha logrado alcanzar con sus servicios tal número de templos y de altares? El alígero arcadio[117] es mensajero del supremo Júpiter; Juno es señora de la imbrífera hija de Taumante[118]; Tritón, en su obediencia, está presto al mandato de Neptuno: tú, en tu entereza, has soportado religiosamente los yugos tantas veces alterados, y tu nave ha surcado felizmente todos los mares. Y ya la luz de lo alto con la excelsa Fortuna entró de lleno en tu piadosa casa[119]: desde entonces te fue confiada a ti solo la gestión del tesoro sacrosanto[120], los bienes aportados por todas las naciones y las finanzas del inmenso mundo. Cuanto vomita Iberia de sus minas auríferas, lo que brilla en los altos de Dalmacia, lo que se recolecta de las mieses de África, lo que trillan las eras del Nilo caluroso, lo que

[116] No sabemos cuáles fueron las altas funciones que desempeñó. En cuanto al concepto de *legado*, parece atestiguar el arraigo que adquirió la idea de la herencia imperial: nótese cómo esta herencia, aun después de la manumisión por parte de Tiberio, se prolongó en Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito y Domiciano.

[117] Mercurio.

[118] Taumante, hijo de Océano, es el padre de Iris, mensajera de los dioses y, en particular, de Juno, y portadora de las lluvias, esto es, imbrífera.

[119] Palante, un liberto del emperador Claudio, había sido nombrado por éste *procurator a rationibus*, esto es, algo parecido a un ministro de finanzas, jefe de los procuradores del fisco (ver SUETONIO, *Claudio* 28), cargo que ostentó hasta el año 55, en que Nerón lo sustituyó por el padre de Claudio Etrusco. Ver TÁCITO, *Anales* XIII 14

[120] Del fisco imperial.

recoge, al fondo, el nadador que explora el mar de Oriente, los ganados selectos de la Galacia griega, los cristales traslúcidos, las maderas masilias y el arte de los índicos marfiles. A un solo funcionario están encomendados y sujetos los productos que nos aporta el Bóreas y el Euro desatado y el Austro nubiloso: antes se contarían las lluvias invernales y las frondas del bosque. Con igual diligencia, con igual agudeza, calcula qué precisan los soldados romanos bajo todos los cielos [121], cuánto piden las tribus [122], cuánto los santuarios, cuánto los cursos altos de las aguas [123], cuánto los diques frente a las crecidas [124] y la red de calzadas tendidas a lo lejos; el oro que debe brillar en los altos artesonados del príncipe, qué cantidad de mineral debe fundirse para esculpir a fuego los rostros de los dioses y qué acuñación ha de resonar merced al fuego de la Moneda [125] de Ausonia.

Apenas, desde entonces, conociste el reposo; el placer se alejó de tu memoria, fue sobrio tu sustento y nunca perturbados tus deberes por la efusión del vino; pero, eso sí, tu pecho anheló las nupciales ligaduras, la prisión de la mente

[121] Bajo Domiciano se incrementaron los haberes de los soldados. Ver Suetonio, *Domiciano* 7.

[122] Los repartos al pueblo de trigo, y también de aceite, vino y otros productos, se realizaban por tribus. Ver Suetonio, *Domiciano* 4 (cf. Marcial, VIII 15, 4).

[123] Esto es, los acueductos.

[124] El poeta emplea un término latino *(aequor)* que normalmente designa la llanura del mar, pero que aquí se refiere al río Tíber. Todos los cuidados a que se alude en este pasaje están atestiguados como funciones del *procurator a rationibus* (cf. *supra*, n. 119).

[125] Las monedas recibieron su nombre porque se acuñaban en el templo de Juno Moneta, advocación que recibió la diosa por haber avisado a los romanos *(monere* = avisar, advertir) de un terremoto que se avecinaba (ver Cicerón, *De Divinatione* I 101; Tito Livio, VII 28, 5; Ovidio, *Fastos* I 638).

por el tálamo, la fusión de un gozoso matrimonio y el nacimiento de leales súbditos para tu amo. ¿Quién podría ignorar la excelsa cuna y la belleza de la ilustre Etrusca? Aunque mis ojos no la han visto nunca, revela su retrato una hermosura eximia, par de su fama; la gracia de sus hijos, semejante a la suya, la pregona. Y no es vulgar su estirpe: su hermano ostentó fasces y la silla curul más elevada, mandó fielmente las ausonias armas y las enseñas que le fueron confiadas cuando un primer arranque de locura alzó a los fieros dacios, y su pueblo se vio reducido a ofrecernos un triunfo glorioso [126]. Así, aportó la madre lo que pudo faltar a la paterna sangre, y la casa, gozosa, vio cómo se tornaba luminoso, por aquel matrimonio, su lado oscuro. Y no se hicieron esperar las prendas: dos veces acudió Lucina a sus retoños [127] y, fecunda, con su ingrávida mano tocó sus trances grávidos. Feliz tú si tus días se hubieran prolongado, si, justa, la hilatura de las Parcas te hubiera permitido contemplar las facciones de tus hijos y sus rostros en flor. Pero los gozos sucumbieron, rotos en plena juventud. Átropo [128] con su mano quebrantó aquellos años florecientes: así inclinan los lirios sus tallos pálidos; así las rosas frescas desfallecen a las primeras ráfagas del Austro y expira la amapola en primavera sobre los prados nuevos. Vosotros, los Amores, armados de saetas, habéis volado en torno de aquel cortejo fúnebre y habéis ungido el túmulo con maternal amomo [129]; a porfía, con plumas y

[126] El hermano de Etrusca desempeñó el consulado, y posteriormente, como consular, tuvo un papel importante en la guerra contra los dacios que concluyó en el año 89 con el triunfo al que aquí se hace referencia (cf. *supra*, l. I, n. 40).

[127] Cf. *supra*, l. I, n. 132.

[128] Nombre de una de las Parcas.

[129] Maternal (propia de Venus), porque el amomo, planta de semillas aromáticas y estimulantes, se consideraba afrodisíaco.

cabellos arrancados, atizasteis el fuego, y elevaron la pira las aljabas que todos aportasteis [130]. Y ¡qué ofrendas, Etrusco, qué lamentos habrías allegado al túmulo materno, si crees prematura la muerte de tu padre y como hijo piadoso lloras su senectud [131]! Y aquel que con su gesto gobierna los alcázares supremos después de repartir su clara descendencia entre la tierra y los astros [132] se gozó honrándolo en su triunfo sobre Idumea [133] y, por juzgarlo digno, no le rehusó un puesto en la formación del desfile victorioso, sin que la humildad de sus mayores restara nada a su honor. Y el mismo emperador lo apartó del vulgo para instalarlo en los cúneos ecuestres [134], elevó su condición y quitó de su siniestra el plebeyo anillo de hierro para igualar su posición a la alta dignidad de sus hijos [135]. Sus años de prosperidad se deslizaron durante el doble de ocho lustros [136] y el curso de su vida fluyó sin

[130] Figura denominada *hysteron próteron*, consistente en la inversión del orden cronológico de los hechos: naturalmente, la construcción de la pira es previa a la combustión. Nótese, por otra parte, que esta intervención de los Amores simboliza, simplemente, la piedad filial y no el erotismo.

[131] Braquilogía: lloras su muerte, aun cuando su edad era muy avanzada.

[132] Vespasiano, desde lo alto, rige el universo como un dios (ver *Tebaida* I 24 y ss., MARCIAL, XIII 4) y ha confiado el gobierno de los astros a su hijo, el divino Tito, y el de la tierra a su otro hijo, aún vivo, el divino Domiciano.

[133] Región de Palestina sometida a Roma por Tito; Vespasiano honró al padre de Claudio Etrusco, un simple liberto, asignándole un puesto en el desfile triunfal del año 71.

[134] En los espectáculos del teatro y del anfiteatro.

[135] Esto es, para elevarlo a la categoría de caballero, con el derecho a ostentar el anillo de oro.

[136] El cómputo de días o de años mediante la multiplicación de números *perfectos* (según las doctrinas pitagóricas) es un recurso mágico-poético que utilizan eficazmente autores muy diversos (ver CICERÓN, *De republica* VI 4; VIRGILIO, *Eneida* I 381, II 126, XI 9). El número dos es perfecto por

tempestades. Cuán generoso fuiste en favor de tus hijos, queriendo exceder siempre tus posibilidades, lo atestigua aún hoy la esplendidez del liberal Etrusco, que de ti lo aprendió, porque tu complacencia le infundió su carácter preclaro, si bien lo retenías con ternura en tu abrazo benévolo, como padre amoroso, sin nunca ejercitar tu autoridad, y que su propio hermano, henchido de respeto, se gozaba en ceder ante su gloria. ¡Qué gratitud te rinden, oh caudillo supremo, y qué piadosos votos los jóvenes que a ti se han consagrado, porque restituiste a su padre la vida [137]! Tú (sea que la cansina senectud, exhausta por las penas, equivocó el camino, sea que la Fortuna, tanto tiempo propicia, cambió el rumbo), cuando el anciano se hallaba aturdido, espantado ante el golpe del rayo inminente, te limitaste a avisarle con sólo un trueno y una leve tormenta, mientras el ayudante en sus funciones sobre el mar encrespado se ausentaba de los campos de Italia, él recibió la orden de retirarse como huésped, no como desterrado, a las dulces regiones de la costa campana o al alcázar fundado por Diomedes [138]. Y no tardaste mucho, Germánico [139], en abrirle de nuevo las puertas de Rómulo [140],

ser el primer número par, el ocho por ser el primer cubo y el cinco por ser suma de par (hembra) e impar (macho). Este procedimiento se repite en los poemas V 2, V 3 y V 5.

[137] Este hábil circunloquio hace referencia a la peripecia de Claudio, el padre de Claudio Etrusco, que, condenado por Domiciano al exilio (parangonable a la muerte), fue devuelto a Roma (esto es, a la vida) por el propio déspota (cf. *supra*, l. I, n. 239).

[138] Se trata de la relegación de los culpables más allá de la centésima milla (ver TÁCITO, *Anales* XIII 26). En cuanto a la ciudad que, según la tradición, fue fundada por Diomedes, es Arpi, en Apulia, más lejos también de la centésima milla (ver VIRGILIO, *Eneida* IX 239 y 243 ss.).

[139] Cf. *supra*, l. I, n. 13.

[140] Es decir, de Roma. La tardanza fue considerable. En efecto, murió a los 90 años (ver MARCIAL, VII 40), después de ochenta años de prosperidad

en consolar su duelo y en levantar sus penates caídos. Y no es extraño, apacible caudillo, si tal es la clemencia que concede a los catos derrotados un tratado indulgente, que otorga su monte a los dacios y que recientemente, después de una guerra terrible, no ha considerado merecedores de un triunfo latino a los marcómanos ni a los nómadas sármatas.

Y ya sus días llegan a su término y se detiene el huso inexorable. Ahora la piedad del desolado Etrusco me exige tales cantos cuales no modulan ni los cantiles de Sicilia [141] ni el cisne, seguro ya de su destino, ni la esposa del cruel Tereo [142]. ¡Ay! ¡Con qué golpes de pecho vi cómo fatigaba sus brazos y cómo abatía el rostro sobre su padre deshaciéndose en besos! A duras penas le contienen los siervos y los amigos; a duras penas le apartan las llamas que se elevan. No de otro modo lloró Teseo por las costas de Sunio tras haber engañado a Egeo con sus velas mentidas [143]. Luego, entre atroces gemidos, con la faz desgarrada, habló así a las tibias cenizas:

«¿Por qué, padre fidísimo, nos dejas cuando vuelve la Fortuna? Ha poco que aplacamos a la divinidad de nuestro caudillo poderoso y la cólera efímera de los dioses de lo alto: ¿y tú no lo disfrutas, y privado del goce de tan excelso don, huyes, ingrato, al reino de los manes? ¿Y no se nos concede ablandar a las Parcas ni mover a las ásperas deidades del

(ver *supra*); si obtuvo el regreso poco antes de la muerte (ver *infra*), es evidente que la relegación fue larga.

[141] Se refiere a las sirenas (cf. *supra*, l. II, n. 13).

[142] Procne (cf. *supra*, l. II, n. 31), que fue metamorfoseada en ruiseñor.

[143] Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, en su euforia por haber dado muerte al Minotauro, a su regreso se olvidó de arriar las velas negras e izar las blancas, señal convenida con su padre si volvía victorioso. Egeo, desesperado, se arrojó al mar, que tomó su nombre. De la misma manera, Claudio Etrusco perdió a su padre, aunque no cuando iban a reencontrarse, sino a poco del reencuentro.

maldito Leteo? Feliz aquel a quien, llevando sobre sus fuertes hombros a su padre, se abrió el sacro respeto de las llamas micénicas [144], y feliz Escipión, que, aún muy joven, libró a su padre de los fieros púnicos [145], y feliz la piedad temeraria del lidio Lauso [146]. ¿Y pudo la esposa del rey de Tesalia [147] dar su vida por la de su esposo, y pudo el tracio [148] ablandar con sus ruegos el rigor de la Estigia? ¡Cuánto más justo fuera por el amor de un padre! Pero no me serás arrebatado por entero ni enviaré a lo lejos tus cenizas: retendré aquí tus manes, aquí, en casa [149]: tú serás el custodio y el dueño del hogar y te estarán sumisos todos los tuyos; yo, como es justo, te estaré sometido y, siempre en pos de ti, ofreceré constantes manjares y bebidas a tus sagrados manes, y honraré tus imágenes: los mármoles brillantes y el trazo de los cuadros magistrales me traerán tu semblanza, el marfil y el oro amarillento imitarán tus rasgos desde ahora. Buscaré ahí la senda de la honradez y la experiencia de tu larga vida y tus píos consejos y los sueños aleccionadores».

Su padre, con gozosa dulcedumbre, oía estas palabras y descendió despacio a las ásperas sombras para comunicárselas a su querida Etrusca.

[144] Esto es: las llamas de los incendios provocados en Troya por los griegos invasores abrieron paso con respeto al piadoso Eneas, cuando huía, camino de su misión sagrada, llevando a Anquises sobre sus hombros.

[145] En la batalla del río Tesino (ver T. Livio, XXI 46, 7).

[146] Lauso, hijo de Mecencio, fue muerto por Eneas (Virgilio, *Eneida* X 783 y ss.), por tratar de socorrer a su padre. En cuanto al adjetivo *lidio*, aquí y en otros muchos pasajes de autores latinos, no hace referencia a la provincia de Asia Menor, sino a Etruria.

[147] Alcestis, esposa de Admeto (cf. la tragedia *Alcestis* de Eurípides).

[148] Orfeo, que bajó a los infiernos en busca de Eurídice.

[149] Como más arriba y como en V 3, 37, a propósito del padre del poeta, aunque la conservación de los restos mortales en casa estaba prohibida desde la Ley de las Doce Tablas (cf. *infra*, l. V, n. 111).

Mi saludo postrero, anciano. El más tierno de los padres: mi último adiós. Nunca, mientras viva tu hijo, padecerás las horribles tinieblas ni la tristeza de un sepulcro abandonado [150]. Tus altares por siempre exhalarán el aroma de las flores; tu urna, venturosa, beberá siempre los perfumes asirios y un tributo más alto, que es el llanto. Tu hijo ofrecerá sacrificios a tus manes y te erigirá un túmulo sobre tu propia tierra. Y también te consagra este poema que con sus ejemplos ha merecido, feliz de haber honrado tus cenizas con tal sepulcro.

4

LA CABELLERA DE FLAVIO EARINO [151]

Marchad, cabellos, y surcad, lo suplico, una mar bonancible; marchad, muellemente acostados sobre el oro que coronan las gemas [152], marchad, que Citerea [153] os brindará, propicia, una travesía feliz y aplacará los vientos y tal vez os traslade de una nave insegura y en su concha os conduzca sobre el llano del mar. Acepta, hijo de Febo [154], los cabellos que elogio y que te ofrece el efebo del César: acéptalos de

[150] En el original: *el abandono de un sepulcro triste* (posible enálage).

[151] Cf. *supra*, n. 5. La antigua costumbre griega de ofrendar los bucles o la barba incipiente a alguna divinidad se introdujo en Roma en el siglo I d. C. (cf. JUVENAL, III 186, PETRONIO, XXIX 8).

[152] Esto es, en un cofre o relicario de oro y pedrería.

[153] Cf. *supra*, l. I, n. 228.

[154] Asclepio o Esculapio (cf. *supra*, l. I, n. 201, l. III, n. 7).

grado y muéstralos a tu intonso padre. Permite que contraste su dulce brillo y que, durante un tiempo, piense que pertenecen a su hermano Lieo [155]. Quizá recorte él también una ofrenda de sus cabellos jamás cortados, y te la presente encerrada en otro cofre de oro.

Tú, Pérgamo [156], más dichosa, con mucho, que el Ida fértil en pinos —aunque el Ida se complace con la nube que propició el rapto sagrado [157], por haber dado a los dioses a aquel a quien Juno ve siempre con ira, y evita su mano y rechaza su néctar [158]— tú, Pérgamo, bienquista de los dioses e insigne por tu hermoso hijo [159], enviaste al Lacio a un mancebo a quien contemplan por igual con plácida frente el Júpiter ausonio y la romana Juno y a quien aman el uno y la otra [160]. Tal placer no le ha sido deparado al poderoso señor del mundo si no es por designio de los dioses.

Dícese que Venus, cuando marchaba, toda de oro, desde lo alto del monte Érice a los bosques sagrados de Idalia [161] alzando el dulce vuelo de los cisnes, penetró en el templo de

[155] Ambos son hijos de Júpiter (cf. *supra*, l. I, n. 181; l. II, n. 25).

[156] Cf. *supra*, l. I, n. 201.

[157] Se refiere al rapto de Ganimedes, hijo de Tros, rey de Troya, llevado desde el monte Ida al Olimpo por el águila de Júpiter (o por Júpiter en forma de águila) para ser el favorito y copero del padre de los dioses, como Flavio Earino lo era de Domiciano. Ver VIRGILIO, *Eneida* V 252 y ss., PROPERCIO, II 30, 30; OVIDIO, *Amores* I 10, 7 y ss.; *Metamorfosis* X 157 y ss. Este pasaje de Estacio es el único texto en que figura una nube en lugar del águila.

[158] Juno se ofendía y se encolerizaba siempre por las numerosas infidelidades de Júpiter y, naturalmente, también por esta deslealtad homosexual.

[159] Aquí el hermoso hijo de Troya es Ganimedes, no Paris como en tantos pasajes literarios.

[160] Esto es, Domiciano y su esposa.

[161] Cf. *supra*, l. I, n. 90.

Pérgamo[162], donde mora el más alto patrono de los enfermos, el que detiene a los Hados presurosos, la deidad bienhechora que se asienta sobre una serpiente salutífera. Allí encontró a un efebo extraordinario por el brillo de su excepcional beldad, que jugaba ante el ara del dios mismo. En un primer momento, engañada un instante por la aparición súbita, creyó que se trataba de alguno de sus hijos; mas no llevaba arco ni de sus bellos hombros brotaba sombra alguna. Quedó admirada de la hermosura del niño y, contemplando su rostro y sus cabellos, habló así «¿Irás a los alcázares de Ausonia sin la ayuda de Venus? ¿Vas a soportar tú una mísera choza y el yugo que es común a los esclavos? De ninguna manera: yo daré a tu belleza el señor que merece. Vamos, vente conmigo, vamos, hijo: yo te transportaré en mi carro alado por medio de los astros como un don sin igual para un caudillo; y no conservarás tu estado de plebeyo: te debes, como siervo, al amor palatino. Nada, lo reconozco, nada tan delicioso he visto ni he engendrado bajo el manto del cielo. Ante ti cederá el hijo del Latmo[163] y el del Sangario[164] y aquel a quien perdió la vana imagen de una fuente y su estéril amor[165]. La Náyade azulada te habría preferido[166]

[162] Cf. *supra*, l. I, n. 201, l. III, n. 7.

[163] Monte de Caria, a donde acudían la casta Diana para poder contemplar y besar al bello Endimión, nieto de Éolo, que había obtenido de Zeus la eterna juventud y el sueño eterno.

[164] Río de Frigia, a cuyas márgenes nació y vivió Atis, pastor de extraordinaria belleza consagrado al culto de Cibeles y que, en su entusiasmo orgiástico, se castró voluntariamente (ver CATULO, 63).

[165] Narciso.

[166] Te habría antepuesto a Hilas, el bello efebo, hijo de Teodamante y amado de Hércules, a quien, cuando se aprovisionaba de agua en Misia, durante la expedición de los Argonautas, raptaron las Náyades, cautivadas por su belleza (ver VIRGILIO, *Bucólicas* VI 43 y ss.).

y asiéndose a tu urna te habría retenido con más fuerza. Tú, hijo mío, ante todos, tan sólo es más hermoso aquel a quien serás ofrendado.» Tras estas palabras, lo alzó consigo por las auras ligeras y le ordenó sentarse en su biga de cisnes. No hay pausa: ya se alcanzan los montes del Lacio y los penates del añoso Evandro[167], que Germánico[168], el ínclito padre del orbe, orna con nuevas obras e iguala con los astros más sublimes[169]. Ya es más presente el cuidado de la diosa. ¿cuál será el mejor peinado para sus cabellos, cuál la veste adecuada para animar su rostro rosado, qué joya de oro resultará más digna en sus dedos y cuál en su cuello? Conocía el gusto celeste del caudillo, ella había unido sus antorchas nupciales y había propiciado a manos llenas su matrimonio: así orna los cabellos del efebo, así lo envuelve en vestiduras tirias[170] y le infunde su luz y su atractivo. Atrás los favoritos anteriores y la grey de los fámulos: es él quien trae al caudillo magno las copas primeras y los vasos cargados de mirra y las cristalerías con mano más cándida: una gracia nueva crece para Baco. Niño querido de los dioses, que has sido elegido para probar el néctar sospechoso[171] y tocar tantas veces la diestra poderosa que desean conocer los getas y pretenden rozar los persas, los armenios y los indios: nacido bajo estrella favorable, te ha exaltado la bondad generosa de los dioses.

[167] Esto es, la patria, la morada en que se establecieron los dioses penates de Evandro (ver VIRGILIO, *Eneida* VIII y ss.).

[168] Cf. *supra*, l. I, n. 13.

[169] Ver I 1.

[170] Es decir, teñidas de púrpura.

[171] Una de las obligaciones del copero era la de probar las bebidas, en previsión de un posible veneno.

En otro tiempo, para evitar que el incipiente vello afeara tus fúlgidas mejillas y que oscureciera el brillo de tu bella presencia, el dios de tu patria en persona[172] abandonó la altiva Pérgamo cruzando las aguas. A ningún otro se ha otorgado la potestad de afeminar a un niño, pero el hijo de Febo[173], con su arte misteriosa, hace cambiar su sexo dulcemente, sin quebrantar el cuerpo con llaga alguna[174]. Citerea, angustiada, se atormenta, con todo, sumida en el cuidado y teme el sufrimiento del efebo. La clemencia preclara del caudillo no había comenzado todavía a conservar intactos a los niños como habían nacido; ahora está vedado quebrar el sexo mudando al ser humano, y Naturaleza se goza viendo sólo a los seres que ella engendró, y las madres esclavas ya no temen, por una ley siniestra, llevar la gravidez de sus retoños[175]. También tú, si hubieras sido engendrado más tarde, serías ahora un joven de mejillas sombreadas, más robusto con el desarrollo de tus miembros. Y, feliz, no habrías enviado una ofrenda única al templo del hijo de Febo[176]: sean ahora solamente tus bucles los que naveguen hacia tu tierra patria. La deidad de Pafos[177] los impregnaba de abundante amomo y luego las tres Gracias los peinaban con sus diestras. No envidiarán a los desfallecientes cabellos

[172] Asclepio o Esculapio (cf. *supra*, n. 7).

[173] Asclepio o Esculapio (cf. *supra*, n. 154).

[174] Domiciano prohibió todo tipo de castración, pero no sin antes haber hecho castrar a su favorito.

[175] No existía tal ley, pero sí una costumbre siniestra que Domiciano había practicado, como otros muchos personajes, antes de proclamar hipócritamente la prohibición.

[176] Habrías enviado dos: la del cabello y la de la barba (cf. *supra*, n. 151).

[177] *Cf. supra*, l. I, n. 68.

del purpúreo Niso[178] ni a los que el altivo Aquiles conservaba para el Esperquio[179]. Apenas se tomó la decisión de despojar su frente nívea y descubrir sus hermosos hombros, acudieron con su madre, la diosa de Pafos[180], los dulces seres alados[181], que alisaron sus bucles y pusieron sobre su pecho un peinador de seda. Luego, con sus flechas unidas, cortaron su cabellera para alojarla entre oro y gemas preciosas, mientras su madre, la diosa Citerea[182] en persona, la unge de nuevo en su caída con sus arcanos perfumes. En aquel momento, uno de los numerosos amorcillos, a quien había tocado sostener con sus manos en alto un valioso espejo de oro incrustado de piedras preciosas, dijo estas palabras: «Hagamos también esta ofrenda: ningún presente será más grato al templo de su patria ni tendrá más valor que el oro mismo. Tú sólo debes fijar aquí tu mirada y dejar para siempre tu imagen.» Así habló, y cerró el espejo con su imagen presa.

El niño sin par, tendiendo sus palmas hacia las estrellas, dijo: «Por estos presentes, el más dulce guardián de los hombres, concédeme, si lo he merecido, la merced de mantener a nuestro amo en una juventud perpetua y conservarlo para bien del mundo. Conmigo lo ruegan los astros, conmigo los mares y tierras. Que viva, te lo ruego, por tantos años

[178] Los adjetivos aplicados a Niso y a sus cabellos evocan la muerte del joven troyano cuando expiró sobre el cadáver de su tierno amigo Euríalo (ver Virgilio, *Eneida* IX 176 a 449).

[179] Los cabellos de su querido Patroclo, que reservaba Aquiles para ofrendarlos al Esperqueo, río principal de Tesalia, cuya deidad era el dios tutelar de la región y de sus habitantes, los mirmidones. Ver Homero, *Ilíada* XXIII 130 y ss.

[180] Cf. *supra*, l. I, n. 68.

[181] Los Amores.

[182] Cf. *supra*, l. I, n. 228.

como el anciano de Ilión junto con el de Pilos[183]; que goce viendo cómo envejecen con él sus propios penates y el templo Tarpeyo[184]» Así habló, y Pérgamo vio con asombro cómo se estremecían sus altares.

5[185]

Dime, esposa mía: ¿por qué de día te entristeces y por qué, por las noches, que compartimos, suspiras agobiada en tus cuitas insomnes? No temo que tu fidelidad se haya quebrado ni que en tu pecho se albergue otro amor, ninguna flecha podría alcanzarte, aunque Ramnusia[186] escuchara mis palabras con rostro avieso, no sería posible. Y aun cuando, arrebatado de las orillas patrias, errara yo durante cuatro lustros sirviendo en las batallas y navegando mares, rechazarías tú a mil pretendientes sin dejarte tocar, sin idear tejer veces y veces un tejido interrupto, sino que, sin engaños, abierta y firmemente, les habrías negado el acceso a tu tálamo. Di: ¿por qué, sin embargo, tu rostro se me ofrece con la frente encrespada y cubierta de nubes? ¿Quizá porque, cansado, aspiro a regresar a mi hogar de Eubea[187] y a acoger

[183] Es decir, tantos como Titono y Néstor juntos (cf. *supra*, l. II, n. 87).

[184] Cf. *supra*, nn. 167 y 169; en cuanto al templo Tarpeyo, es el de Júpiter Capitolino (cf. *supra*, l. I, n. 269).

[185] El título de este poema no existe, porque el propio autor, según manifiesta en la dedicatoria del libro III, lo considera como una simple charla con su esposa. En cuanto a la personalidad de Claudia, ver, además, la n. 6 a este l. III.

[186] Cf. *supra*, l. II, n. 144.

[187] Cf. *supra*, l. I, n. 128.

mi vejez sobre mi tierra patria? ¿Por qué esto te entristece? La diversión, sin duda, no te place, ni te atraen las carreras del circo violentas, ni cautiva tus gustos la turba del teatro vocinglero, sino la lealtad y la paz recoleta y los gozos exentos de torpeza. Mas ¿cuáles son los mares por los que intento llevarte como mi compañera? Pero, aunque me marchara hacia la Osa glacial para habitar allí, o a las aguas brumosas de Tule[188], al Occidente, o hasta el inaccesible nacimiento del Nilo, que afluye en siete bocas, serías mi aliciente para partir contigo. Y es que tu freno —porque Venus, benigna, te ha unido a mi destino en mi edad floreciente y te conserva aún para mi senectud— tu freno, que pusiste en mí, como llaga primera, cuando, intacto para el tálamo, aún estaba indeciso como un adolescente, tu freno lo acogí de grado y obediente y sigo para siempre tascando aquellas riendas que me impusiste, sin pensar en cambiarlas. Cuando en mi cabellera reluciente portaba los albanos galardones[189], ceñido del sagrado oro del César, fuiste tú quien me estrechó en su pecho y puso en mis guirnaldas sus besos anhelantes, y cuando el Capitolio rechazó nuestra lira[190], tú, vencida con-

[188] Isla imprecisa en el límite septentrional del mundo conocido.

[189] A propósito de los juegos quinquenales de Alba y de sus galardones, ver IV 2, 62 y ss., IV 5, 22 y ss., V 3, 225 y ss.; MARCIAL, IV 1, 5; IX 23, XXIV; XXV 9; DION, LXVII 1, 2; SUETONIO, *Domiciano* 4. Domiciano había instituido los *Quinquatria Minervae* anuales, juegos en honor de Minerva, que tenían lugar del 19 al 23 de marzo y que consistían en cacerías, representaciones teatrales y juegos florales de oratoria y poesía. Domiciano galardonaba a los vencedores con una corona de oro en forma de ramas de olivo.

[190] Los juegos Capitolinos en honor de Júpiter, instituidos por Domiciano en el año 86, se celebraban en agosto cada cuatro años, con competiciones de música, danza, equitación, lucha, elocuencia y poesía, tanto en latín como en griego. Ver IV 2, 62; V 3, 231, asimismo JUVENAL, VI 387,

migo, llorabas el rigor y la ingratitud de Júpiter[191]; tú, con oído atento, captas noches enteras, en mis murmullos, desde sus primeros sones, los poemas que acuden a mi encuentro; tú sola eres testigo de mi largo trabajo, y mi *Tebaida* ha crecido con tus años. ¡Cómo te he contemplado hace poco, cuando, arrastrado casi a las sombras estigias, oyendo ya de cerca las aguas del Leteo, tuve abiertos mis ojos que la muerte cerraba! Fue sin duda tan sólo por compasión hacia ti por lo que me dio Láquesis la demora de mi destino exhausto, y los dioses de lo alto, con todo su poder, temieron tu desvío. Después de todo eso, ¿eres remisa a acompañarme ahora en un corto viaje a una grata bahía? ¿Dónde queda, ay de mí, tu lealtad sabida y demostrada en tantas ocasiones, por la que igualas a las antiguas heroínas latinas y griegas? Con gusto habría ido Penélope a las mansiones de Ilión —¿qué puede detener a quienes aman?— si Ulises se lo hubiera permitido, Egialea[192] se lamentó por verse abandonada, y también Meribea[193] y aquella a quien sus muestras de dolor —¡cuán crueles!— convirtieron en ménade[194]. Tú

Marcial, IV 1 6; IX 40, 1, etc., y Suetonio, *Domiciano* 4. Estacio fue derrotado en el certamen oratorio de estos juegos.

[191] El tema del discurso de Estacio fue el elogio de Júpiter Capitolino. Naturalmente, fue el otro Júpiter (Domiciano) quien le negó la corona de hojas de roble que constituía el trofeo, pero el poeta no puede reprochar nada a este temible Júpiter visible.

[192] Esposa de Diomedes (ver Homero, *Ilíada* V 412).

[193] Puede tratarse: 1) de la Oceánide amada por Pelasgo, hijo de Zeus y Níobe, de cuyos amores nació Licaón, rey de Arcadia metamorfoseado en lobo, 2) de la esposa de Filoctetes, confundida con la capital del reino de dicho héroe, que tenía el mismo nombre de Melibea (ver Homero, *Ilíada* II 717), 3) de la heroína a que se refiere Servio, que, separada de Alexis por sus padres, se arrojó de lo alto de su morada y, sin sufrir daño, se reunió con su amado. Esta última identificación parece ser la más probable.

[194] Laodamía (cf. l. II, n. 185).

no eres menor que ellas en saber consagrar a tus maridos tu lealtad y tu vida. Así, buscas sin duda todavía la ceniza y la sombra del primero, así, asida al recuerdo de aquel canoro esposo, renovaste en tu pecho tus vivos sentimientos, aun siendo mía. Y no es menor en ti tu piedad y ternura por tu hija: así es tu amor de madre y así también tu hija no se ha borrado nunca de tu pecho y la tienes clavada noche y día en el hondón del alma más profundo. No con igual cariño la traquinia Alcione[195] vuela en torno a su nido, ni rodea Filomela[196] el suyo en primavera, transformando sus vidas en dádivas de amor. Y es ella quien te retiene ahora, porque, solitaria en su lecho sin pareja, consume los ocios infecundos de su bella juventud. Pero vendrá, vendrá su matrimonio con sus fértiles teas nupciales. lo merece, sin duda, por sus prendas del cuerpo y del espíritu, ya conmueva abrazando su lira, ya entone con su voz, herencia de su padre, un himno imitable por las Musas y adapte mis poemas a su canto, ya alce sus blancos brazos en armoniosa danza, su inocencia supera a su talento, y su pudor a su arte. ¿Es que no sentiréis, niños alados, ni tú tampoco, diosa Citerea[197], que tanta galanura languidezca? Pero no es sólo Roma capaz de

[195] Alcione, hija de Eolo y esposa de Ceix, rey de Traquis, en Tesalia, fue transformada en el ave alción (esto es, el martín pescador). Según la forma más antigua de la leyenda, la vanidad indujo a los esposos a tomar respectivamente los nombres de Júpiter y Juno, por lo que los dioses, airados, los metamorfosearon en pájaros. Ovidio (*Metamorfosis* XI 410 y ss.) modifica el mito: tras el naufragio de Ceix, Alcione se arrojó al mar y Tetis los mudó a ambos en alciones.

[196] Filomela, hija de Pandión (ver Ovidio, *Metamorfosis* VI 424) fue convertida en golondrina, y su hermana Procne en ruiseñor (cf. *supra*, l. II, n. 31). Tanto el alción como la golondrina son símbolos del amor maternal (cf. *Tebaida* IX 360 y ss.).

[197] Venus (cf. *supra*, l. I, n. 228).

concertar lechos nupciales y de encender antorchas que los celebren, también en nuestra tierra se ofrecerán los yernos. El cráter del Vesubio y la lluvia de fuego de aquel monte dañino no privaron de hombres hasta tal punto las urbes temblorosas, que subsisten y florecen en gentes: de un lado, las mansiones fundadas bajo los auspicios de Febo, los puertos de Dicarco[198] y sus costas que acogen al mundo entero; del otro, las murallas que imitan el trazado de la grandiosa Roma y que Capis colmó de navegantes procedentes de Troya[199]. También nuestra Parténope[200] –para sus habitantes, reducida, y, con todo, poblada por muchos forasteros–, a la que, arribada de más allá del mar, mostró Apolo en persona esta tierra apacible mediante la paloma de Dione[201]. Es a aquellos parajes (porque no es mi tierra natal ni la bárbara Tracia ni la Libia) donde intento llevarte, parajes que templan un invierno suave y un verano fresco y que baña un mar manso con sus olas en calma. Reina una paz serena en esas tierras y el descanso de una vida relajada, un reposo jamás perturbado y un sueño que nada interrumpe. No reina la ira en el foro ni se acude a las leyes para querellarse: sólo aceptan los hombres la ley de las costumbres y la equidad sin fasces. ¿Qué decir de las vistas magníficas,

[198] Cf. *supra*, l. II, n. 62.

[199] El nombre de Capua se atribuye, en ciertas variantes de la leyenda, a su fundación por Capis. Estacio sigue a VIRGILIO, que incluye a Capis entre los compañeros de Eneas. Ver *Eneida* I 183 y X 145.

[200] Es decir, Nápoles (cf. *supra*, l. I, n. 127). Nótese que, en este pasaje, Parténope designa al propio tiempo a Nápoles y a la sirena que le dio nombre.

[201] La ninfa Dione (cf. *supra*, l. I, n. 41) es la madre de Venus, cuya ave es la paloma, que, según la leyenda, sirvió de guía a la sirena Parténope para indicarle el lugar donde había de fundar la ciudad de Nápoles.

del ornato de aquellos lugares, de sus templos y de sus espacios que pueblan columnas innúmeras y la doble mole de los dos teatros, uno a la intemperie y cubierto el otro[202], y de los concursos quinquenales, que no envidian a los lustros capitolinos[203]? ¿Para qué ensalzar su costa y la libertad, propia de Menandro, que engendran, unidas, la grandeza romana y la licencia griega[204]? Y no faltan en torno alicientes para librar la vida de monotonía: si te complace visitar las costas deleitosas de Bayas con sus manantiales vaporíferos o las moradas sagradas de la Sibila profética o la cumbre que recuerda los remos de Ilión[205] o los viñedos que rezuman el gauro[206], dilecto de Baco, las moradas de los teléboas, donde el faro levanta sus luces, dulces a los trépidos nautas, émulas de la luna noctívaga[207] y las cimas de Sorrento, amadas de un Lieo no benévolo[208], y que mi amigo Polio, más que nadie, honra con su presencia[209], o las salubres aguas de Dimidia o Estabias renacida. ¿Tendré que enumerarte otros mil atractivos de mi tierra? Pero es ya suficiente, esposa mía,

[202] Quedan restos del primero, pero no del segundo.

[203] Los juegos Augustales (cf. *supra*, l. II, n. 50).

[204] Menandro gozaba de un alto prestigio entre los romanos cultos (ver II 1, 114). En Pompeya se ha conservado una «Casa de Menandro», donde la efigie del poeta griego ocupaba un puesto de honor.

[205] El cabo Miseno. Cf. *supra*, l. II, n. 72; l. III, n. 56.

[206] Vino muy apreciado, que se producía en el monte Gauro, en Campania.

[207] VIRGILIO, *Eneida* VII 733 (ver SERVIO, 735 y TÁCITO, *Anales* IV 67) recoge una tradición, según la cual los teléboas, procedentes de la costa de Acarnas, en Ática (tierra muy rica, como puede comprobarse en *Los Acarnienses* de Aristófanes), llegaron a Capri, en cuya punta oriental quedan vestigios del faro a que se refiere Estacio.

[208] Es decir, de un Baco no dulce (un vino seco).

[209] Polio Félix. Ver II y III, especialmente en sus dedicatorias.

ya es suficiente con lo que te digo: me creó para ti y a ti me ha unido como tu compañero por largos años. Esto ¿no la hace digna de ser considerada la madre y la nodriza de los dos? Pero me muestro ingrato si añado más razones y dudo de tus prendas: vendrás, esposa amada, y hasta irás por delante; si yo no estoy, el Tíber, príncipe de los ríos, y la morada de Quirino armífero serán poco a tus ojos.

LIBRO IV

DEDICATORIA

Estacio saluda a su amigo Marcelo[1].

He encontrado, queridísimo Marcelo, un libro que dedicar a tu amistad. Me doy cuenta de que no he iniciado ningún poema sino después de invocar la divinidad de nuestro altísimo emperador; pero este libro comprende tres poemas en su honor; siguen los que están dedicados a los amigos: ves, pues, que no he podido hacer en honor tuyo sino dedicarte el cuarto. En el primero he honrado el decimoséptimo consulado de nuestro Germánico[2]; en el segundo le he dado las gracias por haberme honrado al invitarme a su mesa sacratísima; en el tercero he admirado la vía Domiciana con que ha suprimido la penosísima demora del camino por

---

[1] Vitorio Marcelo, ciudadano de origen ecuestre (ver IV 4, 75), contrajo matrimonio con la hija del excónsul Gneo Hosidio Geta. De aquella unión nació Gayo Vitorio Hosidio Geta, a quien Quintiliano dedicó su *Institutio Oratoria*.

[2] Cf. *supra*, l. I, n. 13.

la arena[3]: gracias a ella, también tú recibirás más pronto la epístola que en este libro te escribo desde Nápoles. El siguiente es un poema lírico dedicado a Septimio Severo[4], un joven, como sabes, que figura entre los más distinguidos del segundo orden[5], que, por añadidura, es condiscípulo tuyo, pero que, aun por encima de este título, me es profundamente querido. Por lo que se refiere al Hércules epitrapecio[6] de nuestro amigo Víndice, de acuerdo con los méritos que ha contraído conmigo y con los propios estudios literarios, puedo también asignarte a ti su poema. En cuanto a Vibio Máximo[7], el afecto que le tengo, tanto por su dignidad como por su elocuencia, quedaba suficientemente atestiguado por la epístola que le dirigí con motivo de la publicación de mi *Tebaida*[8]; también ahora le ruego que se apresure a regresar de Dalmacia. Sigue una égloga dedicada a mi paisano Julio Menécrates, joven brillante, yerno de mi amigo Polio, a quien felicito porque ha honrado a nuestra ciudad de Nápoles por el número de sus hijos. A Plocio Gripo[9], un joven de rango más alto, le dedicaré un poema más digno de él, pero entre tanto he incluido en este volumen unos endecasílabos que nos hicieron reír a una en las Saturnales.

[3] Ver el poema en cuestión (IV 3).

[4] Ver el correspondiente poema (IV 5).

[5] Esto es, del orden ecuestre.

[6] Es decir, una estatuilla de Hércules, apta para situarla sobre una mesa. Ver el poema IV 6, a propósito, también, de Víndice.

[7] Ver el poema IV 7.

[8] No puede ser sino una epístola poética, que no se incluye en las *Silvas*, en la cual Estacio agradece su interés a Vibio Máximo (cf. IV 7, 25 y ss.).

[9] Joven de rango senatorial (ver IV 9) que ejercía la abogacía y estaba encargado del avituallamiento de la ruta de Domiciano. Se desconoce cuál era su parentesco con Lucio Plocio Gripo, que había hecho su carrera política bajo Vespasiano y Tito.

¿Por qué, pues, hay más poemas en el cuarto libro de las *Silvas* que en los anteriores? Para que no crean que han conseguido nada quienes, según oigo decir, me han reprochado que haya publicado una obra de este género[10]. En primer lugar, es superfluo intentar disuadir de algo que ya está hecho; en segundo término, ya había dedicado muchas de estas composiciones a nuestro señor el César, y ¿cuánto más es habérselas dedicado que publicarlas? Por otra parte, ¿no es lícito practicar un ejercicio lúdico? «En privado», dice. Pero también presenciamos las esferomaquias[11] y se admiten espectadores en los combates frente a un poste[12]. Por último: quienquiera que lea con desagrado alguna de mis obras, se declara *ipso facto* mi enemigo; por tanto ¿a qué preocuparse por su opinión? En resumen, soy yo, por supuesto, quien se ofrece como espectáculo: que se calle y disfrute. Pero te ruego, Marcelo, que defiendas tú este libro y, si accedes, ya es bastante; en caso contrario, me censurarán. Salud.

[10] Sin duda se hace referencia a QUINTILIANO, X 3, 17, donde se censura el género de las llamadas *silvas*.

[11] Sesiones de entrenamiento de los púgiles y los gladiadores, que combatían y esquivaban los golpes frente a unas esferas giratorias.

[12] Esto es, combates de entrenamiento que practicaban soldados y gladiadores con un poste que representaba al adversario.

I

EL DECIMOSÉPTIMO CONSULADO DEL EMPERADOR AUGUSTO GERMANICO

La púrpura se asocia gozosa a los dieciséis fastos de César; Germánico abre un año de gloria y nace con el nuevo sol, con los astros grandiosos, superándolos en esplendor y más radiante que el amanecer. Que exulten las leyes del Lacio; alegráos, asientos curules, y que Roma golpee los cielos, más altiva con sus siete montes, y que la colina de Evandro [13] se alce más gloriosa que las otras cimas: nuevos fasces han subido al Palatino y se sienten felices los doce símbolos de haber superado su reposo, como también la curia de que sus ruegos hayan sido escuchados y de haber vencido la modestia de César. El propio dios altísimo que restaura los tiempos infinitos, Jano, alza su doble rostro y desde ambos confines da las gracias, él, a quien tú ordenaste, ligado como estaba a la Paz, su vecina, apagar toda guerra y prestar juramento a las leyes del nuevo Foro [14]. He aquí

---

[13] El monte Palatino, sobre el que el buen rey Evandro, según la leyenda, había establecido su reino. Ver VIRGILIO, *Eneida* VIII 52 y ss.

[14] Estacio funde en uno sólo los dos templos de Jano, el del antiguo Jano bifronte, que toma la palabra en el poema, situado en el viejo Foro,

que levanta a lo alto sus manos a un lado y a otro, y con su doble voz profiere estas palabras:

«Salve, padre poderoso del mundo, que te aprestas conmigo a restaurar los siglos: tal desea verte por siempre tu Roma en mi mes: así es como deben renacer los tiempos y empezar los años. Da a los fastos motivo incesante de gozo; que cubran tus hombros mil veces los pliegues de púrpura: la pretexta que las manos presurosas de tu Minerva te tienen dispuesta [15]. Ves cómo relumbran los templos con nuevo fulgor y el fuego se eleva más alto sobre los altares y los astros mismos de mi mes de invierno para ti se entibian. Y por tu talante se gozan los équites y las tribus y los senadores vestidos de púrpura y todos los órdenes reciben del cónsul su lustre. ¿Qué brillo parejo, decidme, mostraba el enero pasado? Dime, Roma poderosa, y tú, Antigüedad remota, enumera conmigo los fastos sin tener en cuenta los ejemplos carentes de entidad, sino sólo aquellos a los que se digne superar mi César. Trece veces, en el curso de los años, llevó Augusto los fasces, aunque comenzó a merecerlos tardíamente: tú, desde tu juventud, aventajaste a tus mayores. Y ¡cuán altos honores rechazas! ¡cuán altos galardones impides que se te ofrezcan! Te ablandarás, con todo, y ante los ruegos del senado prometerás más veces una jornada como ésta. Te espera todavía una serie más larga. Roma, dichosa, te ofrecerá otras tantas sillas curules una y mil veces. Conmigo instaurarás un nuevo siglo y renovarás el ara del longevo padre de los dioses, obtendrás mil trofeos, consiente solamente

entre la Curia y la Basílica Emilia, y el de Jano cuadrifronte que levantó Domiciano, próximo al templo de la Paz, en el Foro de Vespasiano. Ver IV 317 y MARCIAL, VIII 2, 3.

[15] Minerva era tenida por la divinidad familiar de Domiciano.

en celebrar tus triunfos [16]: aún has de someter a Bactria y Babilonia bajo nuevos tributos; aún no se ha recibido en el seno de Júpiter el laurel obtenido de los indios; aún no te suplican los árabes y chinos [17] y el año entero todavía no goza del honor de tu nombre, aunque restan diez meses que lo ansían [18].»

Así habló Jano y, tras cerrar sus puertas, se retiró de grado. Al momento se abrieron los templos de todos los dioses y mostraron sus signos favorables en un cielo propicio [19]; Júpiter te ofrendó, gran soberano, una juventud larga, y prometió otorgarte tantos años como los que él ostenta

2

ACCIÓN DE GRACIAS AL EMPERADOR AUGUSTO GERMÁNICO DOMICIANO

Ensalza el real convite de la sidonia Elisa aquel que al gran Eneas condujo hasta los campos de Laurento [20]; el banquete de Alcinoo canta en versos eternos el que fatigó a Ulises, de regreso por piélago infinito [21]. Pero yo, a quien

[16] No lo había celebrado en enero del 93 (cf. III 3, 171 y IV 3, 159).

[17] Los chinos fueron rechazados en el año 94 hasta el mar de Aral.

[18] Ver MARCIAL, IX 1, 1. Según SUETONIO, *Domiciano* 13, dio a septiembre el nombre de Germánico, por haber asumido el *imperium* en ese mes, y a octubre el de Domiciano, porque había nacido en él.

[19] Ver VIRGILIO, *Eneida* III 92, cómo se abre el santuario de Apolo en Delfos como signo propicio.

[20] Ver VIRGILIO, *Eneida* I 699.

[21] Ver HOMERO, *Odisea* VIII 59.

César ha dado el placer nuevo de una cena sagrada y el poder levantarme de la mesa del amo por vez primera, ¿con qué lira podría entonar mis votos y con cuál lograría cantar mi gratitud? Aun cuando Esmirna y Mantua[22] tejieran a la par en mi frente dichosa sus olorosos lauros, no podría expresar palabras dignas. Me imagino a mí mismo reclinado en medio de los astros, a la mesa de Júpiter, y degustando el vino de los dioses servido por la diestra del copero troyano[23]. He dejado a mi espalda años estériles: éste es el primer día de mi vida, el umbral de mis años. ¿A ti, rey de las tierras, padre ingente del orbe que te está sometido, a ti, esperanza de los mortales y objeto del cuidado de los dioses, es a quien contemplo en su lecho? ¿Se me concede contemplarte a mi lado, contemplar tu semblante en medio de los vinos y manjares y me es dado no alzarme?

Un monumento augusto, ingente, no marcado por cien columnas, sino por tantas cuantas podrían sustentar a los dioses y al cielo si Atlante remitiera sus esfuerzos. La morada vecina del Tonante se halla asombrada, y se gozan los dioses de verte a ti instalado en mansión semejante. Pero no te apresures a exceder las alturas de los cielos: es tan vasto el palacio, y más libre el impulso ascendente de su área, que abarcan muchas tierras y otro tanto de aéreos espacios, mas es menor tan sólo que su amo: él llena la morada y con su genio ingente le da vida. Rivalizan allí con sus fulgores los mármoles de Libia y de Ilión, y compiten las piedras numerosas de Siene[24] y de Quíos y las que rivalizan con la glauca

[22] Esmirna, patria supuesta de Homero, y Mantua, cuna de Virgilio. Cf. *supra*, l. II, n. 29.

[23] Ganimedes, el copero de Júpiter.

[24] Cf. *supra*, l. II, n. 78.

Dóride[25], y la piedra de Luna[26], usada solamente para servir de base a las columnas. La vista se eleva a lo lejos, con ojos cansados apenas podrías vislumbrar los techos y los tomarías por artesonados dorados del cielo. Allí, cuando César invita a los próceres hijos de Rómulo, legión purpurada, a que se acomoden en torno a mil mesas, Ceres en persona, su veste ceñida, y con ella Baco, se afana en prestar sus servicios. Tal bajó, bienhechora, la órbita del celestial Triptólemo; tal sombreó Lieo, cubriéndolas de pámpanos vitíferos, las columnas desnudas y los campos sedientos.

Pero yo no tenía ojos para contemplar las viandas ni las mesas de maderas mauritanas que descansan sobre columnas de marfil índico, ni los escuadrones de sirvientes disciplinados, era él, él solo, quien atraía mis miradas ávidas, y su rostro tranquilo, y cómo moderaba su esplendor con majestad serena, sometiendo con modestia los pendones de su fortuna; sin embargo, brillaba en su semblante la dignidad que él encubría. Así habrían podido reconocer igualmente su prestancia el bárbaro enemigo y las razas ignotas. No de otra suerte reposa Gradivo en un fresco valle del Ródope tras desenganchar sus caballos; así reposa Pólux sus miembros ungidos para relajarse tras los juegos atléticos de Terapna[27]; así descansa Euhan a orillas del Ganges entre los aullidos de los indios, y así el severo Alcides, al regreso de sus horrendas misiones, gustaba de reclinar su cuerpo sobre la piel del león extendida. Mis palabras son pálidas, Germánico: aún no consigo retratar tu rostro: tal el padre de los dioses

[25] Es decir, las que rivalizan con el color del mar.

[26] Ciudad de Etruria, rica en canteras (ver IV 4, 23), cuyo puerto sobre el Tirreno es la actual Spezia.

[27] Cf. *supra*, l. II, n. 90.

cuando vuelve a contemplar los confines del Océano y los banquetes de los etíopes con su rostro bañado en sacro néctar [28], ordena que las Musas entonen sus cantos secretos y que Febo celebre su victoria de Palene [29].

Los dioses —pues se dice que suelen dar oídos a los pobres mortales— te concedan sobrepasar dos y tres veces los límites de la senectud patria [30]. Que envíes entre los astros a las divinidades que designes y les consagres templos y habites tu palacio [31]. Que abras muchas veces los umbrales del año y saludes a Jano con tus nuevos lictores [32] y sumes los quinquenios con coronas lustrales [33]. El día en que me has concedido el banquete dichoso con la gloria de tu mesa, advino para mí, tras luengos años, una mañana tal como aquella en que, al pie de las colinas de la troyana Alba, cuando cantaba las campañas germanas o las lides de Dacia, me coronó tu mano con el oro de Palas [34].

[28] La escena, de origen homérico (*Odisea* I 22 y ss., *Ilíada* I 423 y ss.), se recoge en VIRGILIO, *Eneida* IV 480; en OVIDIO, *Metamorfosis* III 318, y en MARCIAL, IX 34, 3.

[29] Ciudad de Macedonia, donde se sitúa la victoria de Júpiter sobre los gigantes. MARCIAL (VIII 49) pone en parangón la victoria de Domiciano sobre suevos y sármatas con la del padre de los dioses en la gigantomaquia.

[30] Según SUETONIO, *Vespasiano* 24, el padre de Domiciano alcanzó la edad de 69 años.

[31] Es decir, que en vida, morando en su palacio, puede decidir las apoteosis que desee, como la de su hermano Tito, la de su hijo César o la de Julia Augusta, cuyo culto, como el de Vespasiano y el de Flavia Domitila, estaba confiado a los hermanos Flaviales Ticiales (ver IV 3, 18), y puede también consagrarles templos, como el de Vespasiano y el de la familia Flavia en el Quirinal.

[32] Elegido como cónsul cada año.

[33] Con la celebración de juegos quinquenales.

[34] Ver III 5, 28 y ss. y n. 189.

3

LA VÍA DOMICIANA [35]

¿Qué fragor espantoso del duro sílice y el pesado hierro ha colmado la banda pedregosa de la vía Apia próxima al mar? No son, sin duda, las mesnadas libias las que alzan este ruido, ni el caudillo invasor el que, en guerra desleal [36], sin tregua golpea las tierras de Campania, ni es Nerón el que rompe los bajíos e infiltra entre los montes quebrantados las sórdidas marismas [37]. Es aquel que corona los umbrales de Jano belicosos con un Foro en que reinan leyes justas [38], por las que restituye a la virtuosa Ceres las yugadas de tierra tanto tiempo negadas y hoy abstemias [39], y aquellas por que impide que muera el viril sexo, y como censor veda que los hombres adultos recelen un castigo por su hermosa apariencia [40]; es aquel que devuelve al Capitolio su Júpiter Tonante y restaura la Paz en su santuario propio; el que consagra a

[35] La vía Domiciana (ver l. IV, dedicatoria y poema 4), siguiendo el trazado de una antigua vía, inutilizada por las marismas y los arenales, abreviaba la ruta entre Nápoles y la vía Apia, evitando el rodeo por Capua.

[36] Aníbal, cuya deslealtad y perfidia eran proverbiales.

[37] Nerón intentó en vano unir mediante un canal navegable el lago Averno, en Campania, con la desembocadura del Tíber (ver TÁCITO, *Anales* XV 42).

[38] Frente a Aníbal y Nerón, dañinos por diversas razones, aparece Domiciano como un ser benéfico por haber construido el *Forum Transitorium*, en cuyo centro se alza el templo de Jano Cuadrifronte (cf. *supra*, n. 14).

[39] Con motivo de una época de hambre, Domiciano prohibió el cultivo de nuevas viñas en Italia para fomentar la producción de trigo, que era la base de la alimentación del pueblo.

[40] Cf. *supra*, l. III, nn. 174 y 175.

su paterna estirpe las luminarias que brillarán por siempre y un cielo flavio[41], que, agobiado ante las lentas jornadas de su pueblo y los llanos que retardaban todos los viajes, suprime los largos rodeos y con un nuevo firme consolida las gravosas arenas, feliz por acercar la mansión de la euboica Sibila[42] y los valles del Gauro[43] y la cálida Bayas[44] a las siete colinas.

Antes, allí, el pausado viajero que avanzaba sobre su solo eje[45], se desplazaba al ritmo vacilante de su lanza, una arena traidora abismaba las ruedas y la plebe latina, en medio de los llanos, temía los peligros de tal navegación; los viajes no eran rápidos: los baches imprevistos retrasaban la marcha y la hacían penosa, y, acusando el exceso de equipaje, el fatigoso tiro de cuadrúpedos se arrastraba bajo el cúmulo de carga. Ahora, por el contrario, la ruta que exigía un día entero es apenas la marcha de dos horas. No avanzaréis más prestas las alas de los pájaros tendidas por los astros, ni vosotras, las naves.

Fue aquí el primer trabajo abrir dos surcos y borrar los senderos y, excavando a lo hondo, eliminar la arena hasta la roca; luego, llenar con otros materiales las fosas excavadas y preparar un lecho a la cubierta para que el enlosado no se mueva, a fin de que el asiento no sea falso, ni dudoso el sostén de las losas unidas; después, con grapas a ambos lados fijas y con clavijas múltiples, sujetar la calzada. ¡Oh,

[41] En el *Forum Transitorium* se incluyen el templo de Júpiter Capitolino, el de la Paz, debido a Vespasiano (ver SUETONIO, *Vespasiano* 9), pero que anexiona Domiciano a su Foro, y el templo de la familia Flavia.

[42] Cf. *supra*, l. I, n. 94.

[43] Cf. *supra*, l. III, n. 53.

[44] Cf. *supra*, l. I, n. 237.

[45] Entre los campesinos itálicos duró por mucho tiempo el uso de carros de un solo eje, es decir, de dos ruedas.

cuántas manos a la par trabajan! Éstos talan el bosque, y desnudan los montes; aquéllos, con el hierro, afinan los escollos y las vigas; otros unen las piedras y componen la trama con cal cocida y toba cenicienta; los otros, con sus manos, desecan los depósitos acuosos y hacen correr pequeños riachuelos. Tantas manos podrían excavar el monte Atos y cerrar con un dique no flotante el piélago sombrío de la gimiente Hele[46]. Pequeño para ellas, el istmo de Ino habría unido los mares si no lo prohibieran las aves agoreras[47]. Hierven las costas y los bosques móviles, el fragor se dilata largamente por todas las ciudades intermedias[48] y el Másico vitífero envía sobre el Gauro el eco que se quiebra a un tiempo aquí y allá. Se asombran del estruendo la pacífica Cumas y el lago de Literno y el lento río Savón. Por su parte, el Volturno, cargadas por doquier de lánguidas ovas su rubia cabeza y su húmeda cabellera, levanta su rostro y, apoyado sobre el arco ingente del puente de César[49], emite de sus roncas fauces estas palabras:

«Amable bienhechor de mis campiñas, que, cuando discurría por valles descarriados sin saber habitar en mis orillas, me sujetaste al orden de un lecho regular, y ahora yo,

[46] Hele, hija de Atamante y Néfele, marchando hacia la Cólquide con su hermano Frixo a lomos del carnero con vellocino de oro, cayó al mar y se ahogó en él, dándole su nombre de Helesponto (mar de Hele). En cuanto al *dique no flotante*, hace referencia al puente de naves que tendió Jerjes sobre el Helesponto, que, por el contrario, sí era flotante.

[47] Cf. *supra*, l. II, nn. 25 y 37. Ino, perseguida por Atamante, se arrojó al mar cerca de Corinto, donde fue objeto de culto. Su istmo es, pues, el de Corinto, que intentaron abrir, mediante un canal, Demetrio, César, Calígula y Nerón, pero no lo consiguieron, como si lo vedaran las aves siniestras.

[48] A lo largo de la vía Domiciana.

[49] Quedan restos de este puente, próximo a la desembocadura, embebidos en la muralla de Castel Volturno.

antaño turbulento y peligroso, aquel que a duras penas soportaba las barcas inseguras [50], aguanto un puente ya y me dejo pisar de orilla a orilla; yo que solía arrebatar las tierras y hacer rodar los bosques —me avergüenzo por ello— he comenzado a ser una corriente mansa; pero te doy las gracias y merece la pena mi esclavitud, porque es bajo tu mando y obediente a tus órdenes como he cedido, porque tu nombre se leerá por siempre [51] como árbitro supremo y como vencedor de mis orillas. Y ahora cuidas de mí en feliz lecho y no dejas que me halle descuidado y me libras, a lo ancho de mi cauce, de la infausta vergüenza de una tierra infecunda, y de que, cenagoso, insano para el cielo, me invada la marea del Tirreno profundo, como serpea el Bágrada en Numidia [52], cabe orillas silentes, entre los campos púnicos; discurriré, al contrario, de tal suerte, que con mi curso límpido podré rivalizar con el mar apacible y con el Liris próximo de transparentes aguas.»

Así habló el río, y al mismo tiempo, se había alzado con su dorso ingente la calzada cubierta de mármol [53]. Su acceso, su entrada propicia, es un arco que deslumbra con todos los trofeos de la guerra del caudillo, y con los mármoles de todas las canteras de Liguria, y que es tan magnífico como el que corona las nubes con la lluvia. Desde allí el

[50] Según Tito Livio (XXVI 7, 9), el Volturno era navegable hasta Capua.

[51] En la inscripción del puente.

[52] El texto dice *el Bágrada cinifio*, utilizando este adjetivo que ya empleó Virgilio (*Geórgicas* III 3.2) para significar númida o líbico. El Bágrada y el Cínife son dos ríos diferentes: el primero desemboca entre Cartago y Útica, y el segundo entre las dos Sirtes.

[53] Debe entenderse no la calzada de la vía Domiciana entera, sino sólo la del puente sobre el río Volturno

viajero, alterando su ruta, se desvía, y allí la vía Apia se lamenta de verse abandonada. Entonces el camino se torna más veloz, más impaciente; entonces, hasta el tronco tira con más placer, como cuando, fatigados ya los brazos de los remeros, vosotras, las auras primeras, henchís las velas. Vamos, pues, pueblos todos que bajo el cielo de Oriente rendís culto a la Fe del padre romano, acudid por esta ruta fácil y llegad más deprisa, laureles de Levante. Nada se opone a vuestro afán, nada os demora. Y aquel que deja el Tíber al rayar el día, surque el lago Lucrino por la tarde.

Pero ¿a quién veo abajo, en el extremo de la nueva vía, donde Apolo señala a la vetusta Cumas [54]? A una mujer con los cabellos albos y con ínfulas albas. ¿Me confunden mis ojos, o es la Sibila, que trae de su gruta sagrada los laureles de Calcis [55]? Retrocedamos, lira, acalla ya tus cantos: surge una inspiración más sacrosanta, debes guardar silencio. He aquí que gira su cuello, que se entrega al frenesí sin límites en nuevos espacios y que llena la vía. Y luego profetiza de este modo con su virgínea boca:

«Vendrá, yo lo decía: aguardad, llano y río. Vendrá con el favor del cielo quien ahuyente la sórdida maleza y las arenas pútridas mediante un puente excelso y una vía. He aquí que es un dios: manda Júpiter que impere en su lugar sobre un mundo dichoso; nadie más digno que él ha empuñado las riendas desde que Eneas, bajo mi mando, indagando con ansia el porvenir, penetró por los bosques sagrados [56] y los abandonó. Él es dado a la paz, él, temible en la

[54] Allí se alzaba un antiguo templo con una venerable imagen de Apolo (ver Virgilio, *Eneida* VI 14 y ss.)

[55] Ver Virgilio, *Eneida* VI 8 y ss.

[56] De los infiernos, se entiende

guerra, más bueno y poderoso que la Naturaleza. Si él gobernara el cielo, asiento de los astros, las nubes generosas, India, te regarían, la Libia sería húmeda y el monte Hemo, templado. Salve, caudillo de los hombres y padre de los dioses, divinidad prevista y guardada por mí. No oigas ya mis palabras desenrolladas de unas hojas cubiertas de polvo y repetidas por las preces solemnes de los quindecénviros [57]: óyeme a mí en persona, cara a cara, como mereces. Yo he visto qué sucesión de años debidos hilan para ti las cándidas hermanas [58]: te aguarda una larga serie de siglos [59], más extensa que la de tus hijos y la de tus bisnietos; en una juventud perpetua, vivirás años plácidos como se dice que alcanzó Néstor, y los que cuenta el longevo Titono [60], y los que yo he pedido al dios de Delos [61]. Ya te ha sometido su juramento la Osa nevada [62]; será ahora el Oriente el que te ofrendará grandiosos triunfos [63]. Marcharás por donde él errante Hércules y Euhan [64], más allá de los astros y del sol flamígero y del nacimiento del Nilo y las nieves del Atlas, y, engrandecido por todo el cúmulo de tus glorias, ascenderás, marcial, sobre el carro del triunfo y lo rehusarás [65]. Y así será mientras viva

[57] Los quince magistrados que se encargaban de la custodia de los libros sibilinos (cf. *supra*, I 1, n. 94).

[58] Las Parcas, blancas, por el color del copo que hilan, negras por su cometido y por su veste (ver III 3, 21).

[59] Se refiere a la eternidad del emperador-dios.

[60] Hijo de Laomedonte (esto es, hermano de Príamo) y esposo de la Aurora. Obtuvo la inmortalidad, pero no la eterna juventud de los dioses, de suerte que envejecía más y más.

[61] Esto es, a Apolo.

[62] Los pueblos nórdicos del Rin y el Danubio.

[63] Ver IV 1, 40 y ss.

[64] Cf. *supra*, I 1, n. 53.

[65] Como lo hizo con ocasión de sus campañas contra los marcómanos y los sármatas (ver III 3, 170 y ss.).

el fuego troyano [66] y truene en su templo renacido el padre del monte Tarpeyo [67] y mientras, bajo tu gobierno del mundo, envejezca esta vía, más que la añosa Apia.»

4

EPÍSTOLA A VITORIO MARCELO [68]

Corre, epístola, sin demora, por los campos de Eubea [69], tomando la ruta por donde la famosa vía Apia se ramifica a su costado y oprime las muelles arenas una vía firme [70]. Y cuando hayas entrado, veloz, en las cimas de Rómulo, busca al punto la orilla derecha del dorado Tíber, por donde su ribera lidia [71] estrecha la cuenca profunda del naval estanque [72] y donde las aguas están bordeadas por los suburbanos jardines. Allí encontrarás a Marcelo, egregio en su porte y su espíritu, y lo reconocerás porque se hace notar por su insigne estatura. Bríndale tu saludo ante todo, según la costumbre usual de las gentes, y luego no olvides dirigirle estas palabras, ceñidas al metro:

[66] El fuego inextinguible de Vesta, traído de Troya.

[67] Cf. *supra*, I 1, n. 269. El monte Tarpeyo es el Capitolio (cf. *supra*, III, n. 184).

[68] Cf. *supra*, n. 1.

[69] Es decir, de Nápoles (cf. *supra*, I 1, nn. 94, 128 y 210).

[70] La vía Domiciana (ver IV 3).

[71] Lidia, esto es, etrusca, la orilla derecha. Cf. *supra*, I 1, n. 98.

[72] El estanque que hizo excavar Domiciano para la celebración de naumaquias con motivo de su triunfo del año 89 (ver SUETONIO, 4 y 5, y DIÓN CASIO, 67, 8).

«Ya abandona las tierras y el alado cielo la huida de la primavera lluviosa y abrasa los aires con los aullidos icarios[73], ya se despueblan las excelsas murallas de Roma populosa. A unos guarda la sacra Preneste[74], a otros el bosque glacial de Diana[75] o el bravío monte Álgido o la sombra de Túsculo, aquéllos buscan las arboledas de Tívoli o las frescas aguas del Anio. Y a ti ¿qué región más benigna te sustrae a la urbe ruidosa? ¿Con qué brisas rehuyes los soles estivales? Y ¿qué hará tu predilecto amigo, Galo[76], objeto de tu afecto sobre todos y también de mi estima, porque no se sabe si valorar en más sus cualidades morales o las de su ingenio? ¿Veranea en las costas del Lacio, o busca ya los muros de Luna, rica en canteras[77], donde está su morada tirrena? Mas si reside cerca de ti, yo ahora no me encuentro lejos de vuestra conversación, es cierto, y por eso vuela su sonido en torno a mis oídos[78]. Pero tú, mientras se inflama la melena fiera del astro de Cleone, poseída por un inclemente Hiperión[79], vacía tu pecho de cuidados y húrtate a tu asiduo trabajo.

[73] Cf. *supra*, l. I, n. 134. Los aullidos del can se denominan aquí *icarios*, de acuerdo con la leyenda según la cual la canícula (esto es, la perrita) pertenecía a la doncella Erígone, hija de Icario; ella y su perrita fueron metamorfoseadas en el signo zodiacal Virgo por obra de Júpiter o de Baco.

[74] Ciudad venerable por su antigüedad y sagrada por el culto de Júpiter y de la diosa Fortuna.

[75] Bosque próximo a Aricia, consagrado a Diana.

[76] Personaje desconocido.

[77] Cf. *supra*, n. 26.

[78] Esto es, pitan o zumban mis oídos porque estáis hablando de mí. Se trata de una tradición que pervive en nuestros días.

[79] El sol (cf. *supra*, l. II, n. 161) parece recorrer, entre el 20 de julio y el 20 de agosto, el signo de Leo, es decir, del león de Nemea, llamado aquí de Cleone, ciudad de la Argólide próxima a la región de Nemea.

Hasta el parto cubre su dañina aljaba y distiende su arco, y el auriga refresca en el Alfeo sus caballos después de forzarlos en los certámenes de la Élide, y mi lira se fatiga y se relaja: un descanso a su tiempo instiga y robustece la energía, y el mérito es mayor después del ocio. Así, después de cantar a Briseida, marchó al combate Aquiles con más saña y, depuesto su plectro, se arrojó contra Héctor. También a ti te encenderá el reposo, buscado por un tiempo en el silencio, y, renovado, te lanzarás a tus quehaceres sólitos. Ahora, sin duda, los tribunales latinos no enzarzan sus disputas y la estación del ocio se halla en paz mientras el regreso de la recolección ha levantado las sesiones del foro. No puebla ya tu vestíbulo una turba de acusados, ni tus quejumbrosos clientes te ruegan que salgas; descansa la pica que modera la acción de los cien jueces[80], a cuyos pies se eleva ya tu fama reconocida y tu elocuencia joven se anticipa a tus años. Feliz en sus cuidados aquel a quien no inquietan las guirnaldas del Helicón[81] ni los lauros pacíficos traídos de la cumbre del Parnaso[82], sino que es dueño de un talante vigoroso y, dispuesto a las magnas acciones, su espíritu soporta cualesquiera avatares: yo deleito con el canto los ocios de mi vida y persigo los goces livianos de la fama. He aquí que en la búsqueda del sueño y de la dulce costa donde la forastera Parténope se alojó en puerto ausonio[83], taño con mi pulgar imbele las tenues cuerdas, y sentado ante el santuario de

[80] Una lanza plantada frente a la basílica Julia, donde se reunía el tribunal de los centúmviros, simbolizaba la jurisdicción de dichos magistrados, concerniente a los derechos de propiedad (ver MARCIAL, VII 63, 7). La lanza se retiraba durante la canícula, época de vacación para el tribunal.

[81] Cf. *supra*, l. I, n. 49.

[82] Cf. *supra*, l. I, n. 113.

[83] Cf. *supra*, l. I, nn. 65 y 127.

Virgilio[84], tomo aliento y dedico mi canto al túmulo del excelso maestro. Pero tú, si Átropo[85] te concede el curso de una larga vida —y ruego que así sea y que se prolongue el favor divino del caudillo del Lacio a quien tú deseas honrar anteponiéndolo al dios Tonante y que ha renovado tus fasces con un nuevo cargo y te encomienda que restaures los tramos de la oblicua vía Latina—, quizá marches a mandar las cohortes ausonias o a gobernar los pueblos del Rin o las costas de la sombría Tule[86], o se te encarga la guarda del Histro[87] y los peligrosos accesos de la puerta del Caspio. Porque no es tu único mérito el de una elocuencia poderosa, tienes también una complexión adecuada para los combates y unos brazos que difícilmente caben en la pesada coraza. Si te aprestas a marchar a pie por el llano, se agitará tu cimera por encima de las filas; si desvías el freno sonoro, se humillará el potro altivo. Yo declino hacia la senectud cantando los hechos ajenos; tú, reluciente bajo tus propias armas, cumplirás en persona las hazañas dignas de ser cantadas y ofrecerás ejemplos admirables al joven Geta[88], a quien ya desde ahora su belicoso abuelo demanda acciones dignas y le ofrece el ejemplo de sus triunfos en la familia misma. Álzate, pues, mancebo, e iguala a tu joven padre, feliz de tu linaje materno y del valor de tu progenitor. Ya la curia, dichosa, te prepara con celo para ella, revestido de púrpura, y se goza en prometerte todas las sillas curules.

Éste es, Marcelo, el canto que entono para ti desde las costas calcídicas[89], donde yergue el Vesubio sus iras desatadas

[84] Esto es, ante la tumba de Virgilio, que gozaba del mismo respeto que un templo.

[85] Cf. *supra*, l. III, n. 120.

[86] Cf. *supra*, l. III, n. 188.

[87] El Danubio inferior.

[88] Cf. *supra*, n. 1.

[89] Cf. *supra*, l. I, n. 128.

vomitando sus llamas que compiten con los fuegos trinacrios[90]. ¡Asombrosa creencia! ¿Podrán creer las generaciones venideras, cuando de nuevo crezcan las mieses y verdeen estos desiertos, que yacen debajo ciudades y gentes y que las campiñas de sus antepasados han sucumbido en un mar de fuego? Y todavía no se han extinguido las amenazas de esta cumbre letal. Ojalá tal destino no alcance a tu cara Teate[91] ni sacuda esta insania los montes marrucinos.

Ahora, si acaso deseas saber cuáles son los empeños de mis Musas, la *Tebaida*, después de superar sus fatigas sidonias[92], ha arriado velas en el puerto ansiado; en las cumbres del Parnaso y en el bosque del Helicón ha dado a las llamas festivas el incienso y las entrañas de una novilla virgen y ha colgado de un árbol votivo mis ínfulas. Ahora viene otra ínfula a ceñir mis cabellos liberados: me atraen Troya y el altivo Aquiles, pero el dios arquero[93] me llama a otros fines y me muestra las armas más poderosas del caudillo ausonio. A ello me arrastra hace tiempo mi impulso y me retiene el miedo. ¿Podrán sostenerse mis hombros bajo tal empeño, o se doblegará mi cuello por tamaño peso? Dime, Marcelo: ¿lo soportaré o no debo confiar todavía a los peligros del mar Jónico mi esquife, acostumbrado a arrostrar olas más mansas?

Adiós ya, y no permitas que salga de tu pecho el afecto por el poeta que te es cordialmente devoto. El héroe de

[90] Esto es, de Trinacria (nombre de Sicilia por su configuración triangular) o, lo que es lo mismo, del Etna.

[91] Ciudad de Apulia, en la región de los marrucinos, donde la familia de Marcelo poseía una propiedad.

[92] Por la intervención de Cadmo, Tebas (y la *Tebaida*, ya concluida) es sidonia, esto es, fenicia (cf. *supra*, l. III, n. 13).

[93] Apolo.

Tirinto, un pecho lleno de amistad benéfica, no cederá ante ti, ni la gloria del fiel Teseo, ni la de aquel que en torno a los muros de Troya —consuelo por la muerte de su amigo— arrastró el cuerpo lacerado del hijo de Príamo[94].

5

ODA LÍRICA A SEPTIMIO SEVERO[95]

Dichoso con los frutos de mi modesto campo, donde a los Lares teucros[96] veneraba Alba la antigua, saludo al valeroso y elocuente Severo con desusada lira[97].

Ya el cruel invierno se ha retirado hacia las Osas parrasias[98], abrumado por los altos soles; ya el mar y la tierra resplandecen porque el aquilón, roto, se ha convertido en céfiro.

---

[94] Tres ejemplos tópicos de amistad: Hércules y Telamón, Teseo y Piritoo, Aquiles y Patroclo.

[95] Personaje solamente conocido por este poema de Estacio. En cuanto al título de *oda lírica*, obedece al metro (cf. *infra*, n. 97) y a su fiel imitación de Horacio.

[96] Teucros, esto es, troyanos. Respecto a la propiedad de Estacio, cf. *supra*, l. III, n. 34.

[97] Desusada, porque este poema es el único de Estacio compuesto en estrofas alcaicas.

[98] Parrasias equivale a arcadias, ya que Parrasia era una ciudad de Arcadia (ver VIRGILIO, *Eneida* VIII 344 y XI 31). Calisto, madre de Árcade, el héroe epónimo de Arcadia, fue transformada por Juno en una osa, a la que Júpiter, a su vez, metamorfoseó en la constelación de la Osa Mayor, que marca el norte.

Todo es ahora primaveral: el árbol recobra su cabellera con las frondas de todos los años, ahora son nuevas las quejas de los pájaros y la canción no ensayada que compusieron en el silente invierno.

A mí me consuela una tierra modesta, un fuego que vele conmigo, un techo ennegrecido por llamas generosas y el Lieo[99] tomado de la jarra en que ha fermentado poco antes.

No balan mil laníferos rebaños ni una vaca muge a su dulce amante, y el campo callado responde tan sólo a su dueño cuando a veces canta.

Pero esta tierra me es cara con el amor más fuerte después de la patria, aquí la reina valerosa de las guerras[100] correspondió al amor de mis poemas con el oro de César[101],

cuando tú, apoyándome con todo tu corazón, alentabas el dulce certamen de tu amigo, como Cástor temblaba ante todos los ruidos de la arena bebricia[102].

¿Pudo darte la vida en las remotas Sirtes la inaccesible Leptis, que en breve nos dará las mieses índicas y arrebatará su valiosa canela a los sabeos, ricos en perfumes?

¿Quién no pensaría que mi amigo Septimio gateó cuando niño por todas las colinas de Rómulo? ¿Quién podría negar que bebió de la fuente de Juturna[103] en cuanto abandonó el pecho materno?

---

[99] Baco (cf. *supra*, l. I, n. 181). Aquí, por metonimia, significa el vino.

[100] Minerva.

[101] Cf. *supra*, l. III, n. 189.

[102] Alude al combate de Pólux contra Ámico, hijo de Neptuno y rey de los bébrices, en Asia Menor (Bitinia), que forzaba a todos los extranjeros que arribaban a sus dominios a enfrentársele en pugilato, y de ese modo les daba muerte. Al llegar los Argonautas, fue Pólux quien combatió con él y le dio muerte.

[103] Fuente consagrada a la ninfa Juturna en el Foro, al pie del Palatino.

No es extraño tu mérito: sin haber conocido los fondos arenosos de África[104], penetraste de pronto en los puertos de Ausonia y, ganado por ella, nadaste desde niño en las aguas etruscas.

Luego, desde pequeño, creciste entre los hijos de la Curia, contento con el brillo de tu púrpura estrecha[105], pero emprendiendo siempre con índole patricia tus inmensos servicios.

Ni tu habla ni tu porte son los propios de un púnico, ni tu alma es extranjera: es itálica, itálica. Hay en la Urbe y en los escuadrones romanos[106] quienes son dignos hijos de Libia.

Tu voz es gozosa aunque brame el foro, pero tus palabras nunca son venales, y tu espada reposa en su vaina si no es que tus amigos te piden que la empuñes.

Pero con más frecuencia te cautiva la paz de las campiñas, ya en las paternas sedes de la región de Veyos, ya sobre los frondosos dominios de los hérnicos[107] o en la vetusta Cures[108].

Allí, en todo momento, expondrás temas múltiples con términos y ritmos de la prosa, pero de vez en cuando, recordándome, renueva los sonidos de tu cítara, oculta bajo gruta recatada.

[104] Las Sirtes, con sus bajos fondos marinos (ver PLINIO, [redacted] *Natural* V 26).

[105] La banda de púrpura estrecha que ostentaban los miembros del orden ecuestre, y no la ancha propia de los del orden senatorial.

[106] Esto es, entre los caballeros.

[107] Antiguo pueblo del Lacio.

[108] Ciudad sabina.

6

EL HÉRCULES EPITRAPECIO[109] DE NOVIO VÍNDICE[110]

Cuando, dejando al margen mis cuidados, aliviado mi pecho del dominio de Febo, pasaba el tiempo, errante, por los extensos Setos[111] mientras moría el día, me dejé arrebatar por mi buen Víndice, que me invitó a cenar. Aquella cena, que caló hasta lo hondo de mi espíritu, sigue despierta con él. Porque no consumimos delicias gastronómicas ni manjares traídos de climas lejanos ni vinos que compitieran en vejez a lo largo de todos los fastos. Desdichados aquellos que disfrutan sabiendo en qué difiere el ave del Fasis[112] de la grulla invernal del Ródope, qué oca tiene el hígado más grande, por qué el jabalí etrusco es más selecto que el umbro y sobre qué alga descansan más suavemente los lúbricos moluscos: a nosotros, la afición verdadera, la conversación tomada de lo hondo del Helicón[113] y los donaires ingeniosos nos indujeron a pasar toda la noche invernal y a ahuyentar de los ojos el

[109] Cf. *supra*, n. 6.

[110] Personaje culto, autor de poemas y coleccionista experto en antigüedades (cf. MARCIAL, IX 43 y 44).

[111] Este nombre, en latín un plural neutro (*Saepta*), designaba una serie de espacios cercados en el Campo de Marte, obra de César, donde se reunían los ciudadanos para proceder a los comicios por centurias. A partir del gobierno de Tiberio perdieron su función política: revestidos de mármoles, poblados de obras de arte y de tiendas lujosas, se habían convertido en un lugar de paseo y de citas. Domiciano los restauró después del incendio del año 80, lo que determinó su nuevo florecimiento como lugar de encuentro. Cf. MARCIAL, II 14, 5; II 57, 2; IX 59, 1.

[112] Cf. *supra*, l. II, n. 119.

[113] Cf. *supra*, l. I, n. 49.

dulce sueño hasta que, desde las regiones del Elíseo, nos contempló un nuevo Cástor [114] y Titonia [115] rió ante aquella cena de la víspera. ¡Oh, feliz noche, y ojalá tirintia, con dos lunas unidas [116]! ¡Noche digna de ser marcada con las piedrecillas del mar Rojo [117] y de ser recordada largo tiempo! ¡Noche que gozará de un indeleble genio [118]! Allí conocí entonces mil figuras de bronce y de marfil vetusto y cuadros que, con su mentido cuerpo, parecían a punto de hablar. Pues ¿quién en parte alguna podría competir con la visión de Víndice para reconocer los rasgos venerables de los artífices y a las obras sin firma devolverles su autor? Él te mostrará qué bronces se deben a los largos insomnios del maestro Mirón, qué mármoles viven gracias al cincel laborioso de Praxiteles, qué marfil ha pulido el pulgar del escultor de Pisa [119], qué obra ha cobrado vida en la fundición de Policleto, qué rasgo revela desde lejos al viejo Apeles; porque siempre que deja reposar su lira, es esto lo que sirve a su descanso, y éste el amor que bebe de las grutas de Aonia [120].

[114] Parece referirse a Pólux, que sustituye a su hermano en el firmamento al llegar el nuevo día.

[115] Cf. *supra*, l. I, n. 59.

[116] Tirintia, esto es, relativa a Hércules, el héroe de Tirinto. La noche se prolongó durante dos o tres lunas (ver PLAUTO, *Anfitrión* 113), para que Júpiter pudiera gozar de Alcmena por más tiempo.

[117] Juego de palabras: marcar con piedra blanca, como se señala un hecho memorable, pero aquí las piedras blancas se han sustituido por perlas.

[118] El genio (deidad tutelar de un lugar, de una persona o de una cosa) garantiza la inmortalidad del ser al que se encuentra vinculado (ver MARCIAL, VI 61, 10). El genio de aquella noche es, quizá, para Estacio su propio poema.

[119] El nombre de Pisa, ciudad de la Élide (cf. *supra*, l. I, nn. 57 y 102; l. II, n. 68) se utiliza con frecuencia en poesía en lugar del de Olimpia, en virtud de su cercanía. El escultor es, naturalmente, Fidias.

[120] Habitadas por las Musas (cf. *supra*, l. I, n. 121).

Entre tantos tesoros, el hijo de Anfitrión [121], genio y protector de aquella mesa austera, cautivó mi pecho con amor intenso y no sació mis ojos ni a fuerza de mirarlo: tal era la belleza de aquella obra maestra y la majestad ínsita en tan estrechos límites: ¡un dios! ¡Era un dios! Y se ofreció, Lisipo, a tu mirada, y a aparecer pequeño y a ser sentido inmenso. Y aun cuando su asombrosa medida no excede de un pie, si se recorren sus miembros con la vista, se sentirá el deseo de exclamar: «Éste es el pecho que asfixió al devastador de Nemea; éstos, los brazos que empuñaban la clava fatal y quebraban los remos de la nave Argo.» ¡Y en tan breve tamaño mentir tan magna imagen! ¡Qué mesura en la diestra, qué técnica en la empresa del docto artífice! ¡Plasmar al mismo tiempo adornos para una mesa y concebir en su pensamiento colosos ingentes! Cosa semejante no habrían podido crear con tan exigua materia ni los Telquines [122] en las grutas del Ida, ni el rudo Brontes [123], ni el dios de Lemnos [124] que pule las armas de los dioses. Su expresión no es torva ni ajena al abandono de los convites, sino cual la admiró la mansión del austero Molorco [125] y cual la vio la sacerdotisa de Tegea en el bosque sagrado de Álea [126] y tal

[121] Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena, la esposa de Anfitrión (cf. *supra*, n. 116).

[122] Seres legendarios, con poderes mágicos, que se establecieron en Rodas, y a quienes aniquiló Júpiter, precipitándolos al mar (ver OVIDIO, *Metamorfosis* VII 365 y ss.). Muy expertos en el trabajo del hierro y el bronce, se decía que forjaron la hoz con que Gea armó a Saturno y el tridente de Neptuno.

[123] Uno de los cíclopes. Cf. *supra*, l. I, n. 12.

[124] Vulcano (cf. *supra*, l. I, n. 63).

[125] Cf. *supra*, l. III, n. 19.

[126] Minerva Álea poseía en Tegea un templo y un bosque consagrados: su sacerdotisa Auge fue violada por Hércules y concibió a Télefo.

como, elevado de las cenizas del Eta a los astros, bebía, gozoso, el néctar, mientras Juno seguía ceñuda: así su amable rostro, como si se regocijara de corazón, invita a disfrutar de los manjares. Una mano sostiene la copa embriagadora de su hermano [127], pero la otra no olvida la clava, se alza sobre una base dura: una roca, cubierta por la piel del león de Nemea.

Esta obra sagrada ha conocido una suerte digna de ella. Era su dueño el monarca de Pela [128], que hizo de ella una deidad venerable para sus alegres banquetes, la llevaba consigo como acompañante al ocaso y al alba y la mostraba gustoso en la diestra con que había arrancado y otorgado coronas y había arrasado ciudades altivas. Siempre le pedía aliento para las batallas del día siguiente y le relataba, victorioso siempre, sus gloriosos hechos, ya hubiera arrancado los indios a Bromio para encadenarlos [129], ya hubiera arruinado con su lanza poderosa el recinto de Babilonia o aplastado por la fuerza de la guerra las tierras de Pélope y la libertad de los pelasgos, y entre tal sucesión de acciones épicas, se dice que tan sólo se excusó de su triunfo sobre Tebas [130]. Y cuando ya los Hados quebraban sus hechos gloriosos, mientras bebía la pócima letal, abrumado ya por la nube impenetrable de la muerte, tembló frente a los rasgos alterados y el bronce sudoroso de su deidad amada en su festín supremo.

[127] De Baco, hijo, como él, de Júpiter.

[128] Alejandro Magno (cf. *supra*, l. I, n. 41).

[129] Una de las muchas hazañas atribuidas a Bromio, esto es, a Baco, es la de la conquista del Oriente hasta la India inclusive.

[130] En 335, Alejandro destruyó Tebas y vendió como esclavos a sus habitantes. La reconstrucción de la ciudad es interpretada por PLUTARCO (*Alejandro* 13) como un posible síntoma de arrepentimiento. En este poema parece que debe entenderse que Alejandro se excusó ante la estatuilla de Hércules.

Luego entró en posesión de esta asombrosa joya el soberano de los nasamones [131], y a este dios esforzado ofreció libaciones honoríficas Aníbal, terrible siempre por su diestra y orgulloso de su hierro fementido. Mas la deidad odiaba a quien se había bañado en la sangre de la raza itálica y llevaba las llamas despiadadas a los lares de Rómulo, y aunque le ofreciera los manjares y los dones de Leneo [132], el dios se entristecía por ir acompañando a un ejército impío, y más aún cuando con fuego sacrílego aniquiló su propia fortaleza [133] y ultrajó las moradas y los templos de Sagunto, que tal no merecía, e infundió a sus pobladores una furia gloriosa [134].

Y después de la muerte del caudillo sidonio [135] no se adueñó del bronce extraordinario una casa plebeya: era siempre el ornato de los convites de Sila esta efigie, habituada a penetrar en mansiones ilustres y feliz del linaje de sus dueños.

Ahora también, si los dioses se cuidan de conocer la índole y los pechos humanos, no es, por cierto, un palacio, oh deidad de Tirinto, ni el fasto regio lo que te rodea, sino el corazón limpio, ajeno a toda culpa, de tu dueño, que guarda la lealtad de viejos tiempos y la ley indeleble de amistad, una vez nacida. Bien lo sabe Vestino [136], que en la edad floreciente todavía, se iguala a los abuelos venerables; por él suspira Víndice noche y día y vive entre los brazos de su sombra querida. Aquí disfrutas de un reposo entrañable

[131] Cf. *supra*, l. II, n. 181.

[132] Uno de los numerosos nombres de Baco.

[133] Según una vieja tradición, recogida por SILIO ITÁLICO (II 592 y ss.), Sagunto había sido fundada por Hércules.

[134] La necesaria para sacrificar sus bienes y sus personas.

[135] Sidonio, puesto que los cartagineses eran originarios de Fenicia.

[136] Joven desconocido, favorito de Víndice.

tú, el más valeroso de los dioses, Alcides, y no ves contiendas ni feroces combates, sino una lira, unas cintas sagradas y ramos de laurel, amigos de los versos. Con un poema solemne te recordará Víndice con qué fuerza aterraste a las casas troyanas y las géticas [137], con qué fuerza al nivoso Estínfalo [138], con qué fuerza al Erimanto de lluviosas cimas [139], cómo sufrió tu empuje el dueño del ganado de la Iberia [140] y el soberano de la Mareótide [141], dueño del ara cruenta. Él cantará las lindes de la muerte que traspusiste tú y que tú expoliaste [142] y cantará a las jóvenes llorosas de la Libia y la Escitia [143]. Nunca el monarca de los macedones ni el bárbaro Aníbal ni la voz áspera del cruel Sila habrían podido cantarte con tales compases. Sin duda tú, Lisipo, autor de esta obra de arte, no habrías preferido el tributo de otros ojos.

137 A un lado y a otro del Ponto Euxino. Entre las hazañas de Hércules figura su expedición contra Laomedonte, rey de Troya y padre de Príamo, su victoria sobre Diomedes, rey de los bistonios, en la Tracia, y su participación en la expedición de los Argonautas.

138 Monte y lago de Arcadia, donde Hércules exterminó a las aves malignas con plumas de bronce (sexto trabajo).

139 Monte de Arcadia, donde Hércules dio muerte a un jabalí monstruoso que devastaba la región (cuarto trabajo).

140 Gerión, el triple monstruo dueño de las vacas conducidas a Micenas por el héroe (décimo trabajo).

141 Nombre de Egipto, derivado de la ciudad de Mareota (la actual Mariout). Su rey, Busiris, hijo de Neptuno, sacrificaba en el altar de Júpiter a cuantos extranjeros llegaban al país. Hércules le dio muerte a su regreso del undécimo trabajo.

142 Cf. *supra*, l. III, n. 62.

143 Las Hespérides (ver OVIDIO, *Metamorfosis* IV 644) y las Amazonas.

7

ODA LÍRICA A VIBIO MÁXIMO [144]

Tú, valerosa Érato [145], que has estado conmigo desde hace largo tiempo en un extenso campo, difiere tus heroicos menesteres y restringe tu empeño poderoso a ámbitos más modestos, y tú, rey de la lírica cohorte, dame por un momento el dominio de un plectro desusado, si con canto latino he consagrado Tebas, tu patria, Píndaro:

Intento, para Máximo, atenuar mi lira; ahora he de cosechar de un mirto desusado mis guirnaldas, ahora es mayor mi sed y he de beber de un manantial más puro.

¿Cuándo te volverán al dulce Lacio los montes de Dalmacia [146], donde, por ver a Dite [147], vuelve el minero pálido, con el color del oro que arranca de la tierra [148]?

A mí, aunque nacido en tierra más cercana, no me retiene la desidia de Bayas con su puerto delicioso ni el trompeta que conocieron las huestes de Héctor [149].

144 *Oda lírica* por estar compuesta en estrofas sáficas, como la 5 lo está en estrofas alcaicas (cf. *supra*, n. 97). En cuanto a Vibio Máximo, cf. *supra*, n. 110.

145 Musa de la poesía erótica (cf. *supra*, l. I, n. 60), aunque en este y otros pasajes significa musa en general. Aquí hace referencia a la musa que ha inspirado al autor en la composición épica de la Tebaida, y ahora debe inspirarle en otros menesteres más modestos.

146 Ver IV, Dedicatoria, 21.

147 Nombre de Plutón, dios de los infiernos. El pasaje alude a la profundidad de las minas de Dalmacia.

148 Cf. *supra*, l. I, n. 87.

149 Es tal la fuerza centrípeta de Roma, que ni siquiera puede retenerme mi bahía de Nápoles con su puerto de Bayas y su cabo Miseno (cf. *supra*, l. II, n. 72; l. III, n. 56).

Mis Camenas [150] están sin ti adormidas, el propio dios de Timbra [151] es más tardo en venir que de costumbre, y he aquí que mi Aquiles queda inmóvil en la primera meta [152].

Porque, gracias a tus fieles consejos, mi *Tebaida*, atormentada por mi incansable lima, trata, con confianza temeraria, de alcanzar la alegría de la gloria mantuana [153].

Pero yo te perdono tu tardanza, porque has robustecido tu hogar abandonado con un retoño vivificador. ¡Oh, día gozoso! He aquí que nos ha venido un nuevo Máximo.

Debemos evitar a toda costa la carencia de un hijo, carencia que persigue con sus votos un heredero hostil, que ansía amablemente —¡qué vergüenza!— el funeral de su óptimo allegado.

A quien carece de hijos se le entierra sin lágrimas; en la casa ocupada se alza, ávido, el superstite, acechando el expolio de la muerte y haciendo cuentas de la pira misma.

Que viva muchos años el niño bien nacido y que, por un camino abierto a pocos, alcance las virtudes de su padre y aventaje a su abuelo por sus hechos.

Tú le relatarás a tu pequeño las armas que llevaste al oriental Orontes [154] mandando las enseñas de un ala de jinetes con el favor de Cástor [155];

[150] Ninfas que entonaban cantos proféticos y que se identificaron con las Musas.

[151] Apolo (cf. *supra*, I. I, n. 113).

[152] Aquiles, el de los pies ligeros, héroe de la Aquileida, es incapaz de correr y queda detenido en la primera meta del circo, esto es, en la salida misma.

[153] Esto es, de la gloria de Virgilio, el poeta de Mantua.

[154] Río de Siria.

[155] Buen domador de caballos y experto jinete.

él [156] le referirá cómo, siguiendo al rayo impetuoso del invencible César, impuso a los sármatas fugaces el ingrato precepto de vivir siempre bajo el mismo cielo.

Pero que el niño aprenda, antes de nada, tus saberes, en gracia de los cuales has recorrido enteras las edades pretéritas y nos brindas las obras del sucinto Salustio y de quien se crió junto al Timavo [157].

8

FELICITACIÓN A JULIO MENÉCRATES [158]

Abre las puertas de los dioses, Parténope, y llena sus templos, ornados con las bandas sagradas, llénalos con las nubes de Saba [159] y con las entrañas palpitantes de las víctimas: he aquí que la prole del ilustre Menécrates ya se acrecienta con su tercer hijo. La noble muchedumbre de tus próceres se ensancha y te consuela de los daños que te causó la furia del Vesubio. Y que no sea Nápoles insolidaria, rodeando ella sola los altares festivos: que los puertos hermanos, que la tierra que amó el dulce Dicarco [160], que el país sorrentino, dilecto del dios ebrio, vistan también sus aras con guirnaldas,

[156] El abuelo del pequeño, padre de Vibio Máximo.

[157] Río del Véneto, que desemboca en el Adriático, a veinte kilómetros de Trieste, es decir, bastante lejos de Padua, la patria de Tito Livio, a quien se refiere esta cita.

[158] Ver IV, Dedicatoria, 21 y ss.

[159] Ciudad de la Arabia Feliz, célebre por sus perfumes y, en especial, por su incienso.

[160] Cf. *supra*, I. II, n. 82.

allá donde se extiende la ribera del abuelo materno[161], a quien rodea la turba de sus nietos, que compiten en imitar sus rasgos. Que también huelgue el tío, a quien orna la lanza ganada en Libia[162], así como Pola[163], que los mira como nacidos de ella y los levanta en su regazo amante. Enhorabuena, oh joven, que tales luminarias ofreces a la patria, merecedora de ellas. He aquí cómo vibra la dulce algarabía mientras puebla tu casa el griterío de tantos amos. Apártese a lo lejos la negra Envidia y dirija a otra parte su pecho lívido: a vosotros la alba Átropo[164] os ha prometido la longevidad con la gloria de una larga virtud, y sus laureles el patrio Apolo. Así, cuando el padre augustísimo de la urbe de Ausonia te concedió el gozoso privilegio de los tres hijos, aquello era un presagio. Tantas veces acudió Lucina y, llamada de nuevo, penetró en tu piadosa morada. Que tu casa, lo ruego, se conserve fecunda, sin ser privada nunca de sus dones sagrados. Feliz tú, cuya prole se ha visto acrecentada por más veces con vástagos viriles, pero puede también regocijarse tu paternidad joven por tener una niña, más propia de ellos es la gloria bélica, pero ella te dará más pronto nietos: tal Helena, ya digna de las palestras de su madre[165], cándida, gateaba entre sus hermanos de Amiclas[166];

[161] La mansión de Polio Félix, suegro de Julio Menécrates. Cf. *supra*, l. II, n. 46.

[162] Lanza sin punta *(hasta pura)* que POLIBIO (VI 39) sitúa en el último lugar de las recompensas militares (Ver MARÍN PEÑA, *Instituciones militares romanas*, pág. 554.)

[163] Ver los poemas II 7 y III .

[164] Cf. *supra*, l. III, n. 128, l. IV, n. 58

[165] De su madre (Leda), esto es, de Esparta.

[166] Ciudad de Laconia (*cf. supra*, l. I, n. 105). Sus hermanos son Cástor y Pólux (los Dioscuros), con quienes compara el poeta a los hijos de Julio Menécrates. Ver también *Tebaida* VII 413, y MARCIAL, I 36, 2, en su referencia a los Dioscuros

tal la visión del cielo cuando, en noche serena, dos astros aproximan sus fulgores a una parte y a otra de la luna.

Pero —¡oh, el más preclaro de los jóvenes!— te dirijo un reproche nada fácil y hasta me irrito, en tanto en cuanto pueden irritarse aquellos que se quieren: ¿he merecido yo conocer una nueva tan gozosa por lo que cuenta el vulgo? Y, cuando profería sus vagidos tu hijo tercero, ¿no vino a darme cuenta sin demora una noticia escrita a toda prisa para invitarme a encender en mis aras fuegos festivos, a engalanar mi lira, a coronar mis puertas, a sacar una jarra ennegrecida por el humo de Alba[167] y a marcar con un canto esta jornada, en lugar de, tardío y perezoso, cantar hoy, al final, mi buen deseo? Es culpa tuya, y tuya la vergüenza. Mas no debo alargar por más tiempo mis reproches, he aquí que te rodea la multitud riente de los tuyos y a su padre defiende. ¿A quién no vencerás con tales huestes?

Dioses patrios, a quienes, con gloriosos augurios, trajo sobre los mares hasta la costa ausonia[168] la flota de Eubea, tú, caudillo del pueblo que vino desde lejos, Apolo, cuya ave, que reposa sobre su hombro siniestro, todavía venera con cariño Eumelo, dichoso al contemplarla[169], y tú, Ceres actea[170], en cuyo honor tus encubiertos iniciados, en carrera continua, sin aliento, agitamos la antorcha votiva, y vosotros,

[167] Este poema fue escrito por Estacio desde su residencia de Alba.

[168] Esto es, itálica (cf. *supra*, l. I, n. 65)

[169] Eumelo, hijo de Admeto, padre de la sirena Parténope y fundador de Nápoles, ciudad en que se alzaba su estatua, objeto de culto, mostrando sobre su hombro izquierdo la paloma de Apolo, que guió a los calcídicos hasta Cumas según VELEYO PATÉRCULO, I 4, 1. Quizá Nápoles se aplicó la tradición fundacional de Cumas para ennoblecer más sus orígenes. Cf. *supra*, l. III, nn. 200 y 201

[170] Esto es, ateniense

Tindáridas[171], a quienes no ha venerado con más celo ni el horrendo Taigeto de Licurgo ni la umbría Terapna[172]: guardad, patrios penates, con sus vástagos, a esta familia. formen parte de aquellos que, prestando su voz y sus recursos, sostengan nuestra urbe, agobiada del paso de los años y de sus avatares numerosos, y la conserven con su verde nombre[173]. Que su padre les muestre su talante amable y su abuelo su generosa esplendidez, y uno y otro su amor por la belleza de la virtud. Sin duda sus recursos y su cuna permiten a la niña, en sus primeras nupcias, trasponer unas puertas patricias, y a sus hermanos en el umbral apenas de sus años viriles, a poco que los guarde la deidad, favorable a los buenos, del invencible César, trasponer los umbrales del senado romúleo[174].

9

ENDECASÍLABOS FESTIVOS PARA PLOCIO GRIPO[175]

Eso de enviarme, Gripo, un libro a cambio de otro libro, ha sido, sin duda, por gastarme una broma. Podría, sin

---

[171] Hijos de Tíndaro. Cástor y Pólux.

[172] Cf. *supra*, l. II n. 90. Los Dioscuros (Cástor y Pólux), nacidos en Terapna, tenían un santuario en dicha ciudad y otro en el monte Taigeto, patria de Licurgo (ver II 2, 90), cuya elevada cumbre permanecía nevada durante gran parte del año: de ahí el calificativo *horrendo*.

[173] Alusión al nombre de Nápoles (ciudad nueva).

[174] Los últimos versos, relativos al porvenir de los tres hermanos, hacen referencia a la futura condición deseable para los miembros de la clase ecuestre.

[175] En cuanto a la personalidad de Plocio Gripo, cf. *supra*, n. 9. Por lo demás, existía entre los romanos la costumbre de enviarse obsequios en el

embargo, resultar un rasgo de humor si a continuación me mandaras otro obsequio, porque si insistes, Gripo, en tu broma, cesas de bromear. Pero bueno, hagamos cuentas: el mío, en estuche de púrpura, en papiro nuevo y ornado con dos cilindros, me ha costado, además de mi trabajo, diez ases[176]. El tuyo, roído de polillas, podrido de mugre, como los papeles empapados por las olivas líbicas o usados para envolver el incienso o la pimienta del Nilo, o que empaquetan las sardinas de Bizancio, ni siquiera contiene las palabras con que en tu juventud clamabas como un trueno en los tres foros o ante los cien jueces antes de que Germánico te diera el mando de los servicios de abastecimiento que le seguían y te encargara de disponer su alojamiento en todos sus dilatados viajes, sino los bostezos que provocaba el viejo Bruto[177], y lo compraste en el puesto de un pobre librero, más o menos por un as de Calígula[178]: tal es tu regalo. ¿Hasta ese extremo te han faltado los gorros hechos con trozos de mantos viejos cosidos[179], o las toallas o las servilletas descoloridas, o los papeles o los frutos de Tebas o de Caria[180]? ¿No tenías

---

mes de diciembre, con motivo de las fiestas Saturnales (en este caso, las del año 94). Ver, por ejemplo, a este respecto, MARCIAL, IV 46, donde el poeta se refiere jocosamente a los regalos que han enviado a un abogado sus clientes habituales.

[176] Un precio ridículo (algo así como si en la actualidad dijéramos unos céntimos), destinados a seguir adelante con la broma.

[177] Se refiere, con seguridad, a Marco Junio Bruto, que, a juicio de QUINTILIANO (XII 10, 11) y de TÁCITO (*Diálogo de los Oradores* 25) era un pesado orador aticista, cuya elocuencia invitaba al sueño.

[178] Calígula rebajó el peso del as; su sucesor, Claudio, restituyó el peso anterior.

[179] Estos gorros constituían uno de los regalos que, por broma, se enviaban a los amigos por las Saturnales (cf. MARCIAL, XIV 132).

[180] Más regalos, jocosos los unos, modestos los otros, consistentes éstos

guardado en ningún sitio un montón de ciruelas y de higos de Siria, cuya cima se viniera abajo? ¿Ni una ristra de ajos secos, ni unas capas de cebollas encogidas? ¿No tenías, al menos, unos huevos, ni unos pasteles dulces, ni una torta reseca? ¿Ni has encontrado por ninguna parte las húmedas moradas de los curvos moluscos que vagan por los llanos del Cinife [181]? ¿Ni tocino rancio, ni pernil raquítico? ¿Ni salchicha de Lucania, ni tripas rellenas al gusto falisco, ni sal, ni picante, ni queso, ni panes de verde afronitro, ni vino de pasas recocho con sus propias uvas, o mosto espesado, embarrado por su dulce poso? ¡Qué mezquino, no ofrecer unos cirios aromáticos, ni un cuchillo, ni unas ligeras tablillas! Y ¿no podrías, dime, regalarme unas uvas en conserva o unas ollas moldeadas en un torno de Cumas [182], o un juego —no te asustes [183]— de cacerolas y pucheros blancos? Pero exacto, como en una balanza de precisión, no alteras nada, sino que me devuelves otro tanto. Y ¿qué? Si, a medio digerir mi desayuno, te hubiera ofrecido mi saludo matutino, ¿también tú habrías correspondido saludándome en mi casa [184]? Y, después de obsequiarme con un abundante ban-

últimos en dátiles e higos pasos (cf. Petronio, XL 8, y Plinio, *Historia Natural* XII 89).

[181] Río de Libia. La referencia geográfica está empleada en tono humorístico, porque, naturalmente, no es necesario ir a Libia para encontrar caracoles.

[182] En los alfares de Cumas se elaboraban vajillas y cacerolas de barro, toscas y económicas. Cf. Tibulo, II 3, 48.

[183] *No te asustes*, porque, entre los personajes acomodados, era usual, por las Saturnales, el regalo de juegos de vestiduras lujosas, para lucirlas en los convites, y de juegos de ricas vajillas de plata o de oro. Cf. Marcial, XIV 142.

[184] Los clientes, antes de amanecer, saludaban a sus patronos, que correspondían con el donativo de una esportilla de víveres para la jornada,

quete, ¿vas a esperar de mí un festín semejante? Estoy enojado contigo, Gripo, pero te doy mi despedida con la sola condición de que no me envíes ahora, con tu finura habitual, unos endecasílabos.

esportilla que, sin cambiar de nombre, al correr del tiempo se sustituyó por un donativo en dinero. Ver, por ejemplo, Plauto, *El gorgojo* 289; Juvenal, I 95, Suetonio, *Nerón* 16; hay también múltiples referencias en Marcial.

LIBRO V

1[1]

ESTACIO SALUDA A SU AMIGO ABASCANTO[2]

Debemos rendir homenaje, con nuestra mejor voluntad, a los buenos ejemplos, ya que son de interés común. El piadoso amor que muestras hacia tu querida Priscila es un rasgo de tu personalidad que no puede dejar de conciliarte el afecto de todos, y en particular el de un marido. Porque el amor hacia una esposa viva es un placer, pero amarla después de muerta es piedad. Yo, sin embargo, no me he entregado a esta tarea como si fuera un ser excepcional, ni tampoco como si cumpliera con una obligación, porque Priscila sentía cariño por mi esposa y, con su amor, me la hizo aún más

[1] Este libro, publicado después de la muerte de su autor, no va precedido de dedicatoria.

[2] Liberto, jefe de la oficina de la correspondencia administrativa de Domiciano, cuyo nombre consta en numerosas inscripciones epigráficas.

querida, por ello sería yo un ingrato si me dejaran insensible tus lágrimas. Por otra parte, en la medida de mis humildes fuerzas, siempre me esfuerzo en contraer méritos en todo aquello que rodea a la mansión divina[3], ya que quien de buena voluntad rinde culto a los dioses, ama también a sus sacerdotes. Pero, aunque he deseado desde hace largo tiempo estrechar más nuestra relación amistosa, preferiría no haber encontrado todavía esta ocasión.

POEMA FÚNEBRE, HOMENAJE A PRISCILA

Si mi mano fuera hábil en plasmar cuadros semejantes al modelo o en dar vida al marfil o al oro con imágenes labradas, tal sería, Priscila, el medio de ofrecer a tu marido un consuelo que le fuera grato, ya que, por su egregia piedad, merece que seas devuelta a su dolor con tu rostro retratado por los colores de Apeles o nacida de la mano de Fidias. Así intenta arrancar de la pira tu sombra, y libra con la Muerte un terrible combate, y estimula el afán de los artistas, e intenta amarte en todos los metales. Pero es efímero el homenaje que engendra una mano diestra. Yo, esposa sin par de un joven ilustre, intento ofrendarte con mi lira inmortal unas exequias durables que no soportarán un final oscuro, si es que Apolo se muestra propicio, así como César, que siempre viene a mí al lado de Apolo: ningún otro sepulcro te guardará mejor. Es tardío, sin duda, el remedio que ofrezco a tan acre dolor, cuando la rueda alígera de Febo describe

[3] Esto es, a la casa del emperador. Cf. *Fedro* V 7, 38, y CIL VII 11

por segunda vez el año, pero en aquellos días en que el golpe estaba reciente y enlutada la casa, cuando todavía, en el primer momento de la herida, sólo los lamentos tenían acceso a los tristes oídos de un hombre privado de su esposa, el único consuelo era llorar y rasgarse las vestiduras y cansar con tus ayes a la legión de esclavos de la casa y superar sus llantos y atacar con rabiosos reproches a los Hados y a los injustos celícolas. Habría sido inútil que acudiera para calmar tus quejas el propio Orfeo con su séquito de bosques y de ríos, y que inspiraran al poeta todas las hermanas de su madre[4] y todos los sacerdotes de Apolo y de Baco: en nada habrían podido apaciguarte los cantos ni las cuerdas que escucharon las deidades del pálido Averno y los cabellos de las Euménides[5]: tal era la aflicción que reinaba en tu pecho enloquecido. Aun ahora, la cicatriz, ya lisa, retrocede al contacto de mi canto y la lluvia se agolpa en los ojos hinchados del esposo. ¿Todavía esos ojos guardan piadosas lágrimas? ¡Lealtad admirable! Se dirá que la madre de Sípilo[6] secó con más premura sus mejillas; con más prisa huirá el penoso rocío de la esposa de Titono[7] y, agotada, cesará de romper su oleaje la madre de Aquiles sobre la tumba[8]. ¡Ánimo! Todo ello lo advierte el dios que gobierna las riendas del orbe y dirige,

[4] Debe entenderse su madre (Calíope) con sus ocho hermanas, es decir, las nueve musas.

[5] Esto es, las serpientes que coronaban las testas de las Furias. Cf. HORACIO, *Odas* III 13, 36, así como LUCANO, IX 672, y MARCIAL, VII 1, 2 donde la referencia atañe a la cabeza de Medusa.

[6] Níobe, uno de cuyos hijos, muertos por los dardos de Apolo, se llamaba Sípilo. Ver OVIDIO, *Tristes* V 12, 8.

[7] Aurora, que lloraba la muerte de Memnón. Ver OVIDIO, *Metamorfosis* XIII 622.

[8] Tetis, deidad marina. Nótese que los tres ejemplos se refieren a madres que lloran la muerte de sus hijos.

más cercano que Júpiter, los actos humanos y mira tu aflicción y contempla el recóndito duelo de su siervo dilecto. Incluso toma ejemplo de tu amor por la sombra a que rindes exequias. El tuyo es un fuego castísimo, un amor que ha merecido la aprobación de nuestro señor el censor[9].

Y no es de extrañar, pues, unidos vuestros pechos, os ha fundido en uno una larga concordia con cadena indeleble. Ella, cierto, había admitido una unión anterior con las antorchas de otro matrimonio, pero, como si te hubiera enlazado con su virginidad, te abrazaba y te rodeaba con sus entrañas y su alma entera, así ama el olmo a la vid que le está unida por los pámpanos que con él nacieron y marida con ella su follaje e invoca al fértil otoño y se goza al sentirse coronado por los caros racimos[10]. Es costumbre ensalzar[11] por sus mayores o por el don de una bella presencia a las mujeres que no han brillado por el de sus virtudes y que, ricas en una gloria inane, carecen de la gloria verdadera; en cuanto a ti, aunque tu cuna fue distinguida y bella tu presencia, aunque muy deseable para tus pretendientes, tu gloria más alta, nacida de ti, es haber conocido un solo lecho y alimentado en lo hondo de tu ser un solo fuego[12]. Aquel amor no lo habría manchado ni el raptor frigio[13], ni los

[9] Domiciano, por su potestad censoria, se había erigido en árbitro de la moral de los ciudadanos, e intentó una reforma de las costumbres para erradicar el adulterio, el concubinato, el estupro y demás atentados contra la pureza de las relaciones sexuales. Ver SUETONIO, *Domiciano* 7.

[10] El maridaje del olmo con la vid es un lugar común en la lírica itálica. En los elogios fúnebres.

[11] Se trata de un recurso manido en la alabanza de las virtudes de una mujer casada, recurso que, por añadidura, está fuera de lugar en este caso, puesto que se trata de una mujer casada dos veces. Puede verse una parodia de esta costumbre en MARCIAL, X 63.

[13] París, el raptor de Helena.

pretendientes de Duliquio[14], ni el adúltero que deshonró, sirviéndose del oro de Micenas, el casto matrimonio de su hermano[15]. Aunque se le hubieran brindado las riquezas de Babilonia, el peso del tesoro de Lidia y las arcas inmensas de indios, chinos y árabes, habría preferido morir sin mancha con su pobreza púdica y dar su vida por su buena fama. Y su frente no era severamente dura ni en su talante había extrema austeridad; su lealtad era sencilla y riente y a su pudor se unía el atractivo. Mas si un peligro incierto la hubiera reclamado a actitudes más graves, de buen grado arrostrara por su esposo a las turbas armíferas y los fuegos fulmíneos y los peligros de la mar inmensa. La adversidad, por suerte, no puso a prueba cuál fue tu solicitud de esposa y qué intenso tu valor por tu marido. Por camino más llano, tus votos obtuvieron para tu esposo el favor de los dioses cuando de noche y día fatigabas su divinidad, cuando te prosternabas suplicante ante todas sus aras y adorabas el genio benigno del señor presente[16]. Fuiste escuchada y llegó la Fortuna con paso propicio. Porque él vio la adhesión solícita del piadoso joven, su incorruptible lealtad, su pecho presto al esfuerzo, su pensamiento alerta, su corazón prudente, capaz de cumplir tan graves cometidos; eso vio aquel que conoce todas las cualidades de sus súbditos y se rodea por entero de ministros capaces. Y no es de extrañar, puesto que ve el Oriente y el Occidente, ve qué trae el Austro y qué el Bóreas invernal y los designios del hierro y de la toga, y conoce los pensamientos mismos. Él fue quien puso sobre

[14] Es decir, los pretendientes de Penélope, ya que la isla de Duliquio, en el mar Jónico, formaba parte del reino de Ulises.

[15] Tiestes, que corrompió con oro a Aérope, esposa de su hermano Atreo.

[16] Esto es, la deidad visible de Domiciano.

sus hombros cubiertos por la melena[17] una mole inmensa, de un peso apenas soportable[18], ya que no existe en la mansión sagrada[19] un cargo más complejo[20]: enviar a lo lejos, a todo el orbe inmenso, las órdenes del capitán romúleo; manejar por su medio las fuerzas y recursos de su imperio; anotar qué laureles nos llegan del Ártico, qué nuevas nos trae el Éufrates errante, cuáles la ribera del Histro que ostenta dos nombres[21], cuáles las enseñas del Rin, hasta dónde han cedido los límites del orbe y la isla de Tule[22], que en torno resuena al reflujo marino, ya que todas las lanzas levantan victoriosas frondas y no se reseña ninguna que muestre la pluma infamante[23]. Y si nuestro señor distribuye sus fieles espadas, debe además declarar quién puede mandar a cien hombres como jinete inserto entre los manípulos, quién estar al frente de una cohorte, quién es digno del rango más

[17] La expresión *cubiertos por la melena* no debe entenderse en su sentido literal, como si Abascanto hubiera sido todavía un adolescente cuando Domiciano le confió su importante misión. era, sin duda, joven, pero no hasta ese extremo.

[18] El original latino dice *una mole... y un peso*, expresión que debe interpretarse como una hendíadis.

[19] Cf. *supra*, n. 3

[20] Cf. *supra*, n. 2. A continuación se pone de manifiesto cómo Abascanto dominaba las dos lenguas oficiales (latín y griego) y cuáles eran las numerosas y variadas funciones que debía desempeñar el *libertus ab epistulis*. Ver TÁCITO, *Anales* XV 35, y SUETONIO, *Claudio* 28.

[21] Histro o Istro es el nombre del Danubio en su parte inferior; Danubio es el nombre del río en su totalidad.

[22] Cf. *supra*, I, III, n. 188.

[23] El liberto encargado de la correspondencia debía recibir los informes de los funcionarios, tanto civiles como militares. La rama de laurel y la pluma simbolizaban respectivamente, en estas notas oficiales (como también en la punta de una lanza) la victoria alcanzada y la derrota sufrida. Ver JUVENAL, IV 149.

alto que cabe a un ilustre tribuno, y quién el más apto para dar las órdenes a un ala enfrenada[24], también prevenir mil eventos: si el Nilo ha inundado los campos, si está Libia encharcada a causa del Austro pluvioso[25]; si yo enumerase todas sus funciones...[26]. No trae más noticias desde los astros sublimes el dios alado de Tegea[27], el del caduceo mensajero, ni la doncella enviada de Juno[28] que se desliza por las auras transparentes y une el aire lluvioso con arco abigarrado, ni la que en curso alígero, Germánico, difunde tus laureles —la Fama— dejando atrás al día y al arcadio que tarda bajo los astros[29] y abandonando a la hija de Taumante[30] en medio de los cielos. ¡Cuán radiante, Priscila, te vieron las deidades y los hombres en el día feliz en que tu esposo fue llevado a tan altos menesteres! Casi tu gozo sobrepasó el suyo cuando, exaltado el pecho y prosternada ante los pies sagrados del señor que tal trato merecía, te revolvías llena de entusiasmo. No así se exalta en la cumbre de Aonia[31] aquella a quien el dios de Delos ha confiado las

[24] Esto es, a un ala de caballería. Todos estos nombramientos de oficiales intermedios a jóvenes de rango ecuestre que se adiestraban en el oficio castrense eran expedidos por el liberto encargado de la correspondencia; los de alto grado los notificaba el propio emperador por medio de un codicilo.

[25] El encargado de la correspondencia debía comunicarse con los procuradores; aquí se hace referencia a su relación con los procuradores de África para asegurar el abastecimiento de trigo y demás cereales en Italia.

[26] Aposiopesis: el poeta no cierra el período condicional.

[27] Mercurio. Cf. *supra*, I. I, n. 175.

[28] Iris.

[29] Esto es, a Mercurio, ya que Tegea era una ciudad de Arcadia.

[30] A Iris: la Fama, encargada de difundir las hazañas de Domiciano, supera a los dos mensajeros de los dioses.

[31] Cf. *supra*, I. I, n. 121.

fauces de su antro arcano[32], ni aquella a quien dio Baco el venerable don del primer tirso, enseña de su séquito frenético[33]. Y sin embargo no se alteró por ello su talante sereno, ni en la fortuna se convirtió en orgullo su honradez: quedaron en su pecho idéntica actitud y prudente conducta en medio de la suerte floreciente. Solícita, secunda la labor de su esposo, y a una vez estimula y alivia sus trabajos. Ella personalmente le sirve los manjares moderados y las bebidas sobrias y le exhorta a que siga el ejemplo del amo[34]: tal la mujer de Apulia, esposa de un modesto campesino, o la que se ha curtido al sol sabino, que al caer el fulgor de las estrellas observa que se acerca, cumplida la jornada, el tiempo del regreso de su esposo, prepara con presura mesa y tálamo y aguarda el ruido del arado que vuelve. Mas lo que digo es poco: contigo, acompañándote por las heladas Osas, por la Sarmacia gélida, por el Histro[35] y los pálidos fríos del Rin, contigo, arrostrando, animosa, todos los calores, incluso —si lo permitieran las normas castrenses[36]— habría deseado llevar la aljaba, habría deseado proteger su costado con la rodela de las amazonas, con tal de verte en medio de la nube de polvo de las gestas, cercano al rayo del corcel de César, blandiendo sus dardos divinos y bañado en sudor de su lanza magnífica.

Hasta aquí ha sido dulce mi lira. Ahora, Febo, es tiempo de deponer tus guirnaldas y ofrendar mis cabellos por el

[32] Es decir, la pitonisa que, poseída por Apolo, interpreta sus oráculos.

[33] La primera bacante.

[34] La sobriedad del emperador aparece también atestiguada en MARCIAL, IV 8, 10, y en SUETONIO, *Domiciano* 21.

[35] Cf. *supra*, n. 21.

[36] La norma prohibitiva fue instituida por Augusto. Ver SUETONIO, *Augusto* 24.

triste ciprés. ¿Qué deidad vinculó a Fortuna y a Envidia con un parentesco incapaz de armonía? ¿Quién mandó que estas diosas inicuas combatieran por siempre? ¿No signará mansión alguna aquélla sin que ésta, al momento, la traspase con su mirada torva y ahuyente su alegría con diestra cruel? Vuestro hogar florecía, gozoso y sin quebrantos, nada era luctuoso y ¿qué temor cabría a la Fortuna —aunque infiel y liviana— con César tan propicio? Los Hados envidiosos hallaron el camino y su rigor cruel invadió vuestro hogar irreprochable. Así caen las ráfagas del Noto despiadado sobre los viñedos colmados de fruto; así se mustian las mieses enhiestas por exceso de lluvia, así el viento enemigo azota la rápida nave y cubre de nubes sus velas propicias. El Hado segó la belleza sin par de Priscila, como un pino de enhiesto penacho, gloria de los bosques, que sucumbe ante el fuego dañino de Júpiter, o porque se hayan muerto sus raíces y, ya sin fuerzas, no responde al murmullo de las auras. ¿De qué sirve la honra, ni la fiel castidad, ni el culto tributado al poder de los dioses? Los lazos tenebrosos de la Muerte cercaron por doquier a la cuitada: se estiran las labores sin piedad de las hermanas[37] y sólo queda ya el último cabo del hilo consumido. Ni la turba de fámulos ni el afán trabajoso de los médicos remediaron sus males, y, sin embargo, sus acompañantes, componiendo su rostro en derredor, simulan esperanza, pero ella nota el llanto de su esposo. Él, ora invoca en vano las aguas incorruptas del infernal Leteo, ora llora, acongojado, sobre todas las aras, y marca con sus huellas las puertas de los templos y barre con su pecho sus umbrales, o bien recurre a la deidad propicia de nuestro excelso César. ¡Oh curso despiadado del destino! ¿Hay algo que no pueda nuestro César? ¡Cuántos aplazamientos pudieran añadirse a

[37] Las Parcas.

las vidas humanas, si tú, padre, ostentaras la potestad omnímoda! La Muerte, recluida en el abismo ciego, gemiría por siempre, y las Parcas, ociosas, habrían relegado sus labores. Ya tu expresión se borra y denotan sus ojos el último desvío, sus oídos se cierran, si no es, solamente, cuando reconoce la voz de su esposo: sólo a él ve su espíritu, que retrocede de la Muerte misma, a él ciñe firmemente con sus brazos cansados, mientras vuelve hacia él sus miradas constantes, y no quiere saciar sus pupilas con el último sol, sino con el esposo querido. Así consuela entonces, en la muerte, a su esposo entrañable: «Tú, parte de mi alma que seguirá viviendo, y a quien así pudiera dar los años que la inclemente Átropo[38] me roba, ten el llanto, te ruego, y no hieras tu pecho con golpes crueles y no martirices la sombra fugitiva de tu esposa. Es cierto que abandono nuestro lecho, mas respetando el orden de la muerte, pues que soy la primera en partir[39]: he vivido días más dichosos que una larga vejez; te he visto, ya hace tiempo, deslumbrante en pleno florecer, y te he visto acercarte más y más a la diestra suprema. Ni el Hado ni deidad alguna tiene ya poder sobre ti: yo me llevo conmigo esa victoria[40]. Tú sigue de buen grado el camino emprendido y ama, incansable, su presencia sagrada, su poderoso Genio. Ahora —encargo que tú mismo deseas recibir— ofrece al santuario del Capitolio una imperecedera

[38] La muerte (cf. *supra*, l. III, n. 128).

[39] La expresión *el orden de la muerte* no parece hacer referencia a la edad de Priscila, que probablemente no había sido más avanzada que la de Abascanto, sino a la creencia de que, según manifiesta el poeta a continuación, gracias a su marido ha obtenido la esposa una vida más plena que la que correspondería a su edad cronológica. Ver TÁCITO, *Anales* XVI 11, donde se repite este lugar común que consiste en anteponer a la edad otros valores.

[40] Puesto que fue ella quien le granjeó el favor de Domiciano.

dádiva de oro en que brille la efigie de César sacrosanto con cien libras de peso[41] y atestigüe el amor de su esclava devota. Yo, de esa suerte, no veré a las Furias ni el Tártaro profundo, y seré recibida, afortunada, en la región elisea.» Así dijo, muriente, y abrazó el cuerpo de su compañero, y sin entristecerse, hizo pasar su alma enamorada a los labios de su esposo y con la mano amada cerró sus propios ojos.

A pesar de ello, el joven, con su pecho encendido de profundo dolor, ya colma su viuda morada con fiero lamento, ya ansía desnudar su espada, ya se dirige a las estancias altas y sus acompañantes apenas le retienen[42], ya se inclina sobre su amada perdida y junta con ella sus labios, y atiza, cruel, el dolor adentrado en su pecho: tal el poeta odrisio[43], sin alma tras haber visto a su esposa[44], abandonó su plectro junto al río Estrimón[45] y quedó anonadado, llorando sin poemas la dolorosa pira. Tu esposo, con valor, incluso habría roto el curso de su vida para que no bajaras sin él a la sima del Tártaro, pero lo impide su espíritu leal a su caudillo, admirable ante las órdenes sagradas, y ese amor más excelso.

¿Quién podría narrar con un poema digno las exequias y ofrendas mortuorias de este cortejo fúnebre? Allí, apretada en larga comitiva, fluye la primavera toda de Arabia y de Cilicia, y las flores sabeas, y la cosecha de India para el

[41] SUETONIO, *Domiciano* 13, atestigua que el emperador había prohibido que se le dedicaran estatuas, a menos que fueran de oro o plata y que alcanzaran un peso determinado.

[42] En su intento de quitarse la vida.

[43] Orfeo, denominado así por el nombre de los odrisios, pueblo asentado en la Tracia, junto al nacimiento del río Hebro (ver OVIDIO, *Metamorfosis* VI 490).

[44] Cuando, al regreso de los infiernos, no pudo dejar de volverse para contemplar a Eurídice, causándole la muerte por vez segunda y definitiva.

[45] Cf. *supra*, l. I, n. 20.

fuego[46], y, negado a los templos, el incienso; y con él los perfumes palestinos y hebreos y las hebras coricias[47] y las yemas cinireas[48]; y ella descansa sobre un mullido lecho de la China[49], a la sombra de un baldaquino tirio[50]. Pero en todo el cortejo, es el marido solo quien atrae las miradas, hacia él se dirigen los ojos de la Roma excelsa, como si condujera a sus tiernos hijos a la pira suprema: tal dolor en su rostro, tal negrura atestiguan sus cabellos y sus ojeras. A ella, liberada tras un final sereno, la tienen por dichosa, por el marido derramaban lágrimas.

Hay un lugar, delante de la Urbe, donde nace la inmensa vía Apia y en que Cibele vierte sus sollozos en el ítalo Almón y olvida los arroyos de su Ida[51]. Allí tu esposo eximio, cubierta suavemente de púrpura sidonia —pues no pudo arrostrar el humo de la pira ni el crepitar del fuego—, te recostó, Priscila, sobre un lecho entrañable. El paso de los años ya no podrá dañarte ni la injuria del tiempo conseguirá ya herirte: tal cuidado ha tenido de tu cuerpo y tal lujo

[46] Esto es, toda suerte de plantas aromáticas de origen exótico

[47] Las hebras del azafrán, que se producía en Córico, ciudad y monte de Cilicia. Ver MARCIAL, III 65, 2

[48] La mirra. La hija de Ciniras, rey de Chipre, fue metamorfoseada en árbol de mirra (ver OVIDIO, *Metamorfosis* X 489).

[49] Esto es, de seda

[50] Es decir, purpúreo.

[51] Monte de Frigia, célebre, entre otras razones, por el culto de Cibele (cf. *supra*, l. I, n. 16). El Almón es un riachuelo que desemboca en el Tíber, no lejos de la Puerta de Ostia. Allí se celebraba todos los años, el 27 de marzo, el baño de Cibele (la Gran Madre de los dioses), que en principio fue un rito campesino, rogativa de lluvias, pero que, en virtud del antropomorfismo de los dioses, se convirtió en un rito lustral, purificador de la diosa, que, después de sus relaciones sexuales, sigue derramando su llanto.

respira el mármol venerable[52]. Pronto renacerás, metamorfoseada en diversas efigies: en este bronce, Ceres, en aquél, la bella hija de Cnosos[53]; Maya bajo esa cúpula, y, en este mármol, Venus pudorosa. Las deidades admiten de buen grado tu bello rostro, te rodean tus fámulos —la multitud de siempre— con sus servicios[54]; de acuerdo con el rito, se disponen los lechos y las mesas perpetuas. Esa es una morada, ¡una morada! ¿Quién podría decir que es un triste sepulcro? Al notar la piedad de tu esposo, al punto se diría con justicia: «Éste es, lo reconozco, el servidor de aquel que no ha mucho fundó un santuario a su inmortal familia y ha puesto en otro cielo sus luminarias[55].» Así también, cuando un alto navío zarpa de nuevo de las costas de Faros para otra travesía, y ya ha tendido a babor y estribor innumerables cables, y ha levantado las vergas anchurosas de su mástil velífero y ha emprendido su ruta, sigue su mismo rumbo una humilde chalupa, que reclama una parte del Austro inmenso. ¿Por qué motivo ahora, el más extraordinario de los jóvenes, alientas en tu pecho el llanto inmoderado e impides que se aleje tu longevo dolor? ¿Es que temes, quizá, que aterren a Priscila los ladridos de Cérbero? Él enmudece ante las sombras pías. ¿O temes que el barquero se retrase y la aleje del

[52] Abascanto hizo embalsamar el cuerpo de Priscila y depositarlo en un sarcófago de mármol.

[53] Ariadna, hija del rey de Creta Minos y de su esposa Pasífae.

[54] En la traducción se ha suprimido una conjunción copulativa, interpretando que estamos ante una hendíadis. En cuanto a los fámulos, se trata, sin duda, de los *aeditui*, antiguos esclavos de Priscila, que, después de muerta, estaban encargados de mantener su culto funerario. Ver CIL VI 8589 y 8599, textos epigráficos que probablemente se deben a estos servidores de Priscila, cuyo monumento funerario se hallaba en la Vía Apia.

[55] Cf. *supra*, l. IV, nn. 31 y 41; la tumba de Priscila se asemeja, en tono menor, al mausoleo imperial, obra de Domiciano

agua? Él lleva sin demora a quienes lo merecen, y recibe a sus manes, complaciente, en su barca propicia. Y si llega una sombra venerada por un marido pío, Prosérpina convoca las gozosas antorchas y llama a las antiguas heroínas para que salgan de sus sacros antros y disipen las fúnebres tinieblas con su lumbre purpúrea, y tiendan ante su alma las guirnaldas y flores del Elíseo. Así llegó Priscila al mundo de los Manes, allí, con su diestra tendida en actitud de súplica, ruega por ti a los Hados e invoca en favor tuyo a quienes rigen el Averno funesto, pidiendo que, colmada la medida de la existencia humana, anciano ya, abandones al señor, siempre joven, que pacifica el mundo. Las Parcas, infalibles, juran cumplir sus votos.

2

ELOGIO DE CRISPINO, HIJO DE VECIO BOLANO

Mi querido Crispino marcha a tierras tirrenas, a los bosques de Tages[36]; no es una ausencia larga ni una tierra apartada, y mi pecho se rompe por una dentellada profunda, y mis ojos, bañados, derraman gruesas lágrimas, como si persiguiera con la vista las velas de un amigo que marchara sobre las bravas aguas del Egeo, y viera, ya cansado, su esquife desde las altas rocas y lamentara que mis ojos se sintieran vencidos por el espacio inmenso.

[36] Esto es, a Etruria. Tages (a quien mejor debiéramos llamar Tagete) es un personaje mitológico, descendiente de Júpiter, que enseñó a los etruscos las artes adivinatorias, especialmente las relacionadas con la *auspicina* y la *haruspicina*.

¡Ay! Si ya te llamaran, ínclito joven, los gloriosos principios de acceso a la milicia y los caros auspicios de la vida castrense, ¡con qué abundante llanto rebosaría mi gozo y qué abrazos te diera! ¿Es que también los trances luctuosos deben ser deseados por los seres queridos, ahora, cuando tu vida ha surcado tan sólo dos veces ocho órbitas[37], aunque tu alma sea más robusta que esos escasos años, y tal edad sucumba ante tu temple sin constreñir tu espíritu? Pero no es de extrañar: una larga ascendencia sin honores no te ha engendrado de raíz plebeya, aunque seas oscuro por tu estirpe y carezcas de lustre venerable; no eres un brote de familia ecuestre, mas tampoco has llamado a la morada augusta —santuario del senado latino— como un advenedizo que estrenara la trábea con una humilde franja[38]: el tropel de los tuyos te había precedido. Tal se espera en las amplias yugadas[39] del Circo de Rómulo a un caballo de hermosa presencia, notable por los títulos de sus antepasados, de

[37] Cf. *supra*, l. III, n. 136.

[38] Esto es, la capa o toga ornada con una franja de púrpura estrecha, propia de los caballeros. No era de rancio abolengo, pero ya su padre, Vecio Bolano, fue cónsul electo, probablemente en el año 66. Había sido legado en una legión bajo el mando de Corbulón, quien, en el año 62, lo envió, con Lucio Verulano Severo, en ayuda de Tigranes, rey de Armenia, que había sido expulsado de su reino por Vologeso, rey de los partos (ver TÁCITO, *Anales* XV 3). En 69-70 fue *legatus Augusti* en Bretaña (ver TÁCITO, *Historias* II 65 y 97; *Vida de Agrícola* 8 y 16), y gobernador de Asia en tiempos de Vespasiano. Murió, probablemente, el año 92. No se sabe si sobrevivió a su esposa, que fue condenada a muerte por el intento de asesinar a su hijo Crispino, a quien sólo conocemos por este poema de Estacio. Su otro hijo, gemelo de Crispino, llamado Marco Vecio Bolano, fue cónsul en el año 111.

[39] La yugada (extensión de campo que podía arar un yugo de bueyes en un día de labor) equivalía casi a 30.000 metros cuadrados. La expresión sólo significa la vastedad del Circo de Rómulo.

cuya dilatada ascendencia sólo cuenta su cuadra fecunda con abuelos gloriosos, es a él al que todos los aplausos estimulan, el propio polvo y las redondas metas[60] se regocijan cuando lo reconocen por su vuelo. Así, joven ilustre, ha sentido la Curia que para ella naciste, y tus primeros pasos estuvieron marcados por la luna patricia[61]. Luego, según costumbre, tus hombros conocieron los pliegues tirios y la túnica propia de los grandes[62]. Pero en verdad, tu padre te ofrecía altos ejemplos para alcanzar tus títulos. Porque él, en su primera juventud, ya atacó, belicoso, al Araxes armado de aljabas y a la Armenia, insumisa frente al cruel Nerón[63]. Corbulón ostentaba el mando supremo de Marte inclemente[64], pero aquel gran jefe admiró sin reserva a Bolano en acciones egregias como compañero en la guerra y como camarada en las fatigas, y solía confiarle las misiones más duras y hacerle partícipe de sus inquietudes: cuál era el momento oportuno para una emboscada, qué ocasiones propicias al combate abierto, qué promesa del feroz armenio era sospechosa o qué desbandada era verdadera[65]. Era Bolano quien reconocía un camino inseguro, Bolano quien buscaba

[60] Conos o pirámides que los caballos o los carros debían rodear en los extremos del circo.

[61] El calzado de los patricios estaba provisto de un broche de marfil en forma de media luna, que fue en principio insignia de los senadores patricios, aunque acabó generalizándose al hacerse también extensiva a los de origen plebeyo.

[62] La toga pretexta (con la banda de púrpura, es decir, tiria) y la túnica laticlavia (con la franja de púrpura ancha) eran distintivos patricios que, según se desprende de este texto, se asumían después de haber ostentado la media luna.

[63] Cf. *supra*, I. I, nn. 190 y 191.

[64] Esto es, de aquella guerra despiadada.

[65] Cf. *supra*, I. I, n. 190.

una altura adecuada para un campamento fiable y quien mensuraba el terreno, el que abría las trabas hostiles de las torrenteras y de los boscajes, quien cumplía los altos designios de su prestigioso caudillo y el único que satisfacía sus egregias órdenes. La misma tierra bárbara conocía ya a aquel hombre: su cimera, la segunda en el combate, y su casco, el más cercano al general. Así los frigios, espantados, aunque vieran las armas de Nemea y empujara sus líneas el arco de Cleone, si Alcides combatía, también de Telamón sentían miedo[66]. Apréndelo, mancebo, ya que no has de buscar el honroso deseo del valor en un maestro extraño, y debe darte ánimo la gloria familiar: a otros se ostente el ejemplo de Decios y Camilos de vuelta del exilio[67]; tú conoce a tu padre: sabe con qué grandeza, por transmitir las órdenes, llegó hasta Tule, que rechaza las olas de Occidente, donde siempre Hiperión desfallece[68], y con qué grandeza gobernó las mil ciudades del Asia poderosa durante el año que le asignó la suerte, mitigando la toga su autoridad suprema[69]. Bebe tales

[66] Acerca de la gesta de Hércules en Frigia, frente a Laomedonte, cf. *supra*, I. IV, n. 137. Las armas de Nemea y el arco de Cleone hacen referencia indistinta al empuje de Alcides (cf. *supra*, I. IV, n. 79). En cuanto a la gloria de Telamón, que secunda a Hércules, ver Ovidio, *Metamorfosis* XI 216.

[67] Tanto la familia de los Decios como la de los Camilos dieron héroes gloriosos a la historia de Roma; en la primera, destacan los tres llamados Publio Decio Mus (padre, hijo y nieto), que se sacrificaron voluntariamente por su patria; en la segunda, es especialmente heroico Marco Furio Camilo, que después de una vida ejemplar al servicio de Roma, se expatrió a consecuencia de las envidias que se concitaron contra él, y regresó para salvar su patria frente a los invasores galos; además de obtener los títulos de *Segundo fundador de Roma y Padre de la Patria*, se le erigió en el Foro una estatua ecuestre, distinción desusada hasta entonces.

[68] Cf. *supra*, I. II, n. 161; I. III, n. 188. Aquí el nombre de Tule designa a Bretaña.

[69] Durante su gobierno de Asia (cf. *supra*, n. 58), prefirió ejercer como magistrado pacífico que como autoridad militar. Cf. *supra*, I. I, n. 183.

lecciones con el oído atento: que tus allegados rivalicen en facilitártelas y te las repitan los viejos compañeros de tu padre.

Y ya te dispones a emprender el camino en otra dirección, presto a marchar con paso presuroso[70]. Aún no han apuntado en tus mejillas las señas de una recia juventud, y el curso de tu vida sigue intacto, ya no tienes contigo a tu progenitor, que ha muerto arrebatado por un cruel destino, dejando a sus dos hijos sin su guía; ni siquiera ha depuesto de tus jóvenes miembros la púrpura pueril para cubrir tus hombros con la alba vestidura[71]. ¿A quién no ha arrebatado la juventud indómita con la desenfrenada libertad de la toga estrenada? Tal una planta, aún desconocedora de la poda, alza su cabellera y derrama su fruto trasmudándolo en sombras. Pero en tu tierno pecho el amor de las Piérides reside, y la moderación, y el talante que sabe imponerse sus leyes, y una honradez risueña, y una frente serena, y un esplendor que guarda los límites del lujo, y una piedad que a todos alcanza sin medida. La suerte de tu casa te ha enseñado a dar la preferencia a tu hermano gemelo, a admirar a tu padre y a perdonar a tu culpable madre[72]. ¿Fue capaz de aprestarte con su mano la copa abominable con el jugo mortal a ti, que con tu voz podrías desviar la mordedura de las serpientes y

[70] Probablemente no se trata ya de la marcha a Etruria (a tierras tirrenas), sino de su incorporación a su futuro destino como *tribunus militum*.

[71] Puesto que Crispino contaba dieciséis años en 95 ó 96, asumió la toga viril no antes del 93 ó 94, esto es, después de la muerte de Vecio Bolano.

[72] Su hermano gemelo, Marco Vecio Bolano (cf. *supra*, n. 58), fue cónsul en el año 111. Él, Crispino, había estado a punto de morir envenenado por su madre, pero la perdonó. De acuerdo con la Ley Cornelia, estos sucesos eran investigados por el tribunal que entendía en los juicios a sicarios y envenenadores, que, si resultaban convictos, sufrían la pena capital (ver Ps.-QUINTILIANO, *Declamaciones*, y SÉNECA, *Controversias*).

aplacar con tu rostro a todas las madrastras? Sería grato torturar sus manes y arrebatar la paz a su sepulcro con justa imprecación, pero a ti, joven óptimo, te veo aplacar la justicia, dispuesto a dirigirme estas palabras: «Perdona, te lo ruego, a las cenizas: es cosa del destino y de la cólera de las dañosas Parcas, y es la culpa de un dios —sea cual sea— que con asaz tardanza ve los pechos humanos y no detiene en el primer instante los malvados intentos ni a las almas que abrigan pensamientos infames. Que caiga del recuerdo aquella fecha y los siglos futuros no lo crean. Nosotros, al menos, guardemos silencio y dejemos que las culpas de nuestra propia sangre se oculten, sepultadas bajo espesas tinieblas. Ya ha aplicado el castigo el que tiene a su cargo la guía de sus súbditos, los hombres, aquel por cuyo impulso ha vuelto la Piedad y ha mirado de nuevo la tierra; aquel ante quien tiembla todo crimen[73]. Bastante es el castigo y, para nosotros, digno de llanto. ¡Que no podamos —ojalá así fuera— aplacar a las crueles Euménides y ahuyentar a Cérbero de tu medrosa sombra y dar presto a tus manes el río del olvido!» Bravo, mancebo, pero es más grave el crimen de tu madre, ya que te ha sido dada no solamente la piedad filial, sino también el mérito más alto. Poco ha, cuando un compañero tuyo palidecía bajo una falsa acusación infamante, y la ley Julia[74] ponía al Foro en pie y se alzaba, resuelta, entre tantos

[73] La restitución de la Piedad es obra de Domiciano, que no sólo ha traído a la tierra una nueva edad de oro, sino que ha hecho brillar la justicia al condenar a la madre de Crispino en virtud de su potestad censoria, que le obliga a velar por las buenas costumbres.

[74] Domiciano, en su papel de guardián de la moral, había desempolvado la ley Escantinia, que condenaba el estupro, y la ley Julia, que castigaba el adulterio y el concubinato (ver DION CASIO, LXVII 12, 1, JUVENAL, II 30; MARCIAL, V 75; VI 2, etc.).

jueces [75] y enarbolaba el rayo del pudor, tú, aunque nunca te habías enfrentado al Foro y a sus severas leyes, sino que habías vivido retirado en la sombra callada de tus estudios, te atreviste a alejar los temores de tu pávido amigo y, aún inerme y bisoño, a rechazar los dardos enemigos. Nunca vieron ni Rómulo ni nuestro antepasado dárdano [76] a un joven de esos años combatiendo en pleno Foro, en medio de la turba togada. Los senadores se asombraron ante tan alta empresa y ante tu empeño, y ya el propio acusado no temía. Es parejo el vigor de tu cuerpo, y tus fuerzas, dispuestas a las altas empresas, igualan tu coraje y secundan sus próceres empeños. Yo te he visto hace poco en la orilla del Tíber, donde hierven las olas del Tirreno sobre los bajos fondos de Laurento [77], a galope tendido, incitando con tus talones desnudos los ijares de un fiero caballo, con la amenaza en tu rostro y en tu brazo. Si puedes creer en mis palabras, quedé asombrado y creí ver a Marte. así de hermoso, sobre un caballo getulo y blandiendo troyanas jabalinas, iba Ascanio a la caza en tierras de su madrastra, y así inflamaba a la infeliz Elisa en amor por su padre; no de otro modo, con ligero quiebro, esquivaba Troilo a los caballos amenazado-

[75] Los casos de adulterio se sustanciaban ante los centúmviros.

[76] Las estatuas de Rómulo y del antepasado dárdano (Eneas) se alzaban sobre el Foro, al parecer no muy distantes entre sí (ver SERVIO, en su comentario sobre la *Eneida* VIII 641).

[77] El poeta no ha visto a Crispino en el estuario de la desembocadura del Tíber, sino en el Campo de Marte, a orillas del Tíber, practicando la equitación. Se trata de una doble reminiscencia virgiliana: compara la belleza de Crispino con la de Julo o Ascanio, el hijo de Eneas y Creúsa, cuando va a la caza en tierras del rey Latino y de su hija Lavinia (*Eneida* VIII 493 y ss.), y con la de Cupido suplantando a Ascanio para enamorar a Dido o Elisa (*Eneida* I 657 y ss.).

res [78], o aquel a quien con ojos no enemigos contemplaban desde sus altas torres las madres tirias cuando doblaban las arcadias metas [79] sobre el polvo tebano.

Vamos, pues: ya que la indulgencia del caudillo te empuja a altas empresas y tu feliz hermano ofrece a tu esperanza una senda segura, levanta el corazón y acaricia los valientes propósitos de la vida castrense. Te enseñarán las artes militares Marte y la virgen ática [80]; Cástor, a dominar a los caballos [81]; Quirino, a blandir las armas en torno a tus hombros, él que te ha encomendado que batas junto a tu cuello tan juvenil los escudos nacidos de las nubes y las armas vírgenes de matanzas [82].

¿A qué tierras, a qué orbe de César marcharás? ¿Surcarás los ríos árticos y las corrientes sumisas del Rin, o sudarás en los tórridos campos de Libia? ¿Golpearás los montes de Panonia y a los sármatas que cambian su morada? ¿Te

[78] Troilo, hijo de Príamo (cf. *supra*, l. II, n. 133), era diestro en la doma de los caballos de combate (cf. HOMERO, *Ilíada* XXIV 257).

[79] Cf. *supra*, n. 60. Se refiere a Partenopeo, el bello rey de Arcadia (cf. *supra*, l. II, n. 136), a quien, aunque era uno de los siete caudillos que atacaban Tebas en apoyo de Polinices, las madres tebanas —llamadas aquí tirias— veían con buenos ojos como posible yerno.

[80] Minerva.

[81] Cf. *supra*, l. IV, n. 155.

[82] Crispino era sacerdote salio. Los dos colegios de salios —instituidos ambos por Numa Pompilio, o bien el primero por Numa y el segundo por Tulo Hostilio— ejercían el culto de Marte sobre el Palatino y el Quirinal respectivamente. Al identificarse Quirino con Marte, como dios de la guerra, los salios se convirtieron en sacerdotes de Marte, aunque no se había perdido totalmente la diferenciación entre ambas divinidades (ver TITO LIVIO, V 52, 7). Los salios danzaban —de ahí su nombre, saltaban— golpeando con un bastón en forma de dardo, no usado en el combate, sobre el escudo, que, según la tradición, fue en principio uno solo, caído del cielo, del que Numa mandó hacer once copias (ver OVIDIO, *Fastos* III 259).

tendrá el Histro con sus siete bocas[83] y Peuce[84], envuelta por su umbrío amante? ¿Irás a las cenizas de Jerusalén y hasta los palmerales cautivos de Idumea[85], que ya no planta sus vergeles fértiles para sí misma? Mas si te acoge una tierra regida por tu ilustre padre, ¡cómo se gozará el agreste Araxes[86]! ¡Qué orgullo exaltará los campos caledonios cuando un íncola añoso de aquella tierra indómita te diga: «aquí tu padre solía hacer justicia, desde este prado arengaba a sus escuadrones, aquellas atalayas y aquellas torres —¿las ves allá? — él las alzó y rodeó esas defensas con un foso; estas ofrendas, estos trofeos, fue él quien los consagró a los dioses de la guerra: aún puedes ver las dedicatorias, esta coraza la ciñó él cuando el combate le llamaba, ésta se la arrebató a un rey britano[87]»! Así hablaba Fénix[88], acerca de Aquiles, a Pirro[89], que no le había conocido, cuando se disponía a emprender una guerra victoriosa contra los teucros[90].

Feliz tú, Optato[91], que, confiado en tu verde juventud, vas a arrostrar todas las jornadas y a abordar la empalizada,

[83] Cf. *supra*, l. IV, n. 87

[84] Nombre de una isla, situada en una de las bocas del Danubio, y de la ninfa que habitaba en ella, amada por el río, al que da sombra la isla con su vegetación

[85] Cf. *supra*, l. I, n. 245

[86] Cf. *supra*, l. I, n. 19.

[87] Según Tácito, la gestión de Bolano en Bretaña se caracterizó más por el exceso de blandura que por la energía y la eficacia (ver *Vida de Agrícola* 8 y 16)

[88] Cf. *supra*, l. III, n. 88

[89] Pirro o Neoptólemo, hijo de Aquiles. Ver VIRGILIO, *Eneida* II 469, 491, 500, 526 y ss

[90] Los troyanos, así llamados por el nombre del primer rey de la Tróade

[91] Personaje desconocido, amigo de Crispino.

también tú, quizá —así te proteja la divinidad de nuestro príncipe— con la espada al costado y como camarada infatigable de tu amigo del alma, como lo fue el fiel Pílades[92], o como el hijo de Menecio[93] durante la guerra de Troya. Porque tal es vuestra concordia, tal vuestro amor, y yo ruego que dure siempre. A mí ya se me escapa la edad vigorosa, desde aquí sostendré con mis votos y ruegos tu esfuerzo —¡ay de mí! —, pero si acaso profiero mis quejas como de costumbre y el senado de Rómulo acude a escuchar mis poemas, me faltarás tú, Crispino, y mi Aquiles[94] recorrerá con la vista todas las gradas sin encontrarte. Pero serás más grande a tu regreso —y las predicciones de los poetas no son vanas— y aquel que te abre ahora las águilas castrenses[95] también te dará paso, grado a grado, hasta que te rodees de los altivos fasces y te veas sentado en la silla curul como tu padre.

Mas ¿quién es quien se acerca de las excelsas cumbres de la troyana Alba[96], desde donde el más allegado de los dioses mira de cerca el recinto de su Roma? Más raudo que la Fama, penetra el mensajero en tu morada y la llena, Crispino, con su anuncio. Ya lo decía yo: no son vanos, sin duda, los presagios de un vate: he aquí que César te abre el grandioso umbral de los honores y te confía el peso del hierro ausonio. Adelante, mancebo, y con tu esfuerzo muéstrate digno de tan altos dones, feliz tú, que ya prestas juramento a tan alto caudillo; tú, a quien el divino Germánico impone tu espada

[92] Cf. *supra*, l. II, n. 139

[93] Patroclo (ver n. anterior)

[94] Alusión a una posible lectura de la Aquileida.

[95] Probable hendíadis en el original.

[96] Desde las terrazas del palacio de Domiciano, construido sobre las alturas de Alba, se divisaba Roma. Troyana, porque su fundación se atribuía a Julo, hijo de Eneas y Creúsa (cf. *supra*, l. III, n. 33).

primera. No es menor tu honra que si el propio señor de la guerra te abriera el camino de las épicas águilas y cubriera tu rostro bajo el temible yelmo. Marcha animoso y sabe merecer galardones mayores.

3

POEMA FÚNEBRE A SU PADRE [97]

Desde los manantiales del Elíseo, dame, padre doctísimo, la inspiración funesta, y díctame un poema melancólico, y da aliento a mi lira desdichada. Porque sin ti no puedo despertar al oráculo de Delos, ni, como de costumbre, estimular a Cirra [98]. Todo cuanto no ha mucho me revelara Febo en la penumbra de la gruta coricia [99], cuanto desde la cúspide del Ísmaro me enseñara Euhan, lo he olvidado. Las cintas del Parnaso han desertado de mi cabellera, y me he horrorizado de que el fúnebre tejo creciera entre mis hiedras y —¡horror!— se desecara mi laurel tembloroso [100]. Lo cierto es que, si otrora marchaba yo exhalando sublime inspiración para exaltar los

[97] En este epicedio se contiene todo lo que sabemos acerca del padre de Estacio.

[98] Cf. *supra*, l. III, n. 51. En cuanto al sentido, significa: *sin ti no puedo alcanzar la inspiración de Febo*.

[99] La gruta de Córico, situada en la ladera del monte Parnaso, consagrada a las ninfas y al dios Pan.

[100] Las hiedras propias del poeta dionisíaco y los apolíneos laureles, además de las cintas que coronan a los vates, han sido sustituidas por el tejo, símbolo de la muerte, que bordea el camino del Hades. Ver OVIDIO, *Metamorfosis* IV 432, y cf. *supra*, l. I, n. 221.

hechos de los reyes magnánimos e igualar con mis cantos a Mavorte [101], ¿quién de estéril descuido ha cubierto mi pecho?, ¿quién ha ahogado a Apolo, ofuscando mi mente maldita con frígidas nieblas [102]? En torno al poeta se yerguen las diosas [103] atónitas, sin que su voz ni sus dedos emitan un dulce sonido. Incluso aquella que dirige el coro [104] apoya su frente en su cítara muda, tal como se detuvo a tus orillas, Hebro [105], después que Orfeo le fuera arrebatado, viendo ya las manadas de fieras privadas de cantos y los bosques inmóviles sin música. Pero tú, ya sea que, librado de tu cuerpo y ascendiendo a lo alto, contemples las regiones esplendentes y los principios de las cosas todas, qué es dios, de dónde nacen las estrellas, qué ruta mueve al sol, cuál es la causa que atenúa a Febe [106] y cuál la que es capaz de renovarla cuando se hallaba oculta, y así ensanches los cantos del afamado Arato [107], ya habites en el césped recoleto del llano del Leteo, junto a las asambleas de los héroes y los manes dichosos, y el anciano meonio y el ascreo [108] —tú, sombra no inferior [109]— y con ellos eleves tus poemas unidos a los suyos, padre: a mi

[101] Alusión a su genio épico en la composición de la *Tebaida*.

[102] Hay en el texto de Estacio, dentro de este pasaje, un anacoluto que en la traducción se ha procurado atenuar, pero no se ha suprimido, teniendo en cuenta que es éste un recurso estilístico altamente eficaz para sugerir en el lector o en el oyente el estado de turbación emocional que afecta al poeta.

[103] Las Musas.

[104] Calíope.

[105] Cf. *supra*, l. II, n. 183.

[106] La luna (cf. *supra*, l. I, n. 148).

[107] Es la misma disyuntiva que se plantea en el poema II 7. Cf. *supra*, l. II, n. 184.

[108] Esto es, el viejo Homero y el viejo Hesíodo. Cf. *supra*, l. II, n. 29.

[109] Parece ser que el padre de Estacio era buen poeta, tanto en lengua latina como en lengua griega.

duelo intenso da voz e inspiración. Porque la Luna, después de desterrar del cielo su rostro por tres veces y por otras tres veces restaurarlo, aún me ve postrado y sin aliviar mis dolorosas cuitas con ninguna Helicónide[110]; desde que tu pira enrojeció mi rostro y bebí tus cenizas con ojos arrasados, para mí es despreciable el valor de las letras. A duras penas y por vez primera libero mi conciencia en esta ofrenda e intento ahuyentar el abandono de mis cuitas silentes, aunque con mano aún desfallecida y con los ojos húmedos, doy comienzo, inclinando sobre el túmulo en que plácidamente reposas sin dejar nuestras tierras[111], en donde, tras el óbito de Eneas, Ascanio, deslumbrante, en los montes del Lacio fundó Alba por huir de los llanos, empapados en la sangre troyana, y del reino heredado de su infausta madrastra[112]. Aquí —porque los azafranes de Sicilia no exhalan un aroma más melifluo, ni las raras canelas que los ricos sabeos para ti hayan podido cultivar, ni la espiga fragante que haya sabido recoger el árabe— aquí te lloro en este canto pierio[113] con la anuencia del infernal lago, acoge los gemidos, las heridas y el llanto de tu hijo, que pocos padres recibieron nunca. Ojalá mi fortuna permitiera consagrar a tus manes un altar, una obra de arte semejante a un templo, levantar en el aire un edificio más alto que las rocas de los Cíclopes[114]

[110] Del Helicón, es decir, Musa.

[111] En la propiedad de Estacio sobre el monte Albano (cf. III 1, n. 34). En cuanto al enterramiento en terreno privado, cf. *supra*, l. III, n. 149.

[112] Ver Tito Livio, I 3, acerca del abandono de la ciudad de Lavinio y la fundación de Alba. La madrastra de Ascanio, Lavinia, es infausta porque, aun sin proponérselo, fue el motivo principal del derramamiento de sangre, y porque sólo tras la muerte de Turno se convirtió en la segunda esposa de Eneas (ver Virgilio, *Eneida* XII 937).

[113] Es decir, inspirado por las Musas, hijas de Piero.

[114] El poeta puede referirse a los farallones que se elevan sobre el mar

y las piedras audaces de las pirámides y rodear tu tumba de un gran bosque sagrado. Allí habría superado la ofrenda del sepulcro siciliano[115], el bosque consagrado de Nemea[116] y las honras solemnes del mutilado Pélope[117]. Allí no rasgaría los espacios con el disco espartano una turba desnuda de helénicos atletas, no regaría el llano el sudor de los équidos, ni sobre las rodadas polvorientas alzarían los cascos su redoble, sólo el coro de Febo; y yo, ritualmente, te ofrendaría, padre, pues eras tú el objeto de homenaje, las guirnaldas frondosas, los premios de los vates. Y con los ojos húmedos, sacerdote de tu alma y de tu sombra, yo entonaría la primera nenia, de la que no podrían apartarte ni Cérbero con todas sus quijadas, ni las leyes que a Orfeo sujetaron. Y al cantar tus virtudes y tus hechos, quizá mi devoción no me habría pospuesto al inspirado Homero, e intentara igualarme al temible Marón[118].

al norte de Catania (ver Plinio, *Historia Natural* III 89, y Virgilio, *Eneida* I 201) o bien a las murallas ciclópeas (ver *Tebaida* I 630).

[115] El sepulcro de Anquises, elevado por Eneas (ver Virgilio, *Eneida* V 42 y ss.).

[116] Donde se celebraban los juegos nemeos (ver Virgilio, *Geórgicas* III 19).

[117] Pélope, hijo de Tántalo, fue descuartizado por su padre para ofrecer sus fragmentos como manjar a los dioses. Éstos reconocieron la naturaleza de la víctima, excepto Ceres, que, distraída, comió un hombro de Pélope. Júpiter reunió los miembros, les dio vida y sustituyó el hombro que faltaba por uno de marfil que tenía virtud curativa. Según la tradición, los juegos olímpicos fueron instituidos por Pélope, después de su victoria sobre Enómao, padre de Hipodamía, como juegos fúnebres en honor de su suegro derrotado, y restablecidos posteriormente por Hércules para honrar al propio Pélope.

[118] El adjetivo *temible* (*torvo* en latín) ha dado lugar a numerosas conjeturas, ya que Virgilio se caracterizaba por su extraordinaria dulzura y su tierna sensibilidad. Respetando todas las hipótesis e interpretaciones, yo me inclino a considerar este adjetivo como *temible para un presunto competidor*, esto es, *inigualable*.

¿Por qué hace más reproches a los dioses y a los hilos de bronce de las Parcas la madre que se sienta, solitaria, sobre la pira tibia de su hijo, o la que ve la hoguera de su joven marido y rebasa las manos que se le oponen y a las gentes que intentan detenerla, para correr, si puede, a morir en la pira de su esposo? Tal vez con más encono que ellos acuse yo a los dioses de lo alto y al Tártaro, que incluso a los extraños les parezcan penosas estas exequias: ni Piedad ni Naturaleza se han revelado ajenas a mi duelo. para mí, padre mío, bajas al cruel Tártaro como arrancado de tus verdes años, en el umbral primero de tu sino. La virgen maratonia[119] lloró a Icario, asesinado a manos de crueles labriegos, no menos que a Astianacte, cuando cayó de lo alto de la torre troyana, lloró su madre[120]. Aquella —más aún— ahogó su llanto con el lazo supremo; tú, en cambio, es vergonzoso que, tras los funerales del magnánimo Héctor, te sometieras a un esposo hemonio[121].

Yo no voy a aportar a la pira paterna las exequias que el cisne, sabedor de su fin, se dedica a sí mismo en su muerte armoniosa, ni la canción de las tirrenas aves, desde el negro cantil, que es la dulce amenaza de los nautas[122], ni el canto

[119] Erígone, hija de Icario, rey de Atenas (llamado Ícaro por PROPERCIO, II 33, 29 s., por OVIDIO, *Metamorfosis* X 450, y por otros autores). Icario aprendió de Baco el cultivo de la vid y la elaboración del vino. Unos pastores, que se embriagaron al probarlo, le dieron muerte, pensando que los había envenenado. Erígone, desesperada, se ahorcó. Tanto el padre como su hija fueron metamorfoseados en estrellas por obra de Baco o de Júpiter, según versiones diversas.

[120] Astianacte, hijo de Héctor y de su esposa Andrómaca, según algunas fuentes (no todas), fue arrojado desde las murallas de Troya por el feroz Neoptólemo o Pirro, el hijo de Aquiles, conquistador de la ciudad. Andrómaca se desposó con el asesino del pequeño Astianacte.

[121] Esto es, tesalio (cf. *supra*, l. I, n. 205).

[122] Cf. *supra*, l. II, nn. 13 y 47.

que susurra Filomela con su truncada voz, mientras se queja a su insensible hermana[123]: demasiado notorio para un vate. ¿Quién en un funeral no ha mencionado el enramado entero de las Helíades y las joyas nacidas de sus lágrimas[124], y la piedra de Frigia[125], y a aquel que osó desafiar a Febo con su música y se vio traicionado por su flauta de boj para goce de Palas[126]? Llórete a ti Piedad, que ha olvidado a los hombres, y Justicia, que ha sido llamada de nuevo a los cielos[127], y llórete Facundia en las dos lenguas, y Palas, y el cortejo sobre el monte Helicón del docto Febo, y aquellos que asumieron la tarea de ordenar en hexámetros las campañas de Aonia, y aquellos que, por haber medido sus poemas sobre la arcadia concha de tortuga, alcanzaron renombre como líricos, y aquellos siete a quienes, bajo la capa toda de los cielos, cuenta como famosos la encumbrada Sapiencia, y

[123] Cf. *supra*, l. III, n. 196.

[124] Las Helíades, hijas del Sol y de Clímene, a la muerte de su hermano Faetón se convirtieron en árboles, y las lágrimas que derramaron por su hermano se trocaron en ámbar (ver OVIDIO, *Metamorfosis* II 340 y ss.)

[125] Níobe, hija del frigio Tántalo y esposa de Anfión (cf. *supra*, l. III nn. 45 y 78), madre de siete hijos y siete hijas, que cometió la imprudencia de desdeñar a Latona, madre solamente de Apolo y Diana. En venganza Apolo dio muerte con sus flechas a los siete varones, y Diana, con las suyas a las siete hijas. Júpiter, compadecido de su llanto, convirtió a Níobe en piedra, de la que, sin embargo, siguió manando agua. Ver OVIDIO, *Metamorfosis* VI 146 y ss.

[126] El sátiro Marsias, insigne flautista, se atrevió a retar a Febo, que lo superó en el certamen musical y mandó desollarlo. La alegría de Palas se debe a que ella había sido la inventora de la flauta, pero había rechazado su invento al notar que, cuando la hacía sonar, se afeaba su rostro a causa de la hinchazón de sus mejillas. Lo que parece poco claro es la relación de este episodio con los tópicos de los poemas fúnebres, a menos que se trate del lugar común de la crueldad de los dioses para con los humanos.

[127] Cf. *supra*, l. I, n. 169.

aquellos que, calzados de imponente coturno, clamaron a las Furias y a las mansiones regias y a los astros caídos desde el cielo, y aquellos que disfrutan aplacando su esfuerzo con la alegre Talía o truncando en un paso la épica andadura[128]. Porque él abrazó todos los géneros con ánimo esforzado y holló todas las sendas por donde se dilata la copiosa abundancia de la lengua, ya le pluguiera sujetar sus palabras a los ritmos aonios[129], ya, con voz liberada, derramarlas e igualar a las nubes con su acento sin freno. Arranca, Parténope, tu rostro ruinoso de las cenizas súbitas, y pon tu cabellera, que sepultó la ráfaga del abrasado monte[130], sobre el túmulo fúnebre de tu ilustre retoño, más glorioso que cuantos engendraron las cumbres de Muniquia ni la docta Cirene ni la esforzada Esparta[131]. Si exenta de linaje, si privada de fama yacieras sin familia, por virtud de este solo ciudadano mostrarías ser griega y nacida de padres de Eubea. Sus sienes se ofrecieron tantas veces a tus guirnaldas cuando cantaba en versos meritorios tus señaladas fiestas quinquenales y dejaba a su espalda la elocuencia del rey de Pilos y el brillo y la facundia del de Duliquio, ciñendo sus cabellos con dos

[128] Suprimiendo un pie del hexámetro, esto es, combinando hexámetros y pentámetros, los poetas elegíacos (cf. *supra*, l. I, n. 123).

[129] Es decir, a los cánones poéticos clásicos, inspirados por las Musas (cf. *supra*, l. I, n. 121).

[130] Bello juego de imágenes, en que se conjuga la visión de la sirena Parténope, que dio su nombre a Nápoles, con la visión de la ciudad, ruinosa por la erupción del Vesubio en el año 79, y se sugiere el paralelo entre la cabellera de la sirena y el penacho de humo y fuego exhalado del volcán.

[131] Muniquia, puerto de Ática próximo al Pireo, designa aquí y en otros lugares a Atenas, con todos los genios que engendró. En cuanto a Cirene y Esparta, evocan respectivamente a Calímaco y a Tirteo, espartano de adopción.

trofeos[132]. No fue tu nacimiento deshonroso, de sangre oscura, ni sin brillo tu cuna, aun cuando la fortuna de tus padres se redujo por causa de sus gastos. Así, según el rito de los ricos, Infancia decidió que depusieras la purpúrea veste, concedida como honra de la estirpe, y el oro nobiliario de tu pecho[133]. Desde tu nacimiento, las hermanas de Aonia[134] te otorgaron, propicias, su sonrisa y Apolo, que ya entonces me mostraba su amor[135], hundió tu infantil lira y humedeció tus labios en sus aguas sagradas. La honra de ser tu patria no es de un solo lugar: es incierto el paraje en que naciste y

[132] Los reyes de Pilos y de Duliquio son Néstor y Ulises (cf. *supra*, l. I, n. 156; l. II, n. 87; l. III, n. 183; l. V, n. 14), que destacaron, entre otras razones, por su elocuencia; el género oratorio era diferente en ambos (ver QUINTILIANO, XII 10, 58 y ss.): el de Néstor era abundante, rico, exuberante; el de Ulises, florido, brillante, pujante; según unos estudiosos, la expresión *con dos trofeos* hace referencia a ello; según otros, alude a sus méritos en verso y en prosa; otros, por último, piensan que se refiere a ambas lenguas (griego y latín).

[133] La personificación de la infancia no presenta sino este testimonio. Por lo demás, los niños llevaban, pendiente del cuello, una bola que contenía amuletos para conjurar los males. Los niños que tenían derecho a ostentar la toga pretexta (con franja de púrpura) lo tenían también a llevar la bola de oro: eran los hijos de los patricios, posteriormente, los de los magistrados curules (ver MACROBIO, I 6, 11): a partir de Tarquinio Prisco, también los de los équites (ver PLINIO, *Historia Natural* XXXIII 10); por último, fue emblema de ingenuidad (esto es, de nacimiento libre) o, simplemente, de poseer algún relieve social (ver CICERÓN, *Verrinas* II 1, 152, y VALERIO MÁXIMO, V 6, 8). Los niños consagraban a los Lares su bola de oro al mismo tiempo que sustituían la toga pretexta por la toga viril.

[134] Las Musas. Cf. *supra*, l. I, n. 121.

[135] Puesto que te consagró como poeta, deparándome a mí la misma suerte.

mantienen dos tierras una rivalidad no decidida[136]: la griega Hiele[137], que ocuparon colonos del Lacio —allá donde el piloto[138], abrumado del sueño, cayó desde la popa y en medio de las olas despertó el desdichado— te considera suyo, de su gente; pero también afirma que eres suyo, por el largo decurso de tu vida, Parténope, más grande[139]*** el vate de Meonia[140] y otras ciudades se lo disputan como otras tantas cunas y todas ellas quieren demostrarlo, no es de todas el hijo verdadero, pero la gloria inmensa de la presunción falsa sustenta a los vencidos. Y allí, al tiempo que vas cumpliendo años y tomando conciencia de la vida, te sientes arrastrado desde pronto a las justas lustrales de tu patria —donde pueden los hombres cumplir a duras penas— impacientes de gloria y audaz por su talento. El pueblo de Eubea se admiró ante tus cantos infantiles y los padres mostraban tu ejemplo ante sus hijos. Luego tu voz fue asidua en los certámenes y no se halló sin gloria en fiesta alguna. No tantas veces vio la verde Terapna[141] a Cástor victorioso en la

[136] La disputa entre varias patrias presuntas es un lugar común en el elogio de los personajes (cf. *supra*, L. II, nn. 97 y 98), relacionado con la tradicional rivalidad referente a la patria de Homero, como se ve a continuación y también en otros lugares. Cf. CICERÓN, *Defensa del poeta Arquías* VIII 19.

[137] Otro nombre de Elea, ciudad de Lucania, patria de Parménides y de Zenón, también llamada Velia en latín. Ver CICERÓN, *Verrinas* II 99, y VIRGILIO, *Eneida* VI 366.

[138] Palinuro, piloto de Eneas. Ver VIRGILIO, *Eneida* V 840 y ss.

[139] Aquí existe una laguna, de dimensiones desconocidas, entre la alusión a Nápoles y la mención de Homero.

[140] Homero, una de cuyas presuntas cunas es Meonia (Lidia) en Asia Menor (cf. *supra*, L. II, n. 29; L. V, n. 136).

[141] Cf. *supra*, L. II, n. 90; L. IV, n. 172.

carrera ni a su hermano en el cesto[142]. Pero si acaso es fácil ser vencedor en casa, ¿qué es merecer los premios de los aqueos con las sienes ceñidas por los ramos de Febo, por la grama de Lerma o el pino del retoño de Atamante[143], cuando Victoria, tantas veces cansada, ni llevó, sin embargo, sus guirnaldas a ninguna otra parte, no tocó otros cabellos? Por eso te fueron confiadas todas las tiernas esperanzas de los padres, y unos adolescentes de familias ilustres, gracias a tu enseñanza, se formaron y conocieron el talante y los hechos de los héroes antiguos: cuál fue la ruina de Troya, cuán tardo se mostró Ulises, con qué aliento el poeta de Meonia[144] rememora en sus versos las pugnas de corceles y guerreros, en qué medida el anciano de Ascra y el de Sicilia[145] enriquecieron a los piadosos rústicos, con qué normas retorna la melódica voz de la lira de Píndaro, y también Íbico, que conjuró a las aves[146], y Alcmán, que fue cantado por la severa Amiclas[147], y el altivo Estesícoro y la intrépida Safo, que, sin temor a Calcis[148], se adentró en los parajes sólo hollados por hombres, y todos los demás dilectos de la lira.

[142] Esto es, en el pugilato que se practicaba con los puños introducidos en cestos duros y rígidos. Cf. *supra*, L. IV, n. 102.

[143] El laurel, el apio silvestre y el pino, galardones, respectivamente, en los juegos Píticos, Nemeos e Ístmicos; el último, como enseña de luto en memoria del hijo de Atamante (cf. *supra*, L. II, n. 33).

[144] Homero (cf. *supra*, n. 140).

[145] Hesíodo y Teócrito.

[146] Poeta lírico griego, natural de Reggio, que, según la leyenda, pereció de muerte violenta, y cuyos asesinos se delataron por el canto de unas grullas que presenciaron el hecho.

[147] Ciudad de Laconia (cf. *supra*, L. I, n. 105; L. II, n. 80), cuyo nombre se emplea en lugar del de Esparta. Alcmán, a pesar de ser un poeta lírico, fue celebrado por los rudos espartanos.

[148] Esto es, sin arredrarse ante Alceo, que, según cierta tradición, había nacido en Calcis.

Tú eras experto en comentar los cantos del Batíada[149] y los enigmas del oscuro Licofrón[150] y al embrollado Sofrón[151] y los arcanos de la cándida Corina[152]. Pero ¿a qué hablar de facetas modestas? Tú solías, parejo de Homero, soportar el yugo e igualar sus seis pies[153] con tus versos alados y jamás rezagarte con pasos más cortos. ¿Qué tiene de extraño, pues, que te buscaran, dejando su patria[154], aquellos a quienes envían los campos lucanos, las regiones del áspero Dauno[155], la morada en que Venus lloró[156], y la tierra que no guardó Alcides[157] ni la virgen que mira al Tirreno pro-

[149] Calímaco, hijo de Bato (ver Catulo, LXV 16).

[150] Poeta y erudito del siglo IV a. C., natural de Calcis (Eubea), cuya oscuridad consistía en la mezcla de diversos dialectos con la lengua ática, y, sobre todo, en el cambio de los nombres de los dioses, los héroes y demás personajes, así como los de los lugares geográficos.

[151] Introductor del mimo griego en Sicilia (siglo V a. C.). El embrollo parece deberse especialmente al uso del habla popular siracusana.

[152] Poetisa lírica nacida en Tanagra (Beocia); cándida por su estilo sencillo e ingenuo; los arcanos hacen referencia, probablemente, a las dificultades que presentaba el dialecto beocio. No obstante, su relieve entre los líricos romanos de la época augústea parece evidente, a juzgar por Ovidio, *Tristes* IV 10, 60, y por Propercio, II 3, 21.

[153] Es decir, sus hexámetros.

[154] Sigue la enumeración de todos los lugares de la Magna Grecia de donde acudían discípulos para escuchar las lecciones del padre de Estacio en su escuela de Nápoles.

[155] Héroe procedente de Iliria, que se estableció en Apulia; de ahí, el nombre de Daunia se aplica a la región costera comprendida entre el río Áufido (Ofanto) y el monte Gargano.

[156] Pompeya, ciudad cuya patrona era Venus, y que, según Marcial (IV 44, 5), era preferida por la diosa a su morada de Lacedemonia, donde tenía un célebre templo en Esparta. Venus lloró a Pompeya tras la erupción del Vesubio del año 79.

[157] Alcides (Hércules) era el patrono de Herculano, ciudad que le estaba consagrada desde su fundación por los griegos, y que no gozó de su

fundo desde las alturas de Sorrento[158] y, en la rada más próxima, la colina que marcan la trompeta y el remo[159], y Cumas, que acogió en otro tiempo a los lares de Ausonia[160], o aquellos a quienes envían los puertos dicarqueos[161] y los litorales de Bayas, por donde bulle el fuego que brota de lo hondo de las aguas profundas, y las llamas ocultas no dañan las casas[162]? Tal, desde todas partes, acudían las gentes hasta los roquedales del Averno, a los oscuros antros de Sibila, en busca de respuestas; ella, profetisa infalible —aun engañado Febo— auguraba amenazas de los dioses y fallos de las Parcas[163]. Luego[164] instruiste a la romúlea estirpe y a los futuros próceres, firme en que ellos siguieran las huellas de sus padres. El vigilante dárdano de la llama escondida, que guarda el santuario del robo de Diomedes, creció bajo tu guía, y por ti, desde niño, supo el rito sagrado[165]; a los salios

protección cuando fue sepultada por la erupción del Vesubio (ver Marcial, IV 44, 6).

[158] En cuanto a Minerva Tirrena, cf. *supra*, l. II, n. 47.

[159] El cabo Miseno. Cf. *supra*, l. II, n. 72; l. III, n. 56.

[160] Cf. *supra*, l. IV, n. 54. Apolo era considerado como el fundador de Cumas.

[161] De Dicarco (cf. *supra*, l. II, nn. 48 y 82).

[162] Bayas, con sus aguas termales, que, calentadas por los fuegos subterráneos, emiten vapor, pero no producen incendios (cf. *supra*, l. I, n. 237).

[163] Según Ovidio (*Metamorfosis* XIV 130 y ss.), Febo, enamorado de la Sibila, le prometió el cumplimiento de un deseo a cambio de su virginidad: ella le pidió que le concediera tantos años de vida como partículas contenía un puñado de polvo. El dios asintió, pero ella no accedió a su pasión; y como no había pensado en pedir que su juventud durara todos esos años, Febo engañado, sin negarle el don de profecía ni la longevidad, la dejó envejecer (cf. *supra*, l. I, nn. 94 y 210).

[164] Trasladado a Roma.

[165] Cf. *supra*, l. I, n. 29. Se refiere al sumo pontífice, que tenía a su cargo la vigilancia del fuego de Vesta, traído, según la tradición, de Dardania

probados enseñaste sus armas [166] y el ámbito profético a los fieles augures; a quien puede dar vueltas a los versos calcídicos [167] enseñaste el motivo de que la cabellera del flamen frigio permanezca cubierta [168], y los arremangados lupercales temieron vivamente tus azotes [169]. Y ahora quizá, de aquella muchedumbre, uno dicta las leyes a los pueblos de Oriente; otro impone su mando a los de Iberia, éste, en Zeugma,

es decir, de Troya (fundada por el legendario caudillo Dárdano), así como la custodia del Paladio, antiquísima imagen de Palas que robaron de Troya Ulises y Diomedes (ver VIRGILIO, *Eneida* II 162 y ss.). En cuanto a la forma, nótese la hipálage: el adjetivo *dárdano*, adjunto al *vigilante*, se refiere lógicamente al fuego, supuestamente traído de Troya.

[166] Esto es, a los sacerdotes salios, admitidos en su colegio, les habías enseñado tú no tanto los *ancilia* (escudos sagrados de Marte) como el ritual y los viejísimos cantos religiosos que debían entonar al mismo tiempo que bailaban (cf. *supra*, n. 82).

[167] Los versos calcídicos son los contenidos en los volúmenes de la Sibila de Cumas, ciudad que había sido fundada por gentes procedentes de Calcis, localidad principal de Eubea. Quien puede dar vueltas a los versos calcídicos (esto es, desenrollar y enrollar los volúmenes de los libros sibilinos para interpretarlos) es el *quindecemvir sacris faciundis* (cf. *supra*, l. I, n. 94).

[168] El flamen frigio, sacerdote de Cibele, ocultaba sus cabellos durante las ceremonias bajo la mitra y la corona con los símbolos de las deidades frigias

[169] Los lupercales eran los sacerdotes del dios Pan, también llamado Luperco, es decir el dios-lobo. En la fiesta de dicha deidad, que se celebraba en las idus de febrero, para asemejarse a Pan cubrían los lupercales su desnudez con una piel, que en principio fue de lobo, y después de macho cabrío: de ahí, lo de *arremangados*, por lo sucinto de su atuendo. Hacían una ofrenda en la cueva Lupercal, donde, según la tradición, amamantó la loba a Rómulo y Remo. y luego, después de celebrar un banquete, perseguían a las mujeres golpeándolas con correas de piel de macho cabrío (probable reminiscencia del rapto de las sabinas), para asegurar su fertilidad. Aquí, festivamente, sugiere Estacio que los lupercales aprendieron de su padre a administrar correazos

contiene al aqueménido persa, aquéllos rigen a los ricos pueblos de Asia, aquéllos, a los pónticos, otros, con pacíficos fasces, dan normas en los foros o, fieles en sus puestos, guardan los campamentos; y eres tú el manantial de sus virtudes. Compararse contigo no pudieran en formar corazones juveniles Néstor ni Fénix [170], preceptor de un discípulo indomable, ni Quirón [171], que con cantos diferentes conmovía al Eácida [172], presto a escuchar las tubas penetrantes y los clarines. Cuando tú te entregabas a tales menesteres, la Erinia [173] de la guerra civil alzó su antorcha súbita desde el monte Tarpeyo y provocó combates como moviera el Flegra [174]. Alumbran el Capitolio las antorchas sacrílegas, y la furia de los senones se contagia a las cohortes latinas [175]. Apenas se habían sosegado las llamas y aún no se había extinguido aquella pira de los dioses, cuando tú, valeroso y mucho más raudo que las llamas mismas, entonaste con piadoso acento versos de consuelo a los santuarios en ruinas y lloraste a los rayos

[170] Cf. *supra*, l. III, n. 88

[171] Cf. *supra*, l. I, n. 107. Quirón, el más diestro (eso viene a significar su nombre) y el más humano de los centauros, entre otras muchas habilidades poseía la de ser músico experto.

[172] A Aquiles, nieto de Éaco (cf. *supra*, l. II, n. 43).

[173] Esto es, la Furia

[174] Se refiere a la guerra de Vitelio (ver SUETONIO, *Domiciano* I). En diciembre del año 69 se libró un combate por la posesión del Capitolio, a consecuencia del cual se incendió el templo de Júpiter. Aquí y en otros pasajes poéticos de la época de los Flavios (cf. *supra*, l. IV, n. 3.) se comparan las victorias de los emperadores con la que obtuvo Júpiter sobre los gigantes. En Flegra, ciudad de Macedonia, llamada posteriormente Palene, es donde sitúa la leyenda el combate en que los dioses derrotaron a los gigantes.

[175] Reminiscencia de la invasión de Roma por los galos senones del valle del Po, en el siglo IV a. C.: las cohortes de Vitelio se comportan como en otro tiempo lo hicieron los galos invasores

cautivos [176]. Se admiraron los próceres del Lacio y el César vengador de las deidades [177], y desde las llamas te mostró su aprobación el padre de los dioses. Luego te proponías lamentar con un canto piadoso los fuegos del Vesubio y derramar tu llanto sobre la ruina patria cuando un dios levantó hasta los astros un monte arrancado del suelo y lo dejó caer a lo lejos sobre las tristes urbes. También a mí, cuando llamaba a las puertas de los bosques sonoros y los beocios valles [178], al decir que venía de tu estirpe, me acogieron las diosas; porque yo no poseo sólo los astros, los mares, la tierra que siempre se deben a un padre: también me entregaste este don de la lira, valga lo que valga, y ante todo un lenguaje que no es el del vulgo y las esperanzas de fama para mi sepulcro. ¡Cómo te mostrabas cuando yo con mi canto encantaba a los senadores latinos y asistías tú, testigo feliz de tu dádiva! ¡Con qué llanto fundías tu alegría entre tus deseos, tus píos temores y tu pudor ledo! ¡Cuán tuyo aquel día! ¡Cuánto mayor tu gloria que la mía! Así contempla al joven en la arena de Olimpia aquel que lo engendró: él es quien más golpea y más golpes recibe en lo profundo de su corazón, las gradas le contemplan, los aqueos le miran más atentos mientras cubren sus ojos bocanadas de polvo que no cesan, y él desea expirar una vez conquistada la corona. ¡Ay de mí! contigo por testigo, sólo llevé en mi frente las frondas concedidas por mi patria y los dones de Ceres del trofeo calcídico [179]. En tu orgullo, apenas habrías cabido en la tierra dardánida de Alba [180] si hubieras recogido por mí las coronas

[176] Los rayos de Júpiter Capitolino, cautivo de los vitelianos.

[177] Esto es, Vespasiano.

[178] Probable hendíadis: los bosques sonoros de los valles de Beocia, es decir, del Helicón, consagrado a Apolo y a las Musas.

[179] El trofeo de Nápoles. Cf. *supra*, l. I, n. 128.

[180] Cf. *supra*, l. III, nn. 33 y 189.

otorgadas por la mano de César. ¡Qué fortaleza habría podido brindarte aquel día! ¡Cómo pudo aliviar tu vejez! Y cuando no ciñó mis sienes la encina añadida al olivo y perdí el galardón esperado, ¡con qué dulzura habrías atraído el sentimiento adverso de la deidad tarpeya [181]! Gracias a tu enseñanza, mi *Tebaida* rozaba los poemas de los vates antiguos; tú inspirabas mis cantos, tú me enseñabas a describir los hechos de los héroes, y las tácticas bélicas, y la disposición de los lugares. Vacila mi andadura por una ruta incierta, y las velas de mi huérfana nave están sin ti sumidas en la niebla. Y no era sólo a mí a quien rodeabas de tu piedad sin límites; también eras el mismo para el tálamo: tú sólo conociste una antorcha nupcial y un amor solo. No puedo, ciertamente, apartar a mi madre de tu pira, ya gélida: te siente, te posee, te contempla, y visita tu tumba en el orto y el óbito del sol, igual que otras cultivan, con fingida piedad, las tristezas de Faros y Migdonia, y lloran las desgracias no sentidas [182]. ¿Qué podría decir de tu talante, abierto y persistente en la mesura? ¡Qué ternura, qué desdén de las riquezas, qué sentido del honor, qué amor a la honradez! Y, de otra parte, cuando te complacía relajarte, ¡qué gracia en tus palabras, qué nula senectud en tu carácter! Por tales cualidades, el amor de los dioses, justo juez, te otorgó buena fama, benignas alabanzas y nunca fama adversa por ofensa ninguna. Me eres arrebatado, padre, no falto de años ni sobrado de ellos, contando diez quinquenios sumados a tres lustros [183]. Mas mi piedad filial y tu dolor no me permiten

[181] Cf. *supra*, l. III, nn. 190 y 191.

[182] Se refiere a los ritos lacrimosos orientales en recuerdo del duelo de Isis por la pérdida de Osiris, y el de Cibele por la muerte de Atis.

[183] A partir del carácter mágico, cabalístico y técnico, basado en las doctrinas pitagóricas, con que se utilizan estas expresiones (cf. *supra*,

admitir la cuenta, oh tú, que has sido digno de superar la meta del héroe de Pilos[184] y de igualar a los ancianos teucros[185] y de mirarme a mí con esos años. Pero no fue penosa para ti la puerta de la muerte: la causa ha sido leve y no ha dado tus miembros al sepulcro apremiante un final prolongado tras las ruina senil: fue tu fin un reposo perezoso, una muerte que más era un descanso, y que te llevó al Tártaro en un sueño fingido. ¡Qué gemidos vertí en aquel momento! Lo vio el tropel solícito de mis acompañantes, también lo vio mi madre, y la complugo contemplar mi ejemplo: ¡qué lamentos vertí! Dadme licencia, Manes, es lícito decirlo, padre mío: tú no me habrías concedido más[186]***

Feliz él, que rodeó a su padre con sus brazos vacíos, y, aunque hubiera querido sustraerlo a su morada en la región elísea y llevarlo de nuevo a través de las sombras de los dánaos[187], cuando tal intentaba después de atreverse a llevar hasta el Tártaro sus pasos mortales, lo impidió la longeva pontífice de Diana infernal[188], así una causa menos impor-

l. III, n. 136), adquieren también un uso puramente poético, como parece ser el caso en este pasaje.

[184] El anciano Néstor, nacido en Pilos, ciudad de Mesenia.

[185] Príamo y su hermano Titono, además de Anquises, padre de Eneas. Cf. *supra*, l. II, n. 87; l. III, n. 183; l. IV, n. 60.

[186] Hay aquí una laguna, en que, con toda evidencia, se mencionaba a Eneas. El héroe troyano, en su descenso a los infiernos (canto VI de la *Eneida*), se encuentra con la sombra de Anquises, inaprensible, como todas las demás.

[187] Como hiciera en la última noche de Troya entre las huestes invasoras, llevándolo sobre sus hombros.

[188] Es decir, la Sibila, que guiaba a Eneas. En cuanto a Diana, recuérdese que, además de muchos nombres (Hécate, Trivia, Persea, Selene, Ártemis, Perséfone, Proserpina, Febe), posee numerosas funciones, y una de ellas es la de divinidad infernal, como lo es también Juno (cf. *supra*, l. II, n. 35).

tante llevó la lira odrisia[189] al estéril Averno, y así Admeto en las costas de Tesalia[190]; si un solo día trajo atrás la sombra del héroe de Filace[191], ¿por qué, padre, ni tu lira ni la mía podrían lograr algo de los Manes? Así me fuera lícito acariciar el rostro de mi padre, poder asir sus manos y cumplir cualesquiera condiciones.

Vosotros, soberanos de las sombras, y tú, Juno del Etna[192], si mis ruegos merecen vuestro elogio, apartad de él las teas y los cabellos de las Euménides[193], que el portero feroz[194] no haga sonar ninguna de sus fauces; que los valles lejanos guarden a los Centauros, al rebaño de testas de la Hidra y a los monstruos de Escila, que el último barquero[195],

[189] La lira de Orfeo; los odrisios eran pobladores de Tracia, de donde Orfeo era natural. Cf. *supra*, n. 43.

[190] Son tres ejemplos de rescate —o intento de rescate— a favor de moradores de ultratumba. Estacio, como Eneas, habría querido rescatar a su padre; en los otros dos casos, se trataba de rescatar a la esposa. El de Orfeo, en su intento fallido de recuperar a Eurídice (cf. *supra*, l. III, nn. 170 y 183), es de sobra conocido. Por lo que respecta a Admeto, rey de Feras, en Tesalia, las Parcas le concedieron la merced de librarse de la muerte, si otro mortal sucumbía en su lugar; sus padres se negaron a ofrecerse por él, y Alcestis, su esposa, aceptó el sacrificio; según una versión, Alcestis fue devuelta a la vida por Perséfone, como recompensa por su fidelidad; según otra, fue Hércules quien derrotó a la muerte y llevó de nuevo a Alcestis junto a su esposo. En cualquier caso, estamos ante un final feliz. Admeto no se vio obligado a descender a las moradas infernales, sino que permaneció en su reino de Tesalia.

[191] Protesilao, rey de Filace, desposado con Laodamía, obtuvo de los dioses la licencia de regresar con su esposa por un día después de su muerte (cf. *supra*, l. II, n. 185).

[192] Es decir, Juno infernal, ya que la asunción de Proserpina se sitúa en el Etna. Cf. *supra*, l. II, n. 35; l. V, n. 188.

[193] Cf. *supra*, n. 3.

[194] Cérbero.

[195] Caronte.

alejando a las masas, invite a sus orillas a la sombra senil y, muellemente, sobre un lecho de algas, la deje reposar. Marchad, Manes piadosos, y vosotros, enjambres de los vates helénicos, y colmad su alma ilustre con guirnaldas leteas, y mostradle la floresta sagrada donde jamás entró ninguna Erinia, y brilla una fingida luz del día y un aire que simula nuestro cielo. Pero, a pesar de todo, ven de allá, por donde la puerta preferible, la de cuerno, es mejor que el malévolo marfil[196], y, en la visión de mi sueño, bríndame, como siempre, tus lecciones. Así la dulce ninfa, en la gruta de Aricia, comunicaba a Numa los sagrados arcanos y los ritos que deben observarse[197]; así, según creían los ausonios, Escipión tuvo sueños inspirados por Júpiter latino[198]; así Sila, con el favor de Apolo.

II

EL SUEÑO

¿Por qué delito, joven dios, entre todos el más placentero, o por qué error, triste de mí, he merecido, oh Sueño, ser yo

[196] Desde HOMERO (*Odisea* XIX 562 y ss.), existen dos puertas por donde se presentan las apariciones en nuestros sueños: las falsas visiones aparecen por la puerta de marfil; las reales, por la de cuerno (ver VIRGILIO, *Eneida* VI 893 y ss.).

[197] Según la tradición, la ninfa Egeria se encontraba en la gruta de Aricia con el piadoso rey Numa Pompilio para ofrecerle revelaciones y consejos (ver TITO LIVIO, I 19, y VIRGILIO, *Eneida* VII 763).

[198] Ver TITO LIVIO, XXVI 19, 3 y ss.; AULO GELIO, *Noches Áticas* VI I, 6.

el único ayuno de tus dones? Callan todas las reses, las aves y las fieras, y las curvadas cimas simulan laxos sueños, y no es igual el ruido de los ríos salvajes, cae el fragor del mar y las aguas reposan, tendidas en la tierra. Ya es la séptima noche que Febe[199], al regresar, ve fijas mis pupilas fatigadas, otras tantas veces las contemplan las luminarias del Eta y de Pafos[200], y otras tantas Titonia deja atrás mis lamentos y, apiadada, los riega con su fresco flagelo[201]. ¿De dónde sacar fuerzas? Ni aun cuando poseyera los mil ojos que el execrable Argos mantenía en vigilia alternativa sin nunca vigilar con su ser todo[202]. Pero ahora, ¡ay de mí!, si alguno, bajo la larga noche, por tener enlazados los brazos de su amada, quiere, Sueño, alejarte, ven de allá; no te pido que extiendas por entero tus alas sobre mis ojos: ta. es el ruego de una más placentera muchedumbre. Tócame, eso me basta, con el borde de la parte final de tu varita, o, al menos, pasa ligeramente de puntillas.

[199] *Cf. supra*, n. 106.

[200] El monte Eta, situado entre Tesalia y Macedonia, se encontraba al Oeste para la mayor parte de los griegos. Pafos, en Chipre, se encontraba al Este. Esto significa que las luminarias de poniente y de levante ven despierto al poeta, o, lo que es igual, que Venus, la estrella de la tarde y de la mañana, ve sus ojos abiertos.

[201] Titonia, es decir, Aurora, la esposa de Titón, estimula a los caballos del sol con un látigo: para el poeta, esa hora refrescante del alba es como una lluvia benéfica.

[202] Argos, con cien ojos según OVIDIO, *Metamorfosis* I 625, fue encargado por Juno de vigilar a Io, amada de Júpiter y transformada en una bella ternera. El adjetivo *execrable* obedece a la misión poco atractiva que le encomendó la esposa de Júpiter.

5

EPICEDIO DEDICADO A SU NIÑO[203]

¡Desdichado de mí! No voy a comenzar ningún poema poniendo las palabras de costumbre, ni —odioso e importuno para Febo— con las ondas sonoras de Castalia[204]. ¿Cuál de vuestros misterios, hermanas de Pieria[205], o cuál de vuestras aras profané? Hablad: tras el castigo podéis decir mi falta. ¿Es que he puesto mis plantas en un bosque sagrado infranqueable? ¿He bebido de fuente prohibida? ¿Qué delito, qué error es el que purgo con castigo tan grave? He aquí que se me arranca un niño que tenía mis entrañas y mi alma en sus brazos murientes; que no era, ciertamente, de mi estirpe ni llevaba mi nombre, ni tenía mis rasgos; no lo había engendrado, pero mirad mis lágrimas y mis mejillas lívidas, y creed en el llanto de un hombre abandonado: yo estoy abandonado. Vengan aquí los padres y, con el seno abierto, vengan las madres; ¡traed en vuestros ojos las cenizas y las acusaciones[206]! Todas las que, cargadas con sus mamas re-

[203] La palabra *niño* es ambigua; sin embargo, a tenor del contenido del poema, está claro que no se trata de un hijo, ni tampoco, al parecer, de un favorito, como en los casos de Atedio Melior (II 1) y de Flavio Urso (II 6), sino de un hijo de esclavos de la casa, nacido, emancipado y adoptado en ella, esto es, un *verna* (cf. *supra*, l. II, n. 12), a quien el autor quería como a un hijo.

[204] Fuente del monte Parnaso; lleva el nombre de la ninfa que, huyendo de Febo, pereció ahogada en ella. Se suponía que sus aguas infundían la inspiración a los poetas, e incluso a la pitonisa de Delfos.

[205] Las Musas (cf. *supra*, l. I, n. 50).

[206] Esto es: la visión de las cenizas de vuestros hijos muertos y las acusaciones contra mí por no ser yo el padre del niño difunto.

pletas, han llevado ellas mismas a sus hijos hasta la pira fúnebre con paso vacilante, y golpeado el rezumante pecho, y apagado con leche las cenizas ardientes; y los que han dado al fuego a un muchacho marcado con la flor de la tierna juventud y han visto las llamas crueles trepar por el bozo primero del mozo yacente, acudan y conmigo se agoten en quejas alternas: se verán superados por mis lágrimas y tú, Naturaleza, sentirás vergüenza[207]. Tal rabia me posee; tal locura es mi duelo. Incluso, pasados tres veces diez días[208], cuando hago este esfuerzo, inclinado sobre su sepulcro, derramo en mis versos el llanto, los tonos discordes y las sollozantes palabras; intento un poema con mi lira —<mi pena> y mi cólera se hallan incapaces de guardar silencio—, pero mi cabeza no obtiene los sólitos lauros ni mi frente el honor de las ínfulas: he aquí que las frondas del tejo se marchitan sobre mis cabellos y el flébil ciprés, con sus ramas, aparta las hiedras rientes[209]; no pulso las cuerdas con la púa ebúrnea, sino que, en mi amencia, rasgo mi lira incierta con dedos temblorosos. Es un goce —¡ay, un goce!— proclamar un poema indigno de loa y ensalzar torpemente mi mísero duelo. Así lo he merecido: así me vean, lamentable de canto y de traza, los dioses de lo alto. Que se avergüencen Tebas y el Eácida nuevo[210]: ya nada placentero brotará de mi boca. Yo, aquel que tantas veces pudo dulcificar con su ternura las heridas de madres y de padres y sus vivos dolores; yo, el consuelo apacible de plorantes, a quien oían los acerbos

[207] Vergüenza de que los padres naturales sufran un dolor menos intenso. Ver cómo se repiten los conceptos del poema II 1.

[208] Cf. *supra*, l. III, n. 136.

[209] Cf. *supra*, n. 100.

[210] La *Tebaida*, concluida ya, y la *Aquileida* iniciada. El Eácida es Aquiles, nieto de Éaco (cf. *supra*, l. II, n. 43; l. V, n. 172).

túmulos y las sombras viajeras a lo hondo, desfallezco e imploro unas manos capaces de curarme y unos remedios para mis heridas, que lo sean por siempre. Es el momento, amigos a quienes he enjugado los llorosos ojos y los pechos heridos: pagad con vuestra ayuda y mostradme esta triste gratitud. Sin duda, cuando yo, apesadumbrado, *** las desgracias de vuestra familia *** [211] con reproches: «tú, que te afliges por el mal ajeno, guarda, infeliz, tus lágrimas y reserva tus fúnebres poemas». Era cierto: mis fuerzas se agotaron, no me resta caudal para expresarme y mi mente no encuentra nada digno de rayo tan acerbo: toda expresión es pobre y todas las palabras son indignas. Perdóname, hijo mío: eres tú quien, cruel —pobre de mí— me cubres de tinieblas. Si al ver la herida de su amada esposa alumbró el tracio Orfeo un canto que endulzara su pesar [212], si no enmudeció Apolo tras haber abrazado el cadáver de Lino [213], tal vez alguno diga que soy inmoderado y ávido de dolor, y que he sobrepasado el pudor justo en mi efusión de lágrimas. Pero ¿quién eres tú para pesar mis llantos y mis quejas? Demasiado feliz, cruel en demasía e ignorante, Fortuna, de tu imperio, quien se atreve a dictar leyes al llanto y a decidir los límites del duelo. Con ello, ¡ay!, hace brotar más lágrimas;

[211] Laguna, cuya extensión, no muy dilatada, y cuyo contenido pueden colegirse.

[212] Es lo contrario de lo que, poéticamente, se aventura en el poema V 1.

[213] El lino era un canto primitivo en que se expresaba el dolor por la brevedad de la primavera y la veloz llegada del estío, que agosta los campos. De ahí surgió la personificación de Lino, poeta y músico, hijo de Apolo y Calíope, maestro de Orfeo y de Hércules; este último, al reprenderle el maestro por su torpeza en el arte de tañer, le golpeó con su lira y le causó la muerte. Los ejemplos de Orfeo y de Apolo son modélicos en la escuela. Ver MARCIAL, IX 86, y ESTACIO, *Tebaida* VI 64 y s.

antes sujetarías los ríos desbordados de su orilla o detendrías un voraz incendio que impidieras llorar al afligido. Pero, sea quien sea ese severo crítico, deseo que conozca las heridas que mueven nuestra causa.

Yo no he comprado en un bajel de Faros las locuaces delicias ni he sentido el cariño de un niño acostumbrado a las provocaciones de su Nilo [214], protervo en demasía por su lengua y su salacidad: era algo mío, mío. Lo vi sobre la tierra reclinado y, después que fue ungido, lo acogí con un canto genital [215], y, cuando con sus trémulos vagidos pedía un nuevo aliento, le di entrada en la vida [216]. Sus padres ¿qué más dones le otorgaron? Es más: te di, pequeño, un nuevo nacimiento, el de la libertad [217], cuando aún te nutrías de los pechos, e, ingrato todavía [218], te reirías de mis beneficios. Quizá se apresuró el cariño mío, pero se apresuraba con razón, para que no perdiera un solo día libertad tan pueril. ¿Cómo no rechazar, crispado de odio, a las deidades mismas y al Tártaro maligno? ¿Podría no llorarte, niño amado? Mientras estuvo a salvo, no ansié tener hijos; desde su nacimiento, al punto su vagido me envolvió y traspasó; yo le enseñé palabras y sonidos, e interpreté sus llantos y sus penas secretas, y cuando gateaba, abajándome al suelo lo

[214] Era muy frecuente el comercio de favoritos procedentes de Egipto y de otros países exóticos. Cf. *supra*, l. II, nn. 12 y 20.

[215] El canto de bienvenida al recién nacido que entonaba su abuela o su tía materna. Ver PERSIO, II 35 y ss.

[216] Esto es: insuflé al recién nacido el aliento vital que reclamaba con sus vagidos.

[217] Hendíadis en el texto latino: literalmente, *otro nacimiento y la libertad*.

[218] Es decir: si vivieras, serías aún demasiado niño para apreciar mis [illegible].

elevé hasta mis besos, y acogía en mi seno cariñoso, en el momento mismo, sus mejillas de grana[219] y le atraía los amables sueños. Mi nombre fue el primero que supo pronunciar; mi risa, el primer juego para sus tiernos días: de mi rostro nacía su alegría*** [220].

---

[219] Hay un final de verso incompleto: según nos atengamos a las dos posibilidades que ofrece el manuscrito Matritense, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (*natantes* o *nitentes*), podemos inclinarnos por la versión «sus ojitos brillantes» o bien «sus mejillas rosadas»; tanto el brillo de los ojos como el rubor de las mejillas pueden denotar en los pequeños la necesidad de dormir.

[220] Falta lo siguiente.

ÍNDICE GENERAL